



Jacques Baynac

EL TERROR BAJO LENIN



Octubre de 1917: Lenin toma el poder. Diciembre de 1917: creación de la Checa, empieza el terror.

Este es el escenario en el que se mueven los personajes de este libro, a quienes Jacques Baynac convoca ante nosotros. Por primera vez, vamos a poder juzgar sobre hechos. Verdugos y víctimas se suceden en el banquillo: miembros de la Checa, supervivientes de las matanzas de Leningrado o Astrakán, antiguos concentracionarios, insurrectos de Georgia, condenados a muerte de Moscú, socialistas-revolucionarios, anarquistas y mencheviques perseguidos, torturados, encarcelados, exiliados.

¿Cuál es el veredicto? Sólo una diferencia de intensidad distingue el leninismo del estalinismo. Aquél empezó a desviar el movimiento revolucionario hacia la dictadura *sobre* el proletariado; éste la consolidó. El leninismo es, por lo tanto, el primer responsable.

Hoy, al atribuirle *todo* a Stalin, y al condenarlo, suspiramos como aliviados, sofocando no obstante otras preguntas procurando *no saber más*, evitando transgredir tabúes y mitos por ese otro terror inculcado, más sutil y oculto, que es el de enfrentarnos con nuestra propia conciencia.

Este libro podrá, pues, ser o bien atacado por mentes graníticas (aunque los hechos aquí expuestos sean irrefutables), o bien simplemente ser ignorado para evitar *contaminaciones nocivas*, o bien sacudir a aquellos a quienes no asusta saber y pensar por sí mismos.



Jacques Baynac

EL TERROR BAJO LENIN

ePub r1.1

Titivillus 07.08.17

Título original: *Le terreur sous Lénine*

Jacques Baynac, 1975 (en colaboración con Alexandre Skirda y Charles Urjewicz)

Traducción: Juan Gómez Casas

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



A la memoria de Petra
Schelm, Margherita Cagol,
Isaac Babel

Cuando se tiende el arco, hay que tenderlo fuerte. Cuando se elige la flecha, hay que elegirla larga. Cuando se ataca, es necesario matar el caballo primero. Si se captura, es conveniente capturar en primer lugar al jefe.

Tou Fou

El cáncer policial terminó en dos ocasiones con la revolución. Entre el 7 y el 20 de diciembre de 1917, a los dos meses del golpe de Estado bolchevique, se promulgó el decreto —mantenido por espacio de siete años en secreto— por el que se creaba la vётcheka.^[1] El mal progresó con tanta rapidez que, al acercarse el segundo aniversario de la toma del poder, Pravda pudo diagnosticar: «Todo el poder para los soviets» se ha convertido en «Todo el poder para las checas». Un decenio más tarde, el enfermo estaba perdido. El 16 de diciembre de 1927, también en Pravda, afirmaba el historiador Pokrovsky que la policía secreta formaba parte «de la esencia misma de la revolución proletaria» y que el terror era una «consecuencia inevitable de la misma».

¿Inevitable? Sin duda sí, de atenernos a la concepción y a las prácticas leninistas de la revolución según las cuales eran efectivamente proletarias y las únicas posibles en cualquier lugar y tiempo. Pero, si se duda de ese carácter y de esa a-historicidad, de hecho muy poco marxistas, puede afirmarse que el terror no tiene nada que ver con la esencia de la revolución anticapitalista y que, incluso en Rusia, era evitable, tanto con Stalin como con Lenin.

La experiencia histórica, teorizada por Marx y Engels, para quienes «la revolución decrecerá en efusión de sangre, en venganza y en furor, en la misma medida que el proletariado se enriquezca en elementos socialistas y comunistas», permite buscar el origen del terrorismo estatal en la revolución del propio Capital y ofrece al propio tiempo la clave del mismo. Es el leninismo, respuesta histórica de El Capital^[2] a la incapacidad de la burguesía para administrarlo, el que lleva en sí el terror estatal, del mismo modo que la nube lleva la tormenta. Ha demostrado ser así donde quiera que haya conseguido instalarse. Sin embargo, es en esa misma Rusia que lo engendró donde ha hallado las condiciones propicias a la exteriorización

de ciertas tendencias reprimidas desde su nacimiento. Es allí donde su ser se ha revelado. Es allí, por tanto, donde hay que estudiarlo a fin de hacerle justicia.

«La tvoi, no zemlia moïa» (Te pertenezco, pero la tierra es mía), decían los siervos, persuadidos, como expone Miliukov en sus Ensayos sobre la historia de la civilización rusa (París, 1901), de que un día las tierras les serían devueltas. La revolución rusa es, en primer lugar, la historia de ese sueño, después la de una burguesía ausente y la de un proletariado sin existencia. Lenin lo sabía muy bien cuando, en otoño de 1917, presentaba su candidatura para el poder exclamando: «Si 130.000 propietarios territoriales han podido gobernar Rusia en beneficio de los ricos, 240.000 bolcheviques podrán administrarla en favor de los pobres». Esta hermosa fórmula contenía todo lo demás. Era lo suficiente realista como para llevar a su autor al poder, pero bastante menos como para construir el socialismo, dado que éste no consiste en administrar o gestionar, ni siquiera en favor de los pobres, no importa qué modo de producción —esto sin contar con que, bajo el antiguo régimen, la burguesía, rural o no, no gobernaba.

Sin embargo, esa burguesía creyó llegada su hora, en 1905, con Witte, «un liberal avanzado que (debía) imponer la libertad a puñetazos», según expresión del embajador francés, Bompard, en San Petersburgo. La revolución acababa de arrancar al zar un Manifiesto constitucional y una Duma que, sin ser la Constituyente reclamada por todas las clases en fermentación, podía no obstante considerarse como un primer paso en la dirección adecuada: la de la monarquía constitucional. De esta Asamblea se esperaba lo peor en la corte. «La elocuencia no dejaría de fluir allí en raudales y se dirían enormidades. Europa abordaría por el flanco a Asia y le hablaría tártaro para resultarle agradable, en tanto que Asia, entrando en el juego, se apropiaría en dos días de todos los recursos de la dialéctica alemana y de todos los principios del positivismo inglés y francés, que no dejarían de llevar a sus consecuencias extremas. Detrás de aquél, entraría un torrente de radicalismo desenfrenado que lo arrastraría todo, y una serie de Robespierres moscovitas, de Proudhons turaníes y de Lassalles mongoles

se convertirían en los dueños de la tribuna (...). La Gironda rusa no hallará cuartel frente a los jacobinos paneslavistas, cuya pretensión es la de nivelarlo todo y trazarlo todo con cordel.» Esto había escrito Víctor Cherbulliez en «La Revue des deux Mondes» (junio de 1881), reflejando sentimientos suyos invariables.

Sin embargo, el peligro mujik, ya manifiesto en toda su amplitud en 1905, había asustado de tal modo a la burguesía, que ésta se habría contentado con poder vivir a la sombra del zar Nicolás. Con tal de que le hubieran permitido administrar el desarrollo del capitalismo, encargándose por su parte el zar de contener al campesinado hambriento de tierra^[3] habría consentido en dar un tinte democrático al marco nacional. Pero su representante principal, el Partido Constitucional, presionado entre la derecha —el gran capital, que raramente pertenecía a la burguesía— y la izquierda —el campesinado—, quedó reducido a ocultar su escaso peso específico, a gesticular demasiado, y ello para no molestar a todos al mismo tiempo. A fuerza de redoblar sus exigencias ante el poder, acabó por enajenarse la estimación de éste sin por ello congraciarse con las masas.

Mientras Witte y el soñoliento Goremykin estuvieron en escena, el Partido Constitucional dio cierta imagen.

Pero ya con Stolypin, se trató de obtener el orden en primer lugar y las reformas después. Para empezar, suprimió 260 periódicos y llevó a 207 directores de los mismos ante los tribunales. Cruelmente decepcionada ya, la burguesía se picó aún más cuando advirtió que el progreso del capitalismo seguía frenado por estructuras estatales arcaicas. Desde 1906 a 1916, la producción petrolera, gloria de la industria rusa, no aumentó más que, de 491, 3 millones de puds^[4] a 602,1 —cifra que no llegaba a los 706,3 millones de 1901 (Apóstol y Michelson, *La lutte pour le pétrole et la Russie*, París, 1922).

La Primera Guerra Mundial hizo cristalizar las oposiciones y de hecho catalizó sus alianzas. Hasta mayo de 1917 las hostilidades no habían costado la vida directamente más que a 900.000 hombres, pero los catorce millones de campesinos movilizadas sucesivamente contagiaron a los cam-

pos el descontento que les había sido transmitido en el frente. «Yo soy de Tambov. El alemán nunca llegará hasta allí», se decía el mujik, exasperado por las desastrosas requisas de trigo que veía pudrirse en las estaciones de ferrocarril, mientras contribuía a amasar las fortunas de una burocracia venal, sin poder, a cambio, adquirir ninguno de los productos industriales que le eran indispensables. De manera que, como siempre ocurre en casos semejantes, ocultó sus cosechas. Los graneros reventaban de trigo, pero las ciudades y el ejército carecían de pan. «Incluso el cuerpo de oficiales vacilaba también», hace notar Brusilov en sus Memorias.

En San Petersburgo, el 23 de febrero (o el 8 de marzo) de 1917^[5], la cuarta parte de los obreros está en huelga. Al día siguiente, hay más del doble (240.000). Protestan contra una disminución de un cincuenta por ciento en los suministros normales de pan. Al día siguiente, aparece otro elemento: «¡Abajo el zar!». El 26 de febrero, los soldados fraternizan con la multitud. Un día más, y el motín se propaga. El 2 de marzo, Nicolás abdica, mientras el 3 lo hace Miguel. El 1 de marzo, un gobierno provisional se había formado en el seno de la Duma. Ese mismo día nace el soviét. Ni el uno ni el otro saben adonde van. No aparece ningún Witte. Sin embargo, la burguesía piensa para sí que tiene un destino nacional.

Y tiene motivos para pensar así, ciertamente. Si se exceptúa a los anarquistas y a Trotsky, a nadie se le ocurre nada mejor que una revolución democrática burguesa. Desde Siberia, Kamenev consigue que una asamblea dirija un mensaje de felicitación al gran duque Miguel. En Suiza, Zinoviev acaricia la esperanza de que «acaso Rusia pueda tener una Asamblea constituyente». Lenin, según Krupskaja, le trata de imbécil y se pregunta si la noticia de la caída del zar «es un bulo o la pura verdad». Habiéndose recobrado declarará en marzo: «El gran honor de comenzar las revoluciones que derivan necesariamente de la guerra, no puede darse en Rusia, donde el proletariado está menos organizado, es menos consciente y está menos preparado que él de otros países. Rusia es uno de los países más atrasados de Europa. Pero la revolución burguesa puede adquirir en ella una enorme amplitud, convertirse en el prólogo de la revolución socialista mundial, en un pequeño avance hacia la misma. El socialismo

no puede vencer inmediata y directamente en Rusia. Pero la masa campesina puede empujar la revolución agraria, indispensable y madura, hasta la confiscación de vastos dominios privados. Esta revolución no sería aún socialista, pero comunicaría un impulso formidable al movimiento socialista internacional». De atenerse a esta prudente estimación de la naturaleza del poder, el Terror no habría hecho jamás su aparición en Rusia. Pero tampoco hubieran alcanzado los bolcheviques el poder, ese poder que Lenin deseaba con todas sus fuerzas.

En cuanto a los demás socialistas, Kerensky nos da a conocer en su Historia de la revolución rusa que «tampoco él esperaba una revolución inminente, y que era necesario concentrar todos los esfuerzos sobre la propaganda, como único medio de preparar para el porvenir un movimiento revolucionario serio». Como siempre, todos los sedicentes partidos revolucionarios no habían presentido nada, comprendido nada, ni previsto nada. El movimiento revolucionario había nacido exterior a ellos, e incluso en ciertos aspectos contra ellos. Mayo de 1968 y el Portugal de nuestros días no son sino los últimos ejemplos de una «ley» sin excepciones, tan vieja como los mismos partidos.

Neciamente patriota, cuando todo el país reclamaba la paz, la burguesía dilapidó en poco tiempo sus magras posibilidades. Los partidos socialistas se encargaron de relevarla. Sin ponerse en contradicción con sus análisis sobre la naturaleza democrático-burguesa de la revolución, se encontraron a pesar de todo en situación delicada. Debían llevar a cabo el programa de una clase diferente de la que ellos deseaban representar y no podían prescindir del apoyo burgués, con lo que se ofrecían como blanco a todos los sarcasmos, a todos los ataques de los bolcheviques, puros y duros, perfectamente felices de encontrar aquí otra ocasión para atacar a sus adversarios y una justificación para sus antiguas acusaciones. Se inició un período como nunca se había conocido otro en Rusia, con excepción acaso de los llamados «días de la libertad» de 1905. La embriaguez de Rusia la empujó hacia la anarquía. Había perdido súbitamente su centro de gravedad y no hallaba otro para reemplazarlo.

A comienzos de julio, el gobierno había reagrupado a su alrededor a las clases poseedoras e instruidas. Si consigue mantenerse en pie, lo debe en todo caso a ciertas campañas. Tan pronto como empiecen a volver la espalda a los socialistas revolucionarios, la única esperanza que le queda a Rusia de hallar de nuevo un centro capaz se reducirá a un puñado de militares sin la menor destreza. Algunos disparos de fusil oportunos serán suficientes para echar por tierra aquellos decorados sustitutorios de la burguesía. Quedaba por cumplir el cometido histórico que le correspondía.

De manera que la revolución no había estallado en el eslabón más débil del Capital, sino en el más débil de la burguesía. El hecho crucial del primer período fue que sirvió para designar el sustituto de esa clase débil. De todos modos, como la convulsión era el resultado de la contradicción entre un modo de producción pre-capitalista decadente y un modo de producción capitalista ascendente, los bolcheviques se hallaron en el poder en tanto que instrumentos de la revolución del Capital, cuando ellos pretendían y creían ser la punta de lanza de la revolución anticapitalista. Condenados a desempeñar el papel histórico de la burguesía, a crear proletariado e industria en un país profundamente atrasado, no podían lograr éxito sino a condición de acentuar todavía más lo que les había puesto en aquella posición: su escaso gusto por la democracia, unido a un «olfato» estratégico poco común.

Hacía falta mano dura, disciplina y habilidad táctica para imponer la dictadura en un país que acababa de abatir a un despotismo secular y no deseaba otro nuevo, al mismo tiempo que hacía frente a un desorden creciente en el marco de un atraso espantoso. Una tasa de analfabetismo (más del 70 %) muy superior al de Francia en 1789; una clase obrera sumergida en un océano campesino (relación de 1 a 50); una producción industrial muy inferior a la de cualquier país capitalista evolucionado; una agricultura arcaica, de débil rendimiento y tan poco integrada en el modo de producción capitalista que, en 1923, todavía Lenin se verá obligado a reconocer que el campesino sigue comerciando «al estilo asiático» en lugar de hacerlo «a la europea»: así era el inmenso país que heredaban los bolcheviques.

De la instauración del socialismo se espera generalmente un «gigantesco salto adelante de las fuerzas productivas». A los tres años de régimen leninista, se está en plena catástrofe. En 1920, la industria del hierro se halla cien veces por debajo de su nivel de 1913, el azúcar al 6 por ciento, la metalurgia al 9 por ciento, el carbón al 29 por ciento y el petróleo al 41 por ciento. También en los campos, se ha producido el derrumbamiento. Teniendo en cuenta las fechas citadas, las superficies cultivadas han decrecido en un 25 por ciento largo, la producción de cereales disminuye en más de la mitad y el aprovisionamiento de las ciudades es igual a cero desde julio de 1918. De ahí que se vacíen las ciudades (Petrogrado pierde las tres cuartas partes de su población entre 1916 y 1920) y el hambre causa seis millones de muertos. Según Lenin, nunca se había visto nada semejante y todavía será necesario esperar a la colectivización estaliniana para ver algo aún peor. Durante ese espacio de tiempo, el nivel cultural de la sociedad no ha mejorado, exceptuando las mujeres, entre las que la alfabetización hace algunos progresos. En cuanto a la democracia, es muy sencillo: ya no existe. El 30 de diciembre de 1920, Lenin la considera «innecesaria»; tres meses después, luego de un violento discurso de Trotsky dirigido contra pequeñas fracciones que precisamente pedían la restauración de la democracia, se la prohíbe drástica y definitivamente en el interior del Partido. Se cerraba así el único lugar donde aún alentaba, porque en todas partes las demás organizaciones políticas apenas eran toleradas, cuando no perseguidas. Con toda razón, poco después, Tomskey y Bujarin pueden declarar: «Bajo la dictadura del proletariado, pueden existir dos, tres, cuatro partidos, pero con una condición: que uno de ellos esté en el poder y los otros en prisión» («Frauda», 13 y 19 de noviembre de 1927). Se sabe que tamaño cinismo no les trajo suerte.

Por consiguiente, si ninguna de las condiciones necesarias para la instauración del socialismo se daba en el momento de la toma del poder, algunos años después esas mismas premisas brillarían también por su ausencia. El débil proletariado de la preguerra ya no existe. En 1922, queda una tercera parte, es decir, poco más de un millón de personas. El 21 de octubre de 1921, Lenin reconoce esos restos «desclasados». La clase obrera «ha de-

jado de existir en tanto que clase» y, de cualquier modo, «si en ocasiones se la ha reconocido de modo formal, lo cierto es que carecía de raíces económicas». Al afirmar esto, el propio Lenin condenaba su estrategia y su concepción de la revolución rusa, así como la pretensión de la universalidad del modelo bolchevique. Así es cómo se atrajo la flagelante réplica de Chliapnikov: «¡Permita que le felicite por ejercer la dictadura en nombre de una clase que no existe!»^[6].

La ausencia de obreros vació a los soviets de su contenido y los transformó en puros apéndices burocráticos desprovistos de interés e incluso de poderes. Provocó también la mutación sociológica del Partido. Ciertamente no se había distinguido nunca por el origen proletario de sus dirigentes, aunque existieran obreros en su base. Después de 1921, fecha en la que contaba aproximadamente con 750.000 miembros, reducidos a 500.000 por la primera de las purgas de envergadura, decidida por el X Congreso, ya no quedaba más de un 18 por ciento de militantes en las células de empresas industriales, y muchos de ellos estaban ya realmente desligados del mundo de la producción. En cuanto a los «viejos» revolucionarios, estaban inmersos dentro de una masa de oportunistas e individuos que querían hacer carrera, y sólo suponían ya un 2 por ciento. Sin embargo, monopolizaban las funciones dirigentes, hecho que fue confirmado por una decisión del X Congreso. La dictadura del proletariado se había transformado, no en una dictadura sobre el proletariado, como se dice con frecuencia, sino en la dictadura de una nueva clase —amalgama oportunista de elementos procedentes de todas las antiguas clases sociales— sobre una población campesina exhausta, por medio de un aparato estatal constituido por elementos incapaces, con gran frecuencia originarios de la antigua máquina administrativa zarista.

En vísperas de Kronstadt, no se habían cumplido ni los objetivos de la revolución democrática ni los del socialismo. A la guerra exterior habían sucedido las guerras interiores; a la miseria antigua, una indigencia aún más acentuada. Por otra parte, el problema de la tierra resultaba más explosivo que nunca. La libertad estaba abolida: el Estado se había reforzado vertiginosamente en vez de decrecer, los soviets no eran otra cosa que

formas vacías, la democracia había sido liquidada. Los bolcheviques se habían visto obligados a tomar medidas contrarias a todos los principios de su programa inicial, arrastrados por una fuerza irresistible que no lograban descubrir. «Ni la socialización de las bancas ni de los capitales, ni la nacionalización de la industria, ni la colectivización de la agricultura respondían a los proyectos de los vencedores de octubre», escribe Suvarin en su Stalin (París, 1935). Sin embargo, ya en 1918, Lenin había anunciado: «Si la revolución se retrasa en Alemania, tendremos que empezar a aprender del capitalismo de Estado alemán». Pero, al unir su suerte a la de la revolución occidental, seguía ocultándose a sí mismo la realidad. Independientemente de que en Alemania se llevara o no a efecto, en Rusia imperaba y debía necesariamente imperar el capitalismo, y sería necesario poner de acuerdo, antes o después, las «superestructuras» jurídicas y políticas con la «infraestructura» económica real. Por el momento, Lenin pensaba salir del paso por medio de la violencia. Será necesario, concluía «imitar (a Alemania) con todas nuestras fuerzas, no temer los procesos dictatoriales capaces de acelerar esa asimilación occidental por la Rusia bárbara, no retroceder ante los medios bárbaros de combatir la barbarie». Ya no se trataba de «socialismo o barbarie», sino de socialismo y barbarie.

Desde el punto de vista económico, se trataba ante todo de dar de comer a los obreros. La rebelión de éstos hubiera hecho desmoronarse todas las apariencias. Por mucho que el espectáculo del poder llegase a un nivel apoteósico, la abundancia de ideología no servía para sustituir a la ideología de la abundancia. Y, sin embargo, era necesario llegar a ésta, acumular capital, explotar, crear y centralizar la plusvalía. Se hizo virtud de la necesidad y se bautizó este proceso, típicamente capitalista, como acumulación socialista. Pero, como ya había constatado Engels, «la violencia no puede crear dinero, en todo caso puede quedarse con dinero ya hecho, y eso mismo sirve de bien poco». Exprimir al campesino no podía sino llegar a crear un deterioro muy peligroso.

Bajo la hermética apariencia bolchevique, la presión no dejaba de crecer. Primero se acumulaban los signos y luego los síntomas: era cada día más difícil ocultar la verdad. Esta estalló finalmente en Kronstadt, hogar

de la revolución, súbitamente convertido en refugio de «guardias blancos», y lo hizo con tal fuerza que ya no fue posible reprimirla secretamente, como ya se había hecho en otras ocasiones. Lenin se batió en retirada y por fin procedió a identificar claramente la naturaleza del movimiento revolucionario. «Se trata de un capitalismo que debemos y podemos aceptar, pues resulta indispensable para las masas campesinas. O bien les demostraremos que los comunistas corren efectivamente en socorro del pequeño campesino arruinado, carente de todo, famélico, en su atroz situación actual... o bien nos enviará a todos al diablo», afirmó ante el Partido para imponer la N.E.P. Reconocer el triunfo del campesinado, por lo menos desde el punto de vista capitalista, significa un replanteamiento de la cuestión del poder. Sin embargo (¿pudor o inconsciencia?), se guardaba bien de admitir la responsabilidad de los bolcheviques ante la horrible situación del campesinado. Los medios bárbaros no habían logrado vencer la «barbarie», sino que la habían agravado de un modo natural; habían vencido al socialismo soñado. La revolución había podido aparecer «hasta cierto punto burguesa», a falta de burguesía, lo que en modo alguno le impedía ser la del Capital. Lo prueba el que desde la puesta en vigor de la N.E.P., es decir, desde la adecuación parcial de las superestructuras con la infraestructura, la economía se corrigió, la tensión bajó en el país... para aumentar dentro del Partido.

A partir de ese momento, era puro eufemismo afirmar: «Es indudable que los campesinos han ganado mucho más con la revolución que la clase obrera», puesto que, desde el punto de vista leninista, los primeros lo habían ganado todo, en tanto que los otros habían perdido mucho. En aquel momento, quedaba la esperanza de eludir el desastre deduciendo, en el plano político, conclusiones en armonía con la que se había impuesto en el plano económico: restaurar la democracia, resucitar los soviets, compartir el poder con otros partidos socialistas. La fatal degeneración en el terrorismo de Estado podía evitarse. Desde finales de 1920 a los primeros meses de 1921, hubo vacilaciones en cuanto a la actitud a adoptar. Finalmente, se eligió la peor posible: se eliminaron, dentro del Partido, a quienes defendían aquellas opiniones; se persiguió fuera del Partido a quienes hubie-

ran podido reintegrarse, o bien integrarse en el poder, los mencheviques y los socialistas revolucionarios. El 8 de junio de 1922, se abrió en Moscú el proceso al Comité Central del Partido Socialista Revolucionario. Doce de sus miembros fueron condenados a muerte. Pocos días antes, Lenin había sufrido su primera congestión cerebral y, como consecuencia de este hecho, Moscú perdía coherencia y memoria. Finalmente había triunfado el «Oso» ruso, tan temido por Marx. El Capital había encontrado su caballo de Troya. Introducido por los rusos en el movimiento obrero internacional con ocasión de la bolchevización de las fracciones más combativas de la clase obrera internacional, contribuyó a deteriorar las escasas posiciones revolucionarias del momento. Rosa Luxemburgo había advertido vanamente que «el peligro comienza en que, bajo la presión de la necesidad, (los bolcheviques) cristalizan en teorizaciones las tácticas a que les han obligado aquellas mismas fatales condiciones (...); de este modo rinden un flaco servicio al socialismo internacional (...) intentando introducir en su acervo doctrinal todos los errores cometidos en Rusia bajo presión de la necesidad...» (La Revolución rusa). Habiendo destruido de este modo, acaso definitivamente, la revolución proletaria mundial, la U.R.S.S., aislada, se había condenado «al socialismo en un solo país». Y, por consiguiente, a Stalin.

Abrumar a Stalin para absolver más fácilmente a Lenin ni es prueba de gran habilidad táctica ni revela gran originalidad. Trotsky dedicó vanamente todo su exilio a la defensa del leninismo y de la U.R.S.S., antes de volver, al fin, a la defensa del marxismo. Si el cerebro de reflejos más rápidos de todo el Este quedó sumido en tales dudas, no es por azar. Stalin se había convertido en el mayor criminal de todos los tiempos a causa de una situación de la que no era responsable. Ciertamente que el Tribunal de la Historia puede sancionar con severidad al discípulo, pero no debería olvidarse de condenar asimismo al maestro, es decir, al primer culpable. Porque, en resumidas cuentas, el interrogante fundamental es el siguiente: ¿por qué se condenaron Lenin y Stalin a desarrollar una política terrorista?

A esta pregunta cabe una posible respuesta: el análisis político-estratégico de Lenin era, al mismo tiempo, profundamente justo y adaptado a la «situación concreta» de las fuerzas políticas, pero erróneo e inadaptado a las relaciones de producción reales del país. El primer aspecto le confirió una apreciación justa de las relaciones de fuerza y, como consecuencia, el poder; el segundo le arrastró a una serie de errores políticos y estratégicos, los cuales, a fin de cuentas, pervirtieron el proyecto.

Todo derivó ineluctablemente del error cometido en El desarrollo del capitalismo en Rusia (1899). Contra los populistas, entendía Lenin que era necesario probar el dominio del modo de producción capitalista. Al término de setecientas páginas de acrobacias eruditas, establece que, al final del siglo XIX, 63 millones setecientos mil proletarios y semi-proletarios flanquean y suplantán a 61 millones novecientos mil propietarios, grandes o pequeños. No polemizaremos aquí sobre la naturaleza de esos propietarios ni tampoco criticaremos en detalle los cálculos más que problemáticos. Pondremos sólo de relieve que, en la página 575 de la obra Lenin, cifra en «22 millones por lo menos» el número de proletarios auténticos, en tanto que, en la página 568, solamente se contabilizan 2 millones ochocientos mil obreros industriales. Los restantes supuestos proletarios son, en lo esencial, proletarios agrícolas, artesanos a domicilio y asalariados temporeros. En cuanto a los famosos semi-proletarios, se trata en su casi totalidad de campesinos pobres obligados a venderse temporalmente a los campesinos ricos.

Tanto desde el punto de vista de los principios como desde el de la política revolucionaria, resulta peligroso confundir proletariado campesino y proletariado industrial. El asalariado, criterio necesario para la definición de proletario, no es suficiente en todas las circunstancias, sobre todo cuando el supuesto proletario es ante todo un campesino. Desde el enfoque marxista, existe un abismo entre la posición del obrero y la del campesino dentro del sistema de producción. La clase a la cual pertenece el primero se supone que posee una posición central y una visión totalizante, en tanto que la clase a la que pertenece el campesino es el asiento mismo de la separación y de la visión parcelaria. El campesinado está en situación de aislamiento,

de lo que deriva invariablemente «una burocracia todopoderosa e innumerable» (Marx, El 18 brumario). En realidad, en un contexto de miseria, las dos clases se hallan en la misma situación deplorable de opresión. De cualquier modo, éste no es el índice de una capacidad revolucionaria anticapitalista, todo lo más crea una aptitud para la rebelión. Sobre esto se puede fundamentar un blanquismo, pero sólo eso.^[7] Y, de hecho, en Rusia, de ese proletariado era difícil esperar una conciencia de clase socialista. Al lado de los campesinos proletarizados o semi-proletarizados, los proletarios industrializados no eran con frecuencia otra cosa que campesinos que trabajaban en fábricas. Se parecían mucho más a los trabajadores actuales emigrados a los países desarrollados que a los obreros alemanes de la época. Piatnitski, en sus Memorias de un bolchevique (1896-1917) (París, 1931), nos dice que, al participar por primera vez en una reunión obrera en Alemania, creyó haberse equivocado de sala, tanto se parecían los allí reunidos a los burgueses rusos. Por su parte, los obreros rusos soñaban sobre todo con reunirse de nuevo con sus familias en el ámbito rural y, junto con aquellos que habían perdido toda relación con el «país» y con su clase de origen, ahogaban su miseria en el alcohol. En 1914, la cuarta parte del presupuesto del Estado provenía del impuesto sobre el vodka, impuesto abolido por los bolcheviques al principio, pero luego restaurado bajo la N.E.P. y vigente en nuestros días.

Sin embargo, entre los revolucionarios deseosos de abatir a la autocracia para instaurar el socialismo había también, mezclados a elementos llegados de todas las clases sociales, obreros auténticos. Es curioso constatar que la conciencia socialista se manifestaba menos entre los elementos poco instruidos que entre los instruidos llegados de las capas superiores, burguesía, e incluso aristocracia; Dzerjinsky, por ejemplo, provenía de la nobleza polaca. La célebre tesis de Kautsky, según la cual el proletariado es incapaz de superar por sus propios medios el nivel de conciencia tradeunionista, reforzada por aquella otra, no menos conocida de «las tres fuentes del marxismo», respondía efectivamente a la situación rusa, y Lenin la hizo suya en su famoso ¿Qué hacer? Si posteriormente rompió con el «renegado Kautsky», no fue en modo alguno por haber renegado de aquel funda-

mento común. La socialdemocracia futura y el comunismo potencial eran dos ramas nacidas del mismo tronco. De idéntica naturaleza por su origen, siguen siempre adoptando actitudes similares por poco que las circunstancias les empujen a revelar la unicidad de su ser. La denuncia del terrorismo bolchevique no debe de cualquier modo hacernos olvidar la masacre por parte de los socialdemócratas alemanes del luxemburguismo, precisamente la única doctrina negadora de la concepción kautskista de la exterioridad de la conciencia de clase a la clase misma.

De acuerdo con el mismo objetivo, la conquista del poder, Kautsky y Lenin discrepaban en cuanto a la táctica apropiada. Se sabe que, en el interior del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia (P.O.S.D.R.), la divergencia ocasionó la escisión del mismo entre mencheviques y bolcheviques. Lenin, que ya había reducido el marxismo a «una guía para la acción», extrajo de la tesis kautskista consecuencias extremas. Unidas estas consecuencias a las lecciones de Clausewitz, abocaron a la concepción de un partido de profesionales, disciplinado, jerarquizado, el único capaz de afrontar victoriosamente al Estado zarista centralizado y no democrático. Olvidándose de que «la socialdemocracia no está vinculada a la clase obrera (pero que) es el movimiento propio de la clase obrera» (Luxemburgo: Cuestiones organizativas de la socialdemocracia rusa), Lenin proponía el centralismo-democrático como principio organizativo. Con el curso del tiempo y a causa de circunstancias favorables, quedó claro que se trataba de una quimera, de un maridaje entre un lobo y un cordero, finalmente, se impuso la elección. Los mencheviques eligieron la democracia y se alinearon en el campo burgués, mientras los bolcheviques elegían el centralismo y se inclinaban por la dictadura. Ambos traicionaron el pensamiento fundamental de Marx, para quien la emancipación del proletariado sería obra del proletariado mismo. Los mencheviques tradujeron del siguiente modo: la emancipación del proletariado será obra de la socialdemocracia misma, en tanto que los bolcheviques lo hacían así: la emancipación del proletariado será obra de los leninistas mismos. «Al hacer esta aplicación (Lenin) adoptaba el modelo capitalista de organización en el sentido más amplio y lo introducía en el seno del movimiento obrero (como con

otras variantes lo había hecho la socialdemocracia). La organización quedaba dividida entre dirigentes y ejecutantes y se situaba, globalmente, como un dirigente frente a ese ejecutante de la revolución que era el proletariado. El tipo de trabajo del militante era en rigor el de ejecutante. Y, como aspecto final, pero muy importante, la concepción de la teoría revolucionaria, que contiene el modelo organizativo y el tipo de actividad implicada, y el contenido mismo de esta teoría, seguían siendo capitalistas, y esto incluso ya desde el propio Marx.» Esto lo explica y comenta Castoriadis en una Entrevista (París, 1975), cuya última conclusión puede no ser totalmente aceptable. Pero, al obrar de este modo, Lenin creó un centro sólido, el cual, cuando todos aquellos alrededor de quienes la revolución intentó concentrarse hubieron naufragado, consiguió sobrenadar como un salvavidas, al que se aferró el país.

Son conocidos los epítetos con los que Trotsky abrumó a «Maximiliano Lenin». Aquél demostraba una tendencia a referirse siempre a la Revolución francesa hasta el punto de que, después, se referirá a Stalin como a un termidoriano, cuando precisamente Stalin no hacía otra cosa que poner en práctica la política defendida por quien no había querido —o podido, pues la cuestión sigue en el aire— ser Bonaparte. Por su parte, Martov, dirigente del Partido, no permanecía indiferente. Se levantó contra «el Estado de excepción dentro del Partido» y denunció la obediencia mecánica, el terror que hacía reinar Lenin dentro del P.S.O.D.R. Acusó a éste de formalismo burocrático, de absolutismo, de jacobinismo, de bonapartismo. Rosa Luxemburgo consideró la cuestión lo suficiente grave como para dedicarle un artículo severísimo. En «Iskra» y en «Neue Zeit», escribe en 1904 que la concepción del «ultracentralista» Lenin es una «transposición mecánica de los principios de organización blanquistas»; fustiga la ambición leninista de disciplinar a la clase obrera: «Sólo extirpando hasta sus últimas raíces los hábitos de obediencia y servilismo, podrá la clase obrera adquirir el sentimiento de autodisciplina»; condena la omnipotencia de los dirigentes, pues, subraya, los más fecundos cambios tácticos «no han sido invención de ningún dirigente, y menos aún de órganos centrales, sino que son en cada caso el producto espontáneo del movimiento en efervescen-

cia»; finalmente, echa abajo el mito leninista, mejor, la mística leninista de la organización: «El inconsciente precede a lo consciente, y la lógica del proceso histórico objetivo precede a la lógica subjetiva de sus protagonistas. El papel de los órganos dirigentes del Partido Socialista reviste en gran medida un carácter conservador: como lo muestra la experiencia, cada vez que el movimiento obrero conquista un terreno nuevo, esos órganos lo labran hasta los límites más lejanos, pero lo transforman al propio tiempo en un bastión contra progresos ulteriores de más amplia envergadura» (Cuestiones organizativas de la socialdemocracia rusa).

Todo fue inútil, y la escisión resistió todo intento de reducción. Sin embargo, hasta el retorno de Lenin a Rusia, nadie sueña dentro del P.O.S.D.R. con instaurar el socialismo a favor del impulso de la revolución democrática burguesa. Apenas llegado a Rusia, Lenin observa que, en la confluencia misma de la corriente socialista obrera y de la marea campesina, se forma una formidable barra, por utilizar un término marino, ante la que no resistirían sus oponentes. Arroja de inmediato por la borda cuanto lastra inútilmente su partido, como ya lo había hecho, aunque demasiado tarde, en 1905: nos estamos refiriendo con esa acción simbólica a las tesis de abril. Sólo comete un error de apreciación: la corriente comunista en la que él se ha deslizado no tiene entidad suficiente para resistir a la marea capitalista que la empuja. Reforzado inmediatamente por Trotsky, a quien su teoría de la revolución permanente había llevado al mismo error, Lenin prosigue su camino adelante.

A pesar de su profesionalismo, 24.000 bolcheviques hubieran sido incapaces de realizar sus proyectos si las circunstancias no les hubieran favorecido, o no hubieran sabido explotarlas con rara habilidad, aunque bien poco de acuerdo con la doctrina marxista, de la cual, y ahora más que nunca, se presentaban como verdaderos adalides. Efectivamente, la clase obrera, incluso unida —lo que distaba de ser el caso—, habría tenido graves dificultades para conquistar el poder y asumirlo. Todo dependía de las zonas rurales, y esta baza se jugó.

A pesar de la débil implantación de los soviets en los medios rurales, el Gobierno provisional, consciente del carácter explosivo de la cuestión agra-

ria, hizo celebrar, en mayo de 1917, el primer Congreso de los Soviets Campesinos. Por designación de su Comité ejecutivo, los socialistas revolucionarios obtuvieron 810 votos, los partidarios de Kerensky 804 y los bolcheviques 20 (veinte). La hegemonía de los primeros no era la más apropiada para que los bolcheviques soñaran con el poder. Pero el fantasma empezó a tomar cuerpo cuando los socialistas revolucionarios cometieron un enorme error, que, por otra parte, les honra, aunque ello empezara por cortarles el poder primero, y la existencia después. Por fidelidad a la opción socialista, defendieron la abolición del derecho de propiedad privada de las tierras, conservando los explotadores de las mismas su carácter de usufructuarios. De este modo chocaron directamente con la marea campesina. De febrero a octubre, y de acuerdo con una estadística parcial citada por Trotsky en su Historia de la Revolución Rusa (tomo IV), hubo 4.954 conflictos agrarios dirigidos contra los propietarios nobles y solamente 324 dirigidos contra la burguesía rural. «¡Notable informe!», exclama Trotsky. «Por sí solo demuestra, de modo innegable, que el movimiento campesino de 1917, en lo que a su base social se refiere, no iba dirigido contra el capitalismo, sino contra las supervivencias de la esclavitud.» Y, sin embargo, el brazo derecho de Lenin no extrae la conclusión que se ofrece evidente en su aserto. Si el campesino luchaba contra el feudalismo, era para imponer el capitalismo. No darle satisfacción inmediata suponía perder de inmediato el poder; pero dar muestras de entenderle en un primer período significaba exponerse, en un segundo, a no poder ya emanciparse de su tutela y, o antes o después, tener que presentarle batalla. Esto es lo que les ocurrió sucesivamente a los socialistas revolucionarios y a los bolcheviques. La siguiente predicción, hecha por Marx a Mijailovsky, iba a revelarse exacta: «Si Rusia», había escrito en francés, «tiende a convertirse en una nación capitalista, será necesario que previamente transforme buena parte de sus campesinos en proletarios; después de esto, inserta en el sistema capitalista, tendrá que soportar sus leyes implacables, lo mismo que otras naciones profanas».

En agosto de 1917, el Partido Socialista Revolucionario está en su cénit, pero el otoño marca para él la hora de declive. Al constatar su negati-

va a satisfacer enteramente sus aspiraciones a la propiedad de las tierras, su base le abandona poco a poco y empieza a prestar una atención, al comienzo un tanto distraída, a las sirenas bolcheviques, pródigas en promesas. El 15 de julio de 1791, Barnave, hablando ante la Asamblea nacional, había entrevisto, en una visión profética, el fin de la Gironda, el Terror y el Consulado: «Los hombres que quieren hacer revoluciones no las hacen con fórmulas metafísicas; se seduce, se arrastra a algunos pensadores de gabinete, incapaces de hacer política. No hay duda de que se les alimenta con abstracciones, pero la multitud que se ha de utilizar, la multitud sin la cual no se hacen revoluciones, no se deja arrastrar más que por realidades, ni se deja convencer más que por ventajas ostensibles» (citado por Rollin, La Revolución Rusa, Tomo I, Los Soviets, París 1931). Impotentes para canalizar el irresistible movimiento, los leninistas se dejaban llevar por él. Por oportunismo, habían adoptado una fórmula de revolución agraria, interpretada por los campesinos, como promesa de propiedad. Con ello desmentían a Engels, quien, en noviembre de 1894, había escrito: «No podríamos servir peor los intereses del Partido y los de los pequeños campesinos que por medio de declaraciones en las que se insinuara la mera posibilidad de que estuviéramos dispuestos a preservar de modo duradero la pequeña propiedad de la tierra» («Neue Zeit»). El caso es que, habiendo recuperado de este modo la marea campesina capitalista para granjear su benevolente neutralidad, los bolcheviques se lanzaron al asalto de un poder minado por la doble deserción de los ejércitos y de los campos.

El poder esperaba, y los leninistas no resistieron la tentación. Sin pararse a pensar en qué callejón sin salida se metían, lo tomaron por asalto, y ellos mismos se quedaron sorprendidos por la facilidad de la operación. Creían tan poco como los demás en la posibilidad de conservar el poder y, si la conocían, no les vino en aquel momento al espíritu esta terrible advertencia de Engels: «Lo peor que le puede ocurrir al jefe de un partido extremista, es verse obligado a tomar el poder en una época en que el movimiento todavía no está maduro para la dominación de la clase que representa y para la aplicación de las medidas que exige la dominación de esta clase (...). Se ve obligado a representar, no a su partido, a su clase, sino a

la clase para cuya dominación las condiciones han madurado. Se ve asimismo obligado, en interés de todo el movimiento, a defender el interés de una clase que le es extraña mientras alimenta a su propia clase con frases, con promesas y con la seguridad de que los intereses de esta clase extraña son sus propios intereses. Quien cae en esta situación falsa está irremediablemente perdido» (La guerra de los campesinos).

Y esto es lo que ocurrió. Los hombres del golpe de Estado hicieron oídos sordos a las conminaciones de los demás revolucionarios. Sólo querían escuchar el llamamiento en favor de la dictadura de un proletariado ultraminoritario e incluso falto de unanimidad. Aquel llamamiento era, en realidad, un eco de sus propios llamamientos y no una consecuencia de convicciones o necesidades profundas. Se habían puesto a la cabeza de la revolución agraria capitalista sin querer reconocerlo, hasta que los «hechos obstinados» les obligan brutalmente a una estimación más justa de las realidades. Vero, para entonces, es tarde y no se puede dar marcha atrás. De ahí la sorprendente esquizofrenia de la ideología leninista y, sobre todo, de la estalinista.

Sin embargo, la mañana misma en que se llevó a cabo la toma del poder, un hecho hubiera podido neutralizar esa situación catastrófica. En el curso del II Congreso de los Soviets de Obreros y Soldados, en el que por vez primera los bolcheviques disponían de una mayoría, se hallaba también presente una representación de soviets campesinos. Llegaron al mismo tiempo telegramas de parte de 68 soviets agrarios. La mitad de ellos exactamente se manifestaba favorable al nuevo poder, mientras que la otra mitad se inclinaba por el de la Asamblea constituyente. El hecho resultaba inquietante. El 25 de noviembre (6 de diciembre en el nuevo calendario) ya no cabía hacerse ilusiones. En las elecciones para las Constituyentes, los socialistas revolucionarios obtuvieron el 59 por ciento de los sufragios, los bolcheviques se contentaron con el 25 por ciento y el Partido Constitucional y los diversos grupos conservadores tuvieron que conformarse con 34 escaños. Un mes después de octubre, una amplia mayoría se afirmaba para reclamar un régimen diferente del nacido en febrero y del instaurado por octubre. El país quería una democracia pluralista y una economía mixta.

Para justificar su golpe de Estado, los bolcheviques habían atribuido a los socialistas revolucionarios el proyecto de impedir la reunión de la Constituyente. Una vez elegida, se encontraron de nuevo con una dualidad de poderes que, esta vez, presentaba el peligro de no serles favorable. El día 5 de enero de 1918, fecha de la primera sesión, la hicieron disolver por un puñado de anarquistas, felices de llevar a efecto su sueño ancestral de la destrucción del Estado. El propio Cromwell había hecho escribir en el frontispicio del Parlamento: «Esta casa se alquila»...

Se anunciaban ya la guerra civil y la intervención extranjera. En lugar de ensanchar la base del poder, la alianza con los socialistas revolucionarios de izquierda no prosperaba. De estos aliados los bolcheviques esperaban el apoyo campesino, a cambio del cual les habían entregado algunos comisariados del pueblo, como el de Justicia, donde Steinberg se empleaba a fondo para frenar la propensión bolchevique de resolverlo todo por la violencia. También intentaban limitar en lo posible la inclinación chequista de ver en todas partes «candidatos al paredón», en tanto que en los campos se instalaba el caos.

Luego de haberse precipitado sobre las tierras de los nobles y de los grandes terratenientes, tierras en ocasiones obtenidas por la fuerza, los campesinos no tardaron en rivalizar entre ellos, agravando así la desorganización de una producción que, de cualquier modo, se mostraban refractarios a entregar a las ciudades. Las requisas del gobierno provisional habían influido en la hostilidad de los campesinos hacia los socialistas revolucionarios. Sin embargo, el poder había conseguido requisar una media mensual de 783.000 toneladas de cereales. Después de octubre llegó el hundimiento de tales requisas: noviembre, 641.000 toneladas; enero, 136.000; mayo, 3.000; junio, 2.000; posteriormente, cero.

El nuevo poder reaccionó estableciendo el monopolio del trigo (13 de mayo de 1918) y el Comité de Campesinos Pobres (11 de junio). Como estas medidas quedan virtualmente sin efecto, se crea el 27 de junio la Oficina Militar de Abastecimiento, junto al Consejo Panruso y Moscovi-ta de los Sindicatos. Para Lenin «la base de nuestra actividad debe ser la recolección del trigo». En poco tiempo el ejército de recolección cuenta unos

efectivos que varían de 20.000 a 54.000 hombres. En El Don apacible de Sholojov (?), muchas páginas se dedican a describir las actividades de esos «requisadores» y las confrontaciones a que dieron lugar en los pueblos cosacos. En el Informe del comisariado de Abastecimientos, correspondiente al período 1918-1919, se encuentra la siguiente estimación: «Todos los informes de los Comités Provinciales de Abastecimiento están de acuerdo en reconocer que las entregas voluntarias han sido prácticamente nulas, y sólo en las comarcas donde los grupos de requisita han operado ha sido posible obtener excedentes de trigo». «En general», afirma otro documento, igualmente citado por Ida Metí en El campesino ruso en la revolución, «los Comités Provinciales de Abastecimientos señalan que en lo sucesivo ya no será posible ejercer el monopolio del trigo sin el concurso de las tropas de Abastecimientos organizadas y rigurosamente disciplinadas.» Finalmente, en 1918, se consiguió almacenar 800.000 toneladas de trigo, poco más de lo que obtenía en un solo mes el gobierno anterior, y esto a cambio de una violencia mucho más elevada, que consiguió por fin reconciliar a los campesinos, uniéndolos contra un Estado odiado por tomar con una mano lo que prometía con la otra —al menos lo que se creía que había prometido—: el desarrollo capitalista.

Ante la represión creciente en los campos y, después del tratado de Brest-Litovsk, los socialistas revolucionarios de izquierda no podían dejar de reaccionar. A tenor de circunstancias que reputaron favorables, intentaron reeditar el golpe que tan bien les había salido a los bolcheviques. Del 4 al 10 de julio, se reunió el Congreso Panruso de los Soviets. El día 5, los socialistas revolucionarios se rebelan, pero su golpe de opereta fracasa. Resultado: aislamiento total de los bolcheviques y, puesto que en verdad ya no era posible discernir la manera de deshacerse de ellos, atentados contra Lenin y otros jefes. Por fin solos, los bolcheviques, exasperados y atemorizados ante el peligro que corrían en lo sucesivo, e instruidos por la experiencia del pasado zarista, disponían del pretexto con el que soñaban desde hacía algún tiempo, como único medio para resistir. Pocas horas después del atentado protagonizado por la socialista revolucionaria Fanny Kaplan, los bolcheviques decretan «el terror de masas contra la burguesía y sus

agentes» (*Declaración del Comité Central ejecutivo de los soviets*, 2 septiembre 1918). Nunca se llegó a esclarecer si la expresión «terror de masas» significaba terror de las masas contra sus enemigos, o terror masivo, es decir, tan inexorable como puntual. En cambio, enseguida se vio con precisión la ambigüedad del término «agente». Este permitía todas las acepciones, en medio de un contexto que favorecía todos los abusos. Pues, en este momento, la alianza del proletariado y la burguesía estaba sellado, pero contra el gobierno obrero y campesino.

Si la reacción no hubiera provocado la guerra civil, la hundido. Aislado como estaba debía reprimir a todos los intervención y el bloqueo, el poder bolchevique se hubiera enemigos: a los blancos, por supuesto, también a los campesinos insatisfechos, algunos de los cuales llegaron incluso a organizarse en «ejércitos verdes», con Savinkov, mientras otros se unen a los anarquistas, quienes con Mackno, en Ucrania, crean un feudo; a los trabajadores recalcitrantes a la miseria y rebeldes a la dictadura de su supuesto Partido; los técnicos; los intelectuales reticentes^[8], entre los cuales Gorky era el menos hostil; la Iglesia; los socialistas rivales, decididos encarnizadamente a sobrevivir con la esperanza de heredar a los bolcheviques; por fin, la propia fronda del rebaño bolchevique, infectado de ovejas díscolas y de elementos dudosos, como ese «poeta», Eiduk, que llegará a escribir: «No hay gozo más grande ni música más bella que el crujido de los huesos que se trituran; asimismo, cuando nuestros ojos se llenan de nostalgia y en nuestros corazones hierven las pasiones, experimento la necesidad de escribir con mano firme en vuestra orden de detención: “Al paredón. A fusilar”». (Citado por Melgunov, *El terror rojo*, París 1927.)

En Rusia, el Terror no era ninguna novedad. Al terror estatal y contrarrevolucionario había respondido desde antiguo el contra-terror revolucionario de los individuos, los partidos y las masas. Netcha'iev, Tkatchev, los narodniki, los anarquistas, los socialistas-revolucionarios y su legendaria organización de combate, los bolcheviques y sus boievicki de 1905-1907, habían practicado sucesivamente un tipo de acción en la que se mezclaban el terrorismo y la lucha armada. Por su parte, las masas no

le habían hecho ascos a la acción. Tres días antes de febrero, habían masacrado un lote bastante numeroso de oficiales de la armada báltica.

Se había polemizado mucho tiempo sobre el tema, sin llegar nunca a esclarecer bien los límites entre el terrorismo y la lucha armada. Los mencheviques eran los que más encarnizadamente combatían el terror. Se habían declarado partidarios de la lucha armada, siempre que las masas tomaran la iniciativa dentro de circunstancias propicias. También ellos acabaron por refugiarse finalmente tras el cobijo de las máximas marxistas. El terror es, escribía Engels a Marx, «el dominio de gentes que se sienten ellas mismas aterrorizadas (...), en la mayoría de los casos, se trata de atrocidades cometidas para darse valor». De estas palabras son eco las de Steinberg, escritas en sus Memorias de un comisario del pueblo (París, 1930): después de Brest-Litovsk los bolcheviques estaban «desconcertados interiormente. Trataban de compensar la vergüenza de tener que someterse a la contrarrevolución imperialista».

En verdad se necesitaban otras muchas razones para llegar hasta los extremos que llegaron. De arriba abajo, en la jerarquía del Partido, dominaba la histeria. Decía Lenin: «Cuando la gente nos censura por nuestra crueldad, nos preguntamos cómo pueden olvidar los principios más elementales del marxismo» (Pravda, 26 octubre 1918). Para enmendar la ligereza de Lenin al mezclar a Marx en sus ajustes de cuentas, Trotsky interviene en su libro Terrorismo y comunismo: «La cuestión de saber a quien pertenecerá el poder, es decir, si la burguesía debe perecer o vivir, se resolverá, no con referencias a los artículos de la constitución, sino por el recurso a todas las formas de violencia (...). La cuestión de las formas y del grado de represión no es, evidentemente, un problema de principios. Es un problema de medios con objeto de conseguir un fin». Se observará, como primera providencia, que el problema no era el del poder de una burguesía inexistente. Luego, tampoco tendrá objeto entonar aquí el estribillo tradicional sobre el tema gastado de los fines y los medios, dado que nuestro propósito es muy diferente. Opinión de Sverdlov: «Practicar el terror contra los cosacos ricos por medio del exterminio general. Practicar un terror igualmente implacable respecto a los cosacos que, de cerca o de lejos,

han participado en la lucha contra el poder de los soviets. En relación con los demás cosacos, se pondrán en acción cualquier tipo de medidas tendentes a disuadirlos de entregarse a nuevas acciones contra el poder de los soviets (...). Desarmar a la población y fusilar a quienes no hayan entregado las armas en los plazos previstos...» (Instrucciones del 29 de enero de 1919, citada por Roy Medvedev en *¿Quién ha escrito el Don apacible?*). Dice Zinoviev: «La Checa y el Ejército Rojo son el ornamento y el orgullo del Partido Comunista». Y Bujarin: «A partir de este momento, todos nosotros debemos convertirnos en chequistas». Piatakov, a la sazón presidente del tribunal revolucionario del Don: «Toda abstención de denuncia será considerada como un crimen y castigada con todo el rigor de las leyes revolucionarias». Y Miasnikov, ¡el propio y honrado Miasnikov!: «Es preciso vigilar a cualquier contrarrevolucionario, en las calles, en las casas, en los lugares públicos, en los trenes, en las instituciones soviéticas, en todas partes, siempre, para detenerlos y ponerlos en manos de la Checa» (Izvestia, 1 de octubre de 1919). Sólo Kamenev se conduce tan honorablemente como le es posible.

En cuanto a los chequistas, se trata pura y simplemente del delirio. «La coacción proletaria bajo todas sus formas, empezando por las ejecuciones capitales, constituye un método encaminado a crear el hombre comunista», declara el incorruptible Dzerjinsky. Acaso será necesario citar ahora a Danton: «Basta que un hombre tenga el estómago enfermo y los sentidos atrofiados, con tal de que viva con un poco de queso y se acueste en un lecho estrecho, le llamáis Incorruptible, y esa palabra le dispensa de poseer valor e inteligencia». A Dzerjinsky no le faltaba valor, pero en cuanto a la inteligencia de sus adjuntos es otro cantar. Latzis: «A la Checa le corresponde el trabajo más sucio de la revolución. En este caso se trabaja con cabezas. Si el trabajo se hace bien, son las cabezas de los contrarrevolucionarios las que caen. En caso contrario, podemos perder las nuestras» (citado por Goul, *Los amos de la Checa*, París, 1938). Así se manifestaba Peters, otro adjunto de Dzerjinsky: «Aplicar implacablemente el Terror rojo en todas las familias, rebeldes o no, detener a todas las personas de más de 18 años y, si la rebelión continúa, fusilarlos para ejemplarizar. Exigir

de los pueblos y villas contribuciones suplementarias; en caso de impago, confiscar las tierras y los bienes» (cartel colgado en Tambov, citado por Goul). Bajando escalones en la jerarquía, hallamos a Lev Kraini, seudónimo, quien escribe en el n.º 1 de «Krasni Metcb» («La Daga Roja», órgano de la Checa): «Hay que arrancar la máscara a los intelectuales apolíticos, a los intelectuales especuladores (?), a los intelectuales oportunistas, a los saboteadores, a los dirigentes que, traidoramente, aparentan simpatizar con la clase obrera». «Si, para afirmar la dictadura del proletariado», subraya un cierto Schwartz en el mismo periódico, «fuera necesario destruir en el mundo entero a todos los lacayos del capitalismo y del zar, no nos detendríamos ante ello.» No hay que extrañarse de que, después de ese diluvio de palabras incendiarias, el obrero Mikizin, del barrio moscovita de Lefortov, declare fríamente en el curso de una discusión consagrada a la tesis de Latzis, según la cual la instrucción judicial era inútil: «¿De qué sirven todas esas historias (sobre el origen social, la educación, la profesión...)? Yo iré a casa del sospechoso, registraré la cocina, la olla. Si hay carne en ella, se trata de un enemigo del pueblo. ¡Al paredón!» (citado por Melgunov). El Partido no adoptó ese criterio, por supuesto, porque su aplicación hubiera provocado el exterminio de los comunistas y de los chequistas, casi los únicos que, en aquel tiempo difícil, conocían el sabor de la carne.

Es curioso constatar que, en medio de toda esa agitación, Stalin no se hizo notar de un modo especial. No es que sea opuesto al Terror. Pero se encuentra en provincias y lo practica en masa. En Zaritsin, se encuentra con el Xº Ejército en mal estado, y a la ciudad en peor situación aún. Organiza de inmediato una checa local e inicia una represión inexorable. Vorochilov cita con satisfacción y confirma el relato de un «blanco», el tráfuga Nosovitch, quien ha escrito de Stalin: «Hay que hacerle justicia en el sentido de que su energía puede envidiarla cualquier viejo administrador y de que su capacidad de adaptación a trabajos y a circunstancias concretas podía servir de ejemplo a otros muchos». La atmósfera de Zaritsin se hace más pesada, la Checa trabaja a pleno rendimiento, se descubre cada día una nueva conspiración, «todas las cárceles de la ciudad están a

reventar»... Un ingeniero y sus dos hijos, llegados de Moscú, son detenidos por conspiración: «La decisión de Stalin fue tajante: fusilar... La mano de Stalin no tiembla», informa y comenta Suvarin en su Stalin. Tampoco tiembla la de Lenin. Y, aunque esto ocurrió en julio de 1918, antes de la proclamación del Terror, Lenin no toma medida alguna contra él. Por el contrario, le envía a proseguir sus éxitos en el frente de Viatka donde, naturalmente, su primer gesto es de depurar y reformar la checa local. Como recompensa, una hermosa medalla, la Orden de la Bandera Roja, que Lenin le concedió, sabiendo, según afirma Bujarin, que Stalin no podía «vivir sin tener lo que otro tiene» (en este caso, Trotsky).

Stalin no habla. Antes de impartir lecciones, las aprende. Por otra parte, aprende pronto. En agosto de 1922, según Goloss Rossi, citado por Melgunov, declara en la Asamblea de las Organizaciones del Partido: «Nuestros enemigos esperan que nos veamos obligados a recurrir al Terror rojo y que responderemos a sus ataques por medio de las medidas que hemos practicado en 1918-1919. Que no olviden que pondremos en práctica nuestras promesas. La manera en que las aplicamos ya deben saberlo por la experiencia de los años precedentes. Todos aquellos que comparten los sentimientos de nuestros enemigos políticos deben prevenir a sus amigos más exaltados, que trasgreden los límites de lo que está permitido y que luchan abiertamente contra todas las medidas tomadas por el Gabinete. En caso contrario, nos obligarán a emplear un arma que hemos abandonado de momento y a la que no querríamos recurrir de nuevo. La emplearemos inmediatamente después de observar que nuestras advertencias caen en el vacío. Y a los golpes traidores y solapados responderemos con golpes terribles contra todos nuestros enemigos militantes o contra aquellos que comparten sus ideas». A despecho de una cierta formulación genérica, no se podía ser más explícito. Nadie, ni el propio Lenin, encontró nada nuevo que añadir.

Sobre el hilo de la historia rusa (agosto 1914, agosto 1918, agosto 1922) se forma un nuevo nudo que nadie ha conseguido deshacer. Después del 15 de enero de 1920,

con la abolición oficial de la pena de muerte, el Terror rojo ha pretendido poner fin a su acción, pero en realidad se ha convertido en una estructura esencial del Estado. La Checa no ha tomado el poder, como era de temer, pero se ha convertido en un Estado dentro del Estado. Con sus 31.000 funcionarios federales, es una organización representada como tal en las más altas cumbres políticas. La frase del chequista Moroz es de una evidencia deslumbradora: «Ningún aspecto de nuestra vida escapa al ojo avizor de la Checa». Esta posee un departamento especial para el control del ejército; además censura la prensa, controla las relaciones exteriores. Desde marzo de 1920, para reemplazar a la ejecución capital, deporta a campos de concentración a sospechosos, quienes, por simple decisión administrativa, pueden ser condenados a cinco meses de prisión. Estos campos no son ninguna novedad: dos de ellos han sido abiertos en 1918, ocho en 1920. En 1922, la NKVD controlará ya a cincuenta y seis. Por la misma fecha, este organismo policíaco condena al 38 por ciento de sus víctimas a trabajos forzados, en Solovskí y en otros lugares, de donde poco a poco surgirá el Gulag. Las cárceles, vacías en 1917, cuentan en enero de 1924 con 87.800 inquilinos forzados. La cifra ya no dejará de crecer: enero 1925: 148.000; 1926: 155.000; 1927: 198.000. En 1924, existían 434 prisiones centrales. Las granjas penitenciarias, nacidas de un decreto de enero de 1918, ocupan superficies de decenas de millares de hectáreas (cifras obtenidas de Forced Labour in Soviet Russia, de Nicolaevsky y Dallin, Londres, 1948).

En agosto de 1922, la represión se había ejercido sobre todas las clases, contra todas las categorías sociales. En relación con los campesinos, el n.º 276 de Pravda de 1918 informa que en el gobierno de Vologda «la Checa ha encerrado en masa a campesinos en una granja helada, los ha desnudado y luego flagelado con baquetas de fusil». Y todavía podían sentirse felices de no haber sido fusilados, como ocurría con frecuencia. En cuanto a los obreros: en septiembre de 1920, después del fin oficial del Terror, en Kazan, sesenta de sus representantes, que pedían la jornada de ocho horas y mejoras salariales, fueron ejecutados, informa «Znamia Truda», n.º 3. En Ekaterinoslav (Astrakán), las represiones fueron aún más duras. Los

soldados: hubo que hacer fusilar a bastantes de ellos, que se negaron a fusilar a los de Kronstadt.

Pasemos a agosto de 1922. Se acaba de juzgar a los socialistas revolucionarios. El proceso suscitó la indignación de los revolucionarios no bolcheviques de todo el mundo. Y, si no se llega a ejecutar a los doce condenados a muerte, es porque se establece el compromiso de no hacerlo ante las altas instancias morales del movimiento obrero internacional. El proceso es montado de acuerdo con fórmulas que, una vez perfeccionadas, asegurarán el éxito de los futuros procesos de Moscú. No falta en ellos nada: la amalgama de verdaderos revolucionarios con provocadores a sueldo del poder; la acusación prefabricada que no se consigue hacer aceptar a hombres de otro calibre que los Zinoviev. De igual modo se procede contra los anarquistas, utilizando el proceso provocación-represión, encarcelamiento-exilio...

De nuevo agosto de 1922. En el interior del Partido la represión ya a empezado a manifestarse. Ciertamente que todavía no se ha matado a nadie, pero ya se tiene el dedo en el gatillo. Chliapnikov se queja de que Frunzé ha querido «convencerlo a tiros». El X Congreso, en marzo de 1921, había amordazado a la Oposición Obrera. Radek, más clarividente que sus colegas, votó las medidas mientras profetizaba: «Esta resolución podría utilizarse muy bien contra nosotros». Después de una serie de tortuosas maniobras, Lenin pidió finalmente en el siguiente congreso, marzo de 1922, la exclusión de Chliapnikov, Kollontai, Medvedev, Kuznetsov y Mitin. El congreso se negó a excluir a los tres primeros, pero aceptó la de los dos últimos, acusando a Mitin de ser, de largo tiempo, un menchevique disfrazado. Este tipo de acusación debía prodigarse posteriormente. Miasnikov, viejo obrero revolucionario, no consiguió escapar a las depuraciones. En febrero de 1922, ya había sido excluido por haber criticado los defectos burocráticos y otros más de los dirigentes, por haber asimismo reclamado sindicatos verdaderos y la creación de sindicatos campesinos y por haber exigido la libertad de expresión para todos los partidos sin excepción. Decía Miasnikov: «El régimen soviético está manteniendo a sus expensas a un grupo de detractores profesionales, como hacían los emperadores romanos» (citado por Schapiro, Les Bolchéviks et l'opposition, París, 1957).^[9]

En cuanto a los chequistas depuradores, los que no se habían vuelto locos, eran depurados a su vez por nuevos depuradores. Dzerjinsky había hecho notar: «Sólo los santos y los crápulas pueden servir en la gepeú (G.P.U. nuevo nombre de la Checa a partir de febrero de 1922), pero los santos han huido, de manera que ahora estoy rodeado de crápulas» (Deutscher, Trotsky, el profeta desarmado). Estos «crápulas» le sucedieron. Se llamaban Menjinski, Yagoda, Iejov, Beria, el cual hacía carrera en el Cáucaso como vicepresidente de la Checa transcaucásica antes de convertirse en dueño de la situación dentro de las fueras represivas.

En agosto de 1922, Kossior, futuro miembro del Buró Político y también futuro fusilado de 1939, ya había declarado: «Muchos trabajadores abandonan el Partido (...). Esto se explica por la opresión interna, que nada guarda en común con la verdadera disciplina y que se cultiva entre nosotros. Nuestro Partido corta árboles, barre las calles y se limita a votar, pero no decide en ninguna cuestión. Por sano que sea, el proletario que cae en esa atmósfera no lo puede resistir».

Sigamos con agosto de 1922. Para acicalar un poco su blasón, malparado en ocasión de la vergonzosa campaña polaca, el Ejército Rojo ha invadido ya la Georgia menchevique. Alegando una «insurrección» favorable a los soviets, los soldados de Trotsky entraron en Tbilissi. «La soviетización de Georgia», escribe Lominadzé, «se presentó bajo forma de una ocupación por las tropas rusas.» Se anuncian ya las democracias populares. E igual la represión de Polonia, de Berlín-Este, de Hungría, de Praga, sin hablar de Finlandia ni, lo que podría ocurrir en cualquier momento, de China.

A partir de este momento todas las categorías estalinianas quedan prefiguradas. Todos los conceptos, todas las estructuras, todas las experiencias, todos los hombres. Los objetivos y las consecuencias son los mismos que los del Terror estaliniano: controlar el problema campesino, someter al proletariado, liquidar la democracia y la oposición, con el fin de conservar el poder para un partido-clase, propietario del país y del Estado, obligado a poner en práctica una feroz política de acumulación de capital encubierta por una jerga marxista. Los dos terrores no se dirigen contra los enemigos

del pueblo, sino contra el pueblo enemigo de una pandilla contrarrevolucionaria que le explota y le oprime con un cinismo en verdad repugnante.

En el balance de pérdidas está de cualquier modo lo que parece significar una diferencia. El número de víctimas del primer Terror es incontestablemente menos elevado que el del segundo.

Se imponen aquí dos observaciones preliminares. Lenin permaneció en el poder mucho menos tiempo que Stalin (menos de seis años el primero y más de veinticinco el segundo). En segundo lugar, los problemas que Stalin heredó de Lenin no podían ser resueltos de otro modo de cómo lo fueron. Si Lenin hubiera sobrevivido, se habría visto en la necesidad de utilizar los mismos medios, los únicos adecuados a un fin preconcebido: la acumulación y el mantenimiento de la dictadura de un Partido purgado de sus últimas veleidades revolucionarias. Lo mismo decimos en el caso de que Trotsky hubiera sucedido a Lenin. Y no se diga que, aun haciendo la misma política que Stalin, la habría practicado con menos brutalidad y con más inteligencia: su pasado no está en favor de esa tesis piadosa. No olvidemos que es el hombre de la militarización del trabajo y de los sindicatos. Y esto sin hablar de sus excesos burocráticos, denunciados por el Testamento de Lenin, de la represión de Kronstadt y de otras muchas, llevadas a cabo siguiendo sus órdenes y en ocasiones en presencia suya.

De cualquier modo, y hablando en cifras absolutas, Lenin mató menos que Stalin. En el haber de este último hay que contar siete millones de personas víctimas de la colectivización y de sus consecuencias directas o indirectas; luego, doce millones de la Gran Purga y de sus consecuencias. Haciendo el cálculo general, escribe Conquest, «obtendremos un balance de veinte millones de muertos, cifra ciertamente muy inferior a la realidad y sin ser tachado de exagerado se podría aumentar todavía un cincuenta por ciento el saldo de Stalin durante un período que cubre cerca de un cuarto de siglo» (El Gran Terror). Admitamos finalmente, con la mayoría de los autores, una cifra de treinta millones. Ahora bien, ¿cuál fue la media anual, si se tiene en cuenta que las dos terceras partes de ese total se obtuvieron en dos períodos de una duración total de una decena de años to-

do lo más? Quedan diez millones de víctimas en quince años, o lo que es igual, una cifra aproximada de 700.000 por año.

Se ha afirmado recientemente que, de 1914 a 1921, Rusia había perdido a 13,5 millones de habitantes, «como resultado de las guerras extranjeras y civiles y de sus consecuencias» (Elleinstein, Histoire du phénomène stalinien). Aunque el autor no cita la fuente de una cifra dudosa, es necesario tenerla en cuenta por provenir de un militante comunista.

Urlanis, en su libro Guerras y poblaciones, editado en Moscú en 1927, establece de la siguiente manera las pérdidas de ese período:

«1.º — Guerra mundial de 1914-18, todas las pérdidas rusas incluidas: 1 millón ochocientos mil hombres;

»2.º — Guerras civiles de 1918-20, pérdidas militares rojas: 125.000 muertos (lo que, de paso, deja en sus justas proporciones los éxitos del Ejército Rojo; es de notar que los “blancos” perdieron 50.000 hombres más);

»3.º — Epidemias: sabiendo que hubo veinte millones de enfermos y que, en el Ejército, la tasa de mortalidad en relación con tales enfermedades era del 6 por ciento por término medio, puede estimarse que, en la población civil menos favorecida, esa tasa de mortalidad debía ser de alrededor del 10 por ciento, lo que probablemente equivalía a dos millones de víctimas.

»4.º — Hambre: puesto que sabemos que durante ese período hubo unos ocho millones de defunciones como consecuencia de epidemias y hambre, puede deducirse que ello costó la vida a seis millones de personas.

Total: 9 millones novecientos veinticinco mil muertos.»

Por consiguiente, el Terror produjo aproximadamente: 13,5 millones - 9,925 millones = 3,6 millones de víctimas.

Esta cifra contiene las víctimas del Terror «blanco». No se disponen de datos serios para éste. Si se tiene en cuenta que los «blancos» controlaron durante un tiempo bastante corto territorios de una superficie inferior a los que estaban en manos de los rojos, les atribuiremos de modo bastante arbi-

trario un tercio de las víctimas del Terror. Quedan, pues, a cargo de sus oponentes, 2,4 millones de muertos.

El Terror duró oficialmente diecinueve meses y medio (septiembre de 1918-enero de 1920^[10]), lo que supone una media anual de 1,5 millones de muertos. Se comprobará que esa cifra es exactamente la señalada por Komnin en 1923 (véase pág. 118). Si quisiéramos polemizar, se podría afirmar que, bajo Lenin, la intensidad del Terror era el doble del reinante bajo Stalin «en período experimental».

Entre los 2,4 millones imputados a los bolcheviques, ¿cuál, puede ser la parte de víctimas pertenecientes a las antiguas clases dominantes, a priori las únicas potencialmente contrarrevolucionarias y de acuerdo con esto, merecedoras del paredón? Es imposible señalarlo con precisión. Pero, si se tiene en cuenta que, a comienzos de siglo, Lenin estimaba en menos de tres millones de personas «la gran burguesía, los propietarios territoriales, los altos funcionarios, etc.» (El desarrollo del capitalismo en Rusia), si es sabido que el número de esas clases no creció excesivamente hasta la revolución, si se tiene en cuenta, en fin, que muchísimos miembros de esas clases sobrevivieron —los hombres integrándose en el aparato del Estado o en el Ejército (cerca de 30.000 oficiales) y las mujeres contrayendo matrimonio con los poderosos del momento—, debe convenirse en que es matemáticamente imposible que los 2,4 millones de personas fueran todas pertenecientes a las clases altas. A nuestro juicio, las víctimas de éstas alcanzaron aproximadamente un millón^[11] Quedaría, por consiguiente, un millón cuatrocientas mil personas pertenecientes al pueblo. Es decir, en los 19 meses y medio de Terror, una media anual de 850,000 personas. Teniendo en cuenta las imperfecciones inevitables de nuestros cálculos, puede decirse que, globalmente, bajo Lenin, la intensidad del Terror ejercido contra el pueblo se sitúa entre la existente en tiempos «normales» bajo Stalin y la reinante en período de crisis bajo el mismo dictador. Para rebajar la media leninista por debajo de la media más baja obtenida por Stalin, no hay más que una solución: extender la duración del Terror.

Stalin estaba en Lenin y el G.Ü.L.A.G. en el Capital.

Ahora bien, ¿estaba en Das Kapital?

Soljenitsin así lo afirma, apoyado por algunos, cuya calificación sería muy fácil, y refutado por otros que se han descalificado ellos mismos. En los dos campos existen estimaciones faltas de base teórica. Y se deja que Marx se vaya por el sumidero, con el agua del baño. Defecto bien francés, por supuesto... aunque, al incurrir en esta actitud, se reitera inconscientemente el error de los ultraizquierdistas alemanes y holandeses en relación con el leninismo. Se niega, pero no se supera la negación. Como no se cambia de terreno, se queda anclado en la antítesis, no en la síntesis. De aquí el error, la impotencia, y finalmente, la absorción por las arenas movedizas de la ideología burguesa.

Desde este punto de vista, hay muchas razones para criticar a Marx, sin por esto tener que «fabricarle», como se dice en Moscú, «un caso Lenin».

Lenin no es marxista. No ha rusificado el marxismo, como con frecuencia se afirma. Lo que ha adaptado a lo ruso es el modelo lassalliano, [12] es el modelo socialdemocrático alemán, la concepción ideológica reformista. Entre bolchevismo y socialdemocracia la diferencia no es tan grande como, por diversas razones, lo pretenden los hermanos enemigos. Ambos apuntan en primer lugar a la conquista del poder político para, acto seguido, reformar la sociedad. Ninguno de los dos grupos fundan su estrategia sobre la previa subversión de las relaciones de producción capitalistas. Ambos no son, en el fondo, otra cosa que respuestas, claramente diferentes en cuanto a la forma, pero idénticas en el fondo, a la ausencia de condiciones necesarias para la destrucción del Capital en una época en que existen, sin embargo, condiciones suficientes para la destrucción de determinados capitales particulares, para la creación de un movimiento apto para luchar contra esos últimos, movimiento que, en uno de los casos, pasa por reformista, y en el otro por revolucionario, con la condición, insuficiente, de que acepte la dirección de un partido injertado en él y detentando en su nombre el monopolio de la conciencia de clase.

Lenin no ha aportado nada válido en ninguno de los aspectos de la filosofía de la praxis. Mal filósofo (su Materialismo y empiriocriticismo no puede compararse a la menos importante de las obras de Bogdanov), mal economista (su Imperialismo, estadio supremo del capitalismo, no puede compararse con los trabajos de Rosa Luxemburgo), mal sociólogo (se ha visto a propósito del Desarrollo del capitalismo en Rusia), utopista de bajo vuelo (El Estado y la Revolución no propone nada más original que la rotación de las tareas burocráticas; no su abolición), mal dialéctico {véase Cuadernos sobre la dialéctica de Hegel^[13]}, sólo destaca en materia de estrategia, sobre el terreno. Cuando abandona sus propios dogmas (ferozmente antiespontaneísta antes de 1905 y pro-soviético después; antes de abril de 1917 tiene un programa diferente en todos los puntos del que le conducirá al poder), entonces sí, supera incontestablemente a todos sus rivales y se iguala a los más grandes, entre los cuales señalamos a Napoleón.

Ahora bien, que Lenin haya aprendido tanto de Clausewitz no revela precisamente inocencia. Este último teorizó sobre la guerra napoleónica, cuyo objetivo real era extender el modo de producción capitalista; aquél tenía como misión imponerla en Rusia. Este era vulgarmente un kantiano —y no hegeliano, como se ha pretendido—, aquél un kantiano vulgar —y no un marxista, como él ha pretendido. En la jerga leninista, las palabras no se corresponden con los conceptos marxistas. La rústica «teoría» de los reflejos no tiene relación con el concepto marxiano de conciencia (en sí mismo poco brillante, como puso de relieve Dietzgen en su tiempo). La «teoría» leninista del Partido no debe tampoco nada a Marx y se lo debe todo a Kautsky. Y será necesario esperar hasta Lukacs para hallar en sus trabajos una justificación hábil, por hegeliana precisamente.

Nunca terminaríamos en el intento de establecer la lista de diferencias radicales entre Marx y Lenin, y resultaría satisfactorio ver a Althusser ocuparse de ellas, bien reales, en lugar de empeñarse en establecer, no sin éxito, la diferencia entre el «joven» y el «viejo» Marx, con el objetivo cínicamente confesado de salvar el antihumanismo de Stalin^[14] buscándole antecedentes en lo que en Marx resultaba ya peligroso —el productivismo

—, pero que, una vez sacado a la luz y aislado del conjunto de la obra, se convierte radicalmente en reaccionario. Ahora, por la fuerza de las cosas, esto es lo que ha conservado Lenin una vez en el poder. «La producción es siempre necesaria, no la democracia», afirmaba. A causa de esta parte maldita, el leninismo no es otra cosa que una caricatura del marxismo. No hay duda de que se parecen, pero la imagen no es la cosa misma. Boorstin y Debord todavía no han vencido.

A nuestro juicio, todo lo que Marx y Lenin tienen en común es un error, o, más exactamente, una inconsciencia. «Somos —decía Martov, quien resumía de este modo el pensamiento de los dos hombres— los intérpretes conscientes de un proceso inconsciente.»

¿Conscientes? Habrá que verlo, puesto que al mismo Marx, quien elucidó buen número de categorías hasta entonces ignoradas o solamente presentidas, se le escapó una esencial que puso en precario su teoría, imponiéndole, a fin de cuentas, un sentido inesperado por el que se adentró Lenin. Ahora se sabe definitivamente (Moscovia) que, en muchas sociedades, donde se ha creado un grupo marginado, después de un período de tiempo más o menos largo se manifiesta una tendencia casi irresistible a la nucleización alrededor del antiguo margen. El hombre es la verdad del mono, y es por esto que no se ha comprendido hasta fecha reciente la realidad de un movimiento verificado en diversos dominios y, en todo caso, discernible en otros muchos. Si la revolución burguesa puede describirse como la nucleización alrededor de la burguesía anteriormente marginada por el feudalismo, puede, por las mismas razones, considerarse al proletariado como el margen de la sociedad burguesa y la revolución proletaria como la nucleización de la sociedad alrededor de este margen. Dentro de este marco, el marxismo sería una tentativa de expresión consciente de un proceso inconsciente, tendente a situar al proletariado en el centro de la sociedad. En otros términos, la teoría marxista sería la expresión trascendente de un proceso inmanente y, para decirlo de modo más preciso, el caso particular en el que el proceso inmanente es el del «movimiento comunista». Pero son posibles otros casos particulares. En el leninismo, según toda probabilidad, el proceso inmanente es el del Capital. El parecido entre marxismo y leni-

nismo se debería, en consecuencia, a la identidad de la forma de los dos procesos que tenderían por igual a una nucleización; la diferencia estaría en el contenido, en la naturaleza de los dos centros.^[15]

Con esta perspectiva, la revolución rusa y el leninismo pueden resumirse del siguiente modo: en Rusia, ni la burguesía ni el proletariado tenían suficiente fuerza como para imponer la nucleización a su alrededor. Lenin, margen de los marginados, se vio obligado a sustituir primero a la burguesía, luego al proletariado, para acabar haciendo de su Partido el nuevo centro reclamado por la sociedad. Tenía que cumplir al mismo tiempo los programas de la burguesía y del proletariado, solamente compatibles a nivel de la realización de programa del propio Capital, el cual se encarna en el estrato llevado al centro mismo de la sociedad, y que, por ello, se constituyó rápida e inexorablemente en nueva clase. De aquí las dificultades de su ideología, las contradicciones de su política, tanto más necesariamente condenada a generalizar las relaciones de producción capitalista cuanto que el país había atravesado una revolución campesina «incapaz de defender sus intereses de clase en su propio nombre, sea por medio de un Parlamento, sea por intermedio de una Asamblea y exigiendo al mismo tiempo de sus representantes asumir el papel de ser sus propios dueños, como una autoridad superior, un poder gubernamental absoluto, que la protege contra las otras clases» (Marx, 18 Brumario), a Lenin no le quedaba elección: el contenido sería capitalista y la forma se proclamaría socialista. Equilibrio eminentemente inestable que no podía resistir duraderamente a las presiones de los diversos componentes del movimiento real: el movimiento del «capital particular», animado principalmente por el movimiento campesino (y de modo accesorio por el movimiento obrero) y el movimiento revolucionario del Capital. La militarización (y, en este sentido, forzoso es repetirlo de nuevo, Trotsky veía claro) y/o el Terror eran los únicos elementos capaces de dar cimientos a ese edificio quimérico. Mientras esas condiciones contradictorias existieron, el proceso terrorista persistió y se desarrolló hasta afectar a las clases dirigentes, incapaces de distinguir su función de agente del Capital de aquella hacia la que tendían espontáneamente, la de un capital que les perteneciera particularmente.

«El Terror (que el estalinismo) ejerce (sobre los estratos dirigentes), escribe Claude Lefort, no es un rasgo accidental: se halla inscrito en el desarrollo de la nueva clase, cuyo modo de dominación ya no está garantizado por la apropiación particular, que se ve obligada a aceptar sus privilegios por intermedio de un aparato colectivo de apropiación, cuya dispersión, al principio, sólo puede ser superado por la violencia» (Elementos de una crítica de la burocracia, Ginebra, 1971).

Para resumir, un capitalismo de Estado policíaco, que nada tiene en común con el proyecto de Marx. Para realizarlo, será pues necesario inventar una estrategia diferente de la estrategia leninista, que deberá ser por necesidad «la de los eneimgos de la estrategia» (Voyer), si se quiere evitar una nueva catástrofe y destruir realmente el Capital. A la espera de ese día y a falta de esa estrategia, lo que pende de nosotros no es el socialismo del G.U.L.A.G. —puesto que sus condiciones ya no se dan aquí—, sino el anunciado por Krushev: el socialismo del gulash.

8 de julio de 1975

Advertencia

Los textos publicados a continuación son de tres clases: documentos, testimonios vividos, ensayos de reconstrucción histórica. El más reciente tiene cuarenta y cinco años, pero la mayoría tiene, cuando menos, cincuenta años. Otros muchos son igualmente antiguos y dignos de crédito. La bibliografía al final del volumen ofrece una lista, a pesar de todo, incompleta.

Con el fin de advertir claramente que la verdad se ofrecía bien accesible hace mucho tiempo, y que cuantos desearan conocerla podían haberlo hecho mucho antes de que Soljenitsin nos la ofreciera, he preferido, en la medida de lo posible, los textos ya aparecidos en francés a otros solamente disponibles en ruso.

Otra motivación ha influido, además, en mi elección: la seriedad de tales escritos, acaso con una excepción (Duguet), obras de revolucionarios y de rusos para los cuales la verdad era el arma principal en el combate político que libraban contra los leninistas. Aunque la polémica no está ausente de esas páginas, se caracteriza por una clara preocupación por la sobriedad y la sinceridad. Por ser subjetivas y fragmentarias, esas líneas no podrían por sí mismas elaborar científicamente la historia de ese período. Solamente los historiadores soviéticos podrían hacerlo. Si no es así, es porque los archivos no pueden consultarse y el tema es tabú.

El Archipiélago Gulag ha nacido de ese silencio, con sus grandezas... y sus debilidades. Es inevitable que hagamos aquí una breve alusión a este problema. En ese libro importante existen dos

elementos: el anecdótico y el ideológico. Contra la derecha comunista es necesario defender el fondo anecdótico o de hechos —incluso si contiene varios errores de detalle, debidos a la falta de documentación que ha padecido el autor. Por otra parte, en la misma medida en que el *Gulag* describe la abominación capitalista y estatista llevada hasta sus últimas consecuencias («El hombre es el *capital* más precioso»), no habría que dejar a la derecha clásica lo que forma parte del patrimonio de la revolución anticapitalista. En cuanto a la ideología, es otro cantar. Como lo ha puesto muy bien de manifiesto Claude Lefort en un artículo de «Texture» [y en su libro —de próxima publicación en esta colección— *El disidente: un hombre que sobra (Reflexiones sobre el Archipiélago Gulag)*], la exposición de Soljenitsin dista toda ella de ser reaccionaria.

¡Si bien es cierto que no tiene nada de subversivo! De Soljenitsin aceptamos la demostración histórica, de cualquier manera incompleta, según la cual Stalin estaría ya en Lenin. Pero rechazamos el razonamiento en virtud del cual pretende hacer de Marx un estalinista; nadie medianamente informado puede sostenerlo. De igual modo, en las declaraciones políticas recientes de Soljenitsin, muchas cosas son inaceptables. Sea por ingenuidad, por astucia o convicción, lo cierto es que el autor de *Gulag* invita a Occidente a defender sus «valores tradicionales», sin ver el utopismo reaccionario de sus propósitos. Pues es precisamente el propio movimiento del Capital el que destruye esos valores y constituye el fundamento del sistema lenino-estalinista. En el fondo, si Occidente quisiera satisfacer en verdad a Soljenitsin, tendría que convertirse en leninista, en estalinista. Y ciertamente no es esto lo que desea el antiguo deportado. Si algún día acaba por comprenderlo, puede muy bien ocurrir que Occidente ya no se regocije de haber dado acogida a esa especie de espada de doble filo.

J. B.

COMUNICADO DEL PERIÓDICO «IZVESTIA» SOBRE LA CREACIÓN
Y LA SEDE DE LA CHECA PANRUSA

10 diciembre de 1917.

Por decreto de 7 de diciembre de 1917 del Soviet de los Comisarios del Pueblo, se crea la Checa Panrusa de lucha contra el sabotaje y la contrarrevolución.

La checa está domiciliada en el n.º 2 de la calle Gorokhovaya. Recepción diaria desde las 12 a las 17 horas.

(*Izvestia*, n.º 248, 10 de diciembre de 1917.)

DECRETO DE LA CHECA PANRUSA SOBRE LA CREACIÓN DE CHECAS LOCALES DE LUCHA CONTRA EL SABOTAJE Y LA CONTRARREVOLUCIÓN

22 de marzo de 1918.

1. Se propone a los soviets locales la inmediata organización de checas.

2. Las checas combaten la contrarrevolución y la especulación, los abusos de poder, incluidos los cometidos por la prensa.

3. Desde ahora, el derecho de proceder a detenciones, requisas, pesquisas y otras medidas relacionadas con los crímenes mencionados, tanto en Moscú como en las restantes localidades.

El presidente: Dzerjinsky.

El secretario: Illin.

(*Izvestia*, n.º 54 (318), 22 de marzo de 1918.)

CARTA DE V. I. LENIN A G. ZINOVIEV

26 de junio de 1918.

(Para ser transmitida asimismo a Lachevitch y a otros miembros del Comité Central.)

¡Camarada Zinoviev! No nos hemos enterado hasta hoy en el Comité Central de que en Petrogrado los obreros querían responder al asesinato de Volodarsky por medio de un terror de

masas que vosotros (no vosotros personalmente, sino los chequistas de Petrogrado) habéis contenido.

¡Protesto firmemente por este hecho!

Nos estamos comprometiendo: al mismo tiempo que no vacilamos en amenazar en nuestras resoluciones con golpear con el terror de masas a los diputados de los soviets, cuando se trata de pasar a la acción *frenamos* la iniciativa revolucionaria de las masas, *totalmente* fundada.

¡Esto no es po-si-ble!

Los terroristas van a considerarnos como unas chivas locas. La militarización está a la orden del día. Hay que estimular la energía y el carácter de masa del terror contra los contrarrevolucionarios, especialmente en Petrogrado, donde el ejemplo debe ser *decisivo*.

¡Salud! *Lenin*.

P.D. No olvidéis los destacamentos: aprovechaos de la victoria en las elecciones. Si Petrogrado envía diez o doce mil hombres a la provincia de Tambov, a los Urales y a otros sitios, la revolución y la ciudad se salvarán. *Es completamente seguro*. La cosecha es gigantesca, hay que resistir todavía algunas semanas.

V. I. Lenin, *Obras* (en ruso), tomo 35, p. 275.

DECRETO DEL SOVIET DE LOS COMISARIOS DEL PUEBLO SOBRE EL TERROR ROJO

5 de septiembre de 1918.

El Soviet de los Comisarios del Pueblo, habiendo oído el informe del presidente de la Checa Panrusa de lucha contra la especulación, la contrarrevolución y el sabotaje, sobre la actividad de esta última, considera que, dada la situación, es de absoluta necesidad que la seguridad de la retaguardia quede garantizada por el terror. Por tanto, es indispensable que, con el fin de reforzar la actividad de la Checa Panrusa, integremos en ella el mayor

número posible de camaradas responsables del Partido. Por la misma razón, con el fin de proteger a la República soviética contra sus enemigos de clase, debemos aislarlos en campos de concentración. Todas las personas relacionadas con organizaciones de guardias blancos, con complots o rebeliones, deben ser fusilados. Finalmente, es indispensable publicar los nombres de todos los fusilados y las causas de la aplicación de la medida que les alcanza.

El comisario del pueblo para la Justicia: D. Kursky.

El comisario del pueblo para Asuntos Interiores: G. Petrovsky.

El secretario del Soviet de los Comisarios del Pueblo: VI. Bontch-Bruevitch.

(*Izvestia*, n.º 195, 10 de septiembre de 1918.)

ORDEN N.º 113 DE LA CHECA PANRUSA A LAS CHECAS LOCALES SOBRE LAS MODIFICACIONES Y LA MEJORA DE SUS MÉTODOS DE TRABAJO

19 de diciembre de 1918.

En gran número de ciudades de provincias, de distritos o de pueblos de la República federal socialista rusa, las checas no han asimilado ni comprendido correctamente la línea política del poder soviético. Con gran frecuencia las checas locales adaptan métodos y medios de lucha que están en contra de la política que el poder soviético y nuestro Partido han establecido para el porvenir inmediato, por ejemplo:

1. En el momento en que el poder soviético, después de reforzarse y de haber empezado a organizar y restaurar conscientemente la economía y el mecanismo militar del país, para cuyos fines se ha decidido utilizar todas las capacidades técnicas de los pequeños burgueses, las checas locales no permiten que se cumpla este objetivo al detener a diestro y siniestro a esos elementos,

por lo que van en contra de las directrices del centro y por ello desacreditan la Checa como órgano del poder del Estado.

2. En el momento en que es necesario abordar con la mayor atención la creación del aparato económico, militar y ferroviario del país, motivo por el cual se establece un decreto particular del Soviet de la Defensa del 3 de diciembre de 1918, adoptado para reglamentar la actividad de las checas, toda una serie de checas y órganos administrativos locales lo han comprendido e interpretado muy mal.

Con referencia a los dos ejemplos arriba expuestos, la Checa Panrusa precisa una vez más a los responsables de checas de provincias que deben aplicar en su jurisdicción la política general del poder soviético y no ir de hecho en contra del mismo.

Para ello, es indispensable modificar un tanto los métodos de trabajo de las checas locales, y en especial:

1. No aterrorizar los medios burgueses pacíficos, sino darles por el contrario la posibilidad de convencerse definitivamente de la solidez y de la necesidad de la existencia del poder soviético. De la misma manera, hace falta ser extremadamente prudentes en relación con los obreros y campesinos pobres y no aterrorizarlos en el proceso de lucha contra los burgueses y los kulaks.

2. Es necesario dar posibilidades de trabajo a los pequeños burgueses y socialistas; sin embargo, a fin de que sea imposible engañar al poder soviético, las checas deben establecer sobre ellos una vigilancia estrecha, pero no proceder a detenerlos, si no es con pruebas tangibles.

3. En las regiones recientemente ocupadas por nuestras tropas, hay que detener el terror contra la población que no nos es hostil y limpiar las filas soviéticas de todos los intrusos que se apresuran a ocupar puestos aun cuando son enemigos declarados del poder soviético.

4. Prestar los máximos cuidados a los ferrocarriles, logrando de este modo su reorganización.

5. No interpretar el protocolo para la Defensa del 3 de diciembre de 1918 como una restricción a la actividad de las checas, sino considerarlo como un paso de las checas hacia una actividad más compleja y delicada, pero no menos firme, de lucha contra los verdaderos enemigos.

6. Es indispensable recordar y tener siempre presente que el poder central mantiene su punto de vista de lucha implacable contra los verdaderos enemigos, aunque respete a los grupos que permanecen pasivos en la lucha política.

7. El poder soviético central no comparte en nada el punto de vista de los elementos pequeños burgueses, de algunos camaradas de los soviets, ni incluso de camaradas de nuestro Partido, quienes consideran esta política como un debilitamiento del régimen contra todo y contra todos, y que se apoyan sobre el decreto del Soviet de la Defensa del 3 de diciembre.

8. Atraer inmediatamente la atención del Comité local del Partido y del Comité ejecutivo del Soviet sobre la necesidad de crear sin tardanza una forma colegiada de control sobre la Checa y que tal forma funcione como un aparato permanente que asegure una continuidad en el funcionamiento de la checa local.

9. Es necesario llevar adelante un trabajo común y lo más cercano posible del Comité del Partido local.

Difundir estas precisiones en las checas de distrito.

El sustituto del presidente: Peters.

El director de la Sección Interciudadana: Fomin.

(Sobre la historia de la Checa Panrusa, Moscú, 1958.)

DECRETO DEL COMITÉ EJECUTIVO CENTRAL DE LOS SOVIETS SOBRE LA SUPRESIÓN DE LAS CHECAS DE DISTRITO

24 de enero de 1919.

Con objeto de lograr una organización correcta y más racional de lucha contra la contrarrevolución y el sabotaje, el Comité Central ejecutivo de los Soviets decreta, a proposición de la Checa Panrusa:

1. Suprimir inmediatamente, tras la publicación del presente decreto, todas las checas de distrito en el plazo de 20 días. Proponer a las checas de distrito la elaboración de una Comisión de Liquidación formada por tres miembros, que tendrá la obligación, a plazo fijo, de enviar a la checa de provincia todos sus archivos, todos los informes en curso e igualmente las sumas de dinero retenidas.

Transferir todos los prisioneros a las checas de provincias aportando al mismo tiempo las razones precisas de su encarcelamiento. Entregar al Comité ejecutivo local todos los bienes confiscados o tomados a los contrarrevolucionarios, especuladores, etc., y adjuntar una copia de la lista de los mismos al informe. Poner a disposición de la checa provincial y del soviet local un informe sobre la liquidación.

2. Se propone a las checas de provincia que integren a los miembros activos de las checas de distrito.

Se exige de las checas provinciales, una vez obtenida la liquidación de los distritos, que presenten a la Checa Panrusa un informe preciso y completo sobre la recepción de todas las actividades de las checas de distrito, así como la lista de todos los miembros de aquéllas, tanto los de los actualmente integrados como los de aquéllos que ya no formasen parte de las mismas.

3. Se autoriza a los Comités ejecutivos de los Soviets y a las checas de provincia el prolongar la existencia, o el aplazamiento de liquidaciones de las checas de distrito por razones justificadas.

El presidente del Comité Central Ejecutivo Panruso de los Soviets: Jacob Sverdlov.

El secretario del C.C.E. Panruso de los Soviets: V. Avanesov.

(*Izvestia*, n.º 16, 24 de junio de 1919.)

NOTA DE F. E. DZERJINSKY A PIATNITSKY SOBRE LA OBLIGACIÓN DE FORMULAR LA ACUSACIÓN EN EL PLAZO DE LOS CINCO DÍAS SIGUIENTES A LA DETENCIÓN

25 de abril de 1919.

¡Camarada Piatnitsky!

Es indispensable enviar una circular a todas las secciones y a todos los investigadores con el fin de indicarles la necesidad de aportar una orden de arresto en la que debe formularse la acusación cuando se lleva a cabo una detención. La copia de esta orden debe encontrarse en la prisión junto al expediente del detenido, y debe serle comunicada en el plazo de cinco días a partir del momento de su arresto.

F. Dzerjinsky.

(*Sobre la historia de la Checa Panrusa*, p. 276.)

NOTA DE DZERJINSKY A MESING, MIEMBRO COLEGIADO DE LA CHECA PANRUSA, SOBRE LA CREACIÓN DE GRUPOS CHEQUISTAS JUNTO A LOS DIRIGENTES DE LOS SINDICATOS

18 de marzo de 1921.

Camara Mesing:

Con el fin de atraer a los obreros a las checas y ayudarlos, considero que sería muy útil crear, junto a la dirección de los sindicatos, grupos de chequistas —digamos más bien troikas— (dos de entre ellos, pero con nuestra aprobación, y uno de los nuestros).

La misión de esas troikas: la lucha contra los abusos cometidos en los sindicatos. Nuestro candidato debe estar altamente calificado, poseer sentido táctico y no actuar inconsideradamente. ¿Qué opinas sobre esto? ¿Podría llevarse a cabo la experiencia en un sindicato? Ya he hablado de ello con Kutuzov. Está de acuer-

do, afirma incluso que dispone de la gente adecuada. Ensáyalo. Ponte de acuerdo con él.

Tuyo afectísimo, *F. D.*

(*Op. cit.*, pág. 436.)

ORDEN N.º 186

SECRETO

30 de diciembre de 1921.

Han llegado a la Checa Panrusa ciertas informaciones según las cuales las personas detenidas por razones políticas, miembros de diferentes partidos antisoviéticos, se hallan en ocasiones encarcelados en muy malas condiciones y que en sus expedientes existen numerosas anomalías.

La Checa Panrusa señala que las personas arriba mencionadas no deben ser consideradas como castigadas, sino como aisladas provisionalmente de la sociedad en interés de la revolución, y que las condiciones de su internamiento no deben revestir carácter punitivo.

El presidente de la Checa Panrusa: *F. Dzerjinsky.*

El administrador: *G. Yagoda.*

(*Latzís, Las checas, Moscú, 1921.*)

ORDEN CONCERNIENTE A LOS REHENES

El comisario del pueblo para Asuntos Extranjeros ha difundido entre todos los soviéticos la siguiente orden teleografiada:

«El asesinato de Volodarsky, el asesinato de Uritsky, el intento de asesinato llevado a cabo contra Vladimir Illitch Lenin, nuestros millares de camaradas fusilados en Finlandia, Ucrania, el Don, y en la región ocupada por los checoslovacos, los cuales favorecen de modo permanente conspiraciones en nuestra retaguardia, la participación abierta en esas conspiraciones de socialistas-revolucionarios de derecha y de otros crápulas contrarrevolucionarios, y al propio tiempo la insuficiencia de la represión chequista testimonian que, a pesar de los incesantes discursos so-

bre el terror de masas contra los socialistas-revolucionarios, los guardias blancos y la burguesía, este terror queda en simples propósitos.

»Es necesario terminar inmediatamente con este relajamiento y estos buenos modales. Todos los socialistas-revolucionarios conocidos por los soviets locales deben ser detenidos sobre el terreno. Deben tomarse considerable número de rehenes entre la burguesía y los oficiales. De modo que, a la menor tentativa de resistencia, debe fusilarse en masa a esos rehenes. Los Comités ejecutivos provinciales de los Soviets deben hacer en este aspecto gala de una iniciativa particular.

»Las secciones administrativas de esos Comités ejecutivos deben tomar todas las medidas, con ayuda de la milicia y la checa, para descubrir y detener a todos aquellos que se esconden bajo falsas identidades, deben fusilar sin vacilaciones a todos aquellos que mantienen relaciones con los guardias blancos.

»Todas las medidas enumeradas deben ser aplicadas de inmediato. Cualquier indecisión en este aspecto por parte de no importa qué órgano local de los soviets debe ser inmediatamente comunicada al Comisariato del Pueblo de Asuntos Exteriores.

»La retaguardia de nuestros ejército debe quedar definitivamente limpia de todos los guardias blancos y de todos los cobardes conspiradores. Ni la menor vacilación, ni la menor indecisión en la aplicación del terror de masas.

»Confirmad la recepción de este telegrama.

»El comisario del pueblo para Asuntos Interiores: Petrovsky.»

(«Periódico de la checa», n.º 1, pág. 11, 22 de septiembre de 1918.)

A TODAS LAS CHECAS DE PROVINCIAS Y DE DISTRITOS

(Entregar una copia al diputado del soviet local.)

La Sección Interciudades recibe mucha información acerca de los recientes roces entre los distintos órganos locales, incluidos los soviets y las checas locales.

La Sección Interciudades considera necesario llamar la atención de las checas sobre la conveniencia de mantener contactos estrechos, en su zona de acción, con todos los órganos locales del poder soviético, señalándoles a la vez que las checas son autónomas en su trabajo y que deben cumplir sin falta con todas las consignas de la Checa Panrusa, su órgano supremo, de la cual dependen. Las checas deben rendir cuentas a los soviets, pero éstos, o las secciones pertenecientes a éstos, no pueden en ningún caso diferir o detener las órdenes dadas por la Checa Panrusa.

Al informarle de ello, la Sección Interciudades le propone seguir esta orden al pie de la letra, con el fin de evitar que, en el futuro, vuelvan a producirse estos roces.

El presidente: F. Dzerjinsky.

El director de la Sección Interciudades: V. Fomin.

El secretario de la Sección Interciudades: G. Moroz.

(«Periódico de la Checa», n.º 1, pág. 10, 22 de septiembre de 1918.)

A TODAS LAS CHECAS DE PROVINCIAS Y DISTRITOS

(Copia al camarada Petrovsky, comisario del pueblo para Asuntos Interiores, al camarada Kursky, comisario del pueblo para la Justicia y a todos los presidentes de los Comités Ejecutivos de provincias.)

Estos últimos tiempos se han producido numerosos incidentes entre las autoridades administrativas y las checas. Las autoridades administrativas intentan en muchos lugares colocar bajo su autoridad a las checas, haciendo referencia a la resolución del Congreso de los representantes de los Comités Ejecutivos de los Soviets de provincia. Precisemos que se trata sólo de una resolu-

ción, que no ha sido confirmada ni por los Soviets de los Comisarios del Pueblo, ni por el Comité Central Ejecutivo Panruso.

De manera que la Sección Interciudades propone lo que sigue:

La Checa Panrusa está subordinada a los Soviets de los Comisarios del Pueblo. Los comisarios para la Justicia y para Asuntos Interiores tienen autoridad sobre ella. En su actividad, la Checa Panrusa es independiente y puede proceder a investigaciones, detenciones y ejecuciones, con la condición de aportar de inmediato informes al Soviet de los Comisarios del Pueblo y al Comité Central Ejecutivo Panruso de los Soviets.

Cuando deba proceder a investigaciones, confiscaciones o arrestos, etc., de miembros del gobierno o del Comité Central Ejecutivo Panruso, la Checa Panrusa informa y pide el acuerdo del Soviet de los Comisarios del Pueblo y del Comité Central Ejecutivo Panruso.

Las checas de provincias están subordinadas a la Checa Panrusa, y las checas de distrito a las checas de provincia. Ambas rinden cuenta a los comités ejecutivos de provincias y distritos, pero a ninguna de sus secciones en particular.

Los comisariatos para la Justicia y para Asuntos Interiores pueden controlar las checas sin mezclarse en sus asuntos. En general, las checas son independientes en su actividad y presentan informes sobre ésta a petición del comité ejecutivo del soviet local.

Si las checas locales deben investigar, llevar a cabo incautaciones, o detener a representantes del poder local o a militantes de los comités ejecutivos, para ello deben pedir la aquiescencia de los comités ejecutivos o de sus presidentes.

Los comisariatos para la Justicia y Asuntos Interiores no pueden intervenir en las actividades de la Checa. Cuando, sobre cuestiones de control, nazcan diferencias entre esos comisariatos

y las checas, que no puedan resolver ellos mismos, la cuestión se remitirá al Comité Ejecutivo para una solución definitiva.

Difúndanse estas precisiones a todas las checas de distrito y provéase de una copia a todos los presidentes de los comités ejecutivos de distrito.

El vice-presidente de la checa: Peters.

El director de la Sección Interciudades: Fomin.

El secretario: Moroz.

(«Periódico de la checa», n.º 2, págs. 11-12, 29 de septiembre de 1918.)

¡Que el brazo no tiemble!

¿Quién se opone al poder soviético? La burguesía. ¿Quién afila contra él su puñal? La burguesía. ¿Quién intenta estrangularlo por medio del hambre? La burguesía.

¿Quién destruye nuestros transportes, saquea nuestros medios de comunicación, organiza la ruina? La burguesía.

¿Quién obstaculiza los abastecimientos y el armamento de nuestro Ejército Rojo, privándolo así de su capacidad de combate y condenándolo a la muerte y a la tortura? La burguesía.

¿Dónde se hallan, pues, los obreros, los campesinos y los soldados rojos?

¿En qué se ocupan? ¿A qué esperan? ¿Por qué no golpean a su enemigo, la burguesía?

En adelante, ya están en guardia. Deben responder golpe por golpe.

Para ese combate han creado la Checa y le han dado el derecho de fusilar a todos los guardias blancos, a todos los contrarrevolucionarios.

¡Que al exterminar a los contrarrevolucionarios no tiemble su brazo!

¡Que esos combatientes, soldados del destacamento especial de las tropas de la Checa sean fieles y firmes!

¡Viva la Checa y su destacamento especial!

(M. Y. Latzis, «Krasny Metch» («La Daga Roja»), órgano de la sección política del destacamento especial de la Checa, Kiev, n.º 1, 18 de agosto de 1919.)

S. P. Melgunov

El terror rojo en Rusia (1918-1924)

(Se reproduce aquí, con el consentimiento del autor, el capítulo tercero, titulado «Estadística sangrienta» de este libro, Editions Payot, París, 1927.)

«Quizás un historiador desempolvará documentos, desplegará ante nuestros ojos la larga serie de sentencias dictadas por los tribunales, hará incluso estadísticas. (Sin embargo, esto no es muy probable. Lo que el tiempo y los acontecimientos no han destruido, lo será por los interesados)», escribe Soljenitsin (*Archipiélago Gulag*, I, 257 de la edición española, Col. «El Arca de Papel», Plaza & Janés, Barcelona, 1972^[*]).

En efecto, aún no ha llegado la hora de establecer definitivamente la sangrienta estadística. Sin embargo, desde 1924, un hombre ha intentado la tarea. Se trata de Sergio Petrovich Melgunov, a quien, por otra parte, Soljenitsin hace alusión (I, 317), publica aquel año en Berlín, y en ruso, una compilación de todos los actos de terror cometidos en Rusia desde 1918 a 1924. Se supone que se trata sólo de los actos conocidos, de los cuales refiere únicamente aquéllos probados por la existencia de algún documento o testimonio digno de credibilidad. La seriedad de su trabajo se corresponde a la imagen de su propia vida.

Nacido en 1876 y fallecido en 1956, S. P. Melgunov era historiador. Autor de numerosas obras sobre Rusia, era un militante socialista de tendencia reformista. Fundó, en 1911, la célebre cooperativa editorial Zadruga, que publicó gran número de opúsculos destinados a la educación de los obreros y de los campesinos y llegó a ser asimismo vicepresidente del Comité central del Partido de los socialistas-populistas. Después de octubre de 1917, sufrió 23 investigaciones policiales y 8 detenciones, la última en octubre de 1920. Fue condenado a muerte en el curso de un proceso, citado por Soljenitsin, por haber intervenido en la constitución de un frente antibolchevique, pero se le conmutó la pena por la de diez años de prisión. Tras un año de régimen celular, y debido a la intervención de Vera Figner y Kropotkin, fue liberado para volver a sufrir prisión en 1922. Se vio implicado en el proceso de los socialistas-revolucionarios, fue deportado y, posteriormente, obligado a emigrar. Por haber publicado artículos sobre el terror fue despojado de su biblioteca y de sus archivos y, por fin, de sus derechos cívicos.

Muchas dificultades se opusieron a su trabajo de historiador. A pesar de las precauciones tomadas en lo que a sus fuentes se refiere, Melgunov no puede garantizar la exactitud absoluta de los hechos. «Citaré un ejemplo típico», escribe. «Una nota de La causa común, de Burtzev, hablaba de la ejecución de 13.000 personas después de la evacuación de Crimea por Wrángel. Esta cifra pareció en aquel tiempo inverosímil a la redacción del periódico. Pero hoy sabemos positivamente que la realidad superó con mucho lo que parecía inverosímil.» Damos por supuesto que pueden haberse cometido errores en el otro sentido. Sin embargo, pensamos que los resultados a los que llegó Melgunov se aproximan a la realidad. Sin duda debe este éxito a la prudencia que le llevó a desconfiar de los trabajos de la comisión especial, creada en diciembre de 1918 por el general Denikin para investigar sobre las atrocidades bolcheviques. «Considerando la totalidad de los documentos que están en la base de mi trabajo», escribe, «debo subrayar una vez más que, actualmente, no pueden ser sometidos a un severo análisis crítico. Faltan los medios para controlar cada uno de los hechos citados. La verdad sólo puede establecerse provisionalmente, efectuando recortes en los números. Por consiguiente, me apliqué a reconstruir hechos análogos, provenientes de distintas fuentes políticas. La variedad de fuentes que conducen a resultados comunes prueban, a mi juicio, la veracidad de los hechos citados. Corresponde, en fin, al lector llevar a cabo las aproximaciones necesarias.»

El capítulo publicado aquí termina con una reflexión sobre el balance del terror. Aunque esta cuestión haya sido ya debatida con anterioridad, no resulta inútil aportar a los lectores algunos datos complementarios. Le permitirán precisar el lugar ocupado por el terror leninista en la jerarquía de los diferentes tipos de represión.

De acuerdo con Soljenitsin (I, 256) hubo, desde 1826 a 1905, 894 condenas a muerte en Rusia. En 1906, la represión de la revolución de 1905 tendría en su haber a 1310 víctimas. Otra fuente (Kowalevsky en «Strana») da una cifra aproximada: 1491. (La relación pormenorizada da el siguiente resultado: 215 ahorcados y 314 fusilados después de proceso; 221 ejecutados tras un simulacro de juicio; 714 liquidados sin proceso.)

Según «Byleie» (número del 2 febrero de 1907), la reacción a cargo de Stolypin habría dado 950 condenas a muerte ejecutadas. En total y como balance de la revolución de 1905, según «Strana», habría habido 17.000 víctimas, de ellas 7331 muertos.

Trotsky, en su obra sobre 1905, ofrece una estimación muy superior. «Desde el 9 de enero de 1905 hasta la convocatoria de la primera Duma, que tuvo lugar el 27 de abril de 1906, el gobierno del zar hizo masacrar a más de

15.000 personas. Cerca de 20.000 fueron heridas (y muchas murieron como consecuencia); 70.000 individuos fueron deportados, detenidos y encarcelados.»

Aceptemos la cifra de 20.000 muertos.

Esta cifra, suficientemente respetable como para merecer una reprobación universal es, sin embargo, cincuenta veces menor que la arrojada por el más modesto de los balances del terror bolchevique.

En efecto, Jean Elleinstein, en su Historia del fenómeno estalinista, escribe (pág. 10): «El hambre había matado a más de 7 millones de personas. Era necesario añadir a esas cifras las de los muertos de la primera guerra mundial: 1.500.000 personas; de la guerra civil: 1 millón; y de las epidemias: 3 millones. En total, desde 1914 a 1921, como consecuencia de las guerras extranjeras y civiles, y de sus resultados, se contaban 13.500.000 defunciones». Se ha visto antes que las cifras oficialmente dadas en Moscú, en 1972, difieren netamente de las aportadas por el historiador francés. Tero nos abstendremos de señalar que, al exagerar las cifras del hambre y de las epidemias y al no distinguir entre pérdidas militares y civiles durante la guerra civil, puede empezarse ya por escamotear buen número de muertos. Lo que tendremos en cuenta será: 1) que aquí no se trata de una mortalidad «normal», por otra parte imposible de calibrar en semejantes circunstancias, y 2) que, en ese balance, la suma de las bajas no iguala el total de 13,5 millones. Si se tiene en cuenta que la única cantidad olvidada es precisamente la de las víctimas del terror, se deduce

por simple diferencia que este autor establece su balance alrededor de 13,5 millones - $(7 + 1,5 + 3) = 1$ millón^[2].

J. B.

Las Comisiones extraordinarias no son órganos de justicia, sino «de exterminación sin cuartel», de acuerdo con la expresión del Comité Central comunista.

La Comisión extraordinaria «no es una comisión de investigación, ni un tribunal de justicia». Ella misma determina sus atribuciones. «Es un órgano de combate que opera en el frente interior de la guerra civil. No juzga al enemigo, sino que lo extermina. No perdona a quien está al otro lado de la barricada, sólo lo aplasta.»

No es difícil imaginarse cómo debe operar dentro de la realidad este «exterminio sin cuartel», cuando en lugar del «código muerto» de las leyes reinan solamente «la experiencia revolucionaria» y la «conciencia».

La conciencia es subjetiva, y la experiencia deja por fuerza sitio al propio albedrío que asume formas desaforadas, de acuerdo con la calidad de los jueces.

«No hacemos la guerra contra las personas en particular», escribe Latzis en el «Terror rojo» de 1º noviembre de 1918^[3]. «Nosotros exterminamos la burguesía como clase. No busquéis en el curso de la investigación documentos y pruebas sobre lo que el acusado ha hecho, en actos o en palabras, contra la autoridad soviética. La primera pregunta que debéis hacerle es a qué clase pertenece, cuáles son sus orígenes, su educación, su instrucción, su profesión.» Es en este espíritu donde reside la «esencia del terror rojo». Latzis no tenía nada de original; se limitaba a copiar las palabras de Robespierre en la Convención en relación con la ley que se refería al terror en masa: «Para castigar a los enemigos de la patria, basta con establecer su personalidad. No se trata de castigarlos, sino de destruirlos».

¿No hablan por sí mismas tales instrucciones impartidas a los jueces?

Pero, para comprender en verdad qué es el terror bolchevique, que hasta nuestros días sigue manifestando una energía sin fallos, debemos esclarecer ante todo la cuestión del número de víctimas.

Este desenfreno desconocido de ejecuciones, cometidas por los círculos dirigentes en Rusia, caracteriza todo el sistema de proyección del «terror rojo».

En realidad, la sangrienta estadística no puede aún darse por definitiva, y hay pocas posibilidades de que sea concluida alguna vez.

Cuando se publica quizás la centésima parte de los nombres de los ejecutados, cuando la pena de muerte se aplica en el secreto de los sótanos, cuando la desaparición de un hombre no deja la menor huella, el historiador del porvenir no tiene posibilidad de establecer en cuadro completo de la realidad.

1918

En los artículos arriba mencionados, Latzis escribía en su tiempo: «Nuestra población, e incluso nuestros compañeros, acaban por persuadirse de que la Checa tiene a sus espaldas decenas y centenares de millares de muertos». Y es la pura verdad: no por casualidad, entre la gente, las letras V-Tche-K son consideradas como un signo de muerte. Latzis, al dar esa cifra fantástica de 22, de la que ya hemos hablado, calcula, en la segunda mitad de 1918, 4.500 fusilados. «Esto, en toda Rusia», es decir, en 24 gobiernos centrales. «Si de algo se puede acusar a la Checa, dice Latzis, no es de exceso de celo en las ejecuciones, sino de insuficiencia en la aplicación de medidas supremas de castigo.» «Una mano de hierro fuerte disminuye el número de víctimas.» Pero no siempre se tenía presente esta verdad en las Comisiones extraordinarias. Pero ésta es una acusación que se aplica tanto a la

Checa como a toda política de la autoridad soviética. «¡Siempre hemos sido demasiado suaves, demasiado benignos con el enemigo vencido!»

Cuatro mil quinientos resulta poco para Latzis. Puede llegar a convencerse de que las cifras de su estadística oficial han sido drásticamente disminuidas. Por ejemplo, sería interesante saber en qué sección ha clasificado Latzis los fusilados en Iaroslav tras la sublevación organizada en julio por Savinkov. En el primer fascículo del *Libro Rojo de la Vé-tchéka* (y el libro existe^[4]), fascículo distribuido solamente entre los dirigentes comunistas, se ha impreso un documento histórico «sin precedentes». El presidente de la Comisión alemana (que funcionaba de acuerdo con las instrucciones del Tratado de Brest), el teniente Balk, en la orden n.º 4 del 21 de julio de 1918, anunciaba a la población civil de la ciudad de Iaroslav que el destacamento de Iaroslav, del Ejército voluntario del Norte, se había rendido a la citada Comisión alemana. Los soldados que se habían rendido habían sido entregados a la autoridad bolchevique, y un primer grupo con 428 de ellos había sido fusilado. Según mis datos, en aquel momento ya se contaban 5.004 fichas de fusilados. He manifestado ya que mis informes se deben al azar y son incompletos: se trata, sobre todo, de aquéllos que se han publicado en los periódicos y solamente, en los periódicos que pude procurarme.^[5]

No hay que olvidar que, ante el laconismo de las notas oficiales, resulta en ocasiones difícil de resolver la cuestión de las cifras.

Por ejemplo: la checa del distrito de Klin (gobierno de Moscú) ha informado que fusiló a *algunos* contrarrevolucionarios; la checa de Voronege comunicó que habían sido fusiladas *muchas* de las personas detenidas; la checa de Sestrorietz (cerca de San Petersburgo) ha procedido a consumir ejecuciones «después de una investigación minuciosa en cada caso».

Los periódicos están repletos de comunicados tan lacónicos como los aludidos. En estos casos hemos tomado un coeficiente de 1 a 3, es decir, cifras considerablemente reducidas.

Se ha excluido completamente de esta estadística los datos sobre las ejecuciones en masa que han acompañado las represiones de todos los levantamientos de campesinos o de otras gentes. Las víctimas de esos «excesos» de la guerra civil son imposibles de enumerar.

Mis cifras tienen una importancia demostrativa en el sentido de que subrayan claramente la reducción exagerada de la estadística oficial presentada por Latzis.

Poco a poco, se entreabren las fronteras de la Rusia soviética, y con ellas se amplía el campo de actividad «humanitaria» de las Comisiones extraordinarias. En 1920^[6], Latzis ya publicó una estadística ampliada, según la cual el número de fusilados en 1918 alcanzaba 6.185 personas. Ahora bien, ¿ha incluido Latzis en ese número los miles de personas que, por ejemplo, fueron ejecutadas en el noreste de Rusia (gobierno de Perm) y de las cuales hablan de modo tan categórico los informes ingleses?^[7]

«En el Consulado británico siguen presentándose gentes de todas clases, sobre todo campesinos, que vienen a testimoniar sobre la muerte de sus familiares o acerca de otras violencias cometidas por los bolcheviques en cólera» (Eliot a Curzon, 21 marzo 1919). ¿Se mencionan también las víctimas de la «Masacre de los oficiales» de Kiev, en 1918? Se fusilaba y se decapitaba en el teatro donde los militares eran convocados para «revisar sus documentos». ¡El número de ellos se estima en 2.000! ¿Se ha tenido en cuenta en ese número las víctimas de las matanzas de oficiales de marina en Odessa, antes de la llegada de las tropas austríacas? «Más tarde», afirma un sacerdote inglés, «un miembro del Estado Mayor austríaco me informó de que le habían proporcionado una lista de más de 400 oficiales muertos en la región de Odes-

sa^[8].» ¿Se ha tenido asimismo en cuenta en esa cifra la masacre de oficiales de Sebastopol? ¿Se han contado las 1.342 personas exterminadas en enero-febrero de 1918 en Armavir, cifra establecida por la Comisión de investigación sobre los excesos bolcheviques, suscitada por orden del general Denikin^[9]?

Y, por fin, ¿cuentan las hecatombes de Stravropol, de las que habla V. M. Krasnov en sus memorias, etc.^[10]?

No hay lugar alguno en que la aparición de los bolcheviques no fuese acompañada de decenas y centenares de víctimas ejecutadas sin ser juzgadas o tras haber sido condenadas por Comisiones extraordinarias o tribunales «revolucionarios» provisionales análogos.^[11] Destinaremos un capítulo entero a esas masacres, considerándolas tan sólo como «exceso de la guerra civil».

1919

Continuando con el trabajo de aportar estadísticas sangrientas, Latzis afirma que, en 1919, fueron fusiladas 3.456 personas por orden de la Checa, es decir, 9.641 en el curso de dos años. De todos ellos 7.068 serían contrarrevolucionarios.

Hay que recordar que de los propios informes de Latzis trasciende que 2.500 no fueron fusilados por «burgueses» ni siquiera por contrarrevolucionarios, sino por crímenes ordinarios (632 por cohechos, 272 por especulación y 1.204 por actos criminales).

Esto demuestra que los bolcheviques utilizaban la pena de muerte no como medio de lucha contra la burguesía en tanto que clase bien determinada, sino como medida general de castigo, que en cualquier país medianamente civilizado no se aplica nunca en esos casos. Pero dejemos esto aparte.

La Comisión extraordinaria Panrusa, según los datos de Latzis, habría fusilado, en septiembre de 1919, a 140 personas, y en aquel momento se liquidaba en Moscú la tentativa, de contrarrevolución, a la cual estaba unida el nombre del famoso hombre

político N.N. Chtshepkin. Se publicaron en los periódicos los nombres de 66 fusilados, pero según testimonio de los propios bolcheviques, hubo 150 víctimas en este caso. En Kronstadt, según un testimonio autorizado, fueron fusilados en julio de 1919 de 100 a 150 personas: solamente se publicaron 19 nombres. En Ucrania, donde el propio Latzis hacía furor, se fusilaron a millares.

El informe de las enfermeras de la Cruz Roja rusa, establecida por la Cruz Roja Internacional en Ginebra, y publicado en Inglaterra, establece 3.000 ejecuciones, solamente en Kiev^[12].

El autor ya citado del libro *La ebriedad bolchevique*, Nilostonskii, aporta cifras enormes sobre las ejecuciones de Kiev. Es necesario añadir que el autor da prueba de un conocimiento de los actos de las 16 Comisiones extraordinarias de Kiev; aporta incluso una descripción topográfica detallada. El autor, además de observaciones directas, se ha servido evidentemente de los documentos obtenidos por la Comisión de investigación sobre los excesos bolcheviques nombrada por el general Röhrber^[13].

Esta comisión estaba compuesta en parte por médicos y por juristas. Fotografió cadáveres exhumados de las fosas. Una parte de estas fotografías se hallan reproducidas en el libro de Nilostonskii; la otra parte, según el autor, se encuentra en Berlín. Afirma que, de acuerdo con los datos de la comisión Röhrber, fueron ejecutadas 4.800 personas, cuyos nombres pudieron establecerse. El nombre de víctimas en Kiev, bajo el dominio bolchevique, según Nilostonskii, no baja de 12.000. No importa que esas cifras no sean exactas; es el conjunto de las mismas lo que aporta un hilo conductor.

Las formas extraordinarias que adoptó el terror llevaron a la creación de una Comisión de investigación especial sobre los actos de Checa en Ucrania, comisión nombrada por el poder central y que presidían Manuilsky y Félix Kon. Todos los prisione-

ros, en sus declaraciones ante la Comisión de Denikin, aportan buenos informes sobre esta checa. El desarrollo del terror se detuvo antes de la evacuación de Kiev, después de que las ejecuciones masivas se renovaran; el 16 de agosto, apareció en *Izvestia* una lista de 127 fusilados. Estas fueron las últimas víctimas oficialmente conocidas.

En las afueras de Saratov hay un barranco terrible. Allí es donde se ejecutaba. Traeré a colación las palabras de un testigo presencial, palabras extraídas de ese sorprendente libro que ya hemos citado varias veces y al que remitiremos con frecuencia al lector.

Se trata del libro *Tcheka*, compuesto por documentos sobre la actuación de las Comisiones extraordinarias, editado en Berlín por el Partido de los socialistas-revolucionarios (1922). El valor especial de ese libro está en que se han recogido en él documentos de primera mano, declaraciones de víctimas o de testigos oculares, algunas veces en la propia prisión. Está escrito por personas que conocen la materia de la que hablan. Estas impresiones vividas dicen con frecuencia más que toda la masa de relatos áridos. Conozco personalmente a muchas de esas personas y sé el cuidado con que han recogido sus testimonios. *Tcheka* permanecerá como documento histórico característico para nuestra época, y sobre todo como documento único por su claridad. Uno de los ciudadanos de Saratov nos ofrece la descripción del barranco del barrio del Monasterio, lugar donde, a no dudarlo, algún día se elevará un monumento a las víctimas de la represión^[14].

«Cuando se inicia el deshielo, los amigos o familiares de las víctimas se dirigen allí por grupos, o individualmente, de modo furtivo. Al principio se detenía a los peregrinos, pero acabó por haber tantos... Estos llegaban al barranco a pesar de las detenciones. Las aguas de la primavera, al remover las tierras, dejaban al descubierto las víctimas de la arbitrariedad represiva. Desde la pasarela que domina el lugar, y en un espacio de ochenta a cien

metros, se distinguían montones de cadáveres. ¿Cuántos había? Nadie podría decirlo. Ni siquiera la Checa lo sabía. En el curso de 1918 y 1919, según las listas, e incluso sin las listas, se había fusilado a unas 1.300 personas. Los condenados sólo eran llevados al barranco en otoño o en verano, pues en invierno se les fusilaba en cualquier parte. Los cadáveres, que estaban situados en la parte superior de la pila macabra, es decir, los fusilados al final del otoño, estaban aún casi conservados. Aparecían en camisa, con las manos atadas a la espalda, en ocasiones en sacos, o bien completamente desnudos.(...)

»El fondo del barranco ofrece un espectáculo de horror y de espanto, aunque hay que mirar. Los visitantes miran ávidos, examinan los menores detalles susceptibles de permitirles reconocer el cuerpo de un ser querido. (...)

»Ese barranco se hace, cada día que pasa, más espantoso para los habitantes de Saratov. Cada vez engulle más víctimas. Después de cada ejecución se excava el borde del barranco para recibir a los cadáveres, por lo que el barranco se agranda. Pero cada primavera el agua pone al descubierto las últimas víctimas arrojadas a la gran fosa.»

¿Es esto falso?

Averbuckh, en su no menos impresionante libro *La checa de Odessa*, editado en Kichinev en 1920, hace un balance de 2.200 víctimas del terror bolchevique en Odessa en el espacio de tres meses. El llamado Terror rojo fue establecido en junio de 1919 cuando las tropas voluntarias ocuparon Kharkov. Las ejecuciones empezaron mucho antes del anuncio oficial del «Terror rojo», una semana después de la reconquista de Odessa por los bolcheviques. Todos los testigos que presentaron su información ante la Comisión Denikin afirman que las ejecuciones en masa empezaron a mediados de abril. Se da publicidad a la ejecución de 26, 16, 12 individuos, etc. *Izvestia* de Odessa escribe con su acos-

tumbrado cinismo, en abril de 1919: «Al pescado le gusta ser sazonado con salsa. A la burguesía le gusta la autoridad que subyuga y mata. Está bien... Con la repugnancia (!) en el alma, debemos acostumbrar a la burguesía al empleo de los grandes medios. Si ejecutamos a algunas docenas de esos vagos e inútiles, si los obligamos a barrer las calles, si obligamos a sus mujeres a limpiar los cuarteles de los guardias rojos (y no es pequeño honor para ellas), comprenderán entonces que nuestra austeridad es sólida, y que nada pueden esperar de los ingleses o de los hotentotes».

En junio se acerca el Ejército voluntario y las ejecuciones se duplican.

Durante esas jornadas de terror ya oficial, el órgano local «Odesskia Izvestia» escribe: «El Terror rojo está en marcha, penetra en los barrios burgueses, la burguesía cruje, la contrarrevolución gime bajo los golpes sangrientos del Terror rojo. Los perseguiremos con un hierro candente y los castigaremos de la manera más sangrienta». Efectivamente, ese «castigo sin cuartel» anunciado oficialmente por el Comité ejecutivo se ve acompañado por listas de ejecución, en ocasiones sin que se indique la razón de las mismas: ejecutado simplemente a renglón seguido de la declaración de «Terror rojo». Muchos ejemplos de casos como éste se citan en el libro de Margouliés, *Los años de fuego*.^[15]

Las cifras de esas listas —de 20 a 30 individuos, afirman los testigos— se recortan en ocasiones. Una mujer, testigo ocular, que por su situación tuvo la posibilidad de llevar a cabo algunas observaciones, dice que, mientras se publican en *Izvestia* 18 nombres, ella por su parte había contado 50 fusilados; cuando en las listas aparecieron 27, ella contó 70, entre los que había los cadáveres de 7 mujeres. En las publicaciones oficiales, por otra parte, no se mencionaba a las mujeres. Durante el período del «Terror rojo», afirma uno de los chequistas detenidos, cada noche se fusilaba a 68 individuos. Según la cuenta oficial de la Comisión Denikin, desde el 1.º de abril al 1.º de agosto, se ha fusilado a

1.300 personas. El autor de escritos históricos And. Niemann afirma que se debe evaluar la cantidad de las víctimas de los bolcheviques en el sur de 13 a 14 mil^[16].

En el mes de marzo en Astrakán estalla una huelga de trabajadores. Los testigos afirman que esta huelga fue ahogada en sangre^[17].

Tomemos ahora el Turkestán, alejado del centro; en enero, se produjo allí un levantamiento de la parte rusa de la población contra el régimen despótico establecido por los bolcheviques. El levantamiento fue reprimido. Emperazon las detenciones en masa, según los testimonios. «En todos los cuarteles, en todos los ferrocarriles, las detenciones se multiplicaron. En la noche del 20 al 21 de enero se produjeron ejecuciones en masa y montones de cadáveres fueron arrojados sobre las vías férreas. En el curso de esa noche horrorosa fueron muertos más de 2.500 individuos... El 23 de enero, se creó un tribunal militar, al que se confió la cuestión del levantamiento de enero y que, durante todo el año 1919, continuó deteniendo y fusilando.»

¿Por qué no ha contado Latzis todas estas víctimas en su estadística oficial? Los primeros días fue la Checa quien operó allí, así como el tribunal militar, cuya composición era la misma que la Checa.

Ni *Pravda*, ni los demás órganos oficiales de la prensa bolchevique respondieron a la pregunta planteada el 20 de mayo por la organización anarquista «Trabajo y Libertad», pregunta basada en las informaciones aparecidas en el boletín clandestino de los socialistas-revolucionarios de izquierda (n.º 4). «¿Es cierto que en los últimos meses la Checa suprema ha liquidado casi diariamente a personas cuyo número se eleva desde 12 hasta 30?» Nadie respondió nunca a esta pregunta, porque se trataba de la verdad escueta. Y era una verdad que saltaba a los ojos tanto más

cuanto que en aquel momento se había confiado solamente al tribunal revolucionario la cuestión de las penas de muerte.

Puede afirmarse que la víspera misma de ese decreto, el 20 de febrero, la Checa Panrusa y la Checa de Petrogrado publicaban nuevas listas de ejecuciones, a pesar de que, después del decreto, la Checa ya no tenía derecho a fusilar, excepto en los casos de sedición. En ese momento no hubo ningún levantamiento ni en Moscú ni en Petrogrado.

Ignoro cuál ha sido la base documental del periódico socialista-revolucionario *Valia Rossii*^[18] para afirmar que en los tres primeros meses la Checa había fusilado a 13.850 personas. ¿Es inverosímil la cifra? ¿Que no corresponde a la cifra de 3.456 dada por Latzis? Pienso que lo inverosímil se halla más bien del lado de una reducción de la cifra real. El órgano del Partido Comunista de Moscú, *Pravda*, escribe el 29 de marzo de 1919, a propósito de las noticias publicadas en Inglaterra acerca de que la cifra de fusilados alcanzaba a 138.000 personas: «Sería realmente horrible si fuera así». Pero la cifra que aparece tan fantástica al periodista bolchevique ofrece, en realidad, una pálida idea de lo ocurrido en Rusia.

1920

Latzis no ha publicado sus estadísticas en 1920 ni en los años sucesivos. Tampoco yo pude hacer esos cálculos, pues estuve largo tiempo en las cárceles bolcheviques, y la espada de su justicia estaba suspendida sobre mi cabeza.

La pena de muerte se suprimió de nuevo en 1920, y Zinoviev, en un discurso en Halle, Alemania, pudo afirmar que, tras la victoria sobre Denikin, la pena de muerte en Rusia estaba abolida. Martov, en el Congreso de los Independientes alemanes, el 15 de octubre, aportaba una corrección: Zinoviev olvidó decir que la pena de muerte había sido abolida por un espacio muy corto de tiempo (aunque cabe preguntarse si se suprimió de hecho) y aho-

ra se aplica en «proporciones terribles». Tenemos toda la razón para dudar que las ejecuciones cesaran, pues conocemos las costumbres que imperaban en la Checa. La cuestión de las amnistías nos ofrecen el ejemplo más sorprendente.

Entre las inscripciones más angustiosas escritas sobre los muros de la Sección Especial de la Checa de Moscú por los condenados a muerte, se puede destacar ésta: «La noche de amnistía se ha convertido en una noche de sangre». Cada amnistía anunciaba para la prisión una ejecución en masa. Los representantes de la Checa se apresuraban a terminar con sus víctimas. Ocurrió incluso que la noche misma en que en la imprenta se componía la declaración de amnistía, que debía aparecer el día siguiente por la mañana en los periódicos, se ejecutaba en masa en las prisiones. Esto es necesario recordarlo a quienes hacen alusión a los frecuentes actos de amnistía de la autoridad soviética.

Sólo quienes, durante el tiempo descrito, vivieron en las prisiones pueden dar fe de la angustia que en las noches se adueñaba de las celdas, mientras se esperaba la amnistía. Recuerdo esas noches, en 1920, en la prisión de Butirky, antes de la amnistía promulgada en el aniversario de la revolución de octubre. No se daba abasto para transportar al cementerio Kalitnikov a los cadáveres desnudos de gente fusilada con una bala en la nuca. Y otro tanto ocurría en provincia. El autor del artículo sobre la prisión de Ekaterinodar, aparecido en el resumen de *Tcheka*, escribe: «Después de la amnistía, concedida con ocasión del tercer aniversario de la revolución de octubre, en la checa de Ekaterinodar y en la Sección Especial, se enviaba como era costumbre a la muerte, pero esto no impedía que la prensa oficial bolchevique publicara en el periódico *Krasny Znamen* artículos en que mentía cínicamente sobre la misericordia y la humanidad de la autoridad bolchevique, que había promulgado la amnistía y que la había aplicado a todos sus enemigos»^[19].

Otro tanto ocurrió en lo sucesivo. En 1921, en la víspera de la apertura del II Congreso de la Internacional Comunista, en la prisión de Butirky, y en una sola noche, fueron fusilados cerca de 70 individuos y esto con el pretexto más sorprendente: por haber dado vasos de vino, por haber traficado con tarjetas de abastecimiento, por haber robado en los depósitos de víveres. Los políticos decían que se trataba de sacrificios a los dioses de la Internacional Comunista. Los criminales de delito común se regocijaban. La amnistía se preparaba. Por una parte se fusilaba con apresuramiento a unos y se amnistiaba a otros en honor del Komintern^[20].

«La noche de la supresión de la pena de muerte fue una noche de sangre.» Poseemos suficientes documentos que lo prueban. Llegó a establecerse casi como normativo que el momento que precedía periódicamente la supresión, o la disminución de la pena de muerte, significaba duplicar las ejecuciones sin motivo alguno.

El 15 de enero de 1920, se publicó en *Izvestia* la siguiente declaración de Félix Dzerjinsky, presidente de la Checa, dirigida a todas las checas provinciales: «La derrota de Iudenitch, Koltchak y Denikin, la toma de Rostov, de Krasnoiarsk, la detención del “Comandante supremo”, crean nuevas condiciones de lucha con la contrarrevolución.

»La derrota de los ejércitos desorganizados de la contrarrevolución arranca de raíz la esperanza de los diferentes grupos contrarrevolucionarios en el interior de la Rusia soviética, en el sentido de derribar el gobierno de los obreros y los campesinos por medio de conspiraciones, de levantamientos o de actos terroristas.

»Para hacer frente a las fuerzas contrarrevolucionarias armadas por la Entente, el gobierno obrero-campesino se ha visto obligado a recurrir a las medidas más rigurosas, con el fin de reprimir

los actos de espionaje, de desorganización, de los agentes de la Entente y de los generales zaristas a su servicio en la retaguardia del Ejército rojo.

»El aplastamiento de la contrarrevolución en el interior, la destrucción de las más importantes organizaciones secretas de contrarrevolucionarios y de bandidos, el fortalecimiento del poder soviético, confirmado por esas victorias, nos permiten hoy renunciar a aplicar las medidas supremas de castigo (es decir, la pena de muerte) a los enemigos de la autoridad soviética.

»El proletariado revolucionario y el gobierno revolucionario de la Rusia soviética constatan con satisfacción que la toma de Rostov y la detención de Koltchak nos ofrecen la posibilidad de prescindir del instrumento que es el terror.

»Sólo la renovación de tentativas de la Entente por medio de la intervención armada o del sostenimiento material de los zaristas rebeldes, quebrantando la sólida posición del poder soviético y paralizando el trabajo pacífico de los obreros y los campesinos dedicados a la construcción del retorno a la aplicación por la autoridad soviética de los métodos crueles del Terror rojo incumbe exclusivamente a

»De manera que, en lo sucesivo, la responsabilidad del retorno a la aplicación por la autoridad soviética de los métodos crueles del Terror rojo incumbe exclusivamente a los gobiernos y a las clases dirigentes de los países de la Entente y de sus amigos, los capitalistas rusos.

»Al mismo tiempo, las Comisiones extraordinarias tienen la obligación y la posibilidad de centrar toda su atención en la lucha contra el enemigo fundamental y en los abusos de poder: pueden emplear todos los medios a su disposición para restablecer la vida económica y destruir todas las causas de sabotaje, indisciplina y mala fe.

»Basándose en lo que se acaba de exponer, la Comisión extraordinaria suprema decide:

»1.º cesar, a partir de la publicación de esta orden, la aplicación de medidas supremas de castigo (pena de muerte) en los procesos de la Checa Central y de todos sus órganos locales.

»2.º encargar al camarada Dzerjinsky de personarse en el Consejo de los Comisarios del Pueblo y del Comité Central Ejecutivo para proponer la supresión completa de la pena capital no sólo en lo que respecta a los procesos de las Comisiones extraordinarias, sino también a los de los tribunales de ciudades, gobiernos regionales, y al del tribunal de Comité Central Ejecutivo.

»3.º aplicar esta orden por telégrafo...»

Pero, en Moscú, no nos regocijábamos, pues recordábamos que un año antes habíamos leído artículos que proclamaban el fin del Terror. He aquí, por ejemplo, un extracto del artículo de un cierto Norov aparecido en los «Vetchernii Izvestia», en Moscú (15 febrero 1919). El periódico manifestaba, una vez suprimida la pena de muerte: «El pueblo ruso ha vencido. Ya no necesitamos el Terror. Se trata de un arma afilada, peligrosa, pero un arma a utilizar en situaciones extremas. Es incluso perjudicial para el pueblo, pues atemoriza y aleja a elementos que hubieran podido adherirse a la revolución. Es por esto que el proletariado *renuncia al instrumento del Terror asumiendo como arma la legalidad y el derecho*».

Recordábamos que, ya en abril de 1919, el soviet de Kiev anunciaba solemnemente: «En su territorio, la pena de muerte ha sido suprimida».

El 15 de enero de 1920, la propia Checa apareció como iniciadora de la supresión de la pena de muerte. Sabemos que la Checa no era la iniciadora: ella se oponía sistemáticamente a esta supresión e incluso cuando la cuestión quedó decidida, Dzerjinsky insistió para que la puesta en práctica de esta decisión comenzara

oficialmente en la Checa dirigida por él. Mientras tanto, la Checa se apresuraba por dar fin a sus víctimas.

Según nuestros informes, más de 300 personas fueron fusiladas en Moscú. La famosa socialista revolucionaria Uzmailovitch, quien aquel día se hallaba en la prisión de Butirky, afirma: «La noche que precedió a la publicación del decreto sobre supresión de la pena de muerte derivada de decisiones de las checas, 120 personas fueron sacadas de Butirky y ejecutadas. Los condenados a muerte, que por azar se enteraron de la promulgación del decreto, huyeron hasta los patios y pidieron gracia, aludiendo al decreto. Todos ellos, los rebeldes y los resignados, fueron abatidos como ganado... ¡Esta hecatombe pasará a los anales de la historia!»^[21].

Uno de los autores de la recopilación de *Tcheka*, quien uno de esos días se hallaba encerrado en la checa de Moscú, afirmaría: «El decreto de la Checa suprema ya estaba aprobado e impreso en los periódicos del día primero de año, pero en el patio de la Checa se ejecutó apresuradamente a 160 personas que habían permanecido en sótanos prisiones, campos de concentración, todas aquéllas que, según el Comité, no había que dejar vivas. Entre ellas perecieron las que ya habían sido condenadas por el tribunal y que ya habían descontado la mitad de sus penas en un campo de concentración, como, por ejemplo, Khvalinsky, quien resultó condenado, en el horrible proceso Lokhart, a varios años de campo de concentración. Se fusiló durante las jornadas del 13 y 14 de septiembre. En la mañana de esta última fecha, se transportó desde la checa de Moscú a la enfermería de la prisión a un hombre con la mandíbula fracturada y la lengua cortada. Explicó del modo que pudo que le habían fusilado, aunque sin rematarlo, y se consideraba a salvo, puesto que no le habían rematado: se le llevó a la sección de cirugía y allí se le dejó. Resplandecía el hombre de felicidad, le brillaban los ojos y estaba claro que no acababa de creer en tamaña suerte. No se llegó a conocer cuál era

su nombre o su profesión. Pero por la noche le trasladaron, con sus vendas en la cabeza, para rematarlo...»

En Petersburgo, la víspera de la supresión de la pena de muerte y la noche siguiente, se fusiló a 400 personas. En Saratov, 53, como lo confirma una carta privada, etc.

Tras la supresión de la pena de muerte, pareció que ese derecho sangriento era efectivamente abandonado por las checas.

Pero quedó una duda insidiosa: «La checa del gobierno de Kiev —escribe “Izvestia” del 5 de febrero— ha recibido una explicación telegráfica del presidente de la Checa suprema en la que se subraya que la supresión de la pena de muerte no se extiende a los territorios dependientes del frente. En esos territorios, y por parte de los tribunales revolucionarios, el derecho de aplicación de la pena de muerte sigue en vigor. Kiev y el gobierno de Kiev se hallan en la zona del frente».

Luego, con inaudito cinismo, la Sesión especial de la Checa envió, el 25 de abril, a los presidentes de las secciones especiales de las Checas locales la siguiente circular: «Como consecuencia de la supresión de la pena de muerte, nos proponemos enviar a todas aquellas personas que, por sus actos, se han hecho acreedoras a la pena de muerte, a la zona de las operaciones militares, es decir, a un sitio donde no se extienda el decreto sobre supresión de la pena de muerte».

Y recuerdo muy bien cómo a uno de nosotros, detenido en febrero de 1920 bajo acusación de contrarrevolución, el juez le dijo categóricamente: «Aquí no podemos fusilarle, pero podemos enviarle al frente», y con ello entendía cualquier lugar donde reinaba la guerra civil.

Pero pronto la Checa no necesitó recurrir a estos prodecimientos jesuíticos (y, por otra parte, dudo que tuviera que recurrir a ellos, pues todo se hacía en secreto). Como si olvidara la supresión de la pena de muerte, el propio *Izvestia* anunciaba que

de enero a mayo se habían fusilado 521 personas, de las cuales 176 condenadas por los tribunales.

Con la guerra ruso-polaca, la pena de muerte fue oficialmente restablecida el 24 de mayo. A continuación ya no se suprimió. La orden de Trotsky, del 16 de junio de 1920, es característica, si se compara con los llamamientos demagógicos de los bolcheviques en 1917.

«1.º Todo cobarde que contribuya a la retirada, todo desertor que no ejecute las órdenes de combate, será fusilado.

»2.º Todo soldado que abandone su puesto de combate, será fusilado.

»3.º Quien arroje su fusil, o venda una parte de su equipo, será fusilado.»

... Y pensar que el Congreso Panruso de los Soviets había declarado: «La pena de muerte restablecida por Kerensky en los frentes queda suprimida»^[22].

Los periódicos silenciaban las ejecuciones a cargo de las Comisiones extraordinarias, pero publicaban informaciones sobre las ejecuciones ordenadas por tribunales especiales militares-revolucionarios. E incluso esas simples cifras oficiales son espantosas:

Desde el 22 de mayo al 22 de junio.	600
Junio - julio... Junio - julio...	898
Julio - agosto... Julio - agosto...	1.183
Agosto - septiembre	1.206

Las informaciones solían darse con un mes de retraso. Al anunciar 1.206 ejecuciones para septiembre, *Izvestia* enunciaba los delitos de las víctimas. Desde el punto de vista del «Terror

rojo», resultan todos ellos característicos: por espionaje, 3; por traición, 185; por no ejecución de órdenes militares, 12; por rebelión, 65; por contrarrevolución, 59; por desertión, 467; por bandidaje y merodeo, 160; por haber conservado armas, 23; por desórdenes y embriaguez, 20; por abuso de poder, 181... Para un simple mortal resulta muy difícil orientarse en la jurisdicción bolchevique. Por ejemplo, en *Izvestia* (12 de noviembre), se publica que, de febrero a septiembre de 1920, en los tribunales revolucionarios de Vokhry (tropas de servicio interior, es decir, en realidad, tropas de la Checa), se ha fusilado a 283 individuos.

Lo más seguro es perderse dentro de esta estadística sangrienta, pues aquí la sangre no llega a secarse, sino que corre en ríos que se convierten en torrentes cuando, en la vida de la Rusia soviética, ocurre cualquier complicación. En octubre de 1920, se producen en Moscú sublevaciones en las tropas locales. Llegan entonces hasta nosotros rumores de ejecuciones en masa; en la prensa socialista-revolucionaria del extranjero (*Volia Rossii* de 21 de noviembre), he leído la noticia de la ejecución de doscientas a trescientas personas. El corresponsal de esta revista ha contado en Petrogrado solamente 5.000 ejecuciones en 1920. (El otoño de 1920 fue el período de la liquidación de las sublevaciones y de las conspiraciones que guardaron relación con el ataque del general Iudenitch.) En los informes de la checa de Odessa, desde febrero de 1920 a febrero de 1922, se dieron 1.418 ejecuciones.

Sabemos por numerosas fuentes de información cómo fue liquidada «la guerra civil». Nos llegaban a Moscú informes terroríficos relativos a las compañías de represión de la Sección especial de la Checa.

Kedrov, que actualmente se halla internado en un manicomio, se distinguió por su excepcional crueldad.

En los periódicos locales, aparecía algunas veces informaciones sobre esos «trenes de ajusticiados», que por supuesto sólo

aporta una débil imagen de la realidad (por ejemplo *Izvestia* de Voroneg, n.º 179, 12 agosto 1919). En esas informaciones, se habla de centenares de detenciones, de decenas de ejecuciones, en el curso de «operaciones administrativas» y de «revisiones militar-revolucionarias». Algunas veces las noticias eran muy oscuras. Por ejemplo, con relación al tren de la checa de Voroneg, encabezado por Kedrov, se decía que se habían identificado en algunos días 1.000 oficiales, y detenidos y enviados al centro «muchos rehenes».

Así procedía Kedrov, y en el extremo-Norte, después de él, el famoso «Eiduk», que mataba él mismo a los oficiales; y parecían «humanos».

En *Izvestia* de Arkangelsk empezaron a aparecer listas de personas a quien la Comisión de Kedrov había aplicado la pena capital. Ver, por ejemplo, la lista del 2 de noviembre de 36 personas, entre las cuales había campesinos, cooperativistas y el propio Isupov, de Vyborg, antiguo miembro de la *Duma*.

Se llama a Arkangelsk la «ciudad de los muertos». La correspondencia de «Goloss Rossi» (n.º del 25 de marzo 1922), que salía allí en abril de 1920, poco después de la salida de la ciudad de las tropas inglesas, escribe: «Después de las exequias fúnebres de féretros rojos vacíos, empezó el castigo... Durante todo el verano la ciudad gimió bajo la presión del Terror. No poseo cifras sobre el número de muertos, pero sé que los 800 oficiales a los que el gobierno de Miller había propuesto evacuar a Londres por la línea de Mursmansk, fueron ejecutados los primeros. El propio Miller había huido en un rompehielos». El mayor número de ejecuciones se llevó a cabo cerca de Kholmogori.

El corresponsal de *Revolutsionnaia Rossiia* comunica: «En septiembre, hubo una jornada de justicia roja en Kholmogori. Se fusiló a más de 2.000 personas. La mayor parte eran campesinos y cosacos del Sur. Casi no se fusilaron intelectuales. Hay pocos».

¿Qué significa «campesinos y cosacos del Sur»? Eso significa personas traídas del Sur e internadas en un campo de concentración del Norte. La Checa condenaba por placer y con una crueldad especial al enviar a un campo de concentración del gobierno de Arkangelsk: «Eso significa que se enviaba al condenado a su ruina en cualquier centro de horror». Veremos más adelante en qué consistían realmente esos campos. Los que caen allí ya no vuelven. En la mayoría de los casos son fusilados. Se trata con frecuencia de una forma eufemística de la pena de muerte^[23]. «En el Don, en Kubán, en Crimea, en el Tukestán, se repetía el mismo procedimiento. Se anuncia el registro o la verificación de los antiguos oficiales, o de ciertas categorías de soldados que han estado al servicio de los “blancos”. Sin esperar, ni prever nada malo y para demostrar su lealtad, la gente acude al registro; son detenidos tal como comparecen e inmediatamente se les arroja en vagones y se les transporta al campo de Arkangelsk. Desde Kubán o desde Crimea, con ropas de verano, sin una toalla ni un trozo de jabón, sin ropa de recambio, suciosos y piojosos, llegan al clima de Arkangelsk con la esperanza problemática de poder recibir, no solamente ropa y prendas de abrigo, sino también de poder informar a sus deudos del lugar en que se encuentran.

»Este procedimiento fue utilizado en Petrogrado con la comandancia de la flota del Báltico. Y esa gente no era del talante de la que emigró, o se ocultó; no se pasaron con Iudenitch, Koltchak o Denikin. Sirvieron todo el tiempo a la autoridad soviética y demostraron su lealtad; la mayoría de ellos no fueron arrestados ni una sola vez durante cuatro años de bolchevismo. El 22 de agosto se decretó una especie de censo, farsa bastante corriente que no se aplicaba por primera vez. Cada uno de ellos, con lo puesto y según estaban, dejó su servicio para ir a inscribirse. Fueron retenidos más de 200 individuos. A todos se les había invitado a pasar a una estancia cualquiera y a esperar allí. Esperaron en tales estancias por espacio de dos días, acto seguido se les hizo

salir, se les rodeó de una fuerte escolta, se les condujo a la estación, y allí fueron obligados a entrar en vagones de ganado, donde fueron enviados en distintas direcciones —sin que se les dijera una sola palabra— a las prisiones de Orel, de Vologda, de Iaroslavl y de otras ciudades...»

De la larga lista de oficiales, según las informaciones requeridas en el Norte, nunca se pudo hallar el lugar a que había sido llevado ninguno de ellos. Y en conversaciones privadas, los representantes de la Checa confesaban abiertamente que ni uno solo de ellos conservaba la vida.

He aquí una escena descrita por *Volia Rossii* (1920, n.º 14) de las represiones de Kedrov en el Norte: «Después de haber concentrado a 1.200 oficiales en Arkangelsk, Kedrov los mete en una embarcación cerca de Kholmogori y, abre fuego sobre ellos ¡Seiscientos resultan muertos!» ¿No lo creéis? ¿Pensáis que esto es increíble, cínico, insensato? Sin embargo, era el destino más frecuente de cuantos eran enviados al campo de concentración de Kholmogori, Este campo desapareció poco a poco en mayo de 1921. A poca distancia de Kholmogori, se fusilaba a los grupos que llegaban por decenas y por centenares. A una persona que fue a hacer una investigación no autorizada sobre la situación de los internados en el Norte, los habitantes de los pueblos cercanos le citaron la tremenda cifra de 8.000 víctimas de ese tipo.

Y puede ser que aquella barbarie fuera en realidad humana en el caso presente, puesto que el campo de Kholmogori, que recibió el nombre de «campo de la muerte», significaba para los internados la muerte lenta en una atmósfera de humillación y de violencia.

Sin embargo, la conciencia humana se resiste a creer en esos anegamientos de barcazas, anegamientos que hacían revivir escenas similares del período a la Revolución francesa. Pero no es só-

lo un vago rumor el que nos habla de esas barcazas. He aquí un segundo caso, por el que podemos confirmarlo —y existe otra información llegada poco después—, en el que el procedimiento se repite. Vladimir Voitinsky, en el artículo que sirve de prefacio al libro de los *Doce condenados a muerte* (proceso de los socialistas-revolucionarios en Moscú), escribe: «En 1921, los bolcheviques concentraron en una barcaza a 600 prisioneros de diversas cárceles de Petrogrado y Kronstadt; en el sitio de mayor profundidad entre Petrogrado y Kronstadt la barca fue hundida: todos los prisioneros se ahogaron, salvo uno, que consiguió llegar nadando a la costa de Finlandia...»^[24].

Después de Denikin

Todos estos horrores palidecen, por la cantidad de víctimas, ante lo que ocurrió en el Sur después de la guerra civil. La autoridad de Denikin se había derrumbado. Una nueva autoridad apareció y con ella avanzaba la ola sangrienta de un terror de venganza y sólo de venganza. No se trataba ya de la guerra civil, sino del exterminio del antiguo enemigo. Se trataba de una acción preventiva para el futuro. Los bolcheviques estaban en Odessa, en 1920 por tercera vez. Las ejecuciones se llevan a cabo por centenares cada día. Los cadáveres se transportan en camiones^[25].

«Vivimos como sobre un volcán», dice una carta privada recibida en la redacción de *Poslednii Novosti*^[26]. «Cada día, en todos los barrios de la ciudad, se llevan a cabo razias de contrarrevolucionarios, investigaciones, detenciones.

»Basta con denunciar que en una familia ha habido un miembro de la misma que servía en el Ejército voluntario, para que la casa sea saqueada y sean detenidos todos los individuos de la familia. Contrariamente a como actuaron en años anteriores, ahora los bolcheviques se deshacen rápidamente de sus víctimas sin publicar listas.» El corresponsal de Constantinopla, L. Leonidov,

bien informado sobre las cosas de Odessa, nos describe cuadros espantosos de la vida en Odessa en esa época en una serie de artículos aparecidos en *Obchtchee Dielo: Lo que pasa en Odessa*. Volveremos de nuevo a ocuparnos de estos artículos.

Según este periodista el número de ejecuciones ascendió a 7.000^[27]. Se fusila de 30 a 40 personas cada noche, algunas veces 200 o 300. Se utiliza la ametralladora. Hay demasiadas víctimas para ejecutarlas una por una. No se da la relación de los ejecutados. Se toman masas enteras de las prisiones y se les ejecuta. ¿Existe exageración sobre este punto? Es posible, pero todo resulta verosímil, puesto que se fusila a todos los oficiales apresados en la frontera rumana, a quienes los rumanos impidieron atravesar el Dniéster y que por esta razón no consiguieron unirse a las tropas del general Bredov. El número de prisioneros fue de 1.200: son internados en un campo de concentración y ejecutados poco a poco; el 5 de mayo son fusilados en masa los restantes. Resulta imposible creer que esta ejecución haya sido anunciada en el propio *Izvestia*. Por la noche, las campañas tañen de modo fúnebre en las iglesias. Por esta razón algunos curas fueron llevados ante el tribunal revolucionario y condenados de 5 a 10 años de trabajos forzados.

Entonces se inició la represión contra los oriundos de Galitzia que habían traicionado a los bolcheviques. La guarnición de Tiraspol'sk fue exterminada en su totalidad. De Odessa llegó la orden de evacuar a todos los naturales de Galitzia por motivos de la reseñada traición. Cuando estuvieron concentrados en la estación de mercancías, juntos mujeres, niños y equipajes, fueron muertos a ráfagas de metralleta. Se informó en *Izvestia* que los ejecutados, al traicionar la causa del proletariado, habían caído, víctimas de la venganza de la multitud^[28].

Las ejecuciones continuán incluso después de la conquista de Crimea. «Mis interlocutores —informa el corresponsal— se muestran unánimes en afirmar que, hacia el 24 de diciembre, se

publicó una nueva lista de 119 ejecuciones.» Como siempre, el rumor público afirma, y no sin fundamento, que en realidad ese día fueron fusiladas más de 300 personas. Tales ejecuciones se llevaban a cabo bajo la acusación de haber participado en las organizaciones contrarrevolucionarias polacas. «La conspiración polaca» había sido provocada por los propios chequistas «que estaban sin trabajo.» Luego vinieron las «conspiraciones Wrangel» (31 ejecuciones por espionaje, 60 entre los empleados de la Sociedad de Navegación y Comercio^[29]).

Los bolcheviques están también en Ekaterinodar. Las cárceles rebosan. La mayor parte de los fusilados son detenidos. Un habitante de Ekaterinodar afirma que, entre agosto de 1920 y febrero de 1921, sólo en la prisión de Ekaterinodar fueron fusilados cerca de 3.000 individuos.

«El porcentaje más elevado de ejecuciones se da en ocasión del ataque de Wrangel en Kubán. En ese momento el presidente de la Checa lanzó la siguiente orden: “Fusilad a todos los detenidos en la Checa”. Uno de los chequistas, Kosolapov, hizo observar que entre los detenidos había muchos que no habían sido interrogados y que estaban detenidos por azar, simplemente por haber infringido la orden de salir a la calle después de las 8 de la noche; se le respondió: “Separad a éstos y quitad de en medio a los otros^[30]”.»

La orden se ejecutó al pie de la letra. Uno de los que escaparon a la masacre, el ciudadano Rakitiansky, describe de este modo la espantosa escena:

«Se hacía salir por decenas a los detenidos. Cuando hicieron salir a los primeros, nos dijeron que era para un interrogatorio. Estábamos tranquilos. Pero, después de la segunda decena, comprendimos que eran conducidos a la muerte. Abatían a los prisioneros como ganado.» Como todas las cosas de la Checa estaban ya dispuestas para la evacuación, las ejecuciones se hacían sin for-

malismos, y por esta razón Rakitiansky consiguió salvarse. Se preguntaba a los que habían sido llamados para la ejecución de qué se les acusaba: Rakitiansky, acusado como oficial, declaró que había sido detenido casualmente por haber salido tarde por la noche y por ello se salvó:

«Casi todos los chequistas, con el presidente de la Checa a la cabeza, estaban ocupados en ejecutar. Atarbekov fusilaba en la prisión. Las ejecuciones duraron varios días, sembrando el terror entre los habitantes vecinos de la prisión. Este día se ejecutaron cerca de 2.000 personas. ¿Quién fue ejecutado? ¿Por qué se ejecutó? Es un misterio. Ni los mismos chequistas se daban cuenta, pues la masacre se había convertido para ellos en oficio, en sadismo, algo corriente que no exige la menor formalidad...»

Más tarde, siguieron otras ejecuciones: el 30 de octubre 84, en noviembre 100, el 22 de diciembre 184, el 24 de enero 210, el 5 de febrero 94. Existen documentos que confirman estos hechos: la checa de Ekaterinodar los destruyó antes de la investigación.

«Hemos encontrado expedientes en los que había escrito: fusílese por grupos en las letrinas», declara un testigo ocular. Ofrecamos otro cuadro de la vida Ekaterinodar en el curso de este período: «Del 17 al 20 de agosto, en Ekaterinodar, la vida normal se vio turbada por la aproximación de las tropas de Wrangel que llegaron hasta el pueblo de Primorsky-Aktar. En ese momento de pánico, por orden de Atarbekov, todos los detenidos en las prisiones de la Sección especial de la Checa, unos 1.600, fueron ejecutados. Desde la checa se conducía a los detenidos en grupos de siete hasta el puente de Kubán, donde eran ametrallados; en la prisión se les ejecutaba contra los muros. Esto ha sido dado a la publicidad. Se dieron a conocer las listas de muertos bajo la rúbrica de “Represalias”, pero el número de ejecutados de las listas es inferior al de la realidad. En el desorden de su huida, los conquistadores decían a los obreros que debían seguirles en la evacuación; si no lo hacían, les amenazaban con colgar de los

postes de telégrafo a todos los que se hubieran quedado...»^[31] Otro tanto ocurrió al evacuarse de nuevo Ekaterinodar ante la aproximación de Wrangel^[32]. En el fondo, es esto lo que se repite en todos los casos semejantes: las tropas soviéticas evacúan Vin-nitza y Kamenetz-Podolsk, y en «Izvestia del Comité ejecutivo ucraniano» se publican los rehenes fusilados, 316 personas, entre las cuales había campesinos, 13 maestros de escuela, médicos, ingenieros, un rabino, propietarios, oficiales. Por su parte, las fuerzas invasoras obran del mismo modo. Al día siguiente de la toma de Kamentez-Podolsk se fusila a 80 ucranianos: se retienen 164 rehenes, los cuales son enviados a los confines más lejanos del país^[33].

El corresponsal de la «Revoliutsionnaia Rossiia» describe actos del nuevo gobierno en Rostov-sobre-el-Don en el curso de los primeros meses: «... se saquea, abiertamente y sin piedad, a la burguesía, los almacenes, los depósitos; se mata, se masacra a los oficiales en las calles y en las casas... en la esquina de Taganrok y Temeritzky, se incendia un hospital militar, y mueren abrasados en él 40 personas. ¿Cuántos son los muertos, en total? Nadie lo sabe, si bien el número no es reducido. Cuanto más se consolidaba el poder soviético en el Don, más claramente se dibujaba su método de trabajo. En primer lugar, la población cosaca se convirtió en sospechosa. La Checa, dirigida por Peters, se puso a trabajar. Para que no se oyeran los disparos, dos motores funcionaban sin descanso... El propio Peters asistía en ocasiones personalmente a las ejecuciones... Se ejecutaba por grupos. Una noche llegaron a contarse 90 ejecutados. Los soldados del Ejército rojo cuentan que el hijo de Peters, un niño de 8 o 9 años, corría detrás del padre y le decía sin cesar: “Papá, déjame, ahora me toca a mí...”».

Al lado de la checa, funcionan los tribunales revolucionarios y los soviets militar-revolucionarios, que consideran a los acusados, no como «prisioneros de guerra», sino como «provocadores

y bandidos» y que fusilan por decenas (por ejemplo, en el caso del coronel Sukharevsky en Rostov, del cosaco Snieguirev en Ekaterinodar y del estudiante Stepanov en Tuapse).

En el desgraciado gobierno de Stavropol se fusila a las mujeres porque no denuncian la huida de sus maridos; se mata a muchachos de 15 a 16 años, viejos de 60... Se ametralla y se mata, en ocasiones, con sables. Se fusila todas las noches en Piatigorsk, en Kislovodsk, en Esentuki. Bajo el título «Sangre por sangre», se imprimen listas con nombres de víctimas, que ascienden a 240, y a cuyo pie se puede leer: «Sigue mañana». Esos asesinatos son la represalia por el asesinato del presidente de la Checa Zentsov y del comisario Lapina (muertos por un grupo de hombres a caballo mientras viajaban en automóvil).

Crimea después de la retirada de Wrangel

Esta fue la liquidación del gobierno de Denikín. A Denikin siguió Wrangel. Aquí las víctimas se cuentan por decenas de millares. Crimea fue apodada «el cementerio de toda Rusia». Hemos oído hablar de esos millares de víctimas a gentes llegadas desde Crimea a Moscú. Se ejecutaron a 50.000 personas, comunica «Za Narod» (n.º 1). Otros calculan 100 y 120 mil, e incluso 150 mil. ¿Qué cifra es la que se ajusta a la realidad? No lo sabemos, pero volveremos sobre esta cuestión^[34].

¿Es que acaso esto disminuye la crueldad y el horror de la represión hacia gentes a quienes el comandante en jefe Frunzé había garantizado la amnistía? Allí operaba el famoso periodista y comunista húngaro Bela Kun, quien no sintió sonrojo al hacer esta afirmación: «El camarada Trotsky ha dicho que no vendrá a Crimea mientras quede allí un solo contrarrevolucionario: Crimea es la botella de donde no saldrá ni un solo contrarrevolucionario, y como Crimea ha mantenido por espacio de tres años su movimiento revolucionario, la pondremos rápidamente al nivel de la Revolución general de Rusia...».

Y se procedió a esa «nivelación» por inauditas ejecuciones en masa. No solamente se fusilaba, sino que se utilizaba el sable como medio de exterminio. Hubo casos en que se mataba delante de los padres de las víctimas.

«La guerra continuará mientras exista en la Crimea roja un solo oficial “blanco”»; así se expresaban los telegramas de Sliansky, el sucesor de Trotsky en el Soviet militar-revolucionario.

La carnicería de 1920-1921 en Crimea originó una inspección especial de *Vtzik* (Comité Central Ejecutivo Pan-ruso). Los comandantes de las ciudades fueron interrogados y, según el corresponsal de *Rul* (3 de agosto de 1921), para disculparse, todos ellos presentaron el telegrama de Bela Kun y de su secretaria (Samoilova, quien, en marzo de 1921 y por «trabajos especiales», recibió la Orden de la Bandera Roja^[35]); el telegrama contenía la orden de ejecutar a todos los oficiales y funcionarios militares...

Al principio, las ejecuciones se verificaron de acuerdo con listas de registro de oficiales. A. V. Osokin, que envió sus declaraciones al proceso de Lausana, cuenta que esas listas contenían millares de individuos. «Todos se apresuraban en llegar los primeros... a la tumba...»

La matanza duró meses. El crepitar de las ametralladoras se dejaba oír cada noche hasta llegada la mañana. La primera noche de ejecuciones en Crimea produjo millares de víctimas: en Simferopol, 1.800^[36], en Teodosia 120, en Ketrch 1.300, etc.

Pronto se comprendió que resultaba incómodo operar con batallones completos. Por muy desprovistos de prejuicios que estuvieran, algunos de los soldados de los pelotones de ejecución huían. A continuación, se designaron grupos menos numerosos con dos relevos durante la noche. En Teodosia, se emplearon grupos de 60 hombres y en toda la noche 120. Por otra parte, se expulsaba a los habitantes de las casas cercanas a los lugares de ejecución: resultaba imposible soportar el horror del suplicio.

Había un peligro. Los heridos no rematados se arrastraban hasta las casas y pedían auxilio. Las gentes misericordiosas arriesgaban la cabeza si ocultaban a los heridos.

Los cadáveres eran arrojados a los antiguos pozos genoveses. Cuando éstos se llenaron, se hizo salir a los condenados, con la supuesta pretensión de llevarlos a trabajar a las minas: se les hizo excavar fosas comunes, se les encerró por espacio de dos horas en sótanos, donde fueron desnudados. Finalmente, a la llegada de la noche se les fusiló.

Los cadáveres quedaban colocados en capas. Por encima de ellos se ponía una nueva hilera de vivos, para «igualar», y la práctica continuaba sin parar hasta que el foso se hallaba lleno a rebozar. Por la mañana, se remataba a los supervivientes golpeándoles las cabezas con piedras.

¡Cuántos de entre ellos fueron enterrados aún con vida!

En Kertch, se organizó «el descenso al Kubán»: se transportaba a los prisioneros al mar y se les ahogaba.

A las mujeres y madres enloquecidas por el pánico se las perseguía a latigazos y en ocasiones eran fusiladas. Detrás del «Cementerio judío», en Simferopol, era dado ver mujeres con niños pequeños. En Yalta, en Sebastopol, los enfermos eran llevados desde los hospitales en angarillas y luego fusilados. Y esto no sólo ocurría con oficiales, sino también con soldados, médicos, enfermeras, maestros, sacerdotes, campesinos, etc.

Cuando las primeras reservas de prisioneros se agotaron, se empezó a traerles de los pueblos, aunque allí lo más frecuente es que se les ejecutara sobre el terreno. También se llevaban a cabo razias en las ciudades. Por ejemplo, en Simferopol, las razias proporcionaron 1.200 detenciones.

Una vez que la fiebre por estas prácticas hubo pasado, las razias se hicieron después de algunas investigaciones. Se llegaba a efectuar decenas de investigaciones mensuales entre funcionarios

y entre miembros de la población mayores de 16 años. Algunas veces, las investigaciones comprendían 40 o 50 preguntas. Cada uno de los años del interrogado eran examinados con las preguntas más minuciosas. Estas abarcaban desde el origen y la clase social hasta la situación económica, no sólo de la persona interrogada, sino de la de su padre, su abuelo, sus tíos y tías. ¿Qué opinaba del Terror rojo, de los aliados, de Polonia, de la paz con Polonia? ¿Cuáles eran los sentimientos respecto a Wrangel, por qué no había huido?, etcétera. Era necesario contestar a todo.

Al cabo de dos semanas, todos los habitantes tenían que presentarse a la Checa, donde eran nuevamente interrogados por los investigadores, que se esforzaban por enredar a los desgraciados con preguntas insidiosas y estúpidas; y, mientras sufrían la prueba, se les entregaba la copia certificada de la investigación.

Cada uno juraba por su vida que sus informaciones eran exactas... Los que eludían la muerte eran enviados acto seguido a un campo de concentración en el norte, donde muchos encontraban su tumba.

Los que huían, atraían la venganza sobre los demás. Por ejemplo, la evasión de 6 oficiales del campo de Vladislavlevo provocó el fusilamiento de 38 prisioneros.

En Kertch, se censó a toda la población. La ciudad quedó encerrada en un cerco de patrullas. La Checa prescribió que los habitantes se aprovisionasen de víveres para tres días y que nadie abandonase su domicilio durante esos tres días bajo pena de muerte.

Después del censo, los habitantes fueron divididos en tres categorías, de las cuales, una, «la de aquellos que habían combatido activamente», fue fusilada; según *Izvestia* de Kertch, comprendía a 860 personas. Pero los habitantes de la localidad afirmaron que la cifra se había reducido en la mitad^[37].

El número mayor de ejecuciones tuvo lugar en Sebastopol y en Balaklava, donde, de acuerdo con testimonios oculares, hubo 29.000^[38]. En Sebastopol, especialmente, los bolcheviques fusilaron a más de 500 obreros del puerto acusados de haber ayudado a embarcar a las tropas de Wrangel. El 28 de noviembre, «Izvestia del Comité Revolucionario de Sebastopol» publica una primera lista de fusilados: 1.634, de los cuales 278 mujeres; el 30 de noviembre publica una segunda lista de 1.202 personas, entre las cuales 88 mujeres. Se dice que, en Sebastopol solamente, los bolcheviques fusilaron a más de 8.000 personas la primera semana.

En Sebastopol, además de fusilar, también se ahorcaba. Se ahorcaba no sólo por decenas, sino también por centenares. Las personas que lograron escapar de Crimea, los extranjeros que se hallaban en la ciudad por azar, cuentan escenas de espantosas atrocidades en las columnas de *Poslednii Novosti*, de *Obchtchee Die-lo*^[39], de *Rul*. Aunque se trata de declaraciones subjetivas, es imposible dejar de creerlas. La avenida Nakhimovsky está llena de ahorcados, dicen los corresponsales de *Rul*^[40]. «La avenida Nakhimovski está llena de cadáveres colgados de oficiales, soldados, civiles, detenidos en las calles y condenados apresuradamente sin juicio. La ciudad está muerta, la población se oculta en los sótanos, en los graneros. Todas las vallas, los muros de las casas, los postes de telégrafos, los escaparates de los almacenes, se ven cubiertos de pasquines: “A muerte los traidores”.» «Se ahorca a los oficiales en uniforme y con sus charreteras», añade un testigo presencial. «Los civiles se balanceaban medio desnudos^[41].» En las calles se ahorcaba «para dar ejemplo». Se utilizaban todos los postes, todos los árboles, e incluso los monumentos... El Bulevar Histórico se hallaba adornado de cadáveres balanceándose al viento. La avenida Nakhimovsky, las calles Ekaterninsky, Bolchaia, el Bulevar Primorski tenían también el mismo aspecto. «Por orden del comandante Bohmer (teniente alemán en el tiempo de la ocupación de Crimea), la población civil no tenía dere-

cho a protestar contra la autoridad soviética con el pretexto de que esa población obedecía a los guardias blancos.» En realidad, allí no había otra cosa que «represiones bárbaras»... Se ejecutaba a los enfermos y a los heridos en los hospitales (272 víctimas en el sanatorio de los Zemstvos, en Alupka), médicos, empleados de la Cruz Roja, enfermeras (se registra la ejecución de 17 enfermeras de una sola vez), periodistas y otras gentes, etc.

Se fusila al socialista-populista A. P. Lurié por el mero hecho de ser redactor de los «Iujny Viedomosty» («Las noticias del Sur»), y el secretario de Plejanov, el socialdemócrata Liubimov. Y tantos otros que no representaban ningún tipo de militancia. Podría añadirse a todas estas letanías lo que dijera Ivan el Terrible: «¡Y otros muchos nombres, señor, que sólo tú conoces!».

El número de víctimas, según el corresponsal socialista-revolucionario de *Volia Rossii*, alcanzó en un noche varios millares.

1921

El Terror continúa en Crimea.

«En julio de 1921, había en las prisiones de Crimea más de 500 rehenes, retenidos por haber estado en relación con los “verdes”», escribe A. V. Osokin en sus declaraciones en el proceso Conradi. Muchos fueron muertos, de ellos 12 o 13 mujeres; (en Eupatoria, 3 en abril; en Simferopol, 5 en la noche del 25 de marzo; en Karazubar, 1 y en Sebastopol, 3 o 4 en abril); su falta principal consistía en tener parientes en las montañas, o en haber provisto de pan a gente que pasaba por el bosque, sin sospechar que se trataba de fugitivos, incluso tomándolos por soldados del Ejército rojo.

«Pueblos enteros se vieron enfrentados a un ultimátum: “Si no obligáis a los que han huido a las montañas a volver, seréis quemados vivos”» (Pueblos de Demerdji, Chumy, Korbek, Sably, etc.) Pero el ultimátum no se llevó a efecto, pues, a su vez, los «verdes» declararon que, si la amenaza se efectuaba, masacra-

rían a los comunistas y a sus familiares, no sólo en los pueblos, sino también en ciudades como Albucha, Siméis y Sudak.

El sistema de rehenes tuvo resultados sangrientos durante el invierno de 1921-1922 en los distritos del Norte de la Táuride y de Ekaterinoslav, en el período del «desarme de los pueblos». En pueblos (como Troitskoe, Bogdanovka, Melitopol) se exigía la entrega de cierto número de armas, que la población debía entregar en un plazo determinado. La cantidad exigida superaba los efectos posibles. Se tomaban entonces a 10 o 15 rehenes. Dado que el pueblo no podía cumplir la orden, los rehenes eran ejecutados.

En Teodosia, se descubrió una base de «verdes»: se fusiló a 3 colegiales varones de 15 a 16 años y a 4 hembras de la misma edad. Por otro asunto, en que había «verdes» de por medio, se fusiló a 22 personas en Simferopol, entre las que se hallaban Puchkarev, Bojenko, etc.

Los «verdes» eran un pretexto para el descubrimiento de constantes conspiraciones que tenían epílogos sangrientos, de los que informa «Krymrosta». El Terror se extendió ampliamente sobre los elementos tártaros de la población: por ejemplo, en agosto se fusiló a algunas decenas de musulmanes por «haber organizado asambleas contrarrevolucionarias en las mezquitas»^[42].

En septiembre, confiando en la «amnistía», dos grupos de «verdes» bajan de las montañas, con el tártaro Malambutov en cabeza. El autor de un «diario» narra la suerte de Malambutov en las páginas publicadas por *Poslednii Novosti*. «Los chequistas, después de apoderarse de Malambutov, lanzaron con su firma un llamamiento a los “verdes” que permanecían en la montaña, proclamando su amor a la paz y afirmando que “para nosotros, camaradas, soldados-‘verdes’, no hay más enemigo que el capital”... y así sucesivamente... Malambutov prisionero, se vio obligado a desplazarse a las montañas con su Estado Mayor, ro-

deado de un importante destacamento de chequistas, y tuvo que entregar todos los refugios, todos los rincones donde se refugiaban los “verdes”. Los campesinos de los pueblos vecinos cuentan que, desde hace dos días, las descargas resuenan en las montañas: son los bolcheviques que cazan a los últimos “verdes” entregados por el pobre Malambutov. Hoy fueron ejecutados Malamambutov y sus amigos, acusados de espionaje. En las calles de la ciudad se fijaron carteles con el siguiente título: “Por qué castiga la autoridad soviética” (sigue 64 nombres) y debajo de ellos: “Por espionaje”. Aterrorizados, los habitantes hacen correr el rumor de boca en boca de que todos los “verdes” no han sido capturados en su ratonera y que gran parte de ellos, adivinando la encerrona, se había refugiado en las montañas. (Según el acuerdo establecido, tuvieron que entregar sus armas)...

»Como represalia por la muerte de Malambutov —añade el corresponsal— los “verdes” se vengan ferozmente de los rojos. Todos los comunistas que caen entre sus manos son sometidos a suplicios de la Edad Media.»

En el Sur, los rebeldes a quienes se denomina «verdes» operan por doquier y en todas partes reina el Terror rojo. Un «levantamiento» es sofocado en Ekaterinodar los días 27-28 de septiembre, y en las «Izvestias» locales se publica una lista de 104 ejecuciones, entre las que figuran un obispo, un sacerdote, un profesor, un oficial, un cosaco. Cerca de Novoroisk los rebeldes operan bajo el mando del general Prjevalsky; la checa de la flota del Mar Negro fusila a los oficiales detenidos, y a los rehenes, por centenares. Se ejecuta todos los días. Se liquidan «12 organizaciones de guardias “blancos”», la conspiración del general Ujtomski y del coronel Nazarov en Rostov, etc. A finales de marzo, la checa de Piatigorsk descubre una conspiración y fusila a 50 jefes de esa organización^[43]. La Checa del distrito de Terek fusila en Anapa, como consecuencia de una provocación, a 62 indivi-

duos, culpables sólo de haber querido huir a Batum, a fin de evitar las arbitrariedades bolcheviques^[44].

Lo ocurrido en los distritos del Don y de Kubán, muestra el modo de comportarse del enviado especial de la Checa en el Cáucaso del Norte, K. Lander, en octubre de 1920 en relación con la población de Kubán y del litoral del Mar Negro.

«1. Los pueblos y ciudades que oculten a los “blancos” y a los “verdes” serán destruidos; toda la población adulta será fusilada y todos sus bienes confiscados.

»2. Todas las personas que hayan prestado auxilio a las bandas serán fusiladas.

»3. La mayoría de los que se hallan en las montañas han dejado parientes en los pueblos. De todos estos se hará un censo y, en caso de ataque de las bandas, todos los familiares adultos de los que combatan contra nosotros serán fusilados y los niños enviados al centro de Rusia.

»4. En caso de ataque general contra pueblos y ciudades, nos veremos obligados a aplicar en estas zonas el terror de masas: por cada agente soviético muerto serán ejecutados centenares de habitantes de esas aldeas y pueblos...

»La mano vengadora del poder soviético barrerá sin piedad a todos los enemigos» —concluía el bando.

El movimiento de rebelión es reprimido en Ucrania. En esta zona, apenas hay diferencias entre 1920 y 1921. Ese movimiento es multiforme. Actualmente es difícil distinguir o bien cuándo se presenta bajo la forma de una campaña de Mackno o de un levantamiento ucraniano, o bien dónde existe contacto con los «blancos», o se amalgama con las luchas secretas de los «verdes», o bien dónde es exclusivamente una manifestación campesina contra la aplicación de impuestos y se manifiesta independiente de «los guardias “blancos” y de las conspiraciones^[45]».

Pero en la represión no hay matices. La orden n.º 69 del distrito de Kiev, de 1920, parece prescribir la aplicación del terror en masa contra los campesinos ricos hasta su completa exterminación; prescribe la ejecución de cualquier individuo en cuya casa sea encontrado un solo cartucho después del plazo señalado para la entrega de armas.

Cuando hay resistencia activa, el Terror se transforma, como siempre, en matanzas masivas. En Proskurov llegan a contarse 2.000 víctimas. Cerca de Kiev avanza el atamán Tiutiunik; entonces, se fusila en Kiev a algunas decenas de personas cada día. Tenemos a la vista un documento oficial, el proceso verbal de la sesión del 21 de noviembre de 1921 de la Comisión extraordinaria especial, quinta de las consagradas al estudio del problema de la banda Tiutiunik, derrotada y hecha prisionera^[46]. Se confirma que se mataron a más de 400 hombres durante el combate, y se hicieron 537 prisioneros. «En el curso del combate, algunos jefes del alto mando, al verse sin salida, se suicidaron haciendo estallar bombas.» Tiutiunik se comportó de manera vergonzosa, dada su condición de jefe, y huyó con su séquito al iniciarse el combate. La Checa juzgó a 443 prisioneros, los demás murieron antes del juicio, y 360 fueron condenados como «bandidos» destinados a ser fusilados inmediatamente; otros fueron enviados a las autoridades encargadas de la instrucción de los procesos, para ser interrogados...

Cuando leemos en *Pravda* de Petersburgo que se ha descubierto en Kiev una conspiración dirigida por el Comité de rebelión panucraniano y que han sido detenidos 180 oficiales del ejército de Petliura y de Tiutiunik, podemos decir con toda certeza que esta información equivale a la confesión de su ejecución. El profesor de la Politécnica de Kiev, Koval, huido a Polonia, narra el recrudecimiento del Terror que siguió al descubrimiento en Kiev de una nueva «conspiración». Cada noche se fusilaba de diez a quince personas. En el museo pedagógico se organizó una

exposición del Comité ejecutivo local y en ella figuran, entre otras cosas, algunos diagramas de las ejecuciones de la Checa. La cantidad mínima de ejecuciones mensuales ascendió a 432^[47].

Las conspiraciones de las organizaciones de Petliura son innumerables; el 28 de septiembre, se fusilan en Odessa a 60 personas, con el coronel Evtikhiev a la cabeza^[48]. En Tiraspol se fusilan a 14^[49]; y, más tarde, a 66^[50]; en Kiev a 39 (sobre todo intelectuales); en Jarkhov a 215 «rehenes» ucranianos, como represalia por el asesinato de los representantes de los soviets por parte de los rebeldes, etc. *Izvestia* de Jitomir, da cuenta de la ejecución de 29 personas por participar en una conspiración, y es poco probable que todos los cooperadores, profesores y agrónomos de que se habla tuvieran alguna concomitancia con Petliura.

Los periódicos bolcheviques insertan informaciones como la que sigue: en los gobiernos locales de Podolie se han descubierto cinco organizaciones contrarrevolucionarias que abarcan toda Podolie.

En Tchernigov, hubo 16 ejecuciones, y así sucesivamente. Este «así sucesivamente» no es una fórmula, sino pura realidad, puesto que las informaciones existen en grandísimo número. Al lado de Ucrania, se halla la Rusia Blanca. En el año 1921 abunda la información sobre rebeliones y la actuación de «los destacamentos soviéticos de represión» que fusilan sin proceso, o después del proceso, a los autores reales o presuntos de los levantamiento. «Todos los días se fusila a algunas decenas de individuos», dice el corresponsal de *Obchtchee Dielo*^[51]. «Se ha fusilado, sobre todo, a muchos partidarios de los rusos “blancos”.» «En Minsk ha terminado el proceso de los partidarios de Savinkov... Siete han sido condenados a muerte^[52].» En septiembre, se ha fusilado a 45 personas, añade el corresponsal del *Daily Mail*. En la Checa local de Podolie y de Volhynie, se procede a un trabajo especial: «limpiar» esos gobiernos de aquellos individuos que han demostrado su simpatía por Polonia durante la permanencia de

las tropas polacas en el país: detenciones, exilio en los gobiernos del centro, ejecuciones, etc. Así es cómo se lleva a cabo la limpieza^[53].

Junto a los levantamientos, es necesario situar las ejecuciones de los socialistas-revolucionarios de izquierda y de los anarquistas. El grupo de anarquistas rusos de Alemania ha publicado en Berlín, como se sabe, un libro sobre las persecuciones de los anarquistas en Rusia. «Hemos de advertir —dicen los autores de esta obra en el prólogo— que los documentos del presente libro no son más que parte ínfima de lo que ha ocurrido en realidad. Nuestra “lista fúnebre” de anarquistas víctimas del gobierno comunista dista mucho de estar completa. Sólo damos aquí cuenta de lo ocurrido cerca de nosotros y de aquello que conocemos personalmente. Pero esto es sólo una aproximación de las persecuciones llevadas a cabo por el gobierno comunista contra la anarquía y contra los anarquistas. Regiones enteras, con una totalidad de las 9/10 partes de Rusia, con el Cáucaso, la región del Volga, los Urales, Siberia, y otras, no entran en nuestro informe. Por otra parte, ni siquiera hemos podido presentar en su conjunto cuanto ocurre en la Rusia central. Tomemos como ejemplo un hecho: durante los días de tregua entre las autoridades soviéticas y Mackno, en el otoño de 1920, la delegación de Mackno, basándose en el acuerdo político, estimó oficialmente que el número de personas exiliadas hasta aquel día por las autoridades soviéticas en Siberia y en otras comarcas lejanas de Rusia, a las que se les concedía el derecho a regresar, era de 200.000 (sobre todo, campesinos). Todavía no sabemos cuántas personas fueron arrojadas en prisión y fusiladas. En el curso del verano de 1921 la prensa soviética informó de que, en la zona de Jmerinki, se había descubierto y liquidado (fusilado) a los miembros de una organización de anarquistas, treinta o cuarenta individuos, con ramificaciones en diversas ciudades del Sur. No podemos aclarar el nombre de los camaradas desaparecidos, pero sabemos que entre

ellos se hallaba lo mejor de nuestra juventud anarquista. Durante el mismo verano de 1921, en Odessa, en parte se encarceló y en parte se fusiló a un importante grupo de anarquistas que hacía propaganda en las instituciones soviéticas, en el Soviet de los diputados e incluso dentro del Partido comunista, lo que llevó a acusar al grupo de «traición contra el Estado». Hemos tomado al azar algunos ejemplos recientes. La enumeración de toda la serie de masacres, detenciones, exilios y ejecuciones de anarquistas a través de las inmensas provincias rusas durante todos esos años llenaría más de un volumen. Lo más característico es que la autoridad soviética persiguió de la manera más cruel incluso a los tolstoianos, quienes, como es sabido, son anarquistas pacíficos.

»Centenares de ellos se encuentran aún en las prisiones. Las “comunidades” los han dispersado, en ocasiones a mano armada (por ejemplo, en los gobiernos de Smolenko). Datos precisos indican que, a finales de 1921, se tenían informes concretos sobre la ejecución de 92 tolstoianos, ejecutados sobre todo por su negativa a cumplir el servicio militar. Podríamos continuar sin parar ofreciendo ejemplos de este tipo para demostrar que, en comparación con los documentos que, más tarde, descubrirá un historiador minucioso, los hechos recogidos en la presente obra no son más que gotas de agua en el mar.»

En el proyecto de esta obra no está previsto el análisis del anarquismo ruso, y sobre todo el de sus distintas tendencias en aquella época que a menudo llevaría al príncipe P. A. Kropotkin a refutarlas. Los bolcheviques se sirvieron de los anarquistas allí donde los consideraron útiles, pero luego se desembarazaron de sus elementos antigubernamentales tan pronto como se sintieron suficientemente fuertes. Entonces se quitaba todo carácter político a la represión. Y no hay duda de que entre los pretendidos «bandidos», murieron muchos que nada tenían en común con las expediciones de saqueadores. El libro citado de los anarquistas publica telegramas secretos de la autoridad central de Jarkhov,

dirigidos al presidente del Comité de soviets del pueblo de Ucrania, Rakovski, que precedieron a la destrucción de las organizaciones anarquistas de Ucrania:

«1.º Hacer un censo de todos los anarquistas de Ucrania, sobre todo los agrupados junto a Mackno.

»2.º Proceder a una investigación minuciosa sobre todos los anarquistas y preparar documentos de carácter criminal de acuerdo con los cuales se podrá establecer su culpabilidad. Mantener secretas esas órdenes y esos documentos. Enviar esas órdenes a todas partes.

»3.º Detener a todos los anarquistas y activar las acusaciones contra ellos.»

Obchtchee Dielo^[54], tomando como base *Izvestia* de Jarkhov, informa que «por aplicación del Terror rojo se fusilaron, en noviembre de 1921, en Kiev, Odessa, Ekaterinoslav, Jarkhov, y otras ciudades, a más de 5.000 rehenes». Al leer cuanto hemos expuesto anteriormente, es imposible dudar de tal cifra.

Después de Crimea, Siberia^[55]. Después de Siberia, Georgia. En todas partes el mismo panorama. Millares de detenciones, centenares de ejecuciones efectuadas por la checa de Transcaucasia. Un fugitivo llegado de Bakú a Constantinopla comunica sus impresiones al corresponsal de *Rul* sobre los primeros días de la ocupación de Tiflis por los bolcheviques. El primer día la ciudad quedó entregada «al saqueo y al asesinato». Nuestro interlocutor fue testigo aqueUa noche de una hecatombe de 300 cadáveres, arrojados en espantosa pila en la plaza de la catedral. «Todos los muros de los alrededores se hallaban salpicados de sangre, pues las ejecuciones debieron consumarse allí. Había mujeres, hombres, viejos, niños, gente civil, oficiales, georgianos y rusos, obreros y ricos.»

Aquí operan los famosos Peters y Atarbekov, pacificador del Cáucaso del Norte, y el no menos famoso marino Pankratov.

Este es uno de los pacificadores de Astrakán, luego pasado a Bakú, donde, en la isla Naguen, exterminó «a más de un centenar de obreros e intelectuales...».

Y en el interior de Rusia, donde hacía tiempo que la guerra civil había terminado, ¿acaso no se rumoreaba por todas partes noticias parecidas? En 1921, todo seguía igual. Las ejecuciones se daban por centenares. Se fusila, no ya a causa de conspiraciones, reales o ficticias, ni de rebeliones parciales, o de protestas contra el régimen de violencia; las ejecuciones son la satisfacción de viejas venganzas o en castigo de actos criminales.

Por ejemplo, el proceso de los farmacéuticos de Pskov ante el tribunal revolucionario terminó con la ejecución de 8 individuos; el proceso de octubre sobre Seguridad del Estado, celebrado en Moscú, terminó con la ejecución de 10 o 12 personas. Se dictan sentencias a muerte de grupos numerosos inculpados por malversación de fondos en los ministerios de Finanzas e Higiene. En su libro *El año negro*, Vichniak aporta cifras esclarecedoras en lo relativo al mes de junio: en Moscú 748, en Petrogrado 216, en Jarkhov 418, en Ekaterinodar 315, etc.

El *Poslednii Novosti* (5 de mayo, n.º 320) publicó cifras reveladoras del trabajo de la Checa en los tres primeros meses del año. Esas cifras estaban tomadas de los informes oficiales: 4.300 ejecuciones; 114 represiones de motines. Y sólo se refiere a 12 gobiernos del Centro.

Se producen ejecuciones en masa en Iaroslav, en Saratov, en Samara, en Kazán, en Kursk. Sólo en enero se dan 347 en Moscú. Según las informaciones de *Golos Rossii*, tomadas de la sección de estadística del Comisariato de Vías y Comunicaciones, por orden de los tribunales de los ferrocarriles, se fusiló a 1.750 viajeros y empleados (!!). Hubo ejecuciones que levantaron gran indignación, como en el caso de 27 colegiales, en Orel, de los que fueron fusilados 5 muchachos^[56]. En Odessa, después de la

liquidación del Comité Panruso de ayuda a los necesitados, se fusiló a 5 miembros que, según *Izvestia* de Odessa, pertenecían a esas organizaciones^[57].

Seis hombres consiguieron huir del campo de concentración de Ekaterinburg. Uranov, director de la Sección de Trabajos Forzados llega, hace formar a los oficiales que se encuentran en el campo y elige a 25 para ser fusilados y «servir de ejemplo a los demás^[58]».

En otoño, en Petrogrado, se fusila a 61 personas con motivo de la conspiración de Tagantsev^[59]. Durante el período de sublevación de los marinos de Kronstadt, peligrosa para los bolcheviques, 1.000 ejecuciones; según el «Frankfurter Zeitung», sólo en las tropas de guarnición Petrogrado, perecieron 2.500 soldados desde el 28 de febrero hasta el 6 de marzo. Los marineros que lograron huir de Kronstadt a Finlandia cuentan que las ejecuciones se llevaban a cabo sobre el hielo, delante de la fortaleza. En Oranienbaum, se cuentan 1.400 ejecuciones^[60]. Se conoce la ejecución de 6 sacerdotes, por haber participado en aquel levantamiento.

La conspiración de los socialistas-revolucionarios y mencheviques de Saratov en marzo, o más bien el motín producido por el impuesto sobre el trigo, origina detenciones y ejecuciones masivas: los comunicados oficiales publican 37 ejecuciones, pero en realidad no conocemos las cifras. No obstante, sabemos que, de manera preventiva y mientras se espera una sublevación de campesinos, en las prisiones se fusilan a profesores, ingenieros, oficiales, funcionarios del antiguo régimen^[61], etc. Inmediatamente después de estas conspiraciones, son fusilados en Saratov 58 socialistas-revolucionarios de izquierda, acusados de «bandidismo», o, lo que es igual y según la terminología actual, por participar en un movimiento de rebelión^[62]. La rebelión de los ferroviarios de Ekaterinoslav ocasiona 51 víctimas, y puede que este número quede corto; Arbatov, en sus memorias sobre «Ekaterinoslav,

1917-1922», atestigua que el número de obreros detenidos fue de 200. De entre ellos, cincuenta y dos fueron inmediatamente condenados y ejecutados.

Durante la noche del 2 de junio, los condenados fueron conducidos en los camiones a las riberas escarpadas del Dniéper y, detrás de ellos, fue colocada una ametralladora. Los detenidos caían en el agua como segados, mientras la corriente arrastraba los cadáveres. La Checa Panucraniana de Jarkov reclamó a más obreros para la represión.... Según las declaraciones de los bolcheviques es así cómo fue asfixiado el «pequeño Kronstadt».

Una «conspiración» en Biisk produce más de 300 detenciones y 18 ejecuciones; una «conspiración» en la región de Semiretchinsk, 48 ejecuciones entre oficiales y campesinos ricos, etc.

Algunos cosacos fugitivos regresan a su patria, pero no es la amnistía lo que les espera, sino el castigo. El cosaco Tchouville, quien, por segunda vez, consiguió huir de Eisk, narra en los periódicos rusos en el extranjero que, de un grupo de 3.500 personas, fueron fusiladas 894^[63].

De nuevo, y una vez más, estoy dispuesto a reconocer que en esta información puede haber exageraciones. Sin embargo, el hecho mismo de las innumerables ejecuciones de oficiales y soldados regresados, legal o ilegalmente, a su patria es un hecho innegable; y otros hechos similares se dieron aquel mismo año. En un ensayo titulado «Regreso al país», el corresponsal del Comité Nacional ruso ha reunido numerosos hechos semejantes. Afirma que «según informaciones de diversa procedencia, entre los que hay que contar periódicos soviéticos de Odessa, se llegó a fusilar en el mismo barco *Rechid Pacha*, en abril de 1921, al 30 por ciento de las personas que volvían de Constantinopla a Novorosisk. En el barco viajaban 2.500 personas que volvían a su patria. En el primer viaje, efectuado en febrero, el barco transportó a 1.500 pasajeros». El autor afirma que, como regla general, todos los

oficiales y funcionarios militares eran fusilados inmediatamente en Novorosisk. En ese grupo se llegó a fusilar a 500. Los demás fueron enviados a campos de concentración, muy al norte, lo que implicaba una muerte cierta. Y el haber escapado al castigo inmediato no era una garantía de seguridad. Hallamos la confirmación de este hecho en las cartas aparecidas entre octubre y diciembre de 1923 en «Kazatchii Dumy» (n.º 16). Cualquier recién llegado a Novorosisk puede oír la frase estereotipada: «Debe ser enviado a servir al gobierno de Mohilev». Esto, sin hablar de la expulsión de los repatriados. Sólo en la ingenuidad de un extranjero que cree todavía en el derecho, puede haber explicación para el tono categórico con que el doctor Nansen declara, en su informe del 21 de abril de 1921, a propósito de la repatriación de los cosacos que se hallan en los Balcanes, «que el gobierno soviético cumple lealmente los compromisos prometidos». En esos compromisos, entre otros, hay dos puntos que merecen comentario: «El gobierno de los soviets se compromete a extender la amnistía del 3 y del 10 de noviembre a todos los fugitivos rusos que serán repatriados por medio del propio Comisariato supremo, y el gobierno de los soviets se compromete a ofrecer a John Harvin y a otros representantes oficiales la posibilidad de mantener libremente en Rusia relaciones con los fugitivos repatriados, para tener la seguridad de que la amnistía es aplicada a todos sin restricción». «Es cierto —dice Nansen en su informe— que hubo un caso (?) de detención de dos fugitivos repatriados, como consecuencia de pequeñas faltas, pero mis delegados están a tal efecto en conversaciones con el gobierno.» Es necesaria una gran fe en los documentos escritos y no poseer la menor conciencia de la realidad de las cosas en Rusia para sostener semejante afirmación. Cabe preguntarse de qué manera personas privadas que representan el Alto Comisariato de asuntos relacionados con los refugiados rusos ante la Sociedad de Naciones, pueden controlar los actos del gobierno soviético. Para ello tendrían que crear una es-

pecie de Estado dentro del Estado y organizar su propia policía secreta. No hay que olvidar la táctica que ha llegado a formar parte de las costumbres bolcheviques. La venganza llega tarde, pero a su momento. La gente desaparece sin «dejar rastro», se van al exilio, son detenidos mucho después de haber recibido garantías oficiales. ¿Hacen falta pruebas? ¿No las estamos ofreciendo en cada página de este libro? Un proceso característico se ha desarrollado a principios de 1924 en el tribunal militar de Moscú^[64]. Se juzgó a un oficial, Tchugunov, que desertó del Ejército rojo en 1919 y había regresado voluntariamente a Rusia en 1923, después de haber presentado excusas. El citado oficial regresó de Polonia a Rusia con la autorización de la Delegación ruso-ucraniana de Repatriación. Fue restablecido en sus derechos civiles. El 18 de mayo fue detenido y acusado. Habida cuenta de su «sincero arrepentimiento», «su regreso amistoso», «su clase de origen» (era hijo de un campesino), el tribunal condenó a Tchugunov a 10 años de reclusión y calabozo.

1922-1923

Se ha afirmado, especialmente por parte de extranjeros que han visitado Rusia en los últimos tiempos, observando superficialmente la vida del país, que el Terror en Rusia sería cosa del pasado. Tales afirmaciones no están acordes con la verdad. Si, cuando yo vivía en Rusia, me resultaba completamente imposible verificar determinados informes, u obtener cifras exactas, hoy me resulta todavía más difícil. Admitamos, para empezar, que todas las cifras aparecidas en los periódicos extranjeros sean demasiado elevadas. Por ejemplo, todos los periódicos han publicado una información tomada del informe del Comisariato de Asuntos Interiores, en el que se dice que, en mayo de 1922, hubo 2.372 ejecuciones. Ante semejante información debía ganarnos la desesperación, al comprobar que en Rusia no hay vida política. Es un osario: no hubo ninguna protesta, ninguna indignación. Se está cansado, desmoralizado, asfixiado. Me gustaría

creer que la cifra citada contiene un error. Admitamos que las demás informaciones privadas aparecidas en la prensa libre extranjera sean exageradas: por ejemplo, en enero y febrero, según los datos de la GPU, es decir, la Checa Panrusa: 262 ejecuciones; en Moscú, en abril, 348; en la noche del 7 al 8 de mayo, en Moscú, 264 (entre ellos, 17 sacerdotes); en Jarkhov, 209; condenados por el Tribunal revolucionario de Petrogrado, acusados de muerte y saqueo, más de 200.

Admitamos que todo esto sea exagerado. Sin embargo, Stalin declaraba en agosto, con la mayor hipocresía, ante la Asamblea de las organizaciones del Partido comunista, que amenazaba con resucitar el Terror. Según el corresponsal de *Golos Rossii*, Stalin justificaba entonces las detenciones masivas de intelectuales con el siguiente razonamiento:

«Nuestros enemigos esperan que nos veamos obligados a recurrir al Terror rojo y que contestemos a su ataque por medio de las medidas que heriros practicado en 1918-1919. Que tengan en cuenta de que llevaremos a cabo nuestras promesas. Ya deben saber por las experiencias de los años precedentes cómo llevamos a cabo tales promesas. Todos aquellos que comparten los sentimientos de nuestros enemigos políticos deben prevenir a sus amigos más extremistas que luchan contra las medidas adoptadas por el gobierno. En caso contrario, nos empujarán a emplear un arma que hemos abandonado por el momento y a la que no querríamos recurrir de nuevo. La emplearemos sin tardanza, si nuestras advertencias no son escuchadas. Y, a los golpes asestados por la espalda, contestaremos con golpes terribles contra todos nuestros enemigos militantes o contra los que comparten sus ideas.»

Las amenazas eran innecesarias, pues todos tenían presentes las recientes ejecuciones de miembros de la Iglesia como consecuencia de las protestas surgidas contra el secuestro de los tesoros de las iglesias. Es difícil imaginarse procesos más injustos que éstos, pues, en el fondo, las protestas eran insignificantes. El 5 de julio,

el Tribunal revolucionario pronunció 11 condenas en el proceso de los 86 miembros de las comunidades religiosas de Petersburgo: entre las víctimas hubo que contar al arzobispo de Retrogrado, Veniamin. En mayo, durante el proceso de los 54 miembros del clero, celebrado en Moscú, se dictaron 12 sentencias de muerte. ¿Cuántas ejecuciones hubo por estas mismas cuestiones en provincias? En Tchernígov, Poltava, Simolensko, Arks Straia-Russa, Novotcherkassk, Vitebsk, se fusiló de uno a cuatro representantes del clero, sólo por hacer propaganda contra la requisa de los objetos sagrados.

Paralelamente a las ejecuciones por «contrarrevolución religiosa» continuaron las ejecuciones por cuestiones políticas, por una contrarrevolución que ya no existía. Leemos una carta característica en *Poslednii Novosti* (22 febrero), sobre la «liquidación de los recientes levantamientos en Ucrania». «La liquidación de estas rebeliones, escribe un corresponsal, se ha convertido en el exterminio de los intelectuales que habían escapado a la muerte.»

Los fragmentos de la carta que transcribimos, escrita por una persona huida durante la segunda quincena de enero, ofrecen una idea de la extensión del Terror:

«El terror inconcebible de los últimos meses ha llevado a mucha gente a ocultarse. Las detenciones de intelectuales que se ocultaron continúan. Se ha fusilado a Dobrochinski, Kultchisli, Andrusevitch, al joven Klemens, Childlovski, Radunskí, Grípun, y otros, cerca de 200, todos ellos acusados de “conspiración”. De éstos, 23 son fusilados el 18 de enero. Aquel día, en el momento de la ejecución, 9 detenidos escaparon forzando la puerta de la cárcel de la checa. Yo huí cuando vinieron a detenerme al comienzo de las cuartas detenciones masivas... Puede dar gracias a Dios de haber desaparecido a tiempo de Proskurov y de no haber sido testigo de los cuadros desgarradores de las mujeres, madres y niños aparecidos delante de la puerta de la checa el día de las ejecuciones.

»Los nombres de los recién citados eran de personas que no se interesaban por la política; eran en su mayoría adversarios de los ucranianos y han sido víctimas inocentes de acusaciones forjadas por la Checa. Las “conspiraciones” de Proskurov se fabrican de acuerdo con las reglas del arte chequista.»

Noticias análogas sobre el desarrollo del terror llegan de otros rincones de Ucrania.

Consúltense las colecciones de *Golos Rossii*, de «Poslednii Novosti» de 1922, o las notas extraídas de los periódicos bolcheviques oficiales, y se tropezará con series de ejecuciones de partidarios de Savinkov (12 en Jarkhov), de partidarios de Petliura (35 y el 4 de septiembre en Odessa; 55 en Nikolaevsk en Minsk, donde se juzgó a 34 personas, y 8 en Gomel); las de los rebeldes del Cáucaso del Norte; 10 en Pavlograd (región de Semipalatinsk), 10 en el gobierno de Sibirsk, 12 y 42 (al descubrirse los manifestos de Antonov); las de los «verdes» en Mtiop, 68 (entre ellos mujeres y niños) para disuadir a los «bandidos» que en primavera se mostraban inquietos; en Melitopol, 13 miembros de las organizaciones contrarrevolucionarias de Berdiansk, en Jarkhov a 13 estudiantes. Hay que añadir a esto el famoso asunto de los «miembros del Estado Mayor» del Ejército del Don, por el cual se fusiló, durante el verano, a 2 comunistas; el caso «de los empleados de Nobel»; una serie de procesos contra repatriados; el asesinato del socialista-revolucionario Chichkin por el tribunal revolucionario de Moscú, porque el detenido se había negado a declarar ante un tribunal «al que no reconocía en tanto que tribunal de represión bolchevique»; el asesinato en Iaroslav del coronel Perkhurov (miembro de la organización de la revuelta Savinkov en 1918); en Krasnoiarsk, 13 oficiales; el asunto de los rebeldes de Carelia; 148 cosacos por rebelión, en Kiev; la «conspiración de la Marina» en Odessa, a consecuencia del cual se detuvo a 260 personas; las ejecuciones de Odessa debido a las huelgas. Con todo esto no se encontrará exagerada la publicación por

el *Golos Rossii* de las notas en que se enumeran, bajo el título «Bacanal de fusilamientos», la serie de esas ejecuciones. El correspondiente en Riga escribió el 5 de agosto:

«Durante la última semana, la GPU y los tribunales revolucionarios han mostrado una energía especial, que se traduce en una serie de numerosas detenciones y de nuevas penas de muerte. El tribunal revolucionario de Petrogrado dictó diez penas de muerte por la cuestión de la Comisión Autónoma de Estonia. El tribunal revolucionario de Saratov condenó a muerte a dos miembros del Partido social-revolucionario, acusados de haber organizado un levantamiento en el cantón de Volsk. El 29 de julio, en Vorogen, se fusiló al socialista-revolucionario Chamov, sentenciado por un tribunal. En Arkangelsk, se ejecuta, el 28 de julio, a 18 oficiales hechos prisioneros en el Cáucaso del Norte, en Transcaucasia y en el Don. Esos oficiales estaban detenidos en campos de concentración desde finales de 1920 y principios de 1921. Entre los fusilados, se hallan un general de 70 años, Muraviev, el coronel Gandurin, etc. A esto hay que añadir los casos que, vistos desde fuera, nada tienen de común con la política: 3 ingenieros en Kiev, 40 individuos en Saratov por robo de productos destinados a los hambrientos, 6 ferroviarios en Novotcherskask por hurto.»

Las ciudades de Tsarytsin, Vladimir, Petrogrado, Moscú y otras muchas aún, se indican como lugares donde se llevan a cabo ejecuciones, si bien puede que no siempre se fusilara a los condenados.

Puede ser así, pero también es cierto que sólo una ínfima parte de esas informaciones llegaban al extranjero. Ni tan siquiera aparecen en la prensa oficial bolchevique. En *Poslednii Novosti* apareció un día una nota lacónica: «Se ha multiplicado la ejecución de concusionarios». Recuerdo que, en ocasión de mi partida de Rusia (a principios de octubre en 1922), se anunció una semana especial de «lucha contra la concusión». El día de mi partida, toda

la estación ferroviaria de Brest estaba llena de pasquines. Como siempre, la lucha se inició a gran escala: fueron detenidos varios centenares de ferroviarios, acaso un millar. Z. I. Arbatov, quien, en aquel momento, consiguió huir al extranjero, narra en sus interesantes memorias en relación con Minsk^[65]: «En las paredes de una barraca de madera se habían fijado listas de nombres y, en ellas, destacaban las siguientes palabras, escritas en gruesos caracteres: “Aquellos a quienes la Checa castiga”.

»Apresuradamente mis ojos hicieron el recuento de personas: 46... Mi compañero se acercó y me dijo en voz baja: “Eso, aquí, no constituye ninguna novedad... La lista cambia a diario... pero, si le ven leyendo la lista, la Checa puede detenerle... Los bolcheviques dicen que, si entre sus conocidos no existen enemigos de la autoridad soviética, esas listas no pueden interesarle... ¡Cada día se fusila a una decena de individuos!”»

Llegamos al año 1923.

Según el informe del Tribunal revolucionario supremo, de enero a marzo, hubo 40 ejecuciones, en mayo 100...

Nada más elocuente puede existir que el hecho establecido por la Comisión especial del *Vtsik*, que da cuenta de 826 ejecuciones arbitrarias de la GPU; arbitrarias, sí, es decir, llevadas a cabo en contra de las normas establecidas bajo este régimen. De esas 826 ejecuciones, 519 son políticas. Después de efectuada una revisión por el *Vtsik*, 3 presidentes de secciones locales de la GPU y 14 investigadores fueron sancionados. No sólo los corresponsales europeos de prensa, sino también los órganos oficiales soviéticos que llegan al extranjero publican suficiente número de hechos sobre los fusilamientos, que se dan de forma particular o en masa. Como anteriormente, tales informaciones se amparan en los viejos motivos. En primer lugar, la contrarrevolución: ¿es preciso mencionar el asesinato del prelado Butkevitch que indignó al mundo entero? Aquí, se fusila por impresión de escritos

políticos ilegales; allí, se trata de cuestiones que los periódicos oficiales llaman «escándalos». Se trata de cosas del pasado que ahora aparecen, en ocasiones al cabo de algunos años: «un agente» de Savinkov (organización de un atentado contra Lenin que nunca existió), 9 miembros de la «Sociedad para la defensa de la Patria y de la Libertad», el miembro de la organización de Savinkov, M. F. Galinsky, de Moscú, 3 oficiales de la división de tiradores de Olonetz que habían preparado la rendición de la División a los ingleses en Arkangelsk en 1919, 33 miembros de la organización contrarrevolucionaria de Nicolaev-Neznamovsk, 13 representantes de una organización contrarrevolucionaria cualquiera de Kiev. Un proceso de 44 personas en Semipalatinsk (12 ejecuciones), oficiales de Koltchak, Drizdov y Timofiev (12 ejecuciones), oficiales de Koltchak, Drizdov y Timoviev en Perm, el comandante del servicio de contraespionaje de Koltchak, el ex-procurador adjunto Pospelov, quien había sido amnistiado en Omsk, el antiguo juez de instrucción de Semipalatinsk bajo Koltchak, Pravdin, de Moscú, el comisario de la República de los Bachkires, Ichmurzin, que se había pasado a Koltchak, el caso de Moscú de Riestchikov, Okulov, Petkevitch (antiguos oficiales del ejército de Denikin), acusados de espionaje; y, todavía en Moscú, el adjunto al comandante de Omsk, Serdiukov.

Cuestiones relacionadas con la rebelión: 28 rebeldes en Ekaterinoslav, 26 partidarios de Petliura (Podolk), un teniente de Petliura, Rogutsky, 640 rebeldes en Volhynie (de los cuales 340 fueron condenados a muerte y los demás conmutados), 9 individuos de un grupo de rebeldes, los cuales operaron en el Cáucaso en 1920, un grupo análogo de 10 rebeldes en la Rusia Blanca, donde, según los corresponsales, se nota «un recrudecimiento del terror»; en Tchita, el coronel Emelin y 6 de sus ayudantes. Luego, el interminable asunto de los «bandidos»; 15 en Odessa; 15 y después 17 en Petersburgo, entre los que había varias mujeres

que no habían denunciado a sus inquilinos; en Moscú 9, en Ekaterinoslav 6, en Berditshev 5, en Arkangelsk 3. Solamente en Jarkhov, se cuentan 78 procesos de «bandidos», en los que, en algunos casos, la pena de muerte se reemplaza por la de prisión «por causa de origen proletario» o «por servicios rendidos a la revolución o al proletariado». En Odessa, cuenta el corresponsal de «La Russkaia Gazeta» de 27 de agosto de 1923, se condena a 16 bandidos por actos terroristas dirigidos contra comunistas.

Es necesario interpretar el vocablo «blandidismo» con gran circunspección: por ejemplo, *Izvestia* informa que, en diciembre, empezó en el tribunal del gobierno de Ieniseisk el proceso de los «bandidos “blancos” de Soloviev». Se juzgó a 106 individuos (9 condenados a muerte) y así sucesivamente: 5 ejecutados por falsificación de billetes de ferrocarril o de moneda, etc. Hay un grupo especial de contrarrevolución económica: el director de una fábrica de tabaco, por mala administración; el sindicato agrónomo de Tomsk (4 personas), tres ingenieros de «Unión», el antiguo socialista revolucionario Topilsky, los colaboradores del Gostorg (Comercio Exterior), de la Dirección central técnica marítima; en Petrogrado, el ingeniero Verkhovski, con otras 7 personas, un comerciante del mercado Sukharev, cuatro obreros acusados de sabotaje, algunos «desvergonzados comerciantes rojos por especulación», el caso del «Club Vladimir», y otros muchos por faltas semejantes.

También en 1923, se dieron casos de venganza por actos del pasado: el teniente Stavraki, que había participado en el levantamiento de la flota del Mar Negro en 1905; el de 75 soldados de Wrangel, regresados al país; el general Petrenko, regresando de las Islas del Príncipe después de obtener la amnistía. Por faltas en el servicio: 11 empleados de la sección central de la vivienda, en Moscú; el proceso habido en Porkhov contra dos empleados del servicio de impuestos, el caso de las jarras de vino en la sección de instrucción pública de Viatka (1 persona); una serie de nego-

cios de chequistas y de miembros de tribunales por abuso de poderes: un miembro del tribunal de Arkangelsk, los directores de las investigaciones criminales acerca de Dubosarkhi (distrito de Tsarytsin), acusado de ejecuciones arbitrarias y de torturas.

Las informaciones llegadas en 1924 sobre estas ejecuciones se conservan en mis dossiers. Pero ¿cuántas ejecuciones no fueron dadas a conocer? Mis afirmaciones son categóricas. Por ejemplo, ¿dónde se ha publicado la ejecución de los 19 partidarios de Savinkov, llevadas a cabo en mayo de 1923 en Petrogrado?

Sobre esta ejecución tengo informes bastante fidedignos, según los cuales se aprecia que 13 de los fusilados no tenían ninguna relación con el delito de que se les acusaba. En el proceso de Conradi, el testigo Sinovari, habla de la ejecución en Petrogrado, en enero de 1923, de P. I. Smirnov, detenido por el caso Savinkov en abril de 1922.

Y ahora vayamos de nuevo a Georgia, ya comunista. De nuevo se reproducen los levantamientos, sofocados mediante los antiguos procedimientos. Los periódicos bolcheviques informaron de esos movimientos de rebelión reprimidos por el Ejército Rojo. Las admoniciones a la población, que nada tienen de nuevo en su redacción, ofrecen un testimonio claro:

«Todos los habitantes deben denunciar inmediatamente a las autoridades y a los representantes de los ejércitos, los nombres de los bandidos, los de quienes les dan cobijo y, en general, el lugar donde se ocultan todos los enemigos del gobierno soviético.» Después de las sublevaciones comienza la era de las conspiraciones. En los periódicos aparecen listas de ejecuciones, 15, 95, etc. Por supuesto que todas las víctimas son presentadas como ex-príncipes, generales, nobles, o bandidos, pero realidad la mayor parte está formada por intelectuales socialistas y demócratas, profesores, cooperadores, obreros y campesinos^[66].

Entre los bandidos hallamos a los socialdemócratas georgianos conocidos. El 5 de julio de 1923, el Comité Central de los socialistas-demócratas georgianos dirigieron al Comité Central del Partido comunista georgiano y al soviet local de los comisarios del pueblo, una declaración en la que se leía: «Desde noviembre-diciembre de 1922 muchos obreros y campesinos socialistas han caído víctimas de vuestros verdugos... Varios millares de nuestros camaradas se ven obligados a ocultarse en los bosques, o son exiliados, o mueren en las cárceles... Pero esto parece no importaros. Ahora sometéis a torturas, en los sótanos de las checas a nuestros camaradas detenidos... Como resultado de torturas físicas y morales sin precedentes, algunos han enloquecido, otros han quedado inválidos para toda la vida, y otros han muerto. Actualmente, en Tiflis, de 700 a 800 presos políticos están encerrados en los sótanos de la Checa y en el castillo de Metekh.»

1924

Podemos empezar este año con el mismo tipo de información. El caso del «espía Dziubenko» ha sido juzgado en el tribunal supremo militar de Moscú; se condenó al coronel del Ejército de Koltchak a muerte y a la confiscación de sus bienes. «La condena de Dziubenko», dice «Izvestia» del 27 de febrero, «ha sido ejecutada puntualmente». El caso del «espía» Khusevitch, profesor de la escuela de artillería de Kronstadt, llevó a una condena a muerte por el mismo tribunal (*Izvestia*, 29 de febrero). «Ejecuciones por huelgas» (*Dni*, 24 enero): en el distrito de Verkhni-Taguil, 5 huelguistas y un obrero son condenados a muerte por haber fomentado en enero desórdenes y huelgas en las fábricas. «La condena ha sido cumplida.» «En el libro publicado en febrero por el Grupo Obrero, se da cuenta, de acuerdo con *Dni* del 4 de marzo, de la ejecución por la checa de Transcaucasia de 8 obreros rusos y de 3 georgianos de las fábricas de Bakú...»

Estamos a la espera de nuevas condenas de muerte. En Kiev se pone en marcha un gran proceso político como consecuencia del

descubrimiento por la GPU de una organización contrarrevolucionaria que lleva el nombre de «Centro de operaciones de la región de Kiev».

«Las ejecuciones no cesan», dice en el *Novoie Vremia* (21 septiembre 1923) una persona llegada de Rusia. “Pero todo se hace en secreto.” Desde Tambov se envía gente para ser fusilada en Saratov, de Saratov a otros lugares, para borrar las huellas.» «La gente desaparece, y no se sabe qué ha sido de ella.»

Así es cómo ocurrían las cosas en realidad.

Se intentó establecer un balance. ¿Puede hacerse ahora ya? Lo más probable es que la sombría cortina que nos oculta el lado misterioso de esos cinco años sangrientos de la vida en Rusia, jamás se levantará en el porvenir. La historia se detendrá hasta cierto punto ante las puertas cerradas de las estadísticas del «Terror rojo». Nunca conoceremos ni el número ni el nombre de las víctimas. Se dice que, ahora, los pescadores que salen a faenar pescan en ocasiones cadáveres de monjes de Solovetz, atados unos a otros por las muñecas con alambre^[67].

Un cálculo teórico fue realizado por Ev. Komnin en el *Rul*^[68]. Traigo a colación estas citas porque son interesantes para establecer la posible estadística de las ejecuciones.

«Durante el invierno de 1920, la R.S.F.S.R. comprendía 52 gobiernos, con 52 Comisiones extraordinarias (checas), 52 secciones especiales, 52 tribunales revolucionarios. Aparte de innumerables “erte-checas” (checas de redes ferroviarias o de transportes), tribunales de tropas de seguridad interior, tribunales volantes enviados para las ejecuciones en masa “sobre el terreno”. A esta lista de centros de tortura es necesario añadir las secciones especiales, 46 tribunales de Ejércitos y de divisiones. En total hay que contar 1.000 centros de tortura y, si, además, se tiene en cuenta que, en aquel tiempo, existían checas cantonales, hay que aumentar el número ya citado.

»Desde entonces, la cantidad de gobiernos de la República ha aumentado: Siberia, Crimea, Extremo-Oriente, han sido conquistados. El número de centros de tortura aumentó siguiendo una progresión geométrica.

»Según los datos soviéticos (en 1920, cuando el Terror no había disminuido y todavía no se habían reducido las informaciones sobre el mismo), era posible establecer una cifra media diaria por cada tribunal: la curva de las ejecuciones se eleva de 1 a 50 (esta última cifra en los grandes centros) y hasta 100 en las regiones realmente conquistadas por el Ejército Rojo. Las crisis de terror eran periódicas, luego cesaban, de modo que puede establecerse la cifra (modesta) de 5 víctimas diarias, las cuales, multiplicadas por el número de 1.000 tribunales arrojan 5.000 y cerca de millón y medio al año.

»He aquí cómo, desde hace ya casi seis años, la “Cabeza de Medusa” se halla suspendida sobre este país devastado^[69].»

*Materiales y documentos sobre el terror bolchevique recogidos por el Buró
Central del Partido socialista-revolucionado ruso.*

(Se reproducen aquí los capítulos VIII y XIII.)

Olga Kolbasin-Tchemova era especialista en materia de prisiones soviéticas. Después de haber estado sucesivamente en Butirki, Lubianka 11, Hospital de la Checa, Lubianka 2, prisión de Iaroslav y de Novinsky, a causa de su pertenencia al Partido socialista-revolucionario, supo caracterizar en dos palabras el régimen de las prisiones bajo Lenin: «Arbitrariedad y hambre» (Las prisiones soviéticas, París, 1922).

El hambre. Es el tema por antonomasia de cuantos recobraron la libertad. De todos los libros dedicados a este tema hay uno, digno de crédito, el de Z. Stypulkowsky, Invitación a Moscú, (París, 1952), quien no se queja excesivamente del hambre, sin duda porque el autor era un reaccionario calificado, un dirigente polaco prisionero de los rusos al finalizar la Segunda Guerra mundial. Pero Alexandre Weissberg era un buen militante. En su libro El acusado (París, 1953), confirma que en las cárceles de Stalin el hambre era cruel; ¡y deplora los años locos! «Durante los años 20, los métodos penitenciarios en la Unión Soviética eran los más humanos del universo.» ¡La República parecía entonces hermosa bajo el Imperio!...

La realidad era un tanto diferente. Un intelectual, para quien «el bienestar material no tenía la menor importancia» antes de su encarcelamiento, escribió un día esta carta a Olga Kolbasin-Tchemova, quien la publicó:

«Por fin, después de nueve meses, han dado ustedes con mi paradero. Me han enviado víveres. Albóndigas gruesas y apetitosas; patatas blancas de una belleza incomparable y un hermoso y pesado trozo de pan. ¡Qué maravilla! ¡Qué felicidad inmensa e inusitada! Ahora como. Mis mandíbulas trabajan, se lleva a cabo la secreción de la saliva. Engullo grandes bocados. Los siento, los huelo, los mastico, los desgarmo con los dientes y luego trago, trago. Los instintos primitivos, con sus goces incomparables, estaban adormecidos en nosotros, los intelectuales. Ahora han despertado, y ¡qué éxtasis! Comer, masticar, respirar el aroma de la carne y de la grasa, recrear la vista con su aspecto, anticipar la alegría que con ello se obtendrá al saborearlos, y luego, por fin, consumir esa misma alegría. Sen-

tir, además, cómo se infunde la vida con cada bocado que se engulle, cómo aumenta la energía vital, la manera en que empieza a trabajar nuevamente el cerebro y renace la razón, a punto de extinguirse. Comer más y más. Masticar, tragar. ¡Qué delicia, qué belleza, qué éxtasis!»

Lo arbitrario. Aquí, no hay excepciones en ningún período. La institución del sistema de rehenes tomados al azar, o mejor en la familia de personas buscadas e incluso ya detenidas; las ratoneras establecidas en los lugares en que se habían llevado a cabo detenciones y que permitían la captura de cualquiera que pasara por el lugar, desde la portera a no importa quién; las razias efectuadas al azar (según parece, en Novorosisk se había instituido «un día de cárcel» periódico en el curso del cual toda la población quedaba recluida en sus domicilios, lo que permitía a los infelices chequistas agotados practicar detenciones masivas sin demasiado esfuerzo); todo ello llevaba a las celdas una multitud de gente abigarrada de todas las edades (se señala que el benjamín tenía tres años y el decano noventa y siete}, de toda condición (un informe de la Cruz Roja señala que en Moscú, en el almacén Daziario, 600 compradores fueron detenidos en masa). Naturalmente, no todos quedaban detenidos, y, de aquéllos que sí quedaban, sin que por otra parte esto significara en modo alguno un tipo de culpabilidad determinada, no todos eran ejecutados. Sin embargo, los verdugos no descansaban. Varios de entre ellos, abrumados por el trabajo, se volvieron locos.

Uno de estos individuos, verdugo de la checa de Moscú, llamado Maga, llegaría a tener sobre sus espaldas, según confidencias de un pez gordo de la Checa, once mil ejecuciones. Un día, cuando acababa de «operar» a una quincena de desgraciados, se arrojó gritando «¡Desnúdate!» sobre el comandante de la prisión de la Vetcheca, Popov, que se hallaba allí como observador y como aficionado. «Horrorizado, Popov escapó corriendo; siguió una pelea, y fue una suerte que acudieran algunos chequistas en socorro de Popov, consiguiendo maniatar a Maga. De otro modo lo más seguro es que hubiera degollado a Popov», comentó el chequista (citado en Checa, pág. 181).

El 16 de febrero de 1923, en el bulevar Nikitsky, de Moscú, se suicidó de un tiro en la cabeza uno de los controladores de la Comisión gubernamental de investigación de la Dirección política del Estado, según informó un corresponsal de «Poslednia Novosti», citado por Melgunov. Sobre el cadáver se halló la siguiente carta: «¡Camaradas! Una inspección rápida de los problemas de nuestra principal institución para la defensa de las conquistas del pueblo trabajador, un estudio de los documentos de investigación y de los procedimientos aplicados conscientemente por nosotros para fortalecer nuestra situación, todo ello siguiendo las indicaciones del camarada Unschlicht, que las considera indispensables para los intereses del Partido, me han obligado a huir para siempre de esos horrores, de esas canalladas que practicamos en nombre de los grandes principios del comunismo y en los que he participado inconscientemente a título de obrero del Partido comunista. Al pagar mis errores con mi muerte, os dirijo un ruego postumo. Rectificad, mientras todavía estéis a tiempo, no deshonréis con vuestros métodos a nuestro gran maestro Marx, y no alejéis a las masas del socialismo.»

Este ruego, aislado y desesperado, llegaba demasiado tarde. Bajo ese régimen sólo quedaba ya lugar para los traidores y los muertos.

J. B.

La «Seguridad» comunista panrusa

«Aniquilar al adversario y, después de reducirlo a la impotencia, aplicarle todas las represalias de una justicia sumaria.» Esta consigna ha pasado a ser un principio bolchevique en todas aquellas localidades donde se practica la tortura chequista en el ámbito de la R.S.F.S.R.^[1]

Se adoptó este procedimiento desde los primeros días del golpe de Estado de octubre, cuando los sótanos de Smolny se transformaron en prisión improvisada, mientras el sanedrín comunista, reunido en el mismo inmueble, encima de los prisioneros, celebraba sesiones y, sin más, mantenía su expeditiva justicia.

Este sistema de «contigüidad territorial» entre los detenidos y los jueces se consideraba muy «racional», y se convirtió en la piedra angular de todas las «seguridades» de la República soviética.

Mas, si en las capitales de provincia los centros de tortura chequista llevan todavía huellas de una falta de organización y de «imperfección» técnica; si barrios enteros de pequeñas casas, rodeados de alambradas, dan fe de los escasos recursos de que disponen aquí las checas, en Moscú en cambio uno se siente inmediatamente en una «capital chequista», en posesión de grandes medios técnicos, así como de «colaboradores» dotados de gran experiencia práctica.

Por otra parte, Moscú creó el tipo ya histórico de «Comisión extraordinaria»; igualmente, la prioridad sobre todas las policías de provincias le es adjudicada de derecho, y es ella la que marca la pauta.

La ciudad dentro de la ciudad

Como se sabe, las numerosas dependencias de la Seguridad General ocupan en Moscú todo un barrio situado entre las calles de la Lubianka grande y la Lubianka pequeña, y en una serie de calles y callejuelas adyacentes. Allí, hay innumerables secciones y subsecciones que desempeñan «operaciones secretas», «informa-

ciones estadísticas», «archivos», etc. Existen igualmente oficinas de trabajo, despachos de jueces de instrucción, centros que dirigen las operaciones de todo un ejército de agentes provocadores y confidentes. Allí, están también las celdas preventivas destinadas a los criminales de delito común y a los «contrarrevolucionarios» de toda laya, sin distinción de sexo, edad o nacionalidad, así como los sombríos calabozos y los sótanos de reclusión y ejecución, con su verdugo y su *administrador, encargado de llevar el registro de cadáveres* (aunque parezca mentira, existe semejante cargo).

Se trata de una auténtica ciudad dentro de la ciudad, que funciona día y noche, gracias a los esfuerzos conjugados de la Vetcheca y de la checa de Moscú.

El principal aparato «práctico» de la Vetcheca ocupa el gran inmueble de la compañía de seguros «Rossia», que, por un lado, da sobre la Plaza de la Lubianka. Es aquí, en pleno corazón de Moscú, donde el ojo siempre alerta de la Checa vela por la seguridad de la «República» y vigila a todos sus enemigos secretos o manifiestos.

Si se observa el inmueble ocupado por la Vetcheca desde la plaza, no produce impresión alguna: ni alambradas, ni ametralladoras, ni patrullas. Es un edificio como los demás. Por la acera transitan los ciudadanos de la feliz Sovdepie. Sólo la puerta aparece guardada por un forzado centinela de la «vokra» (abreviatura de «tropas del servicio interior», o, según la antigua terminología, del «cuerpo especial de gendarmería»).

Cuatro años de prácticas han enseñando a los chequistas de la capital a salvar las apariencias, a evitar melodramas sangrientos en las calles.

«Nada de ruidos. No atraigamos la atención de los transeúntes.» He ahí lo que parece estar diciendo el apacible edificio del número 2 de la plaza de la Lubianka. Mas, una vez se ha franqueado la puerta, las cosas se presentan ya con su verdadero as-

pecto, sin camuflajes. Dentro ya no se toman precauciones, ni se guardan apariencias.

Quien penetra en el interior ya no necesita preguntarse a qué *categoría* de órganos soviéticos pertenece esta apacible institución... Tras las puertas herméticamente cerradas y las ventanas recién pintadas, la «seguridad» comunista ejerce día tras día su infame y sangriento trabajo...

Sería un error imaginarse la «okrana» (seguridad) de nuestros días como Moscú la conoció hace dos o tres años, como un lugar dantesco y sangriento, donde se inflige a las víctimas torturas refinadas, o se fusila a culpables e inocentes, según el capricho del chequista.

Ciertamente, esto no quiere decir que ya no se fusile sin procesos, ni que millares de seres humanos no languidezcan en innumerables prisiones y campos de concentración. Por el contrario, la Checa «trabaja» tanto como puede y procede contra los «enemigos de la República» con tanto ardor y presteza como en el pasado.

Sin embargo, ese «trabajo» evidencia ahora un cierto sistema acabado, una cierta «legalidad revolucionaria». Se han creado usos y costumbres.

Incluso se ha creado, *horribile dictu*, una cierta rutina. Y, a medida que del caos primitivo se desprenden de modo más claro los contornos característicos del edificio chequista, iba destacando con mayor precisión el sello que marca el «genio» bolchevique. La Checa ocupará un lugar de privilegio en la «historia de la Seguridad a través de los siglos y de los pueblos».

Quisiera detenerme en algunos detalles de los «usos y costumbres» que se establecieron en el barrio de la Lubianka.

Las detenciones

Pasaron los tiempos en que la tarea esencial de la Comisión extraordinaria panrusa consistía en perseguir a los representantes

del «antiguo régimen». Estos fueron detenidos hace tiempo y fueron en gran parte exterminados, o bien «domesticados». De vez en cuando, se descubre alguna nueva conspiración de guardias «blancos», y entonces el organismo correspondiente de la Checa redobla su actividad.

Los mayores esfuerzos en este sentido se han dirigido en los dos últimos años contra los partidos socialistas. Sus miembros constituyen «la clientela» política más importante de la Vetcheka y, como es natural, ha sido precisamente la caza de esta categoría de «enemigos de la República» la que ha servido para elaborar «la técnica» actual de las detenciones.

Es sabido que los bolcheviques se resienten de la enfermedad «profesional» común a todos los usurpadores y opresores, conocida en medicina como «manía persecutoria». Los representantes del poder se ven sujetos a crisis periódicas de esta naturaleza. Entonces, y bajo el influjo del terror pánico, proceden a detenciones en masa.

La repetición periódica de tales detenciones ha creado una auténtica categoría de «*habitués* de las cárceles», a quienes se encierra en tiempos de crisis. Algunos meses después, se les pone en libertad tan repentinamente como se les había detenido, para encerrarlos de nuevo al cabo de algún tiempo.

Se han convertido en lo que llamamos prisioneros «cíclicos». Ellos mismos acaban por acostumbrarse a los cambios periódicos de residencia, como lo hacen los habitantes de las costas ante el juego de las mareas. Se les detiene de acuerdo con un plan preconcebido, sin ruido ni complicaciones. Las maletas de estas personas están siempre preparadas para un viaje eventual, y el representante de la sección de «operaciones secretas», que va a buscarle, sólo tiene que «rogar» a sus «clientes» que tomen asiento en el coche aparcado delante de la puerta de la casa.

Las cosas son mucho más complicadas cuando se trata de socialistas cuyos nombres no figuran en las «listas fijas», quienes, por cualquier razón, no son de fácil localización y en cuyo arresto han de utilizarse todos los procedimientos de la magia chequista, desde los confidentes y los agentes provocadores, hasta las refriegas y emboscadas. Conviene señalar que esta última estrategia se practica muy ampliamente y, en ocasiones, con eficaces «resultados».

En caso de caza fructuosa de uno de esos socialistas inaprensibles el juez de instrucción en persona, especializado en ese tipo de cuestiones, se traslada con bastante solemnidad, acompañado por una multitud de esbirros, al lugar de la acción. Lleva en el bolsillo un mandamiento judicial de detención contra «todos los sospechosos» y el corazón lleno de esperanza de volver con una abundante redada.

En casos como éstos, registran toda la casa dejándola patas arriba, operación que, por supuesto, precede a la desaparición de los objetos de valor. Se detiene a todos los miembros presentes de la familia, sin exceptuar a los viejos y a los niños. Se instala en el apartamento una «celada» que pone en manos de la policía a una o dos decenas más de prisioneros, personas que, regular o casualmente, van a visitar a uno de los habitantes de aquel edificio y que, en muchos casos, no han visto en su vida a quien es la causa directa de su inesperada desgracia.

Todos estos detenidos son conducidos a la vetcheca, donde permanecen más o menos tiempo... Y el juez de instrucción respectivo añade a sus expedietnes una serie de «casos» nuevos.

En la «Jefatura»

El prisionero que atraviesa el umbral de la checa no se encuentra de buenas a primeras en la inmundada sala de torturas donde los charcos de sangre en el suelo no tienen tiempo de secarse, donde el gatillo del revólver no deja de crepitar, o donde el aire se es-

tremece ante los gritos de las víctimas y la ignominiosa risa del verdugo.

No, antes de que el verdugo entre en acción, todo prisionero debe pasar por una serie de etapas sucesivas, del mismo modo que, según la doctrina de los brahmanes, el alma humana, después de la muerte, debe pasar por una serie de transformaciones a través de los diversos estadios de la creación.

La primera «etapa» por la que debe pasar cualquier «contrarrevolucionario» es la *jefatura*.

Esta jefatura, dividida por gruesas mamparas de madera en toda una serie de pequeños corredores, cubículos, rincones, con puertas que no cesan de abrirse y cerrarse y con chequistas que van sin parar de un sitio a otro, da la impresión de una pequeña «prisión de tránsito», construida a toda prisa, ruidosa y sucia, en que el olor a tabaco y la suciedad penetran la atmósfera, un lugar en fin en que es imposible pensar en las palabras solemnes y amenazadoras que Dante había leído en la entrada del Infierno: «Los que entráis aquí, abandonáis toda esperanza».

Aquí todo es conocido y familiar para un socialista ruso conocedor de las prácticas del período zarista. No, no todo. Hay también algo nuevo, algo «comunista». Si, mientras está «libre», cualquier ciudadano soviético debe pasarse la vida obteniendo «razones» y llenando interminables impresos de encuesta, aquí, en el umbral de la vetcheca, un prisionero debe, además, pagar su tributo a la irresistible inclinación del poder por los métodos «científicos y estadísticos» de gobierno. Es por lo que, apenas descende del camión y se ve en las oficinas del comandante de servicio, el prisionero se encuentra entre las manos una inmensa hoja que contiene algunas decenas de preguntas y que debe empezar a contestar.

Hecho esto, se le registra otra vez, le toman todo lo que se le había permitido conservar en el momento de la detención, com-

prendidos el lápiz, el reloj, la sortija (si es de oro). Se rellenan innumerables «mandatos», «recibos», «actos de confiscación». En fin, tratado de este modo según todas las prescripciones científicas y acompañado de todos los documentos respectivos, el hombre es introducido en un local anexo al de «jefatura». Habitualmente, permanece allí varios días.

Se trata de una especie de «centro de clasificación».

Se lleva allí a todos aquellos que han sido detenidos por orden de la Vetcheca, hombres y mujeres, políticos y simples criminales, parientes y gente detenida al azar, todos se concentran en aquella larga sala semioscura, cuyas ventanas dan al patio, y que en otro tiempo debió servir de depósito de algún almacén.

Esta «sala» (que tiene una puerta vidriera) contiene en todo momento a varias decenas de personas y recuerda los asilos nocturnos del mercado Kitrovsky. Hay colchonetas alineadas a lo largo de las paredes. Sobre ellas, y mezclados, yacen acostados, o sentados, hombres y mujeres. Se nota un hormigueo de cuerpos en el suelo. Todo esto apenas alumbrado con una pequeña linterna de luz vacilante.

Hacia el alba, ya no llegan nuevos huéspedes. Los prisioneros, tras dos o tres horas de sueño agitado, y todavía bajo la obsesión del primer «choc», se ponen a contarse las historias de sus incomprensibles y enigmáticas detenciones.

Aquí, es posible distinguir a primera vista a los simples «particulares», mortalmente asustados de verse envueltos en una «historia» que no les concierne, del protagonista de la historia, algún «viejo socialista», conocedor de estas experiencias, y que se mantiene aislado; también es fácil distinguir a los concusionarios soviéticos, especuladores o ladrones del erario público, que disimulan sus habilidades bajo el modesto y lacónico apelativo de «abusos», o bien a los comunistas extranjeros, llegados al Moscú soviético con la esperanza de hacer una carrera rápida de comisa-

rios y que, por alguna desdichada complicación, van a parar a la vetcheca y, por fin, un par de «encubadoras»^[2], que intentan torpemente obtener información preliminar de toda aquella gente temblorosa, capaz de facilitar el trabajo ulterior de las autoridades.

Por la mañana, se procede pausadamente a la «clasificación» de los detenidos. Además, por una razón de exactitud, hay que señalar que en la «jefatura», los detenidos son denominados preferentemente «personas consignadas».

A nuestras preguntas acerca de los motivos de nuestra detención, los jefes que entran en la habitación responden de modo invariable y no sin cortesía: «¿Detenidos ustedes? ¡Vamos ciudadanos! No están ustedes detenidos, sólo están *consignados*. Vamos a conocernos... y todo quedará en seguida aclarado».

Igual que en los viejos tiempos, cuando los capitanes de gendarmería escribían: «Consignado en espera de que sean aclarados los motivos de la detención...»

Por espacio de dos o tres días, los «consignados» viven en una sucesión permanente de estados de esperanza y decepción. De vez en cuando, son llamados a comparecer ante jueces de instrucción y se les promete la «liberación». Luego, de repente, aparece cierta «confusión de nombres» o «nuevas circunstancias por aclarar»... Y los «consignados» permanecen encerrados, animándose con interminables conversaciones y, de tarde en tarde, con una escudilla de sopa muy clara con doscientos gramos de pan negro, dieta que constituye la ración diaria.

Después de la «clasificación» preliminar y de algunos interrogatorios y confrontaciones «favorables», parte de los «consignados» es puesta en libertad.

A todos los demás se les declara «detenidos», se les registra nuevamente (por tercera vez) y son trasladados a la «Prisión inte-

rior de la Vetcheca», segundo círculo en la peregrinación de las almas «contrarrevolucionarias».

La «Prisión interior» de la Vetcheca

En el patio interior del edificio de la compañía de seguros «Rossia», se eleva un gran inmueble de cinco pisos. En otro tiempo, había sido un hotel de segunda fila que ni siquiera tenía salida directa a la calle, pues se hallaba aislado por todas partes de la fachada del edificio exterior, que tenía asimismo cinco pisos. Este inmueble, tan bien oculto, es el que servía naturalmente de «Prisión interior» de la Vetcheca.

Se diría que el propio destino había tenido en cuenta estas futuras comodidades bolcheviques cuando se edificó el inmueble. Porque, en efecto, se había erigido en el corazón mismo de Moscú una prisión tan amenazadora como recatada. ¡Había quedado, no sólo rodeada de un muro de piedra, sino además de un círculo viviente de instituciones chequistas, donde cada ventana tiene una opuesta, en los cinco pisos del edificio, desde donde se vigila sin cesar! Esta realidad superaba todos los sueños de los gendarmes bolcheviques, que habían empezado por los humildes sótanos del Smolny para hallar, finalmente, una realización tan completa de su «ideal» en Moscú, en la Plaza de la Lubianka...

Es aquí, a esa «prisión interior», donde son trasladados desde «jefatura» los infelices «consignados», convertidos ya en «detenidos».

Apenas se penetra en ella, se siente el violento contraste entre esta nueva etapa y la que se acaba de dejar. Parece mentira que esas dos instituciones, separadas tan sólo por un pequeño patio de suelo asfaltado, lo estén en realidad por el territorio de todo un Estado. En efecto, si la «jefatura» está llena de ruidos, de suiedad y de bullicio; si su administración es una auténtica «internacional» abigarrada, y las costumbres establecidas una verdadera

mezcla de «Europa y Asia», la «prisión interior» produce la impresión de algo integral, acabado, homogéneo.

Toda su administración, desde el comandante hasta los que vigilan y barren, se compone de letones fríos, taciturnos, seguros, dispuestos a todo y que hacen su servicio a conciencia y con la mayor convicción.

Aquí, se anda sin hacer ruido, se habla en voz baja, se lleva a cabo puntualmente todo lo previsto por el reglamento y no se contesta a ninguna pregunta superflua.

Sólo después de algún tiempo y tras haberse familiarizado con todos los detalles de la vida de prisión, puede comprenderse cómo, en pleno Moscú, se haya podido poner entre rejas a algunos centenares de personas y aislarlas tan completamente como en la fortaleza de Schluselburgo.

El detenido es conducido a la oficina de la «Prisión interior», donde (por cuarta vez) se le achea minuciosamente. En verdad, haría falta la suerte o el genio de un Rocambole para conservar, después de todos estos registros consecutivos, la punta de un lápiz o un trozo de papel. Sin embargo, la suerte no siempre abandona a los «veteranos» de la prisión en el curso de sus tribulaciones a través de los registros chequistas.

Después de los registros y de las formalidades al uso en la oficina, el detenido es introducido en una de las «habitaciones» del antiguo hotel que una mano hábil ha transformado en celdas. Las huellas de ese trabajo de transformación saltan a la vista. Las ventanas aparecen reforzadas con sólidas rejas, y los cristales, pintados de arriba abajo con pintura blanca. A través del montante, apenas entreabierto, se percibe tan sólo una ventana de la checa y una estrecha franja de cielo lejano. La puerta está provista de un «chivato» triangular. La cerradura está instalada por fuera...

Un efecto bastante singular se produce por la combinación del parquet con las literas de madera y las vigas del techo liso, sin arcos, que nada tiene del techo de una prisión. Pero el «Reglamento», colgado en la puerta, no permite la menor duda en cuanto a la naturaleza de este «hotel».

Bajo amenaza de «sótano» y calabozo, se intimida a los detenidos a no hacer el menor ruido, a no mirar por el agujero del «chivato» o por los de la cerradura; a no hacer el menor intento de comunicarse con «el exterior» o con otros compartimentos en el interior de la prisión; en fin, a someterse ciegamente a todas las prescripciones de los jefes.

Como regla general, están rigurosamente prohibidos el tabaco, los libros y los periódicos. *También lo están las visitas y los paseos.*

Estos son los elementos esenciales del reglamento, que, dicho sea de paso, es una copia casi exacta de las viejas prescripciones de los gendarmes, *completadas con una serie suplementaria de prohibiciones y restricciones* en otro tiempo inexistentes.

Todo el régimen de la prisión responde a este reglamento; su objetivo principal es el *aislamiento* más absoluto y completo de los detenidos.

En lo que atañe al mundo exterior, como las visitas están prohibidas, sólo los «paquetes» ofrecen algún peligro. Por esta razón son objeto de extremada atención. Todos ellos son minuciosamente examinados, las provisiones cortadas con cuchillos, las latas de conserva abiertas, las costuras de la ropa descosidas. El papel del embalaje es sustituido por el de la prisión, y la lista de los objetos enviados es, con frecuencia, copiada en la oficina, a fin de que no le sea dado al detenido inferir por la escritura misma del remitente alguna deducción peligrosa para la República de los soviets... En pocas palabras, se toman todas las precauciones humanamente posibles.

En lo que se refiere al aislamiento «interior», las cosas son, naturalmente, mucho más complicadas. Sin embargo, en relación con esto, se han obtenido ya resultados considerables.

Como consecuencia del poco espacio disponible, sólo se aísla herméticamente a los detenidos especialmente importantes y en casos excepcionales. La mayor parte de los presos ocupan salas comunes. Por otra parte, la administración de la cárcel ha inventado un procedimiento especial de distribución «mixta». En cada sala común se encuentra a un socialista, a un especulador, a un guardia «blanco», a un funcionario soviético estafador, a un chequista caído en desgracia y, si hace falta, a un confidente. El número de representantes de todas las categorías se duplica o triplica en ocasiones, de acuerdo con las dimensiones de la sala, pero el principio del «Arca de Noé» permanece invariable.

Estas mezclas de personas de diferentes categorías y extrañas las unas a las otras, evita, en gran parte, el peligro que ofrecería la convivencia en común.

Se evita con igual cuidado la eventualidad de encuentros imprevistos en el pasillo; cuando pasa un detenido, las puertas de aquellas salas, abiertas casualmente, se cierran de inmediato. En los casos «sospechosos», los agujeros de las cerraduras se taponan con papel. El menor intento de establecer comunicación golpeando contra la pared de la celda implica castigos severos, o al menos el cambio a una celda o a otro piso. El ojo del chequista vigila de la noche a la mañana a través del «chivato». En ocasiones, los guardias irrumpen y practican nuevos registros para descubrir algún indicio de «comunicación».

Pero la vigilancia de los chequistas se aplica sobre todo en los retretes, donde los detenidos acuden en grupos dos o tres veces al día. Se teme sobre todo a la «correspondencia». Por eso, antes de hacer entrar y salir, los guardias examinan cuidadosamente los excusados, borran las inscripciones que descubren en los mu-

ros, examinan todas las fisuras y recogen todos los papeles. Mientras los detenidos están en el retrete, los guardias los vigilan incansablemente a través del «chivato» y, en el caso de «sospechosos», dejan las puertas abiertas de par en par, a pesar de las mujeres de limpieza que van y vienen por el pasillo.

La situación más penosa es la de las mujeres, que los chequistas vigilan en los retretes con especial ardor, observando atentamente a través de los agujeros de las cerraduras con sentimientos que, frecuentemente, nada tienen en común con los «intereses de la República».

De una manera general, la situación de las mujeres es muy difícil en la prisión interior de la Vetcheka: sus celdas se encuentran mezcladas a las de los hombres, y su existencia transcurre fatalmente bajo la mirada vigilante de los guardias chequistas.

Los continuos incidentes, las protestas como consecuencia del vil «espionaje» y las infracciones continuas del derecho más elemental de las prisioneras no sirven en general para nada. Como para creer que el poder está muy pendiente de las nuevas «conquistas» chequistas, que habrían sonrojado a la mayoría de los gendarmes zaristas. Sin embargo, en relación con «jefatura», la prisión interior ofrece una ventaja: cuando menos, las mujeres disponen de celdas separadas, mientras que, allí, todos los detenidos están juntos.

Estos son los rasgos más significativos de ese régimen de «aislamiento» de que está impregnada la prisión interior. Aquí, ¡puede uno pasar meses enteros pared por medio con su mujer o su hijo sin llegar a sospechar su presencia! Aquí, puede uno pasarse días enteros soñando con la revolución mundial e ignorar todo lo que sucede en la Plaza de la Lubianka.

A pesar de todo, no hay prisión en la que, de vez en cuando, no entren las ondas del «radio-telégrafo»; en la que las celdas no oculten en sus paredes «receptores» invisibles, pero por ahora no

me detendré en estos pequeños «defectos» del aparato de aislamiento.

Si, en lo que a aislamiento y a toda suerte de atentados contra la dignidad humana se refiere, los bolcheviques han superado todo lo que hasta ahora ofrece la historia de las prisiones y de las policías, en lo que respecta al régimen material infligido a los prisioneros, han batido igualmente «todas las marcas».

Al calcular la ración diaria de los detenidos, se cuenta «deliberadamente» con la maravillosa facultad humana de «sobrevivir» durante algunos meses en beneficio de la instrucción. De no ser por los envíos del exterior (los detenidos que traen de provincias no los reciben, lo mismo que muchas personas de Moscú, pero habitualmente se crea en las celdas una «comunidad de abastecimiento»), buen número de detenidos en las cárceles bolcheviques habrían muerto a buen seguro de inanición.

En efecto: todo lo que se da diariamente a los detenidos consiste en doscientos gramos de pan negro, un plato de sopa clara a mediodía y por la noche, algunas patatas cocidas y unos cuatro gramos de azúcar. Los domingos y los días festivos no se cena por la noche, pues los «trabajadores» descansan. Si a esto se añade la ausencia total de paseos, de ventilación y la falta de luz (los cristales de las ventanas están pintados), así como la carencia absoluta de libros y de cualquier tipo de ocupación, se comprenderán las razones de las múltiples enfermedades, tanto físicas como psíquicas, que hacen estragos entre los detenidos. La tuberculosis y la avitaminosis hacen estragos. Y lo que la justicia chequista no consigue, lo efectúa de una manera lenta, pero segura, el régimen de «aislamiento» de la prisión interior: *aniquila a los adversarios del Estado bolchevique*.

El interrogatorio

A la caída de la tarde, se produce una cierta animación dentro de la monotonía de la jornada carcelaria. Las puertas de entrada

golpean, las llaves rechinan en las cerraduras de las celdas, los detenidos van y vienen. Es el aparato de instrucción chequista que emprende su trabajo nocturno.

Por otra parte, el detenido no sabe nunca adónde se le conduce: si hacia la libertad o al «sótano»; si al verdugo, al juez de instrucción o a la estación del ferrocarril. Se entera del punto final del viaje una vez llegado a su destino.

...Toda una serie de estancias, atravesadas por tabiques, pasillos estrechos, penetrados por el silencio de la noche, sólo la luz eléctrica que filtran los intersticios y el tecleo lejano de las máquinas de escribir testimonian el trabajo intenso de los policías soviéticos siempre vigilantes.

A cualquier «recién llegado» inexperto, todo esto debe hacerle necesariamente el efecto de un misterioso y terrible laberinto donde, detrás de cada puerta, le espían hombres revólver en mano, o donde una muerte atroz le espera impaciente.

En ese estado de ánimo, el detenido es introducido en el «despacho del juez de instrucción», y... empieza el interrogatorio.

Ya he tenido ocasión de observar que la época «romántica» de la Vetcheca terminó hace tiempo y que, en la actualidad, ya no se oyen pistoletazos en la oficina del juez. Se ha producido una separación estricta de las funciones, derechos y obligaciones chequistas. Actualmente, al verdugo chequista ya no se le ocurrirá ir a sentarse en el sillón del juez chequista, ni a éste ir a «trabajar» al sótano. A cada uno su sitio... y su retribución.

La verdad es que, en el curso de los interrogatorios, se utilizan todos los medios, incluyendo la provocación, las falsas acusaciones, las proposiciones infames y las amenazas directas. En efecto, en determinado momento, y como por azar, el revólver aparece sobre la mesa, pero... ya no dispara. Forma parte, por decirlo de algún modo, del marco en que se desenvuelve el interrogatorio, y al que no se debe tomar demasiado en serio. Conviene aquí ha-

cer notar que incluso el aparato de instrucción ha dado lugar a un reparto estricto de funciones. A cada categoría de «crímenes» corresponde un aparato de instrumentación, un juez de instrucción «especializado» a la cabeza de todo el proceso, con una falange de auxiliares a su alrededor. Especuladores, comunistas concusionarios, guardias «blancos», socialistas-revolucionarios, mencheviques, etc., todos tienen sus propios «patronos», especializados en ese ramo del «trabajo».

Se presta, por supuesto, la mayor atención a los socialistas. Aquí, se movilizan «las mejores fuerzas chequistas», y el «trabajo» se hace de un modo «científico».

En la oficina del magistrado respectivo, las paredes aparecen adornadas con diagramas y esquemas minuciosamente trazados, que recuerdan el plan del sistema solar en el que el lugar central del sol corresponde al «líder» del Partido, rodeado, a distintos intervalos, por los «planetas» de dimensiones desiguales, con sus respectivos «satélites» técnicos.

Cuando comparece un socialista detenido por primera vez, se empieza por precisar el lugar que ocupa en el «sistema solar». Si se confirma que se trata de un «planeta», o de un «satélite» todavía desconocido, la investigación tiende sobre todo a establecer sus «dimensiones» y su situación en el «espacio».

Para abordar todo este trabajo «astronómico», los jueces de instrucción no tienen, en general, más que sus propios recursos, puesto que los socialistas conservan desde los viejos tiempos la mala costumbre de la «simulación» y la sombría «insociabilidad»... Pero, por otra parte, cuando las investigaciones de los «especialistas» se ven coronadas por el éxito, el cartograma del Partido se ve solemnemente decorado con un nuevo y pequeño círculo significativo en cuyo interior aparece el nombre de un «planeta» recientemente descubierto.

Si los casos de derecho común llegan finalmente a un resultado concreto y el detenido acaba bajo la jurisdicción del tribunal, o en un campo de concentración, o en los sótanos del verdugo, los «casos» de los socialistas *casi nunca terminan en algo concreto*. Se trata de un «privilegio» especial de los socialistas. Ningún juicio. Ninguna acusación fiscal. Ningún trámite de detención. *Casi* ninguna ejecución.

Sencillamente se les mantiene en prisión, reducidos a la impotencia, en nombre de «la seguridad de la República», «hasta el fin de la guerra civil».

Por otra parte, a partir del momento en que un socialista determinado es fijado en el cartograma, la investigación que le concierne ha dado fin. Y el propio detenido, de acuerdo con la «conclusión» del juez de instrucción y con la «decisión» de la Oficina de la Vetcheka, queda instalado en una de las prisiones de Moscú.

En ocasiones, a los rigores de invierno, sucede de manera súbita una «primavera» de corta duración, y algunos «satélites» recobran una libertad provisional. ¡En cuanto a los «planetas», se les mantiene firmemente en prisión por cualquier «tiempo» que haga!

El último eslabón

El presente estudio quedaría incompleto si yo no dijera algunas palabras, conscientemente breves y rápidas, sobre el vástago más horrible del golpe de Estado de octubre, nutrido en los centros de tortura chequistas con la sangre de muchos millares de vidas humanas.

Después de haber vivido los cuatro últimos años de nuestra existencia, hemos perdido la costumbre de estremecernos ante la palabra «terror», y el número de sus víctimas acaba por entrar en nuestra conciencia de manera completamente mecánica.

El terror todavía no ha desaparecido de la vida de nuestro país, pero también él ha adoptado «formas organizadas». Se ha ocultado detrás de decenas de expedientes, de resoluciones, de veredictos, de condenas.

El sótano de las ejecuciones aún no ha sido destruido. El verdugo no ha sido destituido, sino que permanece retirado y espera pacientemente el «mandato» que acompaña a la pena de muerte.

Tras lo cual, se pone tranquilamente manos a la obra: todas las formalidades han sido cumplidas.

Entonces conduce a su víctima al sótano y la mata de un pistolazo en la nuca.

Es decir, de un tiro de Colt, pues se trata de un revólver de grueso calibre. El tiro es en la nuca, porque *un impacto de este tipo hace estallar la cabeza, por lo que la identificación de la víctima resulta imposible.*

Cumplida la ejecución, el cuerpo es confiado al «administrador encargado del registro de cadáveres», el cual dispone del mismo. Nuevo «mandato», nuevos «ejecutores», y el círculo de las «operaciones» chequistas se cierra.

Después de ordenar todos los documentos justificativos y de llevarse los despojos de su víctima, el verdugo descansa. En las dependencias superiores, lejos del sótano y en espera de un nuevo mandato, se entrega a todas las dulzuras de la existencia, las cuales le son donadas generosamente a cambio de su pesado y difícil trabajo.

Es necesario creer que, efectivamente, es un trabajo difícil, pues ni los propios verdugos chequistas resisten siempre. *Se vuelven locos.*

El que desaparece es inmediatamente reemplazado por un nuevo ejecutor de altas misiones. El funcionamiento del aparato represivo no para un solo instante.

Otro apellido figura en «los mandatos». Otra mano blande el revólver. A esto se limita toda la diferencia...

Así son los centros de tortura comunistas. Lo que sorprende sobre todo en la obra de la Checa, es la mezcla de barniz exterior recién adquirido, con un abismo de ignominia y de cinismo que nada ha podido superar hasta el momento.

Aquí no se habla de publicidad, de imparcialidad o de piedad humana, ni siquiera se piensa en ello, puesto que toda la «seguridad» comunista, según la idea de sus fundadores, no ha sido y no será jamás otra cosa que un *órgano de represalias* ejercidas contra los «enemigos de clase» del Partido bolchevique. Aquí, los métodos de represión no son ni «morales», ni «amorales», pues todo lo que fortifica y protege el dominio de este partido es bueno y moral.

Se trata solamente «de no hacer demasiado ruido», de trabajar «limpiamente»; la Vetcheka posee a la perfección ese «secreto».

Y si alguna delegación de la Internacional comunista, ávida de instruirse, visitara las «instituciones» de la Vetcheka, se vería agradablemente sorprendida por los diagramas «científicos» exhibidos en las oficinas de los jueces de instrucción, así como por la serenidad ejemplar que reina en la «Prisión interior» y por los demás detalles que dan fe de las costumbres utilizadas en la Vetcheka. Ni gritos, ni violencia, ni sangre, nada que pueda recordar las pretendidas «atrocidades de los bolcheviques» inventadas por los «contrarrevolucionarios» y los «social-traidores».

Luego, la delegación regresaría a su país, moralmente satisfecha y firmemente decidida a proclamar por todas partes en Europa que la Rusia soviética es el país de la «ley», del «régimen humanitario» y de la «justicia».

En el silencio sepulcral de la «Prisión interior», no habría nadie para deslizar al oído de esos nobles extranjeros que allí mismo, entre aquellas paredes, están encarcelados viejos socialistas

curtidos, que prefieren la muerte a ese «régimen humanitario» y que sostienen atroces huelgas de hambre de *dieciséis días*, bajo las miradas impasibles de jefes comunistas que ya han visto demasiadas escenas como ésta...

Junio 1921. Moscú, Lubianka, Prisión interior de la Vetcheka.

Un testigo ocular.

Las masacres de Astrakán

En el mes de abril de 1912, en un rincón perdido de Siberia, sobre el Lena, agentes subalternos del gobierno zarista fusilaron a 300 obreros hambrientos, extenuados por un trabajo abrumador y por las condiciones insostenibles de su existencia.

Bajo la presión de la prensa rusa y extranjera, y de la opinión pública, el gobierno zarista se vio obligado a autorizar a miembros de la *Duma* del Imperio a abrir una investigación y a destituir de inmediato a los culpables de esta sangrienta represión llevada a cabo contra obreros sin armas. Así ocurrió en tiempos del zarismo.

Ahora, en el mes de marzo de 1919, el representante del órgano supremo del Estado comunista en la República de los soviets, ha dirigido la matanza de *miles* de obreros hambrientos en Astrakán. La prensa soviética silenció este monstruoso caso. Y hasta hoy pocas personas lo conocen.

Astrakán es un enclave importante en la desembocadura del Volga y, en otro tiempo, madre de los proletarios, con decenas de miles de obreros y múltiples asociaciones profesionales. Sólo faltan las organizaciones socialistas, ello porque la mayoría de sus militantes fueron fusilados en 1918.

En agosto y septiembre de 1918, fue exterminada toda la Conferencia provincial del Partido socialista revolucionario, con el comité provincial a la cabeza. En total, dieciséis personas. Entre los fusilados estaban el camarada Dovtchal, secretario del comité; Pedro Alexéevitch Gorelin, miembro de la Asamblea constituyente, campesino de la provincia de Saratov; Tcheslas Metcheslavovitch; Strumil-Petrachkevitch, miembro del Partido socialista-revolucionario desde el momento de su fundación, etc.

Los militantes que escaparon a la masacre estaban aterrorizados, y la vida del partido quedó interrumpida en Astrakán.

El odio que el poder profesaba a los socialistas era tal que bastaba declararse miembro de una organización socialista para afrontar la muerte. Así es cómo, después de la huelga de que hablaremos, se fusiló al camarada Metenev, presidente del Consejo de administración de la Unión de los Metalúrgicos, quien, en el momento de su detención, se declaró partidario de los socialistas-revolucionarios de izquierda.

Las fábricas metalúrgicas de Astrakán: «Cáucaso y Mercurio», «Vulcán», «Etna», etc., habían sido militarizadas, los obreros sometidos a una disciplina militar. Después de la proclamación del monopolio del trigo y de la supresión del libre comercio de los víveres, la ciudad de Astrakán, que siempre había vivido del trigo importado, se halló de pronto en el más cruel dilema. Desde la socialización de las pesquerías y la ejecución de los principales piscicultores (Bezzubikov y otros), esta ciudad rica en pescado —la desembocadura del Volga proveía ella sola decenas de millones de libras anuales— llegó incluso a carecer de arenques, cuyo comercio fue prohibido bajo pena de detención tanto de vendedores como de compradores.

En 1918, los habitantes de Astrakán fueron suministrados, en cuanto estuvo en su mano, por los marinos de la flota fluvial, pero desde el comienzo del invierno la llegada de los víveres vendidos libremente cesó casi por completo. Alrededor de Astrakán, a lo largo de los ferrocarriles y las carreteras, se situaron destacamentos de registro. Los víveres eran confiscados, vendedores y compradores fusilados. Astrakán, rodeado de trigo y de pescado, perecía de hambre. La ciudad era como una isla cuyos habitantes mueren de sed en medio de un mar de agua potable.

A partir de enero de 1919, los obreros de Astrakán se vieron amenazados por verdadera hambre. El poder local les concedió el derecho de comprar libremente géneros alimenticios, pero el gobierno central, descontento con esta política conciliadora, llamó a Moscú al jefe de la región, Chliapnikov y nombró en su lu-

gar a K. Miekonochin. En lugar de la esperada autorización, lo que se vino encima de los obreros fue una lluvia de vejaciones y represiones.

Una orden del día, proclamada en las fábricas, exigía de los obreros el máximo rendimiento.

Hambrientos, cansados, amargados, después de su trabajo los obreros se veían obligados a hacer cola a las puertas de las panaderías para obtener 50 gramos de pan. Cada una de estas concentraciones de obreros se convertían en mítines donde se intentaba buscar soluciones para una situación que se hacía insostenible. El Poder movilizó patrullas especiales encargadas de dispersar los mítines improvisados. Los obreros más activos fueron detenidos. Sin embargo, la situación del abastecimiento empeoraba, las represiones se hacían cada vez más violentas, y a finales de febrero de 1919, después de reelegir el Consejo de administración de su Unión, los obreros del Metal hablaron resueltamente de declarar la huelga. En los últimos días de febrero, en la sesión común del Consejo provincial de las Uniones profesionales y de los comités de fábrica, el representante de los marinos de la flota del Volga declaró a los obreros que, en caso de huelga, los marineros no actuarían contra los obreros.

Sólo quedaba fijar el día de la huelga.

A partir de las primeras jornadas de marzo, el trabajo casi había cesado en las fábricas. En todas partes se discutían las reivindicaciones a presentar al poder. Se decidió pedir el restablecimiento provisional (hasta la solución de las dificultades de abastecimiento) del libre comercio del trigo, así como la libertad de pesca. Sin embargo, no se consiguió formular las reivindicaciones definitivas antes de la declaración de huelga. Mientras tanto, el Poder unía las unidades seguras y las concentraba alrededor de las fábricas. La catástrofe era inminente.

Así fue cómo, al cumplirse el segundo aniversario de la revolución de marzo, el poder «obrero y campesino» inundó de sangre la ciudad obrera de Astrakán.

Considerado en el conjunto del terror comunista que dice ir dirigido contra los enemigos de la clase obrera, pero alcanza principalmente a ésta y a los campesinos, la represión de Astrakán fue por su amplitud algo sin precedentes en la historia del movimiento obrero. Dos cosas nos sorprenden con igual fuerza: por una parte, imposibilidad absoluta de los trabajadores de defenderse, y por otra, la brutal y cínica conducta de los dirigentes. La represión fue dirigida por el representante del órgano legislativo y ejecutivo supremo del Estado: el miembro del Comité Central Ejecutivo panruso, K. Miekonochin. Este noble verdugo, en todas sus órdenes y *ukases*, hacía seguir su nombre de la retahila rimbombante de sus títulos: miembro del Comité Central Ejecutivo panruso de los soviets de delegados de los obreros, campesinos, Ejército rojo y cosacos, miembro del Consejo de guerra revolucionario de la República, presidente del Comité del frente del mar Caspio, etc.

He aquí lo que decía el comunicado oficial relativo al ametrallamiento de los obreros:

«El 10 de marzo de 1919, a las diez de la mañana, los obreros de las fábricas «Vucán», «Etna», «Cáucaso y Mercurio», tras una señal de alarma de la sirena, suspendieron el trabajo y se amotinaron. Tras haber sido conminados por los representantes de los poderes para que se disolvieran, los obreros se negaron y continuaron reunidos. Cumplimos entonces nuestro deber revolucionario y recurrimos a las armas...

»Firmado: K. Miekonochin (siguen los títulos).»

El mitin de diez mil obreros que deliberaban pacíficamente sobre su penosa situación material fue rodeado de ametralladores, marinos y granaderos. Los trabajadores se negaron a disolverse y

entonces se hizo fuego sobre ellos. De inmediato, las ametralladoras crepitaron, dirigidas sobre la multitud compacta reunida, y las granadas de mano empezaron a estallar con su ruido ensordecedor.

Un estremecimiento recorrió el mitin obrero, de pronto silencioso. Con el tableteo de las ametralladoras no se oían los gemidos de los heridos ni los gritos supremos de los moribundos.

De repente, la multitud se puso en movimiento y con el mismo impulso, ahora duplicado por el espanto, se precipitó sobre el cordón mortal de las tropas. La multitud huye en todas direcciones, intentando huir de las balas de las ametralladoras, que ahora se ponen a disparar con más fuerza. Se dispara sobre los que huyen. Se encierra a los retrasados en locales cerrados y allí se les fusila a mansalva. Cerca de *mil* cadáveres señalan el sitio del apacible mitin. Entre los cuerpos convulsos de muchos obreros agonizantes aparecen dispersos los de algunos «pacificadores revolucionarios», aplastados por la multitud. En un abrir y cerrar de ojos, la ciudad se entera de la masacre.

Se huía en todas direcciones. Trascendía sólo un mismo clamor de pánico enloquecido: «¡Se fusila! ¡Se fusila!».

Algunos miles de obreros se reunieron cerca de una iglesia.

«Huyamos de la ciudad», repiten algunas voces, al principio vacilantes, después más firmes. «Huir, pero ¿adonde?» Alrededor de la ciudad las carreteras están bloqueadas por el deshielo de las nieves. Otro tanto ocurre con el Volga. No hay pan. «Hay que huir, es necesario. Aunque sea adonde están los “blancos”. Aquí es la muerte.» «Vamos hermanos, ¿y qué hacemos con nuestras mujeres y con nuestros hijos?» «No importa, de cualquier modo estamos perdidos. Aquí o allá, es lo mismo. No hay nada para comer. Huyamos, huyamos...»

De pronto resuena un cañonazo, y luego una explosión sorda. Una salva extraña y ensordecedora. La cúpula de la iglesia se de-

rrumba con estrépito. Los cañonazos sordos se suceden unos a otros. Un obús estalla, y luego otro y otro. En un abrir y cerrar de ojos, la multitud se convierte en rebaño enloquecido. La gente huye hacia adelante sin mirar. La artillería continúa disparando. Alguien corrige los tiros y los obuses alcanzan a los fugitivos.

La ciudad está desierta. Reina el silencio. Unos han caído, otros se esconden.

Dos mil víctimas han caído en las filas obreras.

Aquí termina la primera parte de la espantosa tragedia de Astrakán.

La segunda parte, aún más terrible, empezó a partir del 12 de marzo. Cierta número de obreros fueron hechos prisioneros por los «vencedores» y distribuidos en seis «jefaturas» en las bodegas de los barcos y vapores. El vapor *Gogol* se distinguió particularmente por las atrocidades que allí se desarrollaron. Telegramas que hablaban de «insurrección» fueron enviados a la metrópolis.

El presidente del Consejo de guerra revolucionario de la República de los soviets respondió con un telegrama lacónico: «*Reprimid sin piedad.*» Y la suerte de los desgraciados obreros cautivos quedó sellada. La sangrienta locura se desencadenó sobre el agua y sobre la tierra.

Se fusilaba en los sótanos de las «jefaturas» extraordinarias o, para abreviar, en los patios. Muchos hombres fueron precipitados al Volga, desde las embarcaciones. En ocasiones, se ataban piedras al cuello de los infelices. Otros eran arrojados por la borda con las manos y los pies atados. Uno de los obreros, que consiguió ocultarse en el fondo de la bodega de un barco, cerca de las máquinas, cuenta que, en una sola noche, se arrojó al río, desde el vapor *Gogol* ciento ochenta (180) hombres. En cuanto a las «jefaturas» extraordinarias, en la misma ciudad, hubo tantos fusilados que a duras penas podían ser llevados al cementerio por la

noche, donde eran arrojados en un montón bajo el calificativo de «tíficos».

El comandante extraordinario Tchuguev hizo aparecer una ordenanza especial prohibiendo, bajo pena de muerte, que se «fusilase a los cadáveres» en el camino del cementerio. Casi todas las mañanas, los habitantes de Astrakán encontraban en plena calle cadáveres ensangrentados y medio desnudos, de obreros fusilados. Y así, a la luz del día naciente, y errando de cadáver en cadáver, los vivos hallaban a los muertos queridos...

El 13 y el 14 de marzo se seguía fusilando sólo a obreros. Sin embargo, los poderes recobraron el control de sí mismos. No se podía cargar la responsabilidad de esas ejecuciones a las espaldas de la «burguesía» insurgente. Y el Poder decidió: mejor tarde que nunca. Para enmascarar en lo posible la brutalidad de la represión, se decidió apoderarse de los primeros «burgueses» que les vinieron a la mano para «ajustar cuentas». El sistema era simple: era suficiente atrapar a cualquier propietario de inmueble, cualquier piscicultor, pequeño comerciante o industrial, y fusilarlos.

He aquí uno de los numerosos ejemplos de las represalias contra la «burguesía». Una funcionaria soviética, hija de un abogado local, Jdanov, por su marido princesa Tumanova, llamada en la región la bella del Volga, era objeto del asiduo galanteo de los comisarios, grandes y pequeños, hasta los situados más arriba en el escalafón. Tales galanteos tropezaban constantemente con el desdén de la joven. En los días de «ajuste de cuentas con la burguesía», los comunistas decidieron suprimir la «manzana de la discordia». Y el padre, que llegó a saber algo de su hija, sólo halló su cadáver desnudo... Hacia el 15 de marzo, apenas había un hogar que no hubiera llorado a un padre, un marido, un hermano. En algunas familias habían desaparecido varias personas.

Para hacer el balance exacto de víctimas sería necesario interrogar a todos los ciudadanos de Astrakán sin excepción. Al principio, fueron cifradas en dos mil, luego en tres mil... Luego el Poder se puso a publicar listas con centenares de «burgueses» fusilados. Al comienzo de abril, se hablaba de cuatro mil víctimas. Y las represalias continuaban. El poder parecía querer tomarse aquí el desquite contra los trabajadores de Astrakán por todas las huelgas obreras, las de Tula, Briansk, Petrogrado, que se habían extendido por todo el país en marzo de 1919. Fue a principios de abril cuando las ejecuciones empezaron a decrecer en número.

Por aquel tiempo, Astrakán ofrecía un aspecto insólito. Las calles estaban desiertas. En el interior de las casas, familias enlutadas. Las paredes, fachadas y ventanas de las instituciones oficiales, cubiertas por innumerables prescripciones...

El 14 de marzo, se publicó un *ukase* dando a los obreros la orden de presentarse en las fábricas, bajo amenaza de arresto y de supresión de las cartillas de racionamiento. Sin embargo, sólo los comisarios se presentaron en las fábricas. La retirada de las cartillas no asustaba mucho, pues desde hacía largo tiempo no servían para nada; en cuanto a las detenciones, de cualquier modo era difícil escapar a ellas. Además, quedaban pocos obreros en la ciudad.

Hacia el 15 de marzo, la caballería roja capturó a una parte de los fugitivos en las estepas, bastante lejos de Astrakán. Los desgraciados fueron traídos a Astrakán por la fuerza, después de lo cual empezaron a buscar «traidores» entre ellos.

El 16 de marzo, se fijaron nuevos bandos en las paredes. Bajo la amenaza de detención, despido, retirada de la cartilla de abastecimiento, todos los obreros y obreras tenían que presentarse en lugares determinados para asistir a los funerales de las víctimas de la «insurrección». *«Castigaremos a los refractarios con mano revolu-*

cionaria». Así terminaba la ordenanza. El plazo fijado para el reagrupamiento terminó y, sin embargo, sólo acudieron algunas decenas de obreros. La caballería roja recibió orden de llevar por la fuerza a cuantos encontraran en las calles, de hacer salir a los habitantes de sus casas. Aquellos caballeros alógenos, como bestias feroces, recorrieron las calles y, golpeando cruelmente con «nagaikas» a cuantos intentaban ocultarse. Con mucho retraso, escoltada por tropas armadas con lanzas y látigos, la procesión se dirigió hacia el jardín municipal.

Los obreros, tristes y abrumados, movían en silencio los labios, sin levantar la cabeza. El himno funerario: «Habéis caído víctimas de la lucha fatal», que impresionaba precisamente por su escaso aliento, se perdía en la atmósfera primaveral apenas articuladas las primeras notas.

Diabólica ironía: los obreros acudían a las exequias de sus verdugos sin atreverse a pensar en sus propios camaradas caídos, cuyos cadáveres se amontonaban en el cementerio. Cantaban por los otros, por sus verdugos, pensando en aquellos sobre quienes se habían arrojado algunos días antes, rompiendo sus líneas militares. Escuchaban los discursos de los oradores comunistas que glorificaban a los verdugos que habían cumplido con su «deber revolucionario», sin poder decir una sola palabra relativa a los obreros revolucionarios fusilados.

«¡Vengaremos a cada comunista, le vengaremos haciendo pagar ciento por uno!», amenazaba la voz del orador oficial. *«¡Helos ahí, cuarenta y siete de nuestros camaradas caídos por la causa obrera!»*

Las cabezas de los obreros se humillan aún más. Lágrimas, sollozos. Y el orador continúa con la misma entonación de vencedor triunfante. Y amenaza, sigue amenazando.

Cuarenta y siete féretros rojos se alienan alrededor de la fosa común. Los rodean banderas negras y rojas.

«A los campeones de la revolución, que han dado su vida por el socialismo», dicen las inscripciones.

Otros campeones de la revolución, armados con lanzas y porras blanden las banderas.

Es imposible huir de ese lugar de tortura. El dolor y el sentimiento de impotencia abruman a los obreros. Un pánico inaprensible, pero verdadero, paraliza el espíritu y los movimientos. Los trabajadores apuran hasta la última gota las heces del cáliz.

Los periódicos aparecen con recuadros negros. Todos los artículos hacen referencia a los sostenedores del «orden revolucionario». Para los obreros no hay más que un reproche: «*Es culpa vuestra*». El verdugo, K. Mieknochin, envía un mensaje de agradecimiento a las tropas... «Habéis cumplido con vuestro deber revolucionario con mano de hierro, sin un estremecimiento. Habéis aplastado la insurrección. La revolución no lo olvidará nunca. Los obreros son los responsables por haberse dejado impulsar por la provocación...»

La Astrakán obrera ha quedado sumida en el marasmo. Las fábricas permanecen mudas. Las chimeneas no humean...

Los obreros se iban de la ciudad irresistiblemente. Ni siquiera la autorización para pescar o comprar pan podía disuadirlos de abandonar aquel lugar. Aquellas ventajas se habían pagado demasiado caro. La autorización se había redactado con la sangre de sus familiares y amigos. El «favor» otorgado por el gobierno olía a sangre de los trabajadores de Astrakán.

En la historia del movimiento obrero, la tragedia de Astrakán quedará inscrita en letras de fuego y sangre. El juicio imparcial de la historia se pronunciará sobre uno de los pasajes más ominosos del terror comunista...

En cuanto a nosotros, sus testigos y contemporáneos, quisiéramos gritar a todos los amigos de los obreros, a todos los socialistas, a todo el proletariado mundial:

«¡Que se haga una investigación sobre la tragedia de Astrakán!»

P. Silin.

Moscú, septiembre 1920

Grupo de anarquistas rusos exiliados en Alemania

La represión del anarquismo en la Rusia soviética

(Editado en Berlín, en 1923.)

En 1917 los anarquistas rusos se encontraron con la sorpresa de comprobar que los bolcheviques, sus adversarios de siempre, se agrupaban a su lado para gritar consignas libertarias tales como: «Todo el poder para los soviets», o «La tierra para el campesino, la fábrica para el obrero».

De ahí la lucha común.

El primer divorcio apareció en octubre con la creación del «gobierno soviético». En el momento en que éste fue anunciado en el Segundo Congreso de los soviets en octubre de 1917, Efim Yartchuk, delegado anarquista de Kronstadt, exclamó: «¿Qué gobierno?. ¡No tenemos necesidad de ningún gobierno!», y de nuevo al anunciarse la creación del «Soviet de los Comisarios del Pueblo»: «¿Qué Soviet de Comisarios? ¿Qué significa esa invención? ¡Todo el poder debe pasar a los soviets locales!...»^[1]. Lo que siguió no hizo sino incrementar las discrepancias, que se convirtieron en abismales, a raíz de la inclusión de las tropas chequistas contra las comunas y clubs anarquistas de Moscú, Petrogrado y otras ciudades en abril de 1918, y luego en verdadero abismo después de las numerosas represiones gubernamentales ejercidas contra los libertarios de todas las tendencias. Sin embargo, las simulaciones del nuevo poder dividieron profundamente al movimiento anarquista ruso. Algunos anarquistas, y no de los menos notorios y experimentados, colaboraron con las autoridades oficiales, e incluso llegaron a trabajar en la Checa: Alexandre Gay, que siempre había sido firme e inquebrantable en sus convicciones, dirigió la checa en una ciudad del Cáucaso; un cierto Samsonov, anarquista emigrado a los Estados Unidos antes de 1917, regresó para ocuparse más tarde de la «sección de anarquistas» de la Checa, debido acaso a su competencia sobre la materia.

Fenómeno que se tradujo cuantitativamente por la presencia de 633 ex-anarquistas en el seno del Partido comunista ruso en 1922^[2].

A pesar de todo, buen número de libertarios permanecieron fieles a sus convicciones. Estos tuvieron que enfrentarse con persecuciones permanen-

tes por parte del gobierno. Tomaremos dos ejemplos significativos de esta represión.

En primer lugar I. S. Bleikhman, obrero hojalatero, convertido al anarquismo en la emigración, entra en Rusia en tiempos del zar. Es detenido y deportado a Siberia. Liberado por la revolución de febrero, se hizo muy popular entre los obreros de Petrogrado y los marinos de Kronstadt. Es elegido para el soviet de Petrogrado y su actividad hizo recaer sobre él las persecuciones de Kerensky. Efectivamente, desempeña un papel importante, junto a Efim Yartchuk, en las jornadas insurreccionales de julio de 1917. Después de octubre, es perseguido constantemente por los bolcheviques que le detienen en 1918, le deportan a un campo de concentración y le obligan a trabajos humillantes y penosos (dentro del barro y con el agua por la cintura). Ya minado por las cárceles zaristas, arruina su salud en el campo de concentración y muere en 1921. «¿Por qué necesitamos dinero?», decía I. S. Bleikhman. «Todo Petrogrado está en manos de los obreros; todas las viviendas, todos los almacenes de ropa, todos los talleres y las fábricas, las hilanderías, los almacenes de alimentación, todo está en manos de las organizaciones sociales. ¿La clase obrera no necesita dinero?»^[3]

Se trataba de un lenguaje que el nuevo poder no podía comprender ni tolerar.

El otro ejemplo lo sacaremos de la feroz represión sufrida por el movimiento Macknovista en Ucrania, movimiento insurreccional de los campesinos pobres de tendencia libertaria, defensores de los soviets libres y de la libre organización de las comunas autónomas. En una obra aparecida hace algunos años en Francia con el título *Memorias de un bolchevique-leninista*^[4], el autor dice:

«Las bandas de Mackno se abastecían impunemente de armas en las ciudades y pueblos de la región de Ekaterinoslav. Era imposible descubrir los refugios de esos bandidos y de sus jefes. Los campesinos acomodados simpatizaban con ellos y los ocultaban. El resto de la población estaba aterrorizada y no se atrevía a revelar que los escondían en sus casas.

»Nuestra comandancia y los simples soldados estaban a punto de perder la paciencia. Por iniciativa de nuestros soldados, los órganos locales de la Checa se pusieron a trabajar con sus destacamentos de la Sección especial. Un buen día, detuvieron y encarcelaron a un centenar de rehenes, tomados de la población acomodada, comerciantes, kulaks, curas, etc.

»Después del interrogatorio, se les hizo salir al patio de la prisión y se les exigió que revelaran quiénes eran los jefes de la banda y quiénes los ocultaban y dónde: casas, granjas y otros refugios. Se previno a los rehenes que, en caso de negarse, veinticinco de ellos serían fusilados sobre el terreno como responsables de asesinatos y de pillaje.

»Los rehenes se callaban. Los veinticinco primeros, por orden alfabético, fueron conducidos a veinte pasos y fusilados ante los ojos de los demás.

»El segundo día, todo se repitió. Los rehenes se callaron de nuevo. Una vez más veinticinco fueron fusilados ante los ojos de quienes los contemplaban. El tercer día ocurrió otro tanto.

»Cuando, al cuarto día, salieron al patio los veinticinco rehenes restantes se les dijo que el valor de sus amigos fusilados sería ciertamente digno de elogio si con ello hubieran permitido a gentes buenas y honradas escapar a las persecuciones, pero que en realidad ocultaban a los asesinos de los soldados del Ejército rojo que habían venido a liberar al pueblo ucraniano de los grandes propietarios zaristas y de los generales que pisoteaban las libertades del pueblo ruso y ucraniano. Los rehenes pidieron un día de reflexión.

»Al día siguiente, poco después de esta discusión, los rehenes tuvieron miedo y dieron los nombres de los jefes de la banda de Mackno y sus refugios en la región. Se puso al descubierto que esos jefes eran agentes de Mackno infiltrados en los órganos de poder soviético y en la dirección local del Partido. Especialmente el presidente del soviet de la ciudad y el secretario del Comité local del Partido, los cuales habían reunido alrededor de ellos a enemigos del poder soviético.»^[5]

Todo comentario es superfino, pero señalemos simplemente que ese tipo de operaciones se reprodujo a una escala mayor, con el fin de capturar y exterminar a quienes se habían aliado tres veces con el Ejército Rojo para combatir y vencer a los «blancos».

Alexandre Skirda.

Las persecuciones de los anarquistas por el poder soviético empezaron de modo más enérgico después de la primavera de 1918. Las causas fundamentales y generales de esas persecuciones han sido suficientemente aclaradas anteriormente y, por lo tanto, sólo nos detendremos brevemente sobre su historia.

El éxito rápido y creciente del movimiento anarquista irritaba e inquietaba desde hacía algún tiempo al Partido comunista que acababa de instalarse en el poder. Por no sentirse aún suficientemente dueño de la situación y no habiendo todavía conseguido influir decisivamente sobre las masas, el nuevo poder no se decidía a pasar a la ofensiva. Sólo después del tratado de Brest-Litovsk, sintió el terreno firme bajo los pies y vio la posibilidad de actuar con grandes posibilidades de éxito.

Teniendo en cuenta el peligro mortal que corría la revolución y la necesidad de una «pausa» con el fin de crear un ejército revolucionario, el Poder comunista consiguió, con ocasión del tratado de Brest-Litovsk, aterrorizar a las masas, apoderarse de su voluntad y someterla a la suya propia, a pesar de su deseo claramente expresado de no firmar el tratado de paz con el imperia-lismo alemán y de continuar la resistencia revolucionaria, único medio de hacer triunfar la revolución.

El tratado de Brest-Litovsk fue impuesto de este modo al pueblo laborioso por el poder comunista. Este pudo por primera vez, después de una larga y obstinada resistencia por parte de los obreros y campesinos, someter a las grandes masas trabajadoras y obligarlas a la pasividad.

Era sólo el primer paso, el más difícil. Tras tomar la iniciativa de la acción y transgredir impunemente la voluntad de las masas, el Poder pudo estrangular la revolución. Luego resultó fácil continuar el camino emprendido, aterrorizando y sometiendo cada vez más a las masas e incluso aumentó su presión sobre ellas para reducir finalmente la revolución a una mera dictadura.

Los anarquistas protestaron enérgicamente contra el tratado de Brest-Litovsk y contra la limitación de las perspectivas revolucionarias, que desnaturalizaba el sentido mismo de la revolución. El poder decidió entonces asestar un primer golpe decisivo a los anarquistas, beneficiándose de la pasividad creciente de las masas y al disponer ya de una cierta fuerza militar organizada.

Siguiendo órdenes de arriba, la prensa comunista empezó a dirigir contra los anarquistas, día tras día, una campaña desenfrenada de falsas acusaciones y de calumnias. Una sólida preparación de terreno se llevaba igualmente a cabo en las fábricas, en las asambleas y en las unidades militares, etc.

Al mismo tiempo se pulsaba la disposición de las masas. Pudo preverse que el Poder podría contar con sus tropas y que las masas se mantendrían poco más o menos pasivas. Por fin, en la noche del 12 de abril de 1918, con un pretexto absurdo y completamente imaginario, las organizaciones anarquistas de Moscú fueron asaltadas, especialmente la «Federación de Grupos Anarquistas de Moscú». Este asalto fue la señal para el asalto a las organizaciones anarquistas en toda Rusia. Tras haber preparado su golpe y haber dirigido él mismo una campaña desenfrenada en los regimientos contra los «anarcobandidos», Trotsky pudo hacer con satisfacción su famosa declaración: «Por fin, el Poder soviético barre el anarquismo de Rusia con escoba de hierro».

Sin embargo, la idea misma del anarquismo no había sido todavía declarada fuera de la ley por el Poder: la libertad de palabra, de prensa y pensamiento no estaba todavía definitivamente suprimida. Una cierta actividad libertaria era todavía posible en el ámbito nacional.

Los movimientos de protesta de los jornaleros y campesinos contra los procedimientos terroristas empleados contra ellos por el Poder comunista, ya manifestos en 1918, se incrementaron en 1919 y 1920. Cada vez más cínico y despótico, el Poder respon-

dió con una represión encarnizada y creciente, sin detenerse ya ante nada.

Los anarquistas estaban naturalmente en cuerpo y alma del lado de las masas engañadas y oprimidas que luchaban contra sus nuevos amos.

Ante los trabajadores exigían el derecho que asistía a éstos para tomar directamente el control de la producción por medio de sus organizaciones profesionales.

En relación con los campesinos, los anarquistas defendían el derecho de autogestionarse y de mantener relaciones directas con los obreros. Exigían para unos y para otros la restitución de cuanto habían conquistado por medio de la revolución y que el Poder comunista les había arrebatado: la restauración de un orden soviético libre y el restablecimiento de libertades civiles para las corrientes revolucionarias...

En una palabra, exigían la restitución de las conquistas de octubre al pueblo mismo, a través de organizaciones de obreros y campesinos. Era evidente que, al hacer esto, ponían de relieve la política criminal del poder. En esto consistía la actividad fundamental de los anarquistas, y sólo esto sirvió de base para la declaración de una guerra a muerte al anarquismo y para declararle fuera de la ley.

Después de la primera gran redada de anarquistas en la primavera de 1918, las persecuciones se sucedieron en cadena ininterrumpida, en toda Rusia, durante los años siguientes, tomando un carácter cada vez más desenfrenado y cínico.

En consecuencia, y a finales de ese mismo año, 1918, múltiples organizaciones anarquistas de provincias fueron asaltadas nuevamente. A las organizaciones que conseguían quedar intactas, las autoridades les quitaban toda posibilidad de acción.

En 1919, al mismo tiempo que las persecuciones contra los anarquistas de Rusia, que continuaban en el mismo tono, empe-

zaron las persecuciones sistemáticas de los anarquistas ucranianos. En todas las ciudades y pueblos, sus grupos eran liquidados, los militantes detenidos, los periódicos suprimidos, las conferencias prohibidas.

Durante el verano de aquel mismo año, después de la famosa orden n.º 1.824 de Trotsky, que declaraba fuera de la ley al movimiento macknovista, algunos anarquistas fueron detenidos y fusilados al mismo tiempo que los macknovistas. Y así sucesivamente...

Conviene destacar que, en la mayoría de los casos, el asalto a las organizaciones anarquistas iba acompañado de actos de extremo salvajismo por parte de los chequistas y soldados rojos engañados, enardecidos por la rabia y el odio: palizas monstruosas a los compañeros detenidos, destrucción de la literatura secuestrada, destrucción de los locales, etc.

Aparte de estas represiones constantes y cotidianas, el Poder comunista organizaba periódicamente redadas de anarquistas y a gran escala, semejantes a la de la primavera de 1918. Así se produjo, en el verano de 1920, en Ucrania, la liquidación general de las organizaciones anarquistas del «Nabat».

A finales de 1920, el Poder comunista, obligado poco antes a establecer un tratado de alianza con Mackno y cesar en las represalias antianarquistas, reanudó las persecuciones de anarquistas, haciendo detener en Jarkov a todos los anarquistas llegados para participar en un congreso legal y, simultáneamente, la emprendió contra todos los anarquistas ucranianos, organizando una verdadera caza al hombre, por medio de emboscadas y registros, deteniendo incluso a adolescentes de 14 o 16 años, y tomando como rehenes a familiares, mujeres y niños. Para justificar este comportamiento, el Poder empezó por declarar su ruptura con Mackno e inventó una «fantástica conspiración anarquista» contra el poder soviético^[6].

En marzo de 1921, durante las jornadas insurreccionales de Kronstadt, el Poder procedió a nuevas detenciones masivas de anarquistas (y de anarcosindicalistas) y los persiguió a través de toda Rusia.

Cualquier movimiento de masas —una huelga, una manifestación de campesinos o un movimiento de descontento entre soldados o marineros— revertía inmediatamente sobre el destino de los anarquistas. En adelante, se detuvo a cuantos habían cometido el error de compartir las ideas libertarias o de ser familiar o amigo de algún anarquista. El simple hecho de manifestar ideas anarquistas abiertamente bastaba con frecuencia para ser detenido.

En 1919 y 1921, las organizaciones de Juventudes Libertarias fueron desmanteladas. La operación de 1921 fue provocada por el deseo de destruir el germen de la aspiración de la juventud a conocer los fundamentos de las teorías libertarias.

En el invierno de 1921, las organizaciones anarquistas universalistas de Moscú fueron desmanteladas.

En la primavera de 1922, más detenciones masivas de anarquistas en toda Rusia.

Nuestra lista de represiones dista mucho de ser completa. Puede afirmarse sin incurrir en exageración que, en el curso de esos últimos años, toda la Rusia revolucionaria ha sido, bien encarcelada, bien asesinada, figurando los anarquistas en primera fila.

En esas condiciones es imposible para ellos entregarse a la menor actividad. Su prensa está asfixiada. Cualquier toma pública de posición se ha hecho impensable.

De hecho, las ideas anarquistas y la libre expresión han sido declaradas fuera de la ley desde 1919.^[7]

Semejante infamia no podía darse sin provocar vivas protestas personales por parte de algunas individualidades fuertes. Hacia

finales de 1919, Casimir Kovalevitch, obrero de los talleres del ferrocarril de Moscú, anarquista muy popular en su barrio, arrojó con el concurso de algunos compañeros una bomba en una asamblea de dirigentes comunistas, en la calle Lentiev, de Moscú^[8]. Este acto de protesta contra la dictadura bolchevique no provocó toma de conciencia alguna dentro del partido dirigente. Por el contrario, éste se puso a perseguir a los anarquistas todavía con más saña, y a todos los revolucionarios en general, recurriendo a los medios más escandalosos de cinismo e inquisición.

Si, en el momento actual, subsiste en Rusia una actividad anarquista clandestina, y si ésta puede conducir a actos de terror antigubernamental, es necesario comprender esos actos, que siempre se han llevado a cabo y seguirán produciéndose inevitablemente allí donde reine la arbitrariedad y un monstruoso terror dirigido desde arriba, en cualquier parte donde el pensamiento y la palabra sean asfixiados y la libre expresión sea proscrita; allí donde cualquier otro medio de lucha sea imposible.

Los horrores cometidos en Rusia, empiezan por fin a evidenciarse ante los ojos de quien llega de nuevo al país, al mismo tiempo que se van conociendo cada vez más fuera de sus fronteras. Por eso, el Poder comunista se ve obligado a recurrir a toda clase de medios con el fin de crear una apariencia de justificación a sus crímenes. No se detiene ante los medios más infames, por ejemplo, la «provocación».

Una de estas provocaciones tiene como protagonistas a León Tcherny y a Fanny Barón.

En verano de 1921, un grupo de delegados anarquistas extranjeros, llegados para el Congreso de la Internacional Sindical Roja, interpeló al gobierno soviético respecto a los anarquistas rusos presos en la Taganga, que hacían la huelga de hambre para exigir su liberación, así como la de todos los anarquistas prisioneros. Como los delegados insistieran sobre la liberación de esos

anarquistas, Trotsky y otros representantes del poder les respondieron: «¡Se trata de bandidos!».

Aunque el Poder se vio finalmente obligado a liberar a esos anarquistas y a expulsarlos al extranjero, montó toda una trama para justificar, de cara a los obreros extranjeros, la táctica terrorista en relación con aquéllos, una trama basada sobre una provocación de la checa, sobre delitos de tipo común relativos a la fabricación de moneda falsa y que llevó al fusilamiento de dos de nuestros camaradas más honestos: León Tcherny y Fanny Barón.

Ha sido probado, no sólo que los camaradas fusilados eran inocentes de esos delitos de derecho común, sino también que la idea de fabricar moneda falsa había surgido en la propia checa de Moscú. Dos de sus agentes, Steiner (Kamenny) y un chófer chequista, se habían puesto en relación con maleantes y, luego, se habían infiltrado en un grupo anarquista, incitándolos a fabricar moneda falsa y a poner en marcha expropiaciones. Todo esto se desarrolló con el beneplácito de la Checa, quien, gracias a esta provocación exigió la vida de los libertarios, llegando hasta infamar su memoria^[9].

W. Voitinsky

Los doce condenados a muerte. (El proceso de los socialistas-revolucionarios en Moscú)

(Edición de la Delegación en el extranjero del Partido socialista-revolucionario ruso, Berlín 1922. El prefacio estaba firmado por Karl Kautsky.)

Apenas hubo comprendido el curso que tomaban los acontecimientos rusos, el renegado Kautsky no dejó escapar la menor ocasión de hostigar a su discípulo Lenin.

En 1922, escribe el prólogo al libro que el ex-bolchevique Voitinsky, unido al menchevismo, dedica al proceso de los socialistas-revolucionarios, primero de ese género que atrajo sobre sí la atención internacional. «Los bolcheviques», afirma con mucho optimismo, «intentan vanamente hacer frente a la marea que se origina contra ellos. Lo único que saben hacer como nadie es exterminar a sus adversarios por los medios violentos y la mentira. Por el contrario, se han mostrado absolutamente incapaces de comprender las condiciones en las que la producción socialista se hace posible, e igualmente incompetentes para conocer las condiciones que implican el desarrollo del capitalismo: al tratar de realizar el socialismo, han arruinado todo el mecanismo de la producción rusa y su tentativa de apuntalarlo ahora con ayuda de los capitalistas, amenaza con hacer definitiva la ruina. Y, si llegan a pesar de todo a reintroducir en Rusia un nuevo capitalismo y, gracias a él, volver a poner la producción en marcha, no quedaría, frente al nuevo capitalismo, otra cosa que un proletariado a quien los propios bolcheviques habrían convertido en absolutamente inepto para la lucha.»

No nos detendremos aquí en la visible vacilación de Kautsky en lo relativo a las cuestiones del socialismo y del capitalismo, pero señalaremos que, para ese viejo luchador, si debía producirse un retorno al capitalismo en Rusia, era necesario prever al mismo tiempo que el proletariado tendría que luchar contra sus nuevos dirigentes, no importa cuál fuera el origen de los mismos. Esto es precisamente lo que no querían los bolcheviques. Demasiados hechos les demostraban que los trabajadores no estaban todavía domesticados. Por encima de todo, temían la eventualidad de un reagrupamiento de trabajadores bajo la bandera de otro partido. En este sentido, el Partido socialista-revolucionario era potencialmente el más peligroso. Respaldado aún por fuertes apoyos campesinos, ese partido había celebrado, en julio de 1921, su X Consejo.

Este partido había decidido dedicar todos sus esfuerzos a «la organización de las fuerzas, de las ciudades y de los campos y a la propagación de ideas claras sobre la revolución entre las masas trabajadoras. Al cumplir esta tarea, el Partido (debe) permanecer fiel a su consigna principal: la democracia, como único sistema político capaz de garantizar el desarrollo de la actividad espontánea del pueblo. Es la condición indispensable de la victoria de la revolución y del trabajo de edificación del socialismo». Sería exagerado hacer de los socialistas-revolucionarios luxemburguistas —en este sentido, la mera presencia de la palabra pueblo en esta cita demostraría la incongruencia del intento—, pero no es exagerado afirmar que, de todos los partidos rusos, el movimiento socialista-revolucionario era el más próximo a la concepción luxemburguista de la revolución, la única, y es necesario recordarlo, que se negaba a aceptar el sustitucionismo.

De cualquier modo, los socialistas-revolucionarios habían aprendido las lecciones del pasado y de sus propios errores. Por ello ponían gran atención en precisar que convenía «separarse decididamente» de todos los elementos de la derecha, «rechazar toda coalición, incluso por provisional y aún puramente táctica» con la burguesía, «condenar» a los grupos desligados del Partido y comprometidos en «aventuras» y en movimientos «desordenados», renunciar a los métodos de lucha armada «que datan de la época del IX Congreso (...) y no pueden actualmente asegurar la victoria de la democracia revolucionaria», luchar en el extranjero contra las tentativas de nuevas intervenciones en Rusia, y todo ello en la perspectiva de «la liquidación de la dictadura bolchevique (...) por las propias masas trabajadoras y revolucionarias».

Por consiguiente y una vez más, el Partido socialista-revolucionario afirmaba su negativa a sustituir a las masas y formulaba un programa que hubiera podido triunfar, de no estar agotadas las masas por una parte y, por otra, un tanto confiados debido a la adopción de la N.E.P., estimada con frecuencia como el comienzo del fin de la locura bolchevique. Antes de llegar a este punto, los socialistas-revolucionarios se habían hecho fuertes «en un rechazo inquebrantable de participar de una manera o de otra en insurrecciones armadas a menos que pudieran estar seguros de la adhesión

de los jefes a los principios de los narodnikis y de la ausencia de todo riesgo en ayudar de alguna manera a la contrarrevolución» (Schapiro, Los bolcheviques y la oposición). Tal era, por lo menos, la posición de principio de la dirección del Partido. De cualquier modo, como no disponía del instrumento de una disciplina ciega, la obediencia de la base era más que problemática. ¿Cómo hubiera podido ser de otro modo cuando las masas campesinas en rebelión se dirigían a los representantes locales del Partido que tradicionalmente había sido su defensor? Obvinitelnoe Zakliutchenie, citado por Shapiro, cuenta que, cuando se anunció a un jefe de partisanos campesinos la negativa de los socialistas-revolucionarios locales de apoyar su insurrección, aquél respondió: «Parece que tendremos que actuar solos. Pero, en este caso, ir con cuidado: cuando lleguemos a Tambov, os ajustaremos cuentas como a los demás».

Solamente Boris Savinkov, sucesor de Gerschuni y de Azev en la dirección de la famosa Organización de combate socialista-revolucionaria, sostenía una lucha encarnizada contra los bolcheviques. Llegó a infundirles tanto miedo que, todavía hoy, en los «easterns» con los que la televisión abrumba a los soviéticos, no es raro hallarle personificando, naturalmente, al Traidor (por ejemplo, Una misión extraordinaria,). Desde septiembre de 1918, Savinkov había roto con los socialistas-revolucionarios. En 1918, creó la «Unión para la defensa de la patria y de la libertad», muy a la derecha, conectada con los intervencionistas y los generales «blancos». Al negarse obstinadamente a anunciar que el programa político de aquéllos no preveía tomar de nuevo la tierra a los campesinos, éstos sabotearon todas sus posibilidades de éxito. En su mayoría, los campesinos prefirieron soportar el terror rojo, pero conservar la tierra, antes que soportar el terror «blanco» y perder sus campos. De manera que, aunque Savinkov asumió personalmente los mayores peligros, nunca consiguió reunir a más de algunos centenares de hombres ni a provocar otra cosa que insurrecciones locales (Yaroslav, Rybinsk, Murom, Kazan, Kaloga, Vladimir). Detenido en 1924, Savinkov desapareció en condiciones que siguen siendo misteriosas, a pesar de las informaciones aportadas por Soljenitsin.

El proceso urdido contra los dirigentes del Partido socialista-revolucionario que permanecieron en Rusia, no tenía otro objeto que el de aniquilar definitivamente el peligro potencial que representaba ese partido a la hora del restablecimiento parcial del capitalismo tradicional en la Unión Soviética.

Esto explica que una pléyade de revolucionarios se encontrara delante de «jueces» poco inclinados a la indulgencia. De un lado, los acusados y, entre ellos, los doce futuros condenados a muerte. El zarismo los había condenado a un total de setenta años de prisión. Cinco habían estado condenados a trabajos forzados, dos (Timofeev y Morosov) habían estado dos veces en presidio, otros dos (Gotz y Helena Ivanova) habían sido condenados a muerte. En conjunto contabilizaban 240 años de militancia revolucionaria. Del otro lado, los jueces y, entre ellos Krylenko, a quien Wauters, uno de los abogados socialdemócrata belga de los socialistas-revolucionarios, describe como sigue en el libro que publicó con Vandervelde, El proceso de los socialistas-revolucionarios en Moscú (Bruselas, 1922):

«Krylenko, la raíz cuadrada de Fouquier-Tinville. Tiene una voz monótona y fría, el gesto cortante como una guillotina, sus ojos son crueles... Este hombre, que posee un espíritu familiar tan desarrollado (nombró a su mujer juez de instrucción y a su cuñado presidente del tribunal en el proceso de los socialistas-revolucionarios), dijo un día a algunos jueces ante los cuales oficiaba de fiscal: “Si no tenéis pruebas para condenar a muerte, buscadlas en vuestro ímpetu revolucionario”. En resumen, un hombre encantador.»

También estaba Piatakov, de 32 años, hijo de un importante refinador de Kiev y de una progresista. «En 1915 —escribe Wauters—, el apartamento de su padre era el Estado Mayor de los Cien-negros que dirigían los pogroms patrióticos y el apartamento de la madre se había transformado en hospital para las víctimas de esos pogroms.»

Y, finalmente, Lunatcharsky: «Un fauno con lentes. Da la impresión de estar allí como aficionado, sonrío... pero está allí para reclamar 22 ca-

bezas... Lleva una sucia chaqueta de alpaca y una gorra usada...».

Sólo Sadoul halla cierta justificación a los ojos de Wánters: «Un verdadero francés de Francia, que no puede renegar sus orígenes. Es el abogado de los delatores» (Semenov y Konopliova).

De cualquier modo, para hacer un proceso, hace falta una legislación, sobre todo cuando el movimiento obrero internacional tiene los ojos fijos en el acontecimiento. Ahora bien, ley no existía en absoluto. Pocas semanas antes del inicio del proceso, el Código penal estaba todavía en los cajones de los despachos o en el limbo —lo cual en modo alguno había impedido condenar a multitud de gente. El propio Lenin, en persona, se encargó de reformar la baja calidad procesal. Escribió lo siguiente a Kurski, comisario del pueblo para la Justicia: «A mi juicio, hay que extender la aplicación de la pena de muerte (conmutable en prisión)... a todo tipo de actividad de los mencheviques, de los socialistas-revolucionarios, etcétera; hay que encontrar una formulación que relacione sus actos con los de la burguesía internacional (subrayado por Lenin)».

El 17 de mayo de 1922, vuelve a la carga:

«¡Camarada Kurski! Como complemento a nuestra entrevista, le envío un esbozo del párrafo suplementario del Código penal... Creo que la idea fundamental es clara, a pesar de todos los defectos del borrador: defender abiertamente la tesis del principio justo en el plano político (y no sólo en un sentido jurídico estrecho), motivando el carácter y la justificación del terror, de su necesidad y de sus límites.

»El tribunal no debe eliminar el terror; prometerlo sería engañarse a sí mismo y engañar a los demás. Hay que justificarlo, legitimarlo en el terreno de los principios, claramente, sin falsedad ni temores. La formulación debe ser lo más amplia posible, pues sólo el sentido de la justicia revolucionaria y de la conciencia revolucionaria serán los que decidirán las condiciones de una aplicación más o menos amplia.»

«Encontramos luego —comenta Soljenitsin, quien cita los dos textos anteriores—, a modo de apéndice, el borrador, dos variantes del párrafo

suplementario de donde saldrán, en el curso de pocos años, el artículo 58-4, así como el padre de todos nosotros, el artículo 58 completo.

Se lee, y es imposible no exclamar con admiración: ¡He aquí lo que se llama dar la formulación más amplia posible. ¡Se lee, y vuelve uno a recordar cuánta gente atrapó de ese modo ese querido viejo!

»“... propaganda o agitación, participación en una organización, o colaboración (prestando objetivamente apoyo, o estar en disposición de prestarlo,) a organizaciones o a personas cuyas acciones presenten un carácter...”

»¡Traedme al propio San Agustín y en un santiamén le haré entrar en la famosa formulación!»

En las páginas que dedica a los socialistas-revolucionarios (I, 301 a 314), Soljenitsin comete dos errores notables. Probablemente ha tenido pocos documentos a su disposición, entre ellos una compilación de textos de Krilenko, del que lo menos que puede decirse es que no brilla por su objetividad.

Primer error: «No había abogados» (pág. 303). En realidad, hubo cuatro extranjeros, dos belgas, Vandervelde y Wauters, dos alemanes, Th. Liebknecht y K. Rosenfeld, así como dos rusos, Zdanov, Tagher, Muraviev y otros. En el texto que sigue a éste se verá lo que les ocurrió.

Segundo error: Se pronunciaron «catorce» penas de muerte (pág. 313). En realidad, sólo hubo doce, las demás fueron penas de prisión y hubo sobreseimientos entre los acusados del segundo grupo, el que había hecho propósitos de enmienda. Dicho esto, hay que añadir que los doce condenados a muerte no fueron ejecutados. La autoridad política suprema decidió suspender las penas de muerte mientras los adversarios no se entregasen a ningún tipo de ataque contra el Poder. Dicho de otro modo: los condenados eren rehenes.

J. B.

Las persecuciones contra los socialistas empezaron en la Rusia soviética tan pronto como los bolcheviques usurparon el poder. Un tanto desordenadas y fortuitas al principio, esas persecuciones se convirtieron pronto en sistemáticas, haciendo surgir órganos administrativos con misión especial y convirtiéndose en una de las preocupaciones principales del Poder, una de las funciones esenciales de los «núcleos» comunistas.

Por otra parte, esto guarda relación con la naturaleza misma del bolchevismo.

En efecto, su idea fundamental es la dictadura de una minoría sobre la mayoría; de un partido sobre la clase obrera, el país entero. Es la idea que, de antemano, determina la evolución del Partido bolchevique: luego de haber motivado la necesidad de su dictadura, alegando los intereses de la liberación revolucionaria de todos los trabajadores, ese partido ha llegado al mismo punto a que llegan, a fin de cuentas, todas las dictaduras, del tipo que sean: al despotismo, a la represión implacable de todas las manifestaciones de la iniciativa actuante del pueblo, al abandono de todos los principios en nombre de la conservación del poder pura y simple. Y así es cómo un gobierno, que ha sido llevado al poder por la corriente de la revolución y que ha conservado los atributos exteriores de ésta, resucita de hecho los métodos despóticos del gobierno zarista, destruye todas las conquistas de la revolución.

Lo que el gobierno bolchevique teme como el peor de los peligros es el despertar de la conciencia de clase, de la energía militante de las masas obreras y campesinas. Pues tan pronto como las masas comprendan sus intereses y midan sus fuerzas, querrán irremediablemente tomar el poder entre sus manos y se quitarán de encima a los autócratas, no importa cuál sea la bandera con la que éstos pretendan cubrirse.

Ello explica el odio que los bolcheviques profesan por los partidos socialistas, ya que éstos actúan en Rusia no sólo como defensores de la soberanía del pueblo y del democratismo, sino como promotores de las iniciativas y energías activas de todos los trabajadores, obreros y campesinos.

Por esta razón, el gobierno de Moscú persigue con su odio a los mencheviques, partido de la lucha de clases del proletariado, y a los socialistas-revolucionarios que disputan a los bolcheviques la influencia sobre el campesinado.

¿Cuál de estos dos adversarios es más peligroso para el bolchevismo? He aquí la cuestión que, desde hace tiempo, discuten los esbirros soviéticos.

Algunos chequistas temían ante todo a los mencheviques, dado que ese partido, al fortalecerse, podría movilizar contra la dictadura a los batallones obreros; otros por el contrario, ven el mayor peligro en los socialistas-revolucionarios, pues la clase campesina, al ser influida por este partido, amenazaría con aniquilar todos los resultados de la acción bolchevique.

Las dos tendencias acaban por resolver mancomunadamente este problema teórico, pues los bolcheviques persiguen por idénticas razones a mencheviques, socialistas-revolucionarios y a «neutros», al detener, aprisionar y, en ocasiones, fusilar a cuantos con su acción pueden estimular las energías activas, despertar la conciencia de clase y reforzar la solidaridad de los obreros y los campesinos.

Dicho de otro modo, el poder soviético persigue a los socialistas por las mismas causas, les reprocha los mismos crímenes que en otro tiempo alegaba el zarismo.

Los que ocupan el poder han cambiado, pero el régimen despótico permanece; del mismo modo, las celdas de las prisiones siguen abarrotadas de «políticos» y, en la mayoría de los casos, la composición personal de esas aglomeraciones «políticas» privadas

de libertad son, bajo el bolchevismo, las mismas que bajo el zarismo.

Sin embargo, el Poder soviético, en su lucha contra los «rebeldes», no se limita a las detenciones y deportaciones: entre los medios que emplea, ocupan lugares importantes los fusilamientos y la pena de muerte.

Los bolcheviques pretenden que la pena de muerte les sirve para defender el poder revolucionario, obrero y campesino, contra los atentados de los contrarrevolucionarios, enemigos de los trabajadores. Ahora bien, este aserto se encuentra en flagrante contradicción con el hecho de que toda la historia del Poder bolchevique, desde su advenimiento, no es más que una larga serie de matanzas obreras y campesinas.

Basta recordar los siguientes acontecimientos: la matanza, en la manifestación obrera en favor de la Asamblea constituyente, el 18 de enero en Petrogrado; las de Astrakán, donde algunos miles de obreros fueron fusilados, muertos a balazos, o ahogados en el Volga, y todo por haber pedido pan, o más bien, el restablecimiento del libre comercio del trigo; el bombardeo de la ciudad de Elisabetpol (Gandja), en el Azerbaidján, que costó la vida a cerca de 20.000 musulmanes cuya mayoría eran obreros y campesinos; los fusilamientos en la calle de huelguistas en todas las ciudades importantes de la Rusia soviética; el ametrallamiento de los mítines obreros donde se habían adoptado resoluciones antibolcheviques; la ejecución de rehenes campesinos que respondían por los rebeldes de sus pueblos y de los actos de los mismos; el fusilamiento de campesinos y la destrucción de pueblos enteros que no depositaban impuestos en especies...

En ocasiones, se da el caso de que obreros y campesinos que suscitaron la represión del Poder soviético eran fusilados (o exterminados de cualquier otro modo) mezclados con los representantes de otros grupos sociales.

¿Cómo calcular la cantidad de sangre obrera y campesina vertida en los días funestos de 1918, cuando, en represalia por el atentado contra Lenin, se ejecutaron sin cesar rehenes en los cuatro puntos cardinales de Rusia?

Otro ejemplo: en 1921, los bolcheviques enviaron a Kronstadt una embarcación con seiscientos detenidos de diversas prisiones de Petrogrado. Pues bien, en un lugar profundo, entre Petrogrado y Kronstadt, la embarcación fue hundida. Todos los prisioneros se ahogaron, a excepción de uno, que consiguió alcanzar a nado la costa finlandesa. ¿Quién sabe cuántos obreros y campesinos habría entre esos ahogados?

He aquí otro hecho. Hacia finales de 1918, en plena guerra civil, los bolcheviques abandonaban la ciudad de Sarapul. Como era necesario evacuar la prisión local, se decidió, por razones de economía, simplificar la evacuación fusilando a todos los detenidos. Entre las víctimas, se hallaba uno de los líderes de Petrogrado y de los Urales, miembro del Comité central del Partido socialista-revolucionario, Ivan Teterkin. ¿Cuántos obreros más fueron asesinados con él?

Aparte de los fusilamientos en masa, prosiguen en Rusia las ejecuciones individuales de socialistas.

Así fueron fusilados en 1918, en Astrakán, 15 socialistas revolucionarios reunidos de una Conferencia provincial de su Partido. Así desapareció también, en el famoso «barranco» de Saratov toda una serie de miembros notorios del Partido socialista-revolucionario. Allí, y en el curso del invierno de 1918-1919, fueron fusiladas cerca de 1.500 personas de acuerdo con listas especiales, cuando no al azar. Así es cómo en la región de Kubán, se fusiló en 1920 a jefes populares que habían participado en la lucha contra Denikin, campesinos cuya influencia entre la población inquietaba al Poder soviético. Así es cómo en el curso del mismo año de 1920, una vez que las tropas soviéticas ocuparon Bakú,

los bolcheviques exterminaron a todos los líderes del movimiento obrero, y entre ellos al socialista-revolucionario Zimin, ese mismo Zimin gracias al cual se había aclarado el caso de asesinato llevado a cabo por los Voluntarios de 26 comisarios bolcheviques (después, los bolcheviques decieron haber matado a Zimin «por error»).

El informe, dirigido el 2 de abril de 1922 por el Partido socialista-revolucionario a la Conferencia de las Tres Internacionales de Berlín, señala entre las víctimas de las referidas matanzas a un viejo militante, miembro del Partido socialista-revolucionario desde su fundación, Strumilo-Petrachkevitch; un miembro de la Asamblea constituyente, el diputado campesino Gorelin; un viejo militante del Partido socialista-revolucionario, Alexandre Turba; militantes conocidos como Timofeev, Khariornov, Livsin, Kurbatov, etc.

Por otra parte, ¿hay una sola provincia, incluso una sola ciudad en toda Rusia donde, en el curso de esos años, no se haya fusilado a militantes del movimiento socialista?

Entre los socialistas fusilados, citemos estos nombres, conocidos en el país entero:

Onipko, diputado de la primera *Duma*, héroe de la insurrección de Kronstadt en 1905.

Almasov, escritor, militante eminente del sector de la enseñanza.

Kogan-Bernstein, probado militante socialista-revolucionario.

Boris Flekel, acusado de haber sido secretario de Kerensky (hecho inexacto, digámoslo al paso).

Samuel Fainberg, uno de los militantes más activos del Partido socialista-revolucionario en Siberia.

Quisiera dedicar unas palabras a este último.

Compañero de prisión y amigo íntimo de Gotz y de Timofeev, no cabe duda de que Fainberg hubiera estado junto a ellos en el proceso de Moscú y, como ellos, habría sido condenado a muerte si los bolcheviques no le hubieran fusilado de antemano y sin ninguna clase de proceso, como contrarrevolucionario, en Irkutsk, ese mismo Irkutsk que los socialistas-revolucionarios habían tomado a Koltchak después de un combate de dos días; ese mismo Irkutsk donde Koltchak había hecho concentrar los prisioneros bolcheviques detenidos un poco por todas partes en Siberia, y donde los socialistas-revolucionarios habían liberado de la prisión koltchakista cerca de mil detenidos, principalmente bolcheviques.

Anteriormente, bajo el zarismo, este hombre conoció la amenaza de la muerte, y 15 años de trabajos forzados, así como largos años de reclusión en la más terrible de las cárceles zaristas, el presidio central de Orel...

¿Vale la pena citar aquí los nombres de los obreros socialdemócratas fusilados por los bolcheviques, o enumerar los «crímenes» que les valieron la muerte?

Entre ellos Tuliakov, obrero, diputado en la cuarta *Durna* del Imperio, líder de los obreros mineros de la región hullera del Donetz. Fusilado por orden de la Checa en 1918.

También Krakovsky, obrero de la fábrica de Sestrorietzk. Fusilado por la checa de Tambov como «contrarrevolucionario».

Luego, el obrero menchevique Samuchkin. Fusilado en Vitebsk, en octubre de 1918, por fijar carteles de la convocatoria local de los representantes de las fábricas y los talleres, cuyos miembros fueron detenidos por los bolcheviques.

Y el menchevique Levin, presidente del Consejo de las Uniones profesionales de Rybinsk.

El secretario de este mismo Consejo, Romm.

El presidente de la Caja de Ayuda y del Comité socialista-democrática de Rybinsk, Sokolov. Estos tres últimos fueron fusilados en septiembre de 1918 por haber dirigido una huelga de protesta de 24 horas reclamando la libertad de las Uniones profesionales, el cese del terror y la modificación de la política de abastecimiento.

Los bolcheviques empleaban aún menos formalidades para fusilar a los anarquistas y a los socialistas-revolucionarios de izquierda, quienes, en octubre de 1917, les habían ayudado a apoderarse del poder.

Este texto no es una enumeración de todos los socialistas que perecieron en la Rusia de los soviets.

No son más que unas líneas de un interminable martirologio, y, sin embargo, esas pocas líneas bastan para hacer comprender la mentalidad de los bolcheviques, estupefactos de que los socialistas de Europa Occidental, promuevan todo ese escándalo por una docena más o menos de socialistas dispuestos para ser arrojados, con otros tantos, dentro de la insondable fosa común.

Los lectores que quisieran conocer desde más cerca ese aspecto de la «obra soviética», podrían hallar detalles en la compilación *Tcheka*, en el informe presentado por el Partido socialista-revolucionario en la Conferencia de las Tres Internacionales celebrada en Berlín, así como en las columnas del *Courrier socialiste*, de la *Russie révolutionnaire* y de otras publicaciones rusas en el extranjero.

Sin embargo, el exterminio material de los adversarios no basta a los bolcheviques. Ellos tienden, por decirlo en su lenguaje preferido, al «exterminio moral», a la muerte moral de cuantos se atraviesan en su camino. Se llega a ese fin con ayuda de difamaciones y denigraciones públicas de los detenidos y de los prisioneros.

Cada detención de socialistas, cada uno de los traslados de prisión, cada deportación, cada una de las violencias infligidas a los detenidos, cada ejecución y, sobre todo, cada proceso de socialistas, va acompañado en las columnas de los periódicos de un torrente de injurias, mentiras y calumnias. Es imposible defenderse, responder, puesto que en la Rusia soviética todos los periódicos están redactados por agentes del Partido dirigente, que detenta el control absoluto de la prensa. De este modo, los adversarios del Poder soviético son reducidos al silencio una vez por todas.

Los Radek, los Stekov, los Bujarin pueden emplearse a fondo. Pueden mentir, calumniar, arrastrar a sus adversarios por el fango. Estos están atados de pies y manos,

desarmados, mudos como la misma tumba que les aguarda.

Nunca y en ninguna parte un impostor por vocación, un embustero por naturaleza, ni un calumniador profesional ha medrado tanto como puede hacerlo bajo el Poder soviético.

Se trata de un sistema. Y la «exterminación moral» de los adversarios ofrece, a los ojos de los bolcheviques, demasiada importancia para que la confíen exclusivamente a la prensa: la obra de los publicistas comunistas se desarrolla de acuerdo con la de los jueces de instrucción chequistas, los acusadores públicos y los miembros de los tribunales.

Mencionaremos, en apoyo de este punto de vista, los comunicados oficiales relativos a las conspiraciones. Comunicados prolivos en que el nombre de los socialistas aparecen conscientemente mezclados con los de reaccionarios. Algunos de estos comunicados han llegado hasta la prensa europea. Se ha querido ver en las elucubraciones chequistas una estratagema tendente a justificar las represiones: las detenciones, deportaciones, ejecuciones, serían el objetivo; la invención de las «conspiraciones», el medio.

Mas, en ocasiones, se trata de una relación inversa, al ser el objetivo de la seguridad soviética mancillar al partido odiado; en este sentido se monta «un caso»; con el fin de velar el absurdo de las acusaciones formuladas, los acusados son condenados a muerte; por fin, para que el «caso» no pueda aclararse, se mata a los condenados en algún sótano perteneciente a la Checa.

El poder soviético no lleva a los tribunales sino aquellos casos que considera «ventajosos desde el punto de vista de la propaganda», es decir, aquéllos susceptibles de entregar a los acusados al oprobio público.

Por otra parte, los jueces comprenden muy bien lo que espera de ellos el gobierno. Por tanto, sería ingenuo buscar imparcialidad, independencia y respeto a la ley por parte de los tribunales soviéticos.

En cuanto a la idea que se tiene del derecho, el nivel del juez o del acusador soviético no difiere en nada de la del verdugo chequista. El juez, el acusador y el verdugo reciben la misma orden de «acabar con éste o aquél» y se limitan a ejecutar la voluntad de sus amos. La única diferencia está en que el juez y el acusador operan a la luz del día, mientras que el verdugo lo hace en un sótano oscuro.

Todos los elementos que acabamos de enumerar han figurado en el proceso de Moscú: doble tarea de asesinato material y moral, combinación de procedimiento jurídico y de campaña de prensa, jueces chequistas, acusador público con mentalidad de verdugo, tortura por medio de la amenaza de muerte, denigración de los acusados.

Al pueblo que reclama pan, el Poder le ofrece el espectáculo de las ejecuciones. Se da a ese espectáculo la apariencia de un proceso a fin de probar que la introducción en el país de la «legalidad estatista», no implica en modo alguno el desarme del Poder soviético en la lucha contra la «sedición». He aquí lo que debe

tranquilizar al Partido dirigente, elevar la moral de sus adheridos, alimentar la propaganda «ideológica».

De cualquier modo, en todos los despotismos, el terror tiene altibajos, y sus formas varían según la gravedad de las inquietudes que el mañana inspira al gobierno.

Las piezas del proceso fueron aportadas al gobierno por dos agentes provocadores (Semenov-Vasiliev y la Konopliova). Vamos a examinar desde más cerca el papel de estos personajes.

Los provocadores al servicio del Poder soviético

Semenov y la Konopliova, cuyos nombres desde hace algún tiempo no han dejado de aparecer en la prensa, no representan nada notable, a no ser una sed enfermiza de sensaciones violentas y de amoralismo absoluto.

Semenov hace aparición en la superficie de la vida política de 1917. Era soldado de un regimiento de intendencia del XII Ejército y fue delegado por su unidad para el «Comité del Ejército». Se decía socialista-revolucionario y como, en aquella época —desde la caída del absolutismo zarista hasta el advenimiento del absolutismo bolchevique—, todos los partidos actuaban abiertamente y no controlaban rigurosamente a los nuevos adeptos que llegaban a engrosar sus filas, Semenov fue admitido en el Partido socialista-revolucionario sin que se le preguntase de dónde venía, ni lo que le traía a la revolución y al socialismo. Las etapas posteriores de su actividad aparecen en un folleto «geremiaco» publicado por los bolcheviques en Berlín, mientras éstos preparaban el proceso de los socialistas-revolucionarios, y en las declaraciones de los testigos, tanto de los llamados a declarar, como de los que publicaron sus declaraciones en la prensa socialista de Europa.

En la época del golpe de Estado en octubre, Semenov trabajaba en la comisión militar anexa al Comité central del Partido socialista-revolucionario^[1]. Aquí, desde finales de 1917, tuvo en

diversas ocasiones diferencias con el Partido, pues Semenov empujaba sin cesar a la organización a acciones decisivas en la calle, mientras el Partido rechazaba estos proyectos aventureristas.

Tras la disolución de la Asamblea constituyente, Semenov, de acuerdo con la Konopliova, organizó un «grupo de combate» al que se adhirieron algunos obreros reclutados entre los elementos más jóvenes y, por consiguiente, poco seguros. En nombre de este grupo, Semenov propone al Partido socialista-revolucionario emprender una serie de actos terroristas contra los jefes de gobierno soviéticos. El Comité central rechaza este ofrecimiento^[2]. A pesar de esto, uno de los miembros del grupo organizado por Semenov, el obrero Sergueev, habiéndose tropezado por azar con Volodarsky, le mata... El Comité central del Partido socialista-revolucionario desautoriza públicamente este acto. Se advierte a Semenov que una infracción tan flagrante a la disciplina, en las condiciones excepcionales en que se encuentra el Partido, debería hacer recaer sobre el culpable la pena más rigurosa^[3]. Por desgracia, el Partido no consigue liberarse enseguida del peligroso aventurero infiltrado en sus filas. Poco después, Semenov presenta en París una serie de nuevos proyectos, no menos azarosos. Cada uno de sus ofrecimientos choca con la negativa del Partido. Entonces, se lanza en empresas terroristas sin la sanción del Partido y en contra de sus órganos centrales, dando a entender falazmente a sus camaradas que obra por mandato del Comité central.

De este modo, Semenov organiza «expropiaciones» (atracos, con fines presuntamente revolucionarios), puramente criminales, así como nuevos atentados terroristas, etcétera^[4].

En verano de 1918, cuando la guerra civil está en su apogeo, Semenov es detenido. Conducido a la Checa, en la calle de la Lubianka, dispara sobre uno de los policías e intenta evadirse, pero le capturan de nuevo. Para él, la pena de muerte parece inevitable. Pero dirige a Lenin una petición de gracia, entra en rela-

ciones con el jefe de la gendarmería roja, Dzerjinsky, y se le devuelve la libertad. Sale de la prisión ya incorporado al Partido bolchevique y encargado de una misión especial y secreta: proseguir «su trabajo» en el seno de la organización socialista-revolucionaria, en calidad de confidente.

Resulta evidente que este hombre debió ofrecer a los verdugos bolcheviques una cosecha abundante y que hiciera gala de una ignominia excepcional para obtener y hacer obtener a la Konopliova, no sólo la amnistía y la libertad, sino también un sitio de honor en las filas del Partido comunista.

Hay razones para creer que, a partir de aquella época, Semenov había remitido a la Seguridad soviética todas las informaciones relativas a la muerte de Volodarsky y, en general, todos los materiales que constituyeron, tres años y medio más tarde, la base del proceso de Moscú. Sin embargo, en esta época prevalecía en el Partido socialista-revolucionario la postura de renunciar a la lucha armada contra el Poder soviético, y se habían entablado conversaciones de cara a lograr la legalización de este Partido, la amnistía, etc. de modo que el momento para elegir la denuncia del traidor no era favorable.

No obstante, y desde aquella época, los bolcheviques comprendieron que con Semenov habían reclutado a un auxiliar precioso. En la Rusia soviética la necesidad de agentes se dejaba sentir con fuerza. Desde el comienzo de 1918, el Partido bolchevique llegó a la conclusión de que el Poder soviético tenía necesidad de agentes provocadores en el seno de las organizaciones socialistas-revolucionarias y mencheviques.

Poco después, el gobierno de los soviets organizaba una red de provocación y de espionaje de tal magnitud que habría sido un sueño para la policía zarista, desprovista de medios de financiación suficientes.

Los esbirros de la Internacional comunista emplean el mismo procedimiento, para reclutar a los agentes provocadores, que el empleado anteriormente por los gendarmes del zar: la amenaza de muerte. Una investigación especial, llevada a cabo en la prisión de Butyky, permitió comprobar que de más de 150 personas que habían pasado por esta prisión desde noviembre de 1920 a febrero de 1921, cerca del 40 por ciento había recibido el ofrecimiento de hacerse agentes secretos de la Checa y, de ese número, más del 30 por ciento fue amenazada con la pena de muerte.

De modo que, al ponerse al servicio de la Checa, Semenov tenía buen número de colegas y competidores. Pero en la mayor parte de los casos se trataba de gente de poca importancia que no hacía gala de su infamia más que en la medida en que ésta constituye la cualidad profesional de todo provocador.

Semenov (y con él su fiel comparsa, la Konopliova) no tardó en sobresalir en esos medios, obtuvo notoriedad y, en poco tiempo, pasó de su rol inicial de vulgar delator a la situación de uno de los pilares de la revolución proletaria y comunista mundial.

He aquí lo que el *Courrier socialiste* nos dice sobre su carrera posterior:

«En el curso de la guerra ruso-polaca, Semenov, junto con otros rusos, fue detenido por los polacos bajo la acusación de espionaje en favor del Ejército rojo. Las personas detenidas al mismo tiempo que él fueron fusiladas. Semenov sigue sano y salvo y se convierte en agente de Boris Savinkov, condotiero de la revolución y agente de Pilsudsky.

»Después de recibir por parte de Savinkov fondos e instrucciones, Semenov regresa a Moscú... y entra inmediatamente en relación con la Checa, a la cual informa de que Savinkov le había encargado organizar un atentado contra Lenin.

»Comunica a la Checa los nombres de los demás agentes de Savinkov, así como todos los planes de destrucción de vías entratégicas, arsenales, etc. Fue entonces cuando los bolcheviques trataron por primera vez de utilizar las “confesiones sinceras” de ese agente provocador para formular una requisitoria contra los socialistas-revolucionarios. La Checa anunció oficialmente que un “confidente” (cuyo nombre no se publicaba) probaba la complicidad de los socialistas-revolucionarios con los agentes de Savinkov. Por esta razón, la Checa consideró a partir de entonces a todos los miembros del Comité central del Partido socialista-revolucionario como rehenes que serían fusilados en caso de atentado contra miembros del Consejo de los comisarios del pueblo.

»Pero el golpe que amenazaba a los socialistas-revolucionarios fracasó. El alegato de una complicidad entre socialistas-revolucionarios y Savinkov, amigo de Wrangel y de ese loco de Burtzev, era tan monstruosa e inverosímil, que ni los mismos comunistas pudieron creerlo. Dzerjinsky, jefe e inspirador de la Vetcheka (Checa Panrusa), visitó personalmente a Gotz y otros líderes del Partido socialista-revolucionario y les aseguró que las amenazas de la Checa no serían en ningún caso puestas en práctica.»

Ahora bien, lo que los bolcheviques no se atrevieron a emprender en 1920, lo hicieron bastante fácilmente dos años más tarde.

A finales de febrero de 1922, aparecía en Berlín el folleto de Semenov-Vasiliev, denunciando la acción militar y terrorista del Partido socialista-revolucionario, en el que se reproducían, según toda evidencia, las revelaciones que Semenov había hecho a Dzerjinsky hacia finales de 1918 y comienzos de 1919.

El autor empieza por reprocharse su actividad de socialista-revolucionario en 1918, «dirigida contra los intereses de los cam-

pesinos y los obreros» y, de esta suerte, denuncia todos los crímenes de los enemigos del Poder soviético.

La obra entera es una declaración típica, redactada por un policía provocador: sólo aparecen expropiaciones, muertes, atentados y, sobre todo, nombres, gran profusión de nombres, en total el pequeño opúsculo denuncia a más de 93 personas.

Admitiendo que Semenov denunciara otras tantas personas en Varsovia, por medio de Savinkov, y lo mismo a su regreso de Polonia a Moscú, es necesario reconocer que ese nombre merece uno de los primeros lugares en la instigación del proceso de Moscú, y Frossard tenía razón al definirle, en una de sus colaboraciones en «L'Humanité», como el tipo física y moralmente representativo del comunista.

En resumen, las denuncias de Semenov tienden a demostrar que el Comité central estaba al corriente de todos los actos terroristas llevados a cabo por Semenov y que los había respaldado secretamente, aun denunciándolos públicamente.

Vandervelde ha dado en algunas palabras la estimación jurídica de tales denuncias:

«Toda la requisitoria de Semenov», ha hecho observar, «reposa en que pretende haber organizado, con el consentimiento del Comité central, atentados que éste desautorizaba de inmediato. Sin embargo, continuaba organizando atentados que el Partido seguía desautorizando, y él, pese a esa actitud del Comité central, empezaba una y otra vez. ¿Es esto normal? Resulta evidente que todo esto ha sido inventado por Semenov, de acuerdo en cada caso con quienes se lo inspiraban.»

Y Vandervelde concluye: «Ningún tribunal normal hubiera aceptado un testimonio parecido».

Ahora bien, el líder del proletariado belga ignora que, en Rusia, testimonios de ese tipo están de acuerdo con las viejas tradiciones de la gendarmería: bajo el zarismo, si un juez de instruc-

ción se decidía a revelar ante el tribunal el nombre del testigo «confidente», buscaba siempre utilizar ese nombre para el mayor número posible de casos. En la prisión de Ekaterinoslav, el autor del presente trabajo había encontrado en una ocasión un guarda-vías, casi analfabeto, que el juez de instrucción citaba como denunciante de 102 anarquistas (el propio guarda-vías figuraba en el proceso en calidad de acusado número 103). Se deducía que el testigo estaba al corriente de todas las «expropiaciones» y de todos los atentados cometidos o preparados en la provincia. En cada caso, daba la impresión de haber participado, junto a los jefes de grupos anarquistas, en la preparación de los mismos, por lo que resultaba sin la menor sombra de duda que toda la agrupación era responsable de cada uno de los hechos incriminados.

Asimismo, con el zarismo, las declaraciones de un agente provocador tenían una preparación previa y eran adaptadas a los procesos en curso. La Seguridad soviética no podía renunciar a esta excelente costumbre, ni abstenerse de añadir algunos «retosques» a la confesión literaria de su agente. Era deber de aquella organización indicar a su agente la manera de agrupar y explicar los hechos, lo que era necesario omitir o añadir. Cosa fácil: dos o tres palabras, o cualquier reunión del delator con miembros del Comité central del partido incriminado bastaba para modificar todas las perspectivas... Por consiguiente, es del todo natural que el opúsculo de Berlín y las declaraciones de Semenov en el proceso hayan sido en gran parte obra de los chequistas.

Ahora bien, esto hace perder credibilidad al testimonio, le quita todo valor a los ojos de un tribunal moral, dirá el camarada Vandervelde.

¿Qué hacer? Los gendarmes zaristas tenían muy en cuenta testimonios de este tipo. Y la nueva gendarmería roja, como lo ha demostrado el proceso, no se diferencia del antiguo más que por un mayor grado de ignorancia y cinismo.

En la víspera del proceso de Moscú

Apenas apareció el primer comunicado de Moscú anunciando la celebración del juicio, ante el tribunal supremo, de 47 socialistas-revolucionarios acusados de actos terroristas, cuando empezaron a sentirse los ataques de la prensa bolchevique en Rusia y en Europa. Todos se dieron cuenta de que un asesinato judicial se preparaba en Moscú.

Tras la conferencia de las tres Internacionales en Berlín (al principio de abril pasado), los socialistas exigieron de los bolcheviques el cese del terror en Rusia. Por supuesto, los bolcheviques no accedieron a tal reclamación. Sin embargo, como en aquellos momentos tendían a formar un «frente único» con los socialistas y éstos, en virtud de su carácter de «burgueses» y «traidores», no aceptaban aliarse con verdugos, los representantes de la Internacional comunista acabaron por firmar, de acuerdo con los de la Segunda Internacional y con los de la Unión de Viena, una declaración común donde se decía, en relación con el proceso de Moscú:

«La conferencia toma nota de la declaración de los representantes de la Internacional comunista, en la que se afirma que, en el proceso de los 47 socialistas-revolucionarios, se admitirán todos los defensores elegidos por los acusados; que, como ya se ha dicho en la prensa soviética anteriormente a la conferencia, en ese proceso no serán solicitadas penas de muerte; que, dada la publicidad de los debates, los representantes de las tres Ejecutivas podrán asistir al proceso en calidad de auditores y tomar taquígráficamente los debates, a fin de mantener informados a los partidos adheridos a las citadas ejecutivas.»

Este acuerdo fue la base de la participación ulterior en el proceso de los representantes de los Partidos Socialistas de Occidente.

Pero el acuerdo encontró mala acogida en el Kremlin. El 11 de abril, en *Pravda*, de Moscú, Lenin escribía, bajo el título de: «Hemos pagado demasiado caro»:

«A mi juicio, nuestros delegados han hecho mal en acceder a ciertas condiciones, a saber: 1.º) que el gobierno no pediría penas de muerte en el proceso de los 47 socialistas-revolucionarios, y 2.º) que los representantes de las tres Internacionales serían autorizados a asistir al proceso. Esas condiciones no son ni más ni menos que una concesión política. (...) Ahora bien, ¿cuáles son las concesiones que nos hace la burguesía internacional? A esto no hay sino una respuesta: ninguna. ¿Qué conclusión cabe inferir? A mi juicio, Radek, Bujarin, y los demás representantes de la Internacional comunista han obrado mal al hacer concesiones sin asegurarse de obtener concesiones por la otra parte. Sin embargo, esto no quiere decir que debamos rechazar el acuerdo que ellos han firmado. Semejante conclusión sería errónea. Debemos solamente sacar la conclusión de que, en esta ocasión, los diplomáticos burgueses se han mostrado más hábiles que los nuestros y que, en el porvenir, tendremos que maniobrar y actuar con más habilidad.»

De modo que, después de flagelar a sus inhábiles mandatarios, el dueño de la Rusia soviética declaró, sin embargo, obligatoria para el Poder soviético la declaración firmada por el Comité ejecutivo de la Internacional comunista.

A pesar de lo antedicho, a partir del mes de mayo, se inició por parte de la «Rote Fahne» una enérgica campaña tendente a probar que el acuerdo de Berlín no comprometía en modo alguno a los bolcheviques: los bolcheviques, escribía el periódico, serían imbéciles si se creyeran obligados a cumplir los compromisos aceptados en cuanto a la admisión de defensores.

Sin embargo, hasta nueva orden, se trataba sólo de la opinión privada de un periódico comunista «independiente».

El gobierno de Moscú no se decidía a declarar abiertamente «papel mojado» los compromisos contraídos. Ni siquiera se decidió cuando se vio obligado a renunciar a las tentativas hipócritas de formar un «frente único» con los partidos socialistas europeos.

Así que, después de la disolución del «Comité de los nueve» (comisión mixta, que comprendía a los representantes de las tres Internacionales), M. Radek consideró indispensable confirmar oficialmente que la ruptura de las conversaciones en relación con el «frente único» no cambiaba en nada la parte de la declaración de Berlín respecto al próximo proceso de los socialistas-revolucionarios.

Considerándose obligados por esta declaración, los bolcheviques, tras alguna vacilación y con el mayor disgusto, tuvieron que admitir a los defensores extranjeros en el proceso. El papel que, desde el comienzo, quisieron atribuirles, aparece en el editorial de *Pravda* de 11 de mayo.

«La 2.^a Internacional acaba de informarnos que exige la admisión de diez social-traidores, lacayos de la burguesía, para actuar como defensores de los incendiarios y asesinos socialistas-revolucionarios. Entre estos tipos se encuentra un antiguo ministro, burgués y francés, tres socialistas-revolucionarios —todo lo ruso que queda—, quienes son ellos mismos responsables de la traición, infamia y perfidia de sus colegas de “partido”, para decirlo de alguna manera. Esta lista es en sí misma una impudicia. La Rusia proletaria ha rechazado a todos sus enemigos, pero todavía dista de estar libre de los ataques insidiosos. (...) Y, si la segunda Internacional nos envía semejantes representantes en calidad de “personas gratas”, sabremos recibirlos como es debido. Después del acuerdo establecido entre las tres Internacionales, nos hemos comprometido a celebrar un proceso con defensores elegidos libremente. Cumpliremos puntualmente este compromiso. Pero, aparte del proceso, esos señores deben permanecer en condiciones tales para que nuestro país quede resguardado de

su espionaje militar, de la táctica incendiaria de esos miserables que, por un lado asesinan a los jefes obreros y, por otro, aunque temen reconocerlo, intrigan, excitan, mienten, engañan a los camaradas oscuros e ingenuos a los que envían a los lugares más peligrosos.»

Sería difícil hallar un tono más cínico. Sin embargo, incluso en ese artículo, *Pravda* se mantiene en la actitud de respetar el acuerdo de Berlín. Esto permitía mantener las conversaciones con vistas a organizar la defensa en el proceso. Finalmente, Vandervelde, Wauters, Kurt Rosenfeld y Theodor Liebknecht (los dos primeros representando al Partido Obrero belga y los dos últimos a los socialdemócratas independientes de Alemania), de acuerdo con el compromiso de Berlín, se pusieron en camino hacia Rusia, aunque no dejasen de tener presente que iban a enfrentarse a ultrajes, humillaciones, y acaso a grandes peligros físicos.

El 26 de mayo, los representantes del proletariado socialista de Europa llegaron a Moscú.

El proceso comenzó el 8 de junio. Para decirlo con más exactitud, lo que empezaba eran dos procesos simultáneos, respondiendo a los dos objetivos que se planteaban los bolcheviques: la «destrucción moral» de los adversarios y la preparación de la muerte material. Por una parte, estaba en marcha una campaña de prensa y de mítines, con la puesta en escena de la «cólera popular»; por otra, confundida con esta campaña, se desarrollaba la comedia del procedimiento judicial.

La puesta en escena de la cólera popular

Esta campaña era para los bolcheviques algo más que la preparación de una condena a muerte: si sólo se tratase de fusilar a doce socialistas más, se hubiera podido hacer sin hacer demasiado ruido, con sólo alegar una tentativa de evasión en algún lugar alejado de Moscú. Pero lo importante era obligar a los obreros a

reclamar la muerte de los acusados, elevar la moral del Partido comunista y estimular el ardor de los «sin partido» con el apoyo de una campaña violenta contra los acusados y sus defensores.

En la frontera misma de la Unión Soviética, los representantes de la Internacional que acudían al proceso fueron acogidos con manifestaciones hostiles que prosiguieron en Moscú. La prensa soviética relató con entusiasmo los silbidos y las amenazas proferidas contra los defensores. Resultaría muy prolijo reproducir tales manifestaciones. En el n.º 12 del *Courrier socialiste*, Martov caracteriza del siguiente modo esta puesta en escena de la «cólera popular»:

«En Sebeje, Velikiya Luki, Volokolamsk y, por fin, en la estación de Vindau, en Moscú, algunos grupos reclutados por las autoridades, gentuza chequista, secundada por comunistas advenedizos de todo tipo, atacaron el tren de los defensores en nombre del «proletariado ruso», pidiéndoles cuenta del acto contrarrevolucionario que cometían al asumir la defensa de los socialistas-revolucionarios acusados. La pequeña ciudad fronteriza de Sebeje, cuya población, exceptuando cierto número de artesanos y de pequeños tenderos judíos, no comprenden que los chequistas y contrabandistas que trabajan al unísono, parezcan convertidos de repente en la «vanguardia del proletariado mundial», conocedora a fondo de todos los pecados de Emile Vandervelde y haciéndole sufrir un interrogatorio policíaco relativo a la firma que ha presentado contra el tratado de Versalles. Por supuesto, esta vanguardia, y mucho antes de que el proceso haya comenzado, está absolutamente segura de que la muerte de Volodarsky y el atentado contra Lenin han sido organizados por el Comité central de los socialistas-revolucionarios en persona, y que, en consecuencia, el mero deseo de asumir su defensa constituye un acto de complicidad. El “proletariado” de Velikiya Luki se mostró no menos bien informado y dispuesto, además, a que su “acción moral” sobre la segunda Internacional y sobre “la Segunda y

media” se tradujera en vidrios rotos, en amenazas de violencias directas e incluso, según el corresponsal de *Daily Herald*, en un disparo salido de la multitud de chequistas disfrazados de proletariado.»

En Moscú, en la estación de Vindau, se habían hecho preparativos más serios para recibir a los defensores. Tomamos aquí la descripción correspondiente a *Pravda* (n.º del 27 de mayo):

«Desde la una y media de la tarde, las multitudes organizadas, con orquesta, cánticos y banderas, se reúnen en la estación de Vindau. Los manifestantes llevan pancartas. Una inmensa tela ofrece la imagen del rey belga y, a su lado, la de Vandervelde. El retrato lleva esta inscripción en letras de grandes dimensiones: “Señor ministro del rey, Vandervelde, ¿cuándo comparecerá usted ante el tribunal revolucionario?”

»En otra pancarta, dedicada a Théodore Liebknecht, se puede leer esta pregunta: “Caín, Caín, ¿qué has hecho con tu hermano Karl?”.

»Otras pancartas aparecen cubiertas de inscripciones: “Abajo la defensa de aquellos cuyas manos están rojas de la sangre de los trabajadores”, “¡Vergüenza a Théodor Liebknecht, defensor de los asesinos de su hermano!”. Las inscripciones están en tres lenguas: ruso, alemán y francés.»

Hay también un coro entrenado de antemano y que interpreta una canción, compuesta para esa circunstancia, por algún poetillo a sueldo y llena de injurias para Vandervelde. Me permitiré citar parte de esa pieza, testimonio fehaciente del nivel intelectual de los dictadores moscovitas, instigadores de esta recepción.

*¡Ya llega, ya llega Vandervelde,
acójámoslo con alegría!
De todos los lacayos mencheviques,
él es el más lacayo de los lacayos.
Viene a visitarnos Ese pillo universal.
Cierto, las visitas nos agradan,
Pero es una lástima Que sea imposible, amigos,
Colgarlo una vez aquí.
Asesino de primer orden,
Sabe muy bien, el muy cerdo,
Que, si condenamos a los s.-r.,
¡El ya está condenado!*

En medio de ese caos de gritos, de silbidos, de amenazas, uno de los defensores, Kurt Rosenfeld, consiguió sorprender en flagrante delito a quien dirigía toda esa escena, silbando él mismo metiéndose los dedos en la boca: era Bujarin, miembro de la Academia de Ciencias socialistas, uno de los jefes de la Internacional comunista, uno de los primeros dignatarios del Estado soviético (y defensor de Semenov-Vasiliev en el proceso^[5]).

Al día siguiente, 28 de mayo, la campaña contra los socialistas-revolucionarios y los defensores tomó nuevo sesgo.

Payasos pintarrajeados y ridículos recorrían la ciudad en automóviles adornados y, en coplillas estúpidas, contaban a los moscovitas los «hechos que atestiguaban la traición del Partido socialista-revolucionario, los saqueos y asesinatos cometidos por ese partido en detrimento de la clase obrera».

Sobre una tribuna pública de la plaza Tverskoi, no lejos del monumento a Puchkin, Guiñol contaba a su respetable auditorio «los hechos más incontestables», relativos a los crímenes de los socialistas-revolucionarios, metiendo en el mismo saco a éstos, a

mencheviques, a cadetes y a los peores reaccionarios. Todo esto apoyado por un espectáculo en que se representaba la matanza de los asesinos con ayuda de un enorme garrote. En primer lugar, se lleva cerca del Gran Guiñol al traidor menchevique Martov, a quien inmediatamente le machacan la cabeza. Acto seguido se hace comparecer a Tchernov; se traba una lucha desesperada entre Tchernov y Guiñol; por supuesto, la «virtud» triunfa y el expeditivo Guiñol rompe el cráneo del «bandido Tchernov». La misma suerte le es reservada a Vandervelde y a los demás defensores extranjeros.

Mientras tanto, se celebraban mítines: los oradores bolcheviques, con Trotsky a la cabeza, comparecían en fábricas y talleres, pronunciaban discursos inflamados, hacían votar consignas exigiendo sanciones implacables contra los socialistas-revolucionarios, así como su condena a muerte. Por boca de esos oradores, los obreros aprendían que los socialistas-revolucionarios habían desencadenado la guerra civil en Rusia, que eran responsables del hambre que aquejaba a Rusia, y que todo mejoraría una vez fusilados esos enemigos de los trabajadores. Pero, por otro lado, esos comunicados sólo tenían una importancia secundaria: lo esencial es que las autoridades bolcheviques ordenaban votar en favor de la muerte de los socialistas-revolucionarios. Y, en innumerables fábricas, los obreros «sin partido», igual que los pequeños grupos de comunistas fanatizados y corrompidos por la demagogia, levantaban dócilmente la mano aceptando las consignas propuestas.

Semejante docilidad acaso parecerá extraña a los obreros de Europa occidental. Pero vosotros, que vivís en países libres, que tenéis vuestras organizaciones de partido y vuestras uniones profesionales, locales, para reuniones y periódicos, vosotros que poseéis derechos humanos, aunque sean limitados, recordad que el proletario, en la Rusia de los soviets, es un ser privado de todos los derechos, y que le hace falta un valor extraordinario para

atreverse, contra todas las amenazas, a votar contra una consigna propuesta por Trotsky «en persona», ¡el cual llega a la fábrica con su séquito de chequistas y rodeado por una escolta de soldados rojos!

Sin embargo, los bolcheviques no se limitaron a los mítines y a las consignas que reclamaban la pena de muerte para los socialistas. En las fábricas, se hacían circular las peticiones y se obligaba a los obreros a firmar las sangrientas requisitorias fabricadas en el Kremlin.

Algunas veces, los obreros se negaban a poner su firma debajo de las peticiones de muerte.

—¿No queréis firmar? —preguntaban los comunistas a los refractarios—. ¿Preferís que se os echen de la fábrica y que se os dé un pequeño paseo hasta la checa?

Entonces las peticiones se cubrían de firmas. Y las columnas de *Pravda* y de *Izvestia* se llenaban de llamamientos sangrientos, acompañados de nombres de fábrica, de nombres de obreros y de números de signatarios.

Si vosotros, obreros de Occidente, hubierais podido leer todas aquellas elucubraciones, habrías pensado que los obreros rusos eran un atajo de salvajes ávidos de sangre. Esas peticiones representan una calumnia contra el proletariado ruso, un abominable abuso de su nombre, una mentira infame. En todos los despotismos, los que conservan el fusil y el látigo pretenden hablar en nombre del pueblo sometido. Por ello, no hay nada de sorprendente en que esos bolcheviques hayan podido hacer votar en las fábricas centenares de consignas sangrientas. Acaso merece hacerse notar, por el contrario, que, a pesar de todo, de entre las filas obreras rusas, y en el curso de esa campaña, se elevaron protestas contra la presión ejercida sobre su conciencia.

Por ejemplo, en la plaza de la estación de Vindau, en el curso de la manifestación contra los defensores europeos, el obrero

Ivanov protestó, y fue inmediatamente detenido y conducido a prisión.

En el mitin de la fábrica Bogorodosko-Glukhovskaia, el obrero Tenentiev dirigió a los bolcheviques un discurso en el que dijo, entre otras cosas:

«Camaradas, independientemente de lo que sean los socialistas-revolucionarios, no creo nos hubiesen empujado a culatazos a las reuniones, como borregos, bajo la amenaza de privar a nuestras familias de víveres indispensables, distribuidos en los almacenes del Estado, como se ha hecho con nosotros; no creo nos hubiesen exigido ratificar las decisiones del gobierno, compuesto por miembros del partido dirigente, del modo que vosotros, los comunistas, lo hacéis. Soy viejo, no me dais miedo y no temo vuestras amenazas, de modo que, con toda claridad, diré que, en 1917, cuando los socialistas-revolucionarios formaban parte del gobierno, nosotros los trabajadores, sin distinciones de partido, teníamos conciencia de ser, ante todo, ciudadanos rusos y no bestias de carga. Entonces, no se nos obligaba a bailar al son que vosotros tocáis ahora para dar satisfacción a vuestros dirigentes, los cuales, desde hace cuatro años nos conducen a golpes.»^[6]

En buen número de fábricas, los obreros consiguieron reunirse a espaldas de las autoridades bolcheviques y votar acuerdos contra la eventual ejecución de los socialistas-revolucionarios^[7]. Pero no había en Rusia ningún periódico en donde publicar esas protestas.

El 6 de junio, el soviet de Moscú examinó el informe de Radek sobre el proceso en preparación. Algunos oradores habían dejado entrever que no procedía atenerse a los acuerdos de Berlín y que, sin derrochar demasiadas palabras inútiles, había que fusilar a los acusados.

Esta campaña alcanzó su punto culminante quince días después, el 20 de junio, aniversario de la muerte de Volodarsky,

cuando se organizaron en Moscú y Petrogrado manifestaciones de obreros y soldados rojos exigiendo la ejecución de los socialistas-revolucionarios.

Los soldados rojos fueron convocados a esta manifestación por orden del mando, como si tratase de una revista. Los obreros y empleados del Estado recibieron orden de presentarse en lugares determinados, según listas nominales. Se anunció oficialmente que las personas que asistieran a la manifestación obtendrían el salario de una jornada de trabajo (y en algunos distritos, además, una comida caliente). A los obreros se les previno que la manifestación en cuestión sería un medio de probar su lealtad y que a los refractarios les serían aplicadas medidas rigurosas.

He aquí algunos hechos que testimoniaron la manera en que fue preparada, en Moscú, esta manifestación de la «cólera popular» y cómo fue, en relación con ella, la actitud popular.

1. Fábrica «Bogatyr». A pesar del cierre de las puertas, los obreros consiguieron abandonar la reunión (saltaban por encima de los muros o se dispersaban por los diversos cuerpos del edificio). De 2.500 obreros sólo quedaron tres o cuatrocientos.

La sanguinaria consigna sólo consiguió 35 o 40 votos. Los demás se abstuvieron. El director de la fábrica había planteado el problema clara y precisa: «A los que no asistan a la manifestación les serán descontados tres días de salario». Por otra parte se hicieron circular rumores de eventuales despidos. Los obreros tenían que presentar su tarjeta de control, como los días de trabajo. Sin embargo, no tomaron parte en la manifestación más de 300 o 400 obreros.

2. Fábrica Kalinkin (200 obreros). En la reunión se acordó adoptar, a manera de consigna, el llamamiento oficial del Partido comunista relativo al proceso. El auditorio acogió esta propuesta en silencio y sólo un tímida voz dijo: «Habría que votar». Pero la votación no se llevó a cabo.

En cuanto a la manifestación, los representantes de la administración y del comité de fábrica declararon sin más: el que no asista será despedido. A pesar de todo, sólo se presentó una pequeña minoría.

3. En la «Centrosoiuz» (Unión de Cooperativas), se divulgó, pocos días antes de la manifestación, una advertencia firmada por el jefe del economato y concebida del siguiente modo: «A los que asistan a la manifestación se les servirá una comida». Lo que se llevó a efecto.

4. En la reunión de los empleados y obreros de la «Sección de Transportes» de la Cooperativa de consumo de Moscú, no asistieron más que 120 de 300. La orden del día, que reclamaba sanciones «implacables» contra los acusados, reunió 9 votos, de los cuales 6 pertenecientes a la administración. Este resultado irritó a los jefes y les hizo proferir amenazas de despido. Tras lo cual, la votación volvió a repetirse cinco veces. Sin embargo, la cifra de votos en favor de la moción de condena permaneció invariable: entonces, se renunció a la orden del día y se puso a votación la propuesta de manifestación del 20 de junio. 13 personas votaron en favor de esta manifestación.

5. Fábrica farmacéutica n.º 2 (120 obreros). En favor de la proposición del presidente votaron 5 personas. Se elevaron voces reclamando oradores de otros partidos. Solamente los cinco votantes tomaron parte en la manifestación.

6. Fábrica de electricidad llamada anteriormente «1886». Algunos días antes de la manifestación, el núcleo comunista hizo circular una lista con la consigna de reclamar la pena de muerte para los socialistas-revolucionarios. En algunas fábricas, la lista fue presentada por los miembros del comité de fábrica y de las autoridades. Fue inútil ese acoso sobre los trabajadores: no se consiguió recoger muchas firmas. El día de la manifestación hubo un mitin preliminar. Sin embargo, de 1.500 obreros sólo acu-

dieron a la reunión un centenar; doscientos o trescientos tomaron parte en la manifestación.

7. Depósito de tranvías Miusky. En la reunión se hicieron numerosas propuestas: «Estamos en contra de la pena de muerte». La orden del día no fue votada y no asistió nadie a la manifestación.

8. Depósito de tranvías de Presnia. La asistencia se disolvió tan pronto como los obreros se enteraron de que la orden del día comprendía la cuestión del proceso de los socialistas-revolucionarios. Nadie acudió a la manifestación.

9. Talleres ferroviarios Savelovsky (4.000 obreros). Desde el principio, los obreros se negaron a tomar parte en el «recibimiento» dispensado a Vandervelde. En la reunión dedicada al problema de los socialistas-revolucionarios se presentaron pocos asistentes. La orden del día, que reclamaba la pena de muerte, reunió 18 votos. Después de la votación, se hizo circular la orden del día por los talleres y se exigieron firmas bajo amenazas de graves represalias. De este modo, se recogieron 90 o 100 firmas. Apenas 60 o 70 personas asistieron a la manifestación.

10. Intendencia de Moscú. En el taller de aserrado mecánico, y gracias a manifiestos divulgados el día anterior a la manifestación, se decidió por unanimidad no unirse a los manifestantes. Cuando los obreros se presentaron al trabajo, el 21 de junio, el taller estaba cerrado y el subjefe interrogó a cada recién llegado sobre las razones de su ausencia en la manifestación de la víspera. Después de oír a los «culpables» declaró que se descontaría de sus salarios el total de cinco jornadas de su trabajo (17.500.000 rublos).

En el taller de costura, el núcleo comunista, sin haber consultado a los trabajadores, inscribió consignas en la bandera, que fueron seguidas por apenas algunas decenas de obreros (el taller tenía 700).

11. Fábrica de pañería fina. Una cuarentena de obreros de un total de 400, se inscribieron para tomar parte en la manifestación. Sólo se presentaron los comunistas y los aspirantes a ingresar en el Partido.

12. Fábrica «Maikapar». Al llegar al taller y apercebir la bandera con las inscripciones que reclamaban la muerte de los socialistas-revolucionarios, los trabajadores exigieron la supresión de las mismas. El núcleo comunista se negó, por lo que fue el único que participó en la manifestación.

13. 27.^a Imprenta del Consejo de Economía Nacional de Moscú. En la asamblea general el orden del día relativo a los socialistas-revolucionarios, propuesto por la célula comunista, no obtuvo ningún voto. Al día siguiente, *Pravda* publicó un artículo amenazador exigiendo la destrucción del «avispero menchevique». Dicho y hecho. En la imprenta se nombró a un nuevo jefe, el famoso Polonsky, el cual, a pesar de que la imprenta estaba desbordada por el trabajo, despidió hasta el otoño a 200 obreros (de un total de 300). Después de esto, convocó a una nueva reunión, donde él mismo pronunció un discurso y consiguió finalmente hacer votar el acuerdo por el que se exigía la aplicación de la «pena suprema» a los socialistas-revolucionarios.

En fin, he aquí lo que cuenta el *Courrier socialiste*, de donde tomamos la información sobre la manifestación del inmenso barrio de Presnia (distrito obrero de Moscú).

«De todo el barrio, sólo se presentan a la manifestación unos 4.000 obreros, cuya asistencia se debió a las amenazas. Los obreros marchan junto a los militares (sin armas). Muchas mujeres y adolescentes de 12 a 13 años. Se echaba de ver la ausencia de los obreros ferroviarios de Briansk. Las consignas se debían al diario *Pravda*. El estado de ánimo general era triste y de abatimiento. Todos deseaban terminar aquello cuanto antes y regresar a sus casas. He aquí un cambio de impresiones significativo entre los

soldados rojos y un grupo de manifestantes: —“Eh, vosotras, las mujeres, ¿por qué habéis venido?”— —“¿Y vosotros?”— —“Bueno, nosotros pertenecemos al gobierno, y se nos ha ordenado venir”. “Bueno, a nosotras nos ocurre lo mismo”».

Por supuesto, para tomar parte en la manifestación se había movilizado todas las fuerzas de los «núcleos comunistas», a todos aquellos obreros que todavía tienen confianza en los comunistas y a los que los periódicos oficiales, *Izvestia* y *Pravda* han sabido infundir, por medio de sus calumnias habituales, un odio feroz contra los socialistas.

Estos elementos formaban, en la multitud, una minoría insignificante, pero eran ellos precisamente quienes, según lo habían querido los instigadores de aquel espectáculo, daban a la manifestación una apariencia de «cólera popular».

Así es cómo se preparó aquella cosa vergonzosa, una manifestación donde se ha confundido a los obreros, o bien equivocados por la demagogia bolchevique, o bien aterrorizados por las amenazas de los superiores y por los pretorianos corrompidos del régimen soviético y toda la canalla que en otro tiempo constituía el elemento principal de las multitudes que masacraban a los judíos bajo las órdenes de la policía zarista y que, ahora, está dispuesta a seguir adonde sea a los chequistas soviéticos.

A las cuatro, la multitud que llenaba la Plaza Roja vio aparecer a los componentes del Comité revolucionario, el abogado general Krylenko, el presidente del soviet de Moscú, Kamenev, y los representantes de la Internacional comunista: Radek, Clara Zetkin, Sadoul y Chmeral. Primero habló el presidente del tribunal, Piatakov, quien declaró a las masas que, sin pretender anticiparse a los acontecimientos, podía de cualquier modo afirmar que el tribunal revolucionario castigaría severamente a los acusados que han atentado contra el poder de los soviets.

Acto seguido tomó Radek la palabra para llenar de injurias a los defensores extranjeros. Después, Bujarin hizo un elogio de Semenov y de la Konoplovka, quien habían puesto en las manos del Poder soviético las piezas necesarias para el proceso de los socialistas-revolucionarios.

Y he aquí que los manifestantes empiezan a desfilar delante del Tribunal revolucionario. Los miembros del tribunal, al regresar de la concentración a sus puestos de magistrados, ordenan que se conduzca a los magistrados cerca de la ventana abierta, frente a la multitud delirante. Los socialistas están en pie bajo un diluvio de amenazas, de injurias y sarcasmos. En primera fila, aparecen los acusados que han sido jefes del Partido y se manifiestan siempre dispuestos a marchar los primeros a la muerte.

Desde la multitud alguien arroja a Gotz una inscripción con la siguiente leyenda: «Muerte para los socialistas-revolucionarios». Los jueces ríen, el acusador mira alrededor satisfecho, los que encienden la provocación se muestran exultantes.

Esta provocación dura cinco horas. Pero esto no es suficiente para los bolcheviques.

A las diez de la noche, el presidente anuncia que una delegación del mitin pide ser recibida y oída por el tribunal. El abogado general, Krylenko, «explica»: Aunque el hecho no esté previsto por las leyes, ello forma parte del espíritu soviético y, por consiguiente, es realizable. Y el «pueblo» interviene acerca del Tribunal, una multitud de fanáticos excitados por los demagogos, chequistas convencidos, mientras que oscuros y turbios elementos hormiguean por el pretorio. Se oyen amenazas salvajes, rociadas de groseras injurias.

Los jueces «escuchan» atentamente a los «oradores», les estrechan las manos, les agradecen la abnegación de que dan prueba en favor del poder soviético, prometen hacerlo todo siguiendo la voluntad popular.

Los socialistas-revolucionarios pasaron dos horas y media de tortura. Pero acaso los sufrimientos de esos rudos luchadores no fueron sino bagatelas, al lado de los sufridos en aquellos momentos por sus familiares, esposas, madres y hermanas, admitidas en el proceso en calidad de asistentes.

No puedo reproducir aquí las cartas de esos mártires de la justicia bolchevique, cartas escritas con sangre y que es imposible leer sin lágrimas de piedad y de indignación. En su fuero interno, ya habían dicho un supremo adiós a sus seres queridos; estaban convencidos de que la hora fatal había llegado, de que aquella espantosa jornada no terminaría sin masacre, sin el linchamiento de los acusados.

Eso mismo creían los propios acusados, quienes conservaron hasta el final una calma imperturbable y sonrisas de estímulo y ternura para los seres amados, con miradas intrépidas y desdeñosas para los verdugos.

Pero ni los acusados ni sus familiares sabían que aquella canalla mercenaria, pagada para aparecer como «pueblo indignado», había recibido orden de gritar hasta desgañitarse, pero absteniéndose a la vez de toda acción. Vociferar y proferir injurias, sí, pero en modo alguno matar a aquéllos respecto a los cuales los bolcheviques abrigaban otros designios.

Después de la manifestación del 20 de junio, la campaña de cólera popular pareció desvanecerse.

¿Por qué? ¿Sentían escrúpulos los comunistas? ¿Tenían, la impresión producida en la opinión pública de Europa? ¿O bien es que estaban a punto de agotar sus recursos? ¿O habían concebido otros proyectos? Lo ignoro.

Vemos ahora cómo ha funcionado esos días el Tribunal revolucionario. Examinemos ahora cuáles fueron las formas del proceso.

La comedia judicial

Al principio, los bolcheviques se proponían llevar ante el tribunal a 47 personas; acto seguido, después de la conferencia de las tres Internacionales, el número de procesados se redujo a 32. De éstos, 22 personas pertenecían al Partido socialista-revolucionario, y representaban en el proceso el «primer grupo de acusados». Al lado de éstos, figuraba un segundo grupo compuesto de diez personas, entre los que estaban Semenov y Konopliova. Eran tráfugas del campo socialista-revolucionario; la mayor parte de ellos estaban afiliados desde hacía tiempo al partido dirigente y habían comprado de antemano su perdón traicionando y entregando a sus camaradas.

La defensa se dividía del siguiente modo: los acusados del «primer grupo» estaban defendidos por los abogados rusos Muraviov, Taguer, etc. y por los representantes del socialismo europeo, Vandervelde, Liebknecht, Rosenfeld; la defensa del «segundo grupo» la asumía una decena de comunistas, con Bujarin en cabeza y flanqueado por Graziadei, Sadoul, Chmeral y Félix Kohn.

Los defensores del «segundo grupo» habían determinado su actitud en el suceso por la siguiente declaración, avalada con sus firmas:

«Los defensores, en su conjunto, no se consideran solidarios en la defensa. No tenemos nada en común con los señores Vandervelde y Rosenfeld. No creemos posible la defensa de enemigos de la revolución proletaria, que se hallan en el campo de la Vandea rusa. De cualquier modo, hay entre los acusados un grupo de personas que ha reconocido su participación en actos contrarrevolucionarios y se convenció de que la política del Comité central del Partido socialista-revolucionario era criminal. Toda esta gente ha pasado lentamente al campo de la revolución proletaria. Por esta razón consideramos como un deber revolucionario asumir su defensa.»

La acusación la sostenían: el fiscal general Krylenko, el delegado del gobierno, Lunatcharsky, Pokrovsky, Clara Zetkin, Munna, Sadoul y Bocani.

El tribunal estaba formado por tres bolcheviques. El público o «pueblo» estaba representado por 1.200 comunistas y chequistas. A las familias de los acusados solamente se les había concedido 22 pases para entrar a la sala.

Estenografía y traducción corrían por cuenta de la Seguridad comunista.

En fin, la requisitoria contra los 22 acusados se formulaba desde cuatro ángulos:

1. Por la acusación oficial,
2. Por los traidores (los componentes del «2.º grupo»),
3. Por los defensores de esos traidores,
4. Por los miembros del Tribunal.

Este mecanismo funcionó en medio de una campaña de prensa permanente en medio también de una multitud desenfrenada, especialmente preparada.

En cuanto a los defensores del «1^{er} grupo», se les prohibía hablar, sus palabras eran intencionalmente tergiversadas por los intérpretes, sus preguntas rechazadas por el tribunal con rudos sarcasmos.

Los discursos de los acusados —como aparece incluso en los tendenciosos informes de la prensa bolchevique— eran interrumpidos a cada paso, ya sea por el presidente o el fiscal general, ya por parte de simples chequistas que formaban parte del público.

El Tribunal se negó a oír a los testigos citados por los acusados, se negó a admitir, para participar en la defensa, a cuatro socialistas rusos, se negó a presentar en los debates documentos probatorios del carácter falaz y absurdo de la acusación.

No es necesario recordar que los acusados del «1^{er} grupo» no fueron autorizados a su debido tiempo para conocer las piezas del proceso, que los defensores extranjeros no tenían derecho a comunicarse libremente con sus colegas rusos; que la estenografía estaba tomada de una manera tan irregular, que ni los acusados ni los defensores reconocían en las versiones dadas sus propios recursos.

Toda esta comedia de injusticia contribuía a preparar la conclusión sanguinaria y premeditada.

Desde la primera sesión, el presidente Piatakov había declarado que el Tribunal renunciaba de antemano al examen imparcial del caso y tenía la intención de inspirarse únicamente en los intereses del Poder soviético.

No se trataba de un juicio tal como lo imaginamos en Europa, sino una danza de caníbales alrededor de prisioneros atados, esperando la muerte.

Cuando la defensa intentó invocar la convención de Berlín, los bolcheviques replicaron que esta convención no era obligatoria para ellos, que no les obligaba a nada y que su tribunal podía hacer lo que le viniera en gana.

Esto quería decir: nos burlamos de nuestros compromisos, nos burlamos de la opinión del proletariado occidental, y haremos con los acusados lo que ya hemos hecho con millares de socialistas, de campesinos y de obreros.

Al cabo de siete días de lucha desesperada por la justicia, por la convención de Berlín, por la vida de los acusados, los defensores extranjeros dirigieron al Tribunal la siguiente declaración:

«Constatamos que, en el curso de los debates, las condiciones del acuerdo de Berlín, concluido entre las tres Internacionales, no fueron observadas en diferentes ocasiones:

»1. El Tribunal rechazó la admisión de cuatro defensores suplementarios y no autorizó que la estenografía se tomase de

acuerdo con lo estipulado en Berlín.

»2. El Tribunal declaró que, en las presentes circunstancias, era necesario examinar si se debía continuar aceptando a los defensores extranjeros.

»3. Los acusadores Krylenko y Lunatcharsky declararon que el acuerdo de Berlín no obligaba al Tribunal.

»4. El representante de la delegación de la tercera Internacional en la conferencia de Berlín, Bujarin, declaró que el acuerdo de Berlín quedaba roto.

»De cualquier modo, preocupados por los intereses de la defensa, estimamos que, a pesar de estos hechos, debemos continuar a disposición de los acusados, si ellos lo desean.»

En este momento, el carácter del Tribunal ya se había precisado lo suficiente como para dejar entrever que la participación en los debates de los defensores extranjeros no tendría en lo sucesivo la menor utilidad. No podían garantizar la observación de procedimientos regulares, ni asegurar con su presencia la publicidad de sus debates y, de hecho, dadas la falsificación de las traducciones y del trabajo taquigráfico, así como la transformación de las sesiones del proceso en mítines continuos, quedaban privados incluso de la posibilidad de participar activamente en los debates.

Por otra parte, la presencia de los defensores extranjeros en el proceso hacía creer, falazmente, que el proceso se desarrollaba regularmente y de acuerdo con las cláusulas de la declaración berlinesa de las tres Internacionales. Los defensores tenían conciencia que dejar subsistir semejante ilusión significaba perjudicar a la causa que habían asumido, un perjuicio mucho más real que la ventaja que podía suponer su participación en el proceso.

Esto les inspiró la decisión de no continuar participando por más tiempo, decisión que los acusadores aprobaron por unanimidad.

El 19 de junio, Vandervelde, Liebknecht, Rosenfeld y Wauters abandonaron Moscú (después de verse obligados a amenazar con una huelga de hambre para obtener por parte de los bolcheviques el permiso para salir del país).

De regreso a Europa, los defensores, en una declaración dirigida a los partidos socialistas de todos los países, informaron de las circunstancias que les habían obligado a abandonar el proceso: «La convención de Berlín, afirmaron, tenía por objeto dar al proletariado la certeza de que el proceso de los socialistas-revolucionarios en Moscú se ajustaría a las garantías jurídicas de la defensa libre y sobre un terreno rigurosamente objetivo.

»Confiados en las promesas hechas por la tercera Internacional en la conferencia de Berlín, nos dirigimos a Moscú para asumir la defensa de personas acusadas de delitos graves y, al mismo tiempo, con el fin de dar al proletariado, con nuestra participación en el proceso, la certeza de que esas promesas serían mantenidas y de contribuir así, por nuestra parte, a separar los obstáculos que supone a la constitución del frente único del proletariado. La manera en que el proceso se lleva no ha justificado nuestras esperanzas y se evidencia, desde el comienzo, que, a pesar de las promesas hechas por la tercera Internacional en Berlín, los acusados eran enfrentados, no a jueces, sino a adversarios políticos, cuya intención era condenar a los acusados por razones de Estado. Ya era bastante significativo que, tras la apertura de la primera sesión, declarase el presidente del Tribunal que éste era un tribunal de clase y que perseguiría, deliberadamente, una justicia de clase.

»El presidente del Tribunal supremo, Krylenko, aparece delante del Tribunal —que le está subordinado, puesto que es el presidente del mismo— en calidad de acusador, en menoscabo de las disposiciones que él mismo acaba de promulgar y que, por razones comprensibles, prohíbe al presidente hacer requisitorias en calidad de acusador, en un Tribunal que depende de él. Por

otra parte, Krylenko ha nombrado como presidente a un hombre suyo y que le está subordinado, Piatakov, cuñado de su mujer. Esta, es decir, la mujer de Krylenko, ha instruido el proceso y firmado el acta de acusación. Antes del comienzo del proceso, Krylenko había propuesto personalmente, en reuniones públicas, mociones en las que se exigía la condena de los acusados.

»Cuando llegamos a Moscú, fuimos acogidos por una manifestación bien preparada, según toda evidencia; los manifestantes portaban banderas y pancartas con inscripciones injuriosas para nosotros. Se nos gritaban insultos y amenazas. Se pedía que se nos metiese en prisión. El gobierno afirmaba, contra toda verdad, que el estado de ánimo que se manifestaba contra nosotros en el curso de aquella manifestación era el que dominaba en toda la clase obrera de Moscú y, con este pretexto, se nos obligó a instalarnos a bastante distancia de la capital, mientras todos nuestros actos y gestos eran vigilados por funcionarios. De manera que nos sentíamos en Moscú como prisioneros, y de hecho lo éramos.

»La víspera del proceso, se hizo detener a dos testigos y se efectuaron registros en casa de uno de los defensores rusos. Se le confiscó una parte de los expedientes preparados con vistas a la defensa.

»El Tribunal, que disponía de 1.200 invitaciones de entrada a la audiencia, no dio a los acusados ni siquiera las que necesitaban sus familiares más próximos. A pesar de nuestras objeciones, esas invitaciones se distribuyeron entre las organizaciones políticas y profesionales comunistas, entre miembros seguros del Partido y de la Checa. Se originaron posteriormente en la sala manifestaciones tan ruidosas, que por fin el presidente se vio en la obligación de intervenir.

»El Partido comunista organizó para el día 20, aniversario de la muerte de Volodarsky, una gran manifestación que debía te-

ner lugar ante el Tribunal con una consigna: “Exigimos penas rigurosas para los acusados”.

»En el mismo local donde se asentaba el Tribunal, al lado de la sala de sesiones, había organizada una exposición de cuadros y textos destinados a exhibir “en imagen” los pretendidos “crímenes” de los socialistas-revolucionarios. Mientras que aquellos acusados que negaban la menor participación eran mantenidos en prisión, los delatores Semenov y la Konopliova, que confesaron haber matado a Volodarsky y organizado el atentado contra Lenin, permanecían en libertad. Se les podía ver, entre dos sesiones, charlando del modo más cordial con los jefes comunistas, camaradas de Partido de aquéllos a quienes los dos citados confidentes habían matado o intentado matar. Pero, en el curso mismo de los debates, ocurrieron incidentes que nos decidieron, de acuerdo con los acusados, a abandonar la defensa. Sólo tenemos que citar la declaración que hicimos en el proceso y en la que exponemos los motivos por los cuales no podemos continuar participando en los debates. El acuerdo tomado en Berlín no ha sido respetado, por lo que nuestra defensa carecía de base. Nuestra persistencia en el proceso hubiera podido dar lugar a falsas interpretaciones, como la de que el convenio de Berlín se había mantenido.

»Teniendo en cuenta la ruptura de la convención de Berlín, había toda la razón para preguntarse a qué quedaría reducida la más importante de sus cláusulas: en el proceso de los socialistas-revolucionarios no se solicitaría ninguna pena de muerte. Después de algunos días, los comunistas llevan a cabo una campaña de prensa y de reunión no sólo para obtener la pena de muerte de los socialistas-revolucionarios, sino también para ejecutar el veredicto. El Tribunal declara que no tiene nada que ver con los acuerdos de Berlín. Los representantes de la tercera Internacional afirman que la convención está rota y que las promesas de la tercera Internacional ya no son válidas. Si escuchásemos seme-

jantes declaraciones sin elevar nuestras protestas más enérgicas, sin apelar con todas nuestras fuerzas a la conciencia del socialismo internacional, correríamos el peligro de hallarnos súbitamente ante un hecho consumado.

»¡Debemos evitar que las cosas vayan tan lejos! ¡El veredicto de muerte no debe ser aceptado bajo ninguna condición! ¡Debemos salvar la vida de los acusados!

»El abismo que separa a los partidos obreros ya ha hecho difícil la acción común contra el capitalismo y la reacción. No debemos ensanchar ese abismo. Si se colma con la sangre de los acusados, no podremos franquearlo durante largo tiempo.

»Por esta razón se trata hoy, en interés de toda clase trabajadora, de paralizar el brazo de quienes desean verter la sangre de los acusados.

»Es necesario que los partidos obreros de todos los países y de todas las tendencias acepten la consigna: ¡No a las condenas a muerte de los socialistas-revolucionarios acusados!»

Así es cómo, desde el local degradado e impuro del Tribunal de Moscú, fue llevado el proceso de los socialistas-revolucionarios ante el tribunal del proletariado de todo el mundo.

Tres días después de la partida de Moscú de los defensores extranjeros, los defensores rusos renunciaron a la vez participar en el proceso. Su negativa la provocaron los acontecimientos que tuvieron lugar en el recinto del Tribunal y bajo sus ventanas, el 20 de junio.

Después de los acontecimientos que tuvieron lugar aquel día, Muraviov, en nombre de todos los defensores del «l.^{er} grupo» de acusados, dirigió al Tribunal la siguiente declaración:

«El 20 de junio, a pesar de nuestra protesta y pese a que el acusador público se negó, por consideraciones de forma, a pronunciarse sobre el hecho de que se había proclamado, en la sala de sesiones hubo manifestantes que injuriaron a la defensa y a los

acusados y proclamaron un orden del día reclamando la aplicación a los acusados de la suprema pena de muerte, orden del día votada en la manifestación, supuestamente representativa de todas las organizaciones obreras de Moscú y Petrogrado.

»La aparición de manifestantes en la sala del Tribunal y la comunicación por ellos al Tribunal de la resolución del mitin, ha infringido la marcha regular del proceso, influido de antemano la decisión del Tribunal, privándole de ese modo de su fuerza legal, y disminuido el valor del supremo órgano judicial de la República, por la infracción en el procedimiento de los debates. Los procedimientos aquí indicados obligan a la defensa a reclamar la suspensión del proceso y su reanudación con la composición de otro tribunal y de otros acusadores públicos.»

A esto, el Tribunal respondió que «la solicitud de la defensa pidiendo la suspensión del proceso y la disolución del Tribunal por sí mismo, no puede tomarse en consideración, al haber admitido el Tribunal en el pretorio delegaciones obreras con plena conciencia del alcance de sus actos».

La defensa insistió, alegando las leyes de la Rusia soviética, que prevé el caso de la presencia de personas extrañas al proceso en la sala de audiencias.

En efecto, la instrucción a los colegios de casación del Tribunal Supremo sobre los motivos que pueden llevar a la anulación de los veredictos (ver colección de circulares de la reunión plenaria del tribunal adjunto al Comité central ejecutivo, ediciones del servicio de control judicial del Tribunal Supremo, afecto al Comité central ejecutivo, 1922 Moscú) indica claramente que, haciendo abstracción de la tónica de los recursos de casación, el veredicto debe ser infaliblemente anulado «en todos los casos en que hayan sido admitidos a participar en el proceso personas no previstas en los procedimientos normales del Tribunal, es decir, todas aquéllas que no sean miembros del Tribunal, acusados,

acusadores y defensores, testigos, expertos en el litigio; y también en los casos en que hayan sido tolerados, en el curso de los debates, hechos no previstos por las normas del procedimiento y pudiendo o habiendo podido ejercer una influencia sobre la naturaleza del veredicto».

El texto es bien claro. La intervención en el proceso de delegaciones y el intercambio de discursos entre ellas y los miembros del Tribunal, ha constituido precisamente —como a justo título lo ha señalado el «*Courrier socialiste*»— uno de «esos hechos no previstos por las normas del procedimiento», y es un hecho incontestable que ha podido «ejercer una influencia sobre la naturaleza del veredicto». En consecuencia, incluso desde el punto de vista jurídico, la decisión del Tribunal Supremo conllevaba forzosamente la anulación.

Pero la ley, para los bolcheviques, no tiene más valor que los compromisos que firma: los miembros del Tribunal se han echado a reír cuando el defensor ha invocado la ley. Muraviov los apostrofó con indignación: «Desgraciado el país, desgraciado el pueblo que no respeta sus propias leyes y que hacen irrisión de quienes defienden la ley».

A esto se contestó intentando contra el defensor denuncias por ofensa para poder sobrevivir.

Después de ponerse de acuerdo con los acusados, los defensores declararon que no podían seguir participando en el proceso. El Tribunal respondió a esto por medio de una discusión razonada, publicada el 24 de junio en los periódicos bolcheviques. He aquí esta obra de los magistrados soviéticos:

«Sólo la perfecta ignorancia del defensor Muraviov y su perfecta incomprensión de la esencia jurídica del Tribunal pueden explicar la petición que ha dirigido a los miembros actuales del Tribunal, solicitando su disolución. El Tribunal Supremo, con plena conciencia de su acto, ha admitido una delegación obrera

en la sala de sesiones, habiendo él mismo asistido a la manifestación del 20 de junio. El Tribunal no ha actuado al azar, sino con entera comprensión del sentido y del alcance de sus actos. El Tribunal observa en la declaración de los defensores que, bajo pretexto de argumentación jurídica, se lleva a cabo una lucha política determinada contra la sentencia que será pronunciada contra el tribunal revolucionario. Solamente en la incompetencia de la mentalidad burguesa puede el Tribunal explicarse el argumento del defensor Muraviov, tendente a probar que el Tribunal sólo puede aprobar su sentencia encerrado en una torre de marfil. Los jueces son seres vivientes y no se les puede aislar de la vida pública. En el caso actual no son los acontecimientos los que importan, sino el modo en que el Tribunal se comporta con relación a esos acontecimientos. El Tribunal considera que mucho de lo que se ha declarado aquí el 20 de junio no es justo, pero considera que, del mismo modo, ciertas cosas que se han declarado, sí pueden serlo. Era importante para el Tribunal establecer hechos que precisamente la delegación obrera ha confirmado, es decir, que las masas obreras sostienen el poder de los soviets, y que el Tribunal no funciona aislado, sino en una atmósfera de confianza y apoyo de esas masas. He aquí por qué el presidente ha reconocido que las declaraciones hechas por los manifestantes son preciosas para el Tribunal.

»En cuanto a las protestas de la defensa contra las injurias proferidas por los manifestantes en relación a los acusados, el Tribunal declara que los obreros no han cursado sus estudios en la Facultad de Derecho y no conocen las reglas de los buenos modales, por lo que se han permitido ciertas expresiones que no conviene emplear en la sala de audiencias. Por lo que el Tribunal no admite que se haga hincapié sobre términos groseros expresados por los obreros.

»En relación con la parcialidad del Tribunal, éste ha declarado, desde la primera jornada de los debates, que se reía de las afirma-

ciones de los países burgueses al pretender que el Tribunal debe mantenerse fuera de la lucha de clases y pronunciar sentencias de una imparcialidad supraterrrestre. He ahí por qué, acaso, el defensor Muraviov conseguirá difamar el veredicto del Tribunal de clase proletaria en cualquier otro país, pero no en el Estado obrero y campesino. He ahí por qué el Tribunal Supremo rechaza la declaración de la defensa y le propone, en caso de descontento con los actos del Tribunal, presentar recurso al Comisariado de Justicia y la Oficina del Comité Central ejecutivo^[8].»

Es inútil detenerse en el estudio de este documento.

El caso es que la defensa se vio obligada a abandonar el Tribunal. Desde el 23 de junio, los acusados permanecen cara a cara con sus verdugos.

En nombre de aquellos camaradas, Guendelman hizo aquel día la siguiente declaración, animada por una valerosa dignidad: «Desde el primer día del proceso, todas las declaraciones legales de nuestros defensores han sido invariablemente rechazadas por el Tribunal y acompañadas por observaciones irónicas. Esta actitud del Tribunal ha obligado a abandonar el proceso, primero a nuestros defensores extranjeros, quienes se encontraban en todas partes y en todo momento secuestrados, dado que ni siquiera esta elevada institución los ponía a resguardo de las injurias y los sarcasmos, no sólo por parte del público delegado en el proceso, sino por parte de la acusación y de los miembros del Tribunal. Luego, desde ayer, la defensa rusa se ha visto obligada asimismo a renunciar a su deber, habiendo sido infringida la ley revolucionaria por aquéllos mismos que son sus guardianes.

»En estas condiciones, es dudoso que nuestro proceso pueda considerarse un juicio, dado que los miembros del Tribunal y de la acusación, acuden entre dos sesiones a las reuniones organizadas por el Partido comunista, donde comunican sus impresiones y conclusiones.

»Y, si permanecemos aquí hasta el fin y no pedimos ser enviados a la prisión, es porque queremos demostrar a los iniciadores del proceso que no nos dan miedo.

»La participación de los miembros del Tribunal y de la acusación en la reunión donde se ha votado una resolución reclamando que nos sea aplicada la pena de muerte, nos hace suponer que los jueces se sienten solidarios de los organizadores y conductores de la organización inspirada por el gobierno, el cual, por medio de amenazas, había concentrado a obreros en el fin de hacerles aprobar la moción que necesitaban. Sabemos que en la víspera de la manifestación y del mitin del 20 de junio, se ha llevado a cabo detenciones en masa entre los obreros de las fábricas y de los talleres.»

El presidente interrumpe al acusado:

«El Tribunal no puede confirmar ni desmentir que sus miembros hayan tomado parte en el mitin, pero exige pruebas en lo relativo a la detención de obreros y a las medidas de violencia que se habrían tomado para obligar su asistencia a la manifestación.»

Guendelman replicó:

«Las detenciones en masa se han llevado a cabo en las fábricas Prokhorov, Nosov, Riabov, Ranenberg, en los talleres ferroviarios, etc. Y se hizo saber a los obreros que, si no asistían a la manifestación, reconocerían ellos mismos por ese hecho su solidaridad con los socialistas-revolucionarios. La asistencia de los trabajadores en la manifestación se ha controlado por medio de listas.»

El presidente interrumpe de nuevo a Guendelman y le conmina a no insultar a los obreros de Moscú que han asistido a la manifestación por su propia voluntad. Entonces, Guendelman, indicando con la mano las hojas que tienen algunos de los asistentes a la sesión, declara:

«Siempre he procurado no hacer afirmaciones gratuitas. Ruego al Tribunal que examine el llamamiento hecho por los obreros de Moscú protestando contra el abuso que se ha hecho en su nombre en la resolución votada el 20 de junio.»

El presidente pregunta a Guendelman:

«¿No tiene usted nada más que decir?»

Guendelman: «Creo que es difícil añadir algo más a lo que acabo de decir y de constatar. Todo está suficientemente claro».

Las acusaciones formuladas

Vandervelde resume como sigue la tónica política y jurídica del proceso de Moscú:

Los bolcheviques han formulado contra los socialistas-revolucionarios cuatro puntos como acusación:

1. Los socialistas-revolucionarios defendieron con las armas en la mano al gobierno provisional.

Los socialistas-revolucionarios lo reconocen y se muestran orgullosos de ese hecho.

2. Los socialistas-revolucionarios han defendido con las armas en la mano la Asamblea constituyente.

Los socialistas revolucionarios reconocen este hecho y lamentan no haber llevado esa defensa a buen término.

3. Los socialistas-revolucionarios han llevado la lucha armada contra el poder de los soviets.

Los socialistas revolucionarios afirman que se trata de un hecho incontestable.

Pero esas tres acusaciones caen por su propio peso, puesto que el Poder soviético había decretado la amnistía por los hechos de ese tipo e incluso habían legalizado al Partido socialista-revolucionario.

4. Los socialistas-revolucionarios han tomado parte en el asesinato de Volodarsky y en el atentado contra Lenin.

No existe prueba alguna en apoyo de esta tesis, excepto el testimonio de los agentes provocadores Semenov y la Konopliova, en los que nadie cree.

Las tres primeras acusaciones se relacionan con la participación de los socialistas-revolucionarios en la guerra civil, en un período que va desde finales de 1917 hasta el comienzo de 1919.

Ahora bien, esta guerra fue iniciada por los bolcheviques, quienes, en octubre, se apoderaron del poder por medio de una conspiración, disolvieron la Asamblea constituyente derivada del sufragio popular y rechazaron los ofrecimientos de los socialistas-revolucionarios para la formación de un frente único. Por tanto, es el Partido comunista el responsable de la sangre de los obreros y campesinos vertida en el curso de esa guerra.

Los bolcheviques no tienen la memoria tan corta como para haber olvidado que, ya en abril de 1917, Lenin había llamado a los obreros a la guerra civil. Fue la primera palabra que pronunció al atravesar la frontera rusa. Los bolcheviques recuerdan cómo, en julio de ese mismo año, sus camiones y automóviles recorrieron las calles de Petrogrado repletos de hombres armados, portadores de ametralladoras y pancartas: «¡Viva la guerra civil!». Deben recordar cuánto hicieron a la sazón los socialistas-revolucionarios y mencheviques por salvar la unidad de la democracia e impedir la guerra civil en su seno. *¿Qué* derecho tiene, pues, esa gente para acusar ahora a los socialistas-revolucionarios de haber participado en la guerra civil defendiendo al gobierno provisional y a la Asamblea constituyente?

Puede aplicarse el juicio que se quiera sobre la política del gobierno provisional en la primera época de la revolución rusa. Puede igualmente apreciarse, como se estime conveniente, la idea que animaba a esa política, la idea de conciliación entre los socialistas y los elementos de la democracia burguesa. Pero en cualquier caso hay algo sobre lo que no cabe duda alguna: que el

Partido, al enviar miembros al gobierno, tenía el deber, no sólo de defender ese gobierno con todas sus fuerzas contra los atentados de los conspiradores-insurgentes, que eran los bolcheviques, que tenían a su disposición las bayonetas, pero sin apoyarse en la mayoría del pueblo.

De igual modo, puede juzgarse diversamente los principios de la democracia y de la Asamblea constituyente, encarnación de esos principios. Pero es evidente que un partido, que se sitúa en el terreno de la democracia y a quien el sufragio universal ha acordado la mayoría de los votos, tenía el deber de agotar todos los medios para defender la Asamblea constituyente contra todo atentado a sus derechos soberanos.

Ahora bien, la guerra civil y el frente del Volga, en 1918, no fueron otra cosa que la continuación de la Asamblea constituyente, defensa que los comunistas habían quebrantado tan fácilmente en enero. También aquí puede interpretarse de modo diferente la política de los socialistas-revolucionarios para este período. Puede considerarse la línea de conducta adoptada en aquel momento por ciertos miembros del Partido delegados por éste al gobierno que dirigía la lucha en el frente del Volga y en Siberia (gobierno conocido con el nombre de «Directorio»), pero esto es cuestión de apreciación política o histórica, cuestión que no puede llevar a desconocer el hecho de la responsabilidad jurídica y judicial de un partido que defendía, en el curso de la guerra civil, la idea de la soberanía popular, frente a un partido que había fomentado esta guerra para consolidar su dictadura.

Desde el punto de vista jurídico, la cuestión se zanja en el momento en que el Partido socialista-revolucionario, al renunciar a la lucha armada contra el Poder soviético y habiendo esta decisión sido confirmada definitivamente por el consejo del Partido, en febrero en 1919, decretara el gobierno bolchevique la amnistía de todos los miembros del Partido que tomaron parte en la guerra civil.

Poco después, el Partido fue legalizado e incluso obtuvo la posibilidad de publicar su órgano en Moscú.

Cierto es que este órgano fue suspendido al llegar al número 10. Es cierto que, quince días después de la legalización del Partido, se llevaron a cabo detenciones en masa entre sus miembros; es cierto que, ese mismo año de 1919, el Partido se vio obligado de nuevo a entrar en la clandestinidad, aunque después de transcurridos dos años y medio de este hecho, sigue siendo irrefutable que la amnistía decretada por el gobierno de los soviets excluía toda posibilidad de persecución judicial por hechos anulados en la propia amnistía. Y he aquí que ahora, en 1922, el tribunal bolchevique vuelve sobre el viejo caso.

Los vencedores de la guerra civil, los usurpadores del poder, juzgan como rebeldes a los hombres que habían intentado, hace cuatro años y medio, defender contra la violencia a los elegidos por el pueblo. ¡Y ahora los juzgan, con desprecio de sus propias leyes, de su propia palabra, pues un acto de amnistía es a la vez ley y promesa!

Los propios bolcheviques parecen haber comprendido la imposibilidad de semejante oficio. Pero los juristas soviéticos han encontrado medio de salir de las dificultades, introduciendo en el acta de acusación formulada contra los socialistas revolucionarios las consideraciones siguientes:

«Los miembros del Comité central del Partido socialista-revolucionario han dirigido la acción contrarrevolucionaria de este partido tendente a preparar el derrocamiento a mano armada del Poder soviético, tanto antes de la amnistía de 1919 como posteriormente a la misma, por lo que, de acuerdo con el sentido preciso de la amnistía, ésta no puede serles aplicada.» Martov, en el *Courrier socialiste*, ha dado a los inventores de esta interpretación la respuesta que merecen.

«Los padres jesuitas», escribe, «no son, en realidad, sino unos ingenuos colegiales comparados con los casuistas del comunismo. Es imaginable la tempestad de indignación que se elevaría en la Internacional comunista si algún gobierno burgués intentase interpretar la amnistía aplicada a los comunistas en el sentido de que no se extendiese sino a aquellos militantes que, después de ser liberados, no reemprendieran su acción de lucha contra la burguesía.

»Incluso el gobierno zarista, después de habernos amnistiado en octubre de 1905, nunca tuvo la idea de encerrarnos de nuevo para castigar nuestros antiguos “crímenes” con el pretexto de que nos habíamos puesto a cometer otros “delitos”.

»Sin embargo, los acusados del proceso de Moscú no han utilizado este potente y justo argumento: conforme a la idea que se hacían del alcance político del proceso, no quisieron escudarse de los golpes que les estaban destinados, con ayuda de argumentos formales jurídicos, y prefirieron responder invocando su deber revolucionario.

»Así es cómo Gotz, al preguntarle el presidente si no tenía nada que añadir al acta de acusación, declaró:

»“En mi calidad de miembro del Comité central del Partido que había delegado sus miembros al Gobierno provisional, obligado, por consiguiente, a apoyarle y siempre al corriente de las decisiones gubernamentales, asumo, toda la responsabilidad de la acción armada de 1917. Para el Comité central no podía darse otra solución, tanto más cuanto que nuestros adversarios políticos, en el curso de su lucha contra nosotros, en octubre, habían lanzado ante las masas la consigna: ‘¡La paz, cueste lo que cueste!’”.

»Tras el golpe de Estado de octubre consideramos nuestro deber ante la patria el iniciar una lucha armada contra los usurpadores del Poder que habían firmado las condiciones vergonzosas

de la paz de Brest-Litovsk y se habían declarado dispuestos a nuevas concesiones conducentes a la esclavización del pueblo ruso, apenas liberado de las cadenas del poder racista.»

Esta actitud de los acusados hizo vanas y lamentables todas las tentativas de la acusación de «revelar» la lucha de los socialistas-revolucionarios contra el Poder de los soviets. De manera que el ministerio fiscal del Kremlin centró toda su atención, desdeñando ahora la cuestión general de la guerra civil, en las relaciones entre los socialistas-revolucionarios y las misiones extranjeras en el curso de la guerra civil.

La respuesta a esta acusación ha sido hecha por Timofeev en el curso de sus explicaciones sobre ese tema de la acusación:

«Las acusaciones formuladas contra nosotros, acusándonos de relaciones con potencias extranjeras, así como poniendo de relieve las ayudas militares y financieras que habríamos obtenido de estas últimas en 1917, deben dirigirse al Gobierno provisional reconocido por todo el pueblo ruso y en cuyo seno, a título de miembros del gobierno, se encontraban miembros de nuestro partido. Este gobierno velaba por la observación de los tratados y los compromisos contraídos con los aliados, y los miembros de nuestro partido que se hallaban en el gobierno consideraban como compromisos supremos la salvaguarda del honor del pueblo ruso y de los intereses vitales de la patria. Consideraban como indispensable que Rusia continuase participando en la guerra mundial, mientras esperaba, partiendo de su concepción socialista de la paz, obtener luego de futuras negociaciones de paz condiciones aceptables para Rusia. El tratado de Brest-Litovk, concluido en 1918, supuso una colaboración con los aliados, indispensable para salvar la patria del imperialismo alemán. Nuestro contacto con los aliados duró hasta la revolución alemana.»

Las declaraciones de los testigos comparecidos en el juicio confirmaron plenamente estas declaraciones de los acusados.

En este aspecto, la acusación no ha tenido otra prueba en que apoyarse que las afirmaciones gratuitas de los traidores y los tráfugas, pero éstos no pudieron citar un solo hecho, y no hacían otra cosa que referirse los unos a los otros como a la fuente primera de su información.

El Tribunal empleó trece sesiones impugnando a los socialistas-revolucionarios como autores de acciones terroristas contra los representantes del Poder soviético. Concretamente se trataba de dos actos: la muerte de Volodarsky, el 20 de junio de 1918, y el atentado contra Lenin.

En lo que a la primera se refiere, se demostró de un modo inequívoco que ese asesinato fue cometido por el obrero Sergueev, que formaba parte del destacamento de Semenov, y que el Comité central del Partido socialista-revolucionario ruso no sólo no aprobó este acto, sino que lo censuró enérgicamente.

En cuanto al atentado contra Lenin, fue cometido a escaldas del Partido, por una joven exaltada, Dora Kaplan antigua anarquista, y que casi en vísperas del atentado se había adherido al Partido socialista-revolucionario. Exasperada por el espectáculo atroz del bolchevismo, Kaplan soñó con dar su vida para liberar al pueblo ruso del yugo de la dictadura. Al disparo de Dora Kaplan, los bolcheviques respondieron con el aniquilamiento masivo de rehenes. Millares de personas fueron muertas o atrozmente torturadas.

Sin embargo, ese montón de cadáveres no satisfizo a los jefes bolcheviques. Y he aquí que, después de cuatro años, se vuelve de nuevo sobre la cuestión de la responsabilidad del Partido socialista-revolucionario por el disparo fatal de Dora Kaplan.

Probar directamente la complicidad del Partido en este caso es algo absolutamente imposible, por supuesto. Por consiguiente, se recurre a pruebas indirectas: el Partido había examinado la

cuestión del Terror: simpatizaba con los actos terroristas, estaba dispuesto a emprender la lucha terrorista.

Desde el comienzo del proceso, Gotz declaró:

«En cuanto a la acusación formulada contra mí en tanto que miembro del Comité central del Partido, en la que se me reprocha el haber aprobado actos aislados de ciertos miembros del Partido, que han atentado contra la vida de nuestros adversarios políticos, por mi parte rechazo tales acusaciones como no fundadas y sin hechos en que apoyarse. Tales acusaciones se basan solamente en las declaraciones gratuitas llevadas a cabo por antiguos miembros de nuestro partido, después de su adhesión al Partido comunista. Estos actos están en contradicción flagrante con las decisiones del Comité central.»

En relación con el examen por el Partido de la cuestión de la lucha contra los bolcheviques, Timofev aporta la siguiente información: «Por primera vez, el Comité central ha discutido la cuestión del Terror a mediados de enero de 1918, pero el tema fue retirado de la orden del día por mayoría absoluta. La cuestión volvió a plantearse en enero y, por tercera vez, en junio, en Moscú, pero siempre la mayoría absoluta se pronunció en contra».

Pero ¿por qué se planteaba esta cuestión de modo incesante ante el Partido? Porque en sus filas había exaltados y desequilibrados por una parte, y por otra, agentes provocadores que hacían vibrar la cuerda sensible de esas naturalezas.

Las declaraciones de los testigos demostraron, de un modo completamente terminante, que todos los proyectos terroristas emanaban de Semenov y de la Konopliova y así mismo esa pareja de agentes provocadores, secundados por gentes a quienes habían reclutado y engañado, habían cometido, sin conocimiento del Partido, los actos que los bolcheviques quisieron imputar al

partido socialista-revolucionario. Este fue el fracaso decisivo del primer punto de la acusación.

Entonces, los bolcheviques presentaron contra los detenidos una nueva acusación. Pretendieron juzgarlos por los actos de la «Unión democrática de París».

Los bolcheviques basaron esta nueva acusación en documentos robados por los monárquicos de los archivos del centro de la citada organización en París.

Cuando el procurador bolchevique, Krylenko, pidió al Tribunal que presentase en el proceso los documentos antedichos, Gotz declaró en nombre de los acusados:

«Nosotros, acusados, miembros del Comité central, hemos declarado en diferentes ocasiones ante el Tribunal, que asumimos la responsabilidad de la acción de todos los grupos pertenecientes al Partido, en la medida en que esta acción tiene lugar en Rusia, y respondemos asimismo de los actos de nuestra delegación en el extranjero. En cuanto a esos documentos, de origen dudoso, que el Tribunal utiliza contra nosotros y que parece querer descubrir la actividad de no se sabe qué agrupaciones que han actuado en el extranjero con nuestro nombre, cuyos actos, según el fiscal, está en armonía con nuestra propia acción, declaramos ante el Tribunal que no podemos asumir la responsabilidad por actos que ignoramos, cometidos por personalidades que no conocemos; por esta razón pedimos que los citados documentos sean retirados de la causa que se sigue, ya que no tienen relación directa con la actuación que se nos imputa.»

El Tribunal rechazó la demanda de los acusados, y los documentos se presentaron en los debates. Al problema de saber lo que Gotz, Timoíev y los demás acusados han hecho en Rusia, el tribunal antepuso la cuestión de saber lo que terceras personas han hecho en París mientras los acusados estaban en prisión.

Gotz dirige entonces al Tribunal una nueva declaración:

«El primer grupo de acusados me encarga de informar al Tribunal que se niegan a tomar en consideración nuevos documentos y piden a aquél que les exima de las molestias de asistir a la lectura y al examen de esos documentos.»

Este requerimiento de los acusados fue rechazado. Se les autorizó a abandonar la sala y, en su ausencia, los jueces examinaron los documentos llegados de París.

¿Cuáles son estos documentos? ¿Qué representaba esa «Unión Democrática» y qué relación existe entre esta organización y los prisioneros del poder soviético detenidos en Moscú?

Una declaración de la delegación en el extranjero del Partido socialista-revolucionario, publicado el 14 de junio último, responde a esas preguntas:

«Los bolcheviques, de acuerdo con los monárquicos, han robado ciertos documentos de los archivos del antiguo Centro administrativo de la Unión Democrática, en París. Pocos días después de ese robo, Krylenko presenta una parte de esos documentos ante el tribunal revolucionario, pidiendo que sean tenidos en cuenta en el proceso de los miembros del Comité central del Partido socialista-revolucionario. Esta petición fue aceptada por el Tribunal, pese a las protestas de los acusados.

»La Delegación en el extranjero del Partido socialista-revolucionario declara:

»1. Ninguno de los miembros del Partido socialista-revolucionario que figuran en el proceso ha pertenecido a la Unión Democrática constituida en el extranjero.

»2. En la época de la actividad de la susodicha Unión (1920-21), los acusados se hallaban en prisión.

»3. La actividad de la Unión tuvo lugar en el extranjero y, como se deduce de la declaración del Centro administrativo publicado hace un año en el periódico “Volia Rosii”, tal actividad consistía en conjuntar a las fuerzas de la democracia revolucionaria-

ria así como en crear y sostener publicaciones con el fin de luchar contra la intervención y las dictaduras, “blanca” y bolchevique, y de informar en este sentido a la opinión pública de Europa.

»4. Algunos miembros del Partido socialista-revolucionario, residentes en el extranjero, pertenecían a título individual a esa Unión y formaban parte de los órganos creados o sostenidos por ella, tales como la “Volia Rosii” y “Por Rusia”, los cuales, sin ser órganos del Partido, no diferían en nada de las directrices políticas del mismo.

»5. No dependiendo en modo alguno el centro administrativo de esta Unión democrática de los órganos centrales del Partido, y estando su actuación fuera del control del Partido, en consecuencia éste no puede asumir ninguna responsabilidad política ante aquélla.

»6. La tentativa de convencer al Partido socialista-revolucionario de haber fomentado insurrecciones, basándose en la correspondencia de orden administrativo y en las informaciones sustraídas a la Unión Democrática en el extranjero (sin hablar de los procedimientos criminales empleados para procurar esos documentos a la acusación y de lo absurdo de la tentativa misma de establecer una relación entre una organización de este tipo y las insurrecciones locales en Rusia), esa tentativa, decimos, sólo demuestra la impotencia absoluta de los fiscales bolcheviques para hallar, en las delaciones policíacas y en las declaraciones de los provocadores, la materia suficiente como para justificar un veredicto preparado de antemano.

»El Partido socialista-revolucionario no tiene la intención de sustraerse a la responsabilidad política e histórica por la lucha que ha llevado y aún lleva contra las dictaduras bolchevique y He los guardias “blancos”, comprendido el período en que tomó las armas para defender la soberanía popular. Pero rechaza con despre-

cio las tentativas policiales de imponerle la responsabilidad de actos en los que no ha tomado ni toma parte.»

No me detendré aquí en el examen exhaustivo de los documentos citados, robados en París, y no intentaré justificar la acción de la «Unión Democrática», puesto que no me refiero ni a las ventajas de tal doctrina, ni de tal táctica, sino a los doce condenados a muerte. Pregunto si puede haber duda sobre la conducta de un tribunal que ha dictado la sentencia de muerte para castigar los actos de una organización de la que ellos, los condenados, no han tomado parte, que no conocen sino de oídas y sobre la cual les ha sido imposible ejercer la menor influencia.

Sin embargo, para estimar en su justo valor este detalle del proceso de Moscú, conviene recordar que, antes del comienzo del proceso, las personas que acaban de ser juzgadas se habían pronunciado abiertamente y con energía, contra las tendencias de la «Unión Democrática» de París y de otra organización similar llamada «Conferencia de los miembros de la Asamblea constituyente». Me refiero a la carta dirigida a «los camaradas de allende nuestras fronteras» publicada en el número 14-15 de la «*Revoliutzionnaia Rosia*» (noviembre-diciembre 1921), firmada por Timofeev, Guendelman, Gortz, Donskoi, B. Ivanov, Likhatch, Rakov y Eugenie Ratner y otros militantes socialistas-revolucionarios. Recuerdo aquí los puntos esenciales de esta carta:

«¿En qué consiste, a nuestro juicio, la principal tarea de los representantes del Partido en el extranjero?, escribían a los camaradas expatriados los socialistas-revolucionarios encerrados en la prisión de Butyrky.

»Consiste en conectar la lucha que nuestro partido, en tanto que Partido socialista-revolucionario, prosigue en Rusia, con la lucha de la clase obrera internacional. Informar a la opinión socialista de Europa sobre las lecciones de la revolución rusa, sobre la experiencia de los partidos socialistas rusos, sobre sus errores,

derrotas y victorias, por un lado y por otro, internacionalizar nuestra lucha contra la dictadura del Partido bolchevique, ganarse a la clase obrera de todos los países, sostener los esfuerzos de nuestras organizaciones, que luchan en condiciones exteriores extremadamente penosas, con el apoyo moral e ideológico de la clase obrera en el extranjero. Esta debe ser la preocupación principal de nuestros camaradas que se hallan fuera de Rusia, pues no deben jamás olvidar que nuestro partido es sólo uno de los destacamentos de la clase obrera internacional. Desde ese punto de vista, refutamos decisivamente todas las tentativas de política de «Gran potencia» que tanto seduce a algunos de nuestros camaradas del extranjero. Por muy vastas que sean las perspectivas que el, porvenir reserva a nuestro partido, por atractivos que sean los horizontes que jueguen en la imaginación de algunos de sus jefes, hay que recordar sin descanso nuestro presente, por desgracia bien molesto. Aquí no debe haber lugar para ninguna ilusión, para ningún error, para ninguna «mentira que eleve nuestra moral». Por una parte, está el Partido, reducido a una existencia clandestina, quebrantado, cruelmente perseguido; por otro lado, las masas populares, dispersas, fatigadas, sangrando por miles de vidas. ¡Esta es la realidad! En tales condiciones sería un error irreparable alejar al Partido de la única actividad que le conviene: la de reunir, concentrar y educar a las masas para el proceso mismo de una lucha política continua contra la dictadura del Poder bolchevique, trabajo que absorbe en Rusia a todos los elementos activos de nuestro partido.

»En esta lucha, los partidos socialistas de Rusia y las masas de trabajadores rusos sólo tienen un aliado en Europa y en América, la clase obrera internacional. Todos los esfuerzos de nuestros camaradas en el extranjero deben dirigirse en ese sentido. Todas las gestiones cerca de los gobiernos europeos de lo que se denomina «los medios influyentes» emprendidas por aquellos camaradas nuestros que se apoyan, bien sobre una autoridad personal resul-

tante de su actividad anterior, bien sobre las esperanzas que tales gobiernos o medios europeos depositan en el Partido socialista-revolucionario, en previsión de su papel en el porvenir, todas esas gestiones, decimos, son no sólo impotentes para facilitar la pesada tarea de la lucha contra la dictadura bolchevique, impuesta por la historia a nuestro partido, sino que, por el contrario, contribuyen a embrollar la situación, oscurecen nuestra línea de conducta, separan de nosotros a los partidos socialistas de Europa y a las grandes masas de la población, agravando de este modo la ya penosa lucha contra el Poder bolchevique. La primera y más importante tarea que se plantea ante los representantes del Partido en el extranjero es la de aislar al bolchevismo del movimiento obrero internacional. Ahora bien, la táctica empleada por algunos de vosotros, sólo contribuye a aislar a nuestro partido del movimiento obrero internacional. Si, por la voluntad de los trabajadores, el Partido socialista-revolucionario es de nuevo llamado a ponerse a la cabeza de la revolución rusa, sabrá entonces, en proporción a las fuerzas reales del poder del Estado que representará, establecer con los gobiernos de Europa relaciones conformes a los intereses del Estado y del pueblo. Pero anticiparse de ese modo sobre acontecimientos futuros es cosa inútil para el porvenir, así como perjudicial para el presente, porque ello desvía la atención de los camaradas de la tarea única, lo repetimos, que se plantea delante de ellos y que consiste en establecer un contacto estrecho ideológico y organizativo entre el Partido socialista-revolucionario y la clase obrera internacional. (...)

»Tendremos que constatar la misma confusión entre el trabajo del Partido y la representación ficticia del Estado, en otro problema que continúa perturbando a los camaradas militantes en Rusia; nos referimos a la organización de la llamada “Conferencia” de París. El Partido, en ocasión de su décimo consejo, ha formulado ya de manera suficientemente clara su punto de vista en esta cuestión. Ha condenado decidida e irrevocablemente to-

da esta empresa en su conjunto como tentativa fútil de un grupo sin mandato de nadie, que no representa a nadie, ni se apoya en nadie. El mero hecho de que el Partido, en este caso, se haya unánimemente apartado de muchos de sus líderes probados y no haya vacilado en desautorizarlos ante los ojos de la opinión socialista de Europa, ese solo hecho debió haber hecho comprender a todos los participantes en esta desdichada conferencia hasta qué punto su iniciativa es fundamentalmente contraria a toda la política del Partido y perjudicial para los intereses de la revolución. Y no es por temor a una campaña demagógica por parte de la prensa bolchevique, como parece suponer, sino por la conciencia del peligro que amenaza hundir la línea directriz que el Partido elabora actualmente con tanta dificultad. Esta es la única razón que obliga a todos los miembros del Partido socialista-revolucionario, que militan en Rusia, así como a sus órganos centrales, a exigir con insistencia y unanimidad de los camaradas que se hallan en el extranjero, la liquidación de su iniciativa de París. Si se comparan, por una parte, las ventajas políticas resultantes de coalición o del bloque con el grupo de Miliukov, quien no es, como vosotros mismos decís, sino “un lamentable resto del partido menor”, que no representa a nadie, y por otra parte los peligros reales que amenazarán a la unidad del Partido si se persiste en la política trazada por algunos camaradas que se hallan en el extranjero, no parece que la elección sea difícil para quienes anteponen el interés del Partido.

»De la concepción que acabamos de exponer resulta que, de cara a los gobiernos europeos y americanos, los representantes de nuestro partido en el extranjero sólo pueden adoptar una actitud, a saber: una lucha incesante contra todo tipo de tentativas de intervención, manifiestas o encubiertas.

»La instancia suprema que decide en materia de tácticas son las necesidades del momento presente. Y, si hubierais prestado más atención a las opiniones de los camaradas que trabajan en Rusia,

convendríais fácilmente con nosotros en que lo que hoy está en realidad a la orden del día no es una coalición ni un bloque de “los residuos del partido”, que no representaría en la Rusia actual más que un número irrisorio de militantes, sino un acuerdo con los socialdemócratas mencheviques, con vistas a coordinar la lucha política y formar un solo y gran frente democrático y socialista. A pesar de una serie de divergencias considerables entre la actitud de nuestro partido y la del Partido socialdemócrata menchevique, en ciertas cuestiones particulares, una acción común de nuestras delegaciones de cara a la clase obrera internacional sería, a nuestro juicio, el mejor medio de defender los intereses de la revolución rusa en Occidente. Una cooperación de este tipo más estrecha con la delegación en el extranjero del Partido socialdemócrata menchevique adquiere un alcance cada vez más tangible en la medida en que el Partido menchevique, ante las realidades inflexibles de la realidad rusa y de la práctica bolchevique, se desembaraza de sus concepciones utópicas de carácter socialista de la revolución rusa, en su fase bolchevique actual, y de sus sueños sobre la posibilidad de una transformación pacífica de la “dictadura del Kremlin” en democracia obrera y campesina.

»Tales son, a nuestro juicio, las tareas que se plantean ante los representantes del Partido en el extranjero. Consideramos un deber nuestro exponer nuestra opinión de manera tan decidida y enérgica como sea posible, con el fin de evitar toda oscuridad y equívoco. Nunca hemos creído posible que, en el seno del Partido, se atente contra el derecho a la libre exposición de las opiniones. El Partido socialista-revolucionario jamás pecó por dogmatismo o espíritu sectario. Pero tampoco nunca como en este momento tuvo el Partido tanta necesidad de unidad de acción, de cohesión, de firmeza en sus filas como en la hora actual. La táctica planteada por el Partido en su décimo consejo consiste en reducir la dictadura bolchevique, tal como lo exige la lógica de los acontecimientos dentro de la revolución rusa. Esta táctica

exige del Partido una utilización inmensa de todas sus energías, perseverancia y método en el trabajo, el cese de todos los tanteos y vacilaciones en sus filas, de cualquier lucha intestina en su seno. Esta es la voz unánime de los camaradas que se hallan situados en los puestos de “vanguardia” de la revolución. Escuchadla.»

¡Y a los autores de esta carta los bolcheviques se atreven a acusarlos de intrigar con la Entente en la preparación de una intervención, y en el bloqueo de Rusia! ¡Han condenado a muerte a gentes por los mismos actos que los propios acusados han sometido a una crítica tan completa desde el punto de vista del socialismo-revolucionario!

Pero seamos justos para con los bolcheviques. No es por su participación en la guerra civil, borrada por la amnistía, que han condenado a los socialistas-revolucionarios, ni por los actos terroristas y saqueos cometidos por Semenov y la Konopliova, ni por los documentos robados en París por los monárquicos. ¡No! Los han condenado a muerte porque, sentados en el banquillo de los acusados, esos detenidos seguían siendo amenazantes acusadores del absolutismo soviético.

Puede ser que las declaraciones de los acusados, ya citadas en páginas anteriores, hayan permitido entrever al lector el lema de esos hombres y mujeres. Sin embargo, me gustaría fijar la imagen de un modo más completo y esclarecedor. ¿Acaso cabría mejor medio que el de reproducir sus cartas, sus palabras y discursos? He aquí lo que los acusados escribían a sus defensores extranjeros en el día siguiente de la famosa manifestación delante de la estación de Vindau:

»Queridos camaradas,

»Nos enteramos con tristeza de que la campaña de calumnias y difamaciones emprendida contra vosotros por toda la prensa bolchevique culmina en sus consecuencias lógicas: escenas de

salvajismo ocurridas cerca de la estación en el momento de vuestra llegada a Moscú. Después de haber aclamado servilmente con anterioridad en la “roja” Moscú, a los representantes del imperialismo alemán, al conde Mirbach y a Helfferich, y glorificado su llegada como una “victoria de la revolución”, los bolcheviques aprecian ahora, en la llegada de los representantes del socialismo internacional, un insulto a la clase obrera rusa. Ahora bien, la clase obrera rusa es tan poco responsable de esos excesos abominables, como de la política de terror y violencia sangrienta que el gobierno bolchevique persigue, cometiendo, además, el sacrilegio de cubrirse con el nombre de los obreros y los campesinos.

»La puesta en escena de las “cóleras populares”, montadas con la ayuda de la gente pagada por la Checa y los núcleos comunistas, resultan tan evidentes, que incluso quienes conocen poco los métodos y procedimientos del gobierno bolchevique no serán engañados por ellos.

»Semejantes hechos, incapaces de perjudicar en lo más mínimo a viejos jefes probados del proletariado internacional, tales como nosotros, recaen, con todo el peso de su infamia, sobre sus verdaderos instigadores, el Comité central del Partido comunista ruso, testimoniando una vez más, a los ojos del socialismo mundial, que no hay medio alguno, por desleal que sea, ante el que los bolcheviques se detengan en sus luchas contra sus adversarios. Las “cóleras populares”, puestas en práctica por agentes de la Checa, traducen tan poco el verdadero estado de espíritu de amplias masas populares y obreras, como la pompa de los desfiles militares organizados en honor de la tercera Internacional y no alcanzan a confirmar la adhesión del proletariado y de los campesinos rusos a las ideas del comunismo bolchevique. Los movimientos “populares” de este tipo los conocemos desde la época del zarismo, cuando la policía imperial, con tanto éxito como la Checa bolchevique actual, ponía en escena el entusiasmo de los «súbditos afectos» y la indignación contra los socialistas. Noso-

tros, revolucionarios y socialistas rusos, estamos habituados a esas maniobras desde hace tiempo.

»Sin embargo, y con motivo de vuestra llegada, había en los excesos blocheviques algo que nos obliga, a nosotros que tan bien conocemos la política bolchevique, a hacer oír nuestra voz. A los procedimientos habituales del Partido comunista —calumnias, mentiras, insinuaciones— se añaden ahora llamamientos indisimulados a linchar a los adversarios. No podemos ver otra cosa ni en las resoluciones votadas por las células comunistas, suplantando el nombre de los obreros de talleres y fábricas que exigirían sanciones implacables contra los miembros del Partido socialista-revolucionario que están siendo juzgados, y contra sus defensores, representantes de la segunda Internacional y de la Unión de Viena; ni en los estribillos cínicos y sanguinarios que los poetas a sueldo del gobierno han fabricado especialmente para vuestro recibimiento. No tenemos la menor seguridad de que tales escenas no se reproduzcan a más amplia escala en el momento del juicio. Prisioneros del poder soviético, ya nos hemos habituado a la idea de eventuales sangrientas sanciones bajo forma de linchamientos, preparados por la Checa. Pero no tenemos el derecho de permitir que vosotros, los jefes del proletariado internacional, quedéis expuestos a los mismos peligros. Y, si el Poder no renuncia de inmediato a su campaña de violencia, que amenaza con abocar al linchamiento; si no cesa de montar en las calles escenas de «cólera popular», preferimos privarnos de vuestra ayuda como defensores antes que exponer al proletariado internacional al riesgo de ver perecer a sus jefes más eminentes, en un momento en que el capitalismo internacional lucha con todas sus fuerzas contra el socialismo.

»Los miembros del Comité central y del Partido socialista-revolucionario detenidos en la prisión de Lefort: A. Gotz, M. Guendelman, S. Markov, E. Ratner, M. Vedeniapin, P. Zlobin, L. Guerstein, V. Utgof, D. Donskoi, G. Gorkov, Dobroliubov,

F. Federovitch, E. Timofeev, D. Rakov, N. Ivanov, H. Ivanova, A. Liberov, M. Likhactch, N. Artemiev, W. Agapov, A. Ato-vsky, B. Ivanov.»

Su actitud en el curso del proceso se inspira en los mismos sentimientos que esa carta valerosa y noble. Apenas esos hombres y esas mujeres aparecieron en el «pretorio», los asistentes comprendieron que no se trataba de acusados, sino de implacables acusadores.

Las declaraciones efectuadas en nombre de todos por Guendelman asumen, desde las primeras palabras, la amplitud de un prolongado trueno.

«No reconocemos vuestro proceso, no sólo a causa de infracciones flagrantes de vuestras propias leyes... sino, sobre todo, porque hay aquí implicado un debate político entre el Partido socialista-revolucionario y el Partido bolchevique, y este debate no va a ser juzgado por terceras personas, neutras, sin afiliación a ningún partido, o miembros de otros partidos elegidos libremente por el pueblo, sino por los miembros de ese mismo Partido bolchevique, nombrado por su Comité central, que por otra parte llegan al proceso con un veredicto preparado de antemano por el Comité central del Partido comunista.

«Vuestra acusación no sólo contiene inexactitudes, hecho que vosotros mismos reconocéis, sino verdaderas falsificaciones de la verdad», exclama ante el tribunal Guendelman.

«¿Es para conseguir la cabeza de los acusados que Clara Zetkin ha venido de tan lejos?», pregunta Timofeev.

«¿Dónde están las promesas que hicisteis en la conferencia de las tres Internacionales, en Berlín, prometiendo la independencia del Tribunal y de la defensa», interrogan los acusados, «puesto que once testigos de descargo no son citados ante el Tribunal y permanecen retenidos?»

»Si hemos venido aquí es porque habéis prometido en Berlín, ante el proletariado internacional, y afirmado en vuestra prensa, que los debates serían libres, públicos y abiertos a todos. Pero vuestro honor elástico y vuestra conciencia oscura no os impiden incluso llenar esta sala de comunistas que respiran odio y se manifiestan ávidos de sangre.»

Hay un desdén altivo por la muerte en las palabras que Guendelman dirige a los jueces:

«Desde el momento en que caímos en vuestras manos, estuvimos seguros de ser condenados a muerte... ¡En este banco no oiréis palabras en solicitud de gracia!»

Wauters, en «Le Peuple» de Bruselas, habla en los siguientes términos de los acusados del proceso de Moscú:

«Se hallan sentados detrás de nosotros. Triunfan: se discute su actuación a plena luz. Ellos reivindicán la responsabilidad de sus actos con arrogancia.

»He aquí a Guendelman, el primero en hablar. Se lanza a una ofensiva directa: “Rechazamos vuestro Tribunal. Ha recibido el mandato de condenarnos. Deriva sus poderes de un gobierno semejante al del 18 Brumario, constituido por reincidentes de la delincuencia, vagabundos, rufianes; prostitutas y periodistas venales”.

»Luego habla Timofeev: “No hemos venido aquí para defender nuestras cabezas; éstas pertenecen a la Revolución”.

»Y añade: “Renunciar al sagrado derecho de insurrección: ¡Jamás! Es una herencia sagrada de la Revolución francesa y el derecho imprescriptible de todo partido socialista”.

»También Likhatch, dueño de sí mismo, esperando con desdeñosa mirada a que la multitud cese de vociferar, y Gotz, el líder de lúcido espíritu saludado con injurias, y

Berg, el obrero, que responde a la pregunta: “¿Eres culpable?”.

» “Sí, me reconozco culpable ante la Revolución de no haber hecho suficiente para aniquilar vuestra indeseable dictadura”.»

Martov

¡Abajo la pena de muerte!

(Editado por la delegación en el extranjero del Partido obrero socialdemócrata de Rusia, París, 1919.)

El ensayo de Martov contra la pena de muerte apareció en Moscú en agosto de 1918, poco antes de los atentados contra Uritsky y Lenin, que sirvieron de prolegómeno a la gran ola de «terror rojo» de septiembre.

Su autor, veterano del movimiento social demócrata ruso, es sobre todo conocido como el líder principal de los mencheviques. Aunque su obra es extensa, es poco lo que se conoce de él en lengua francesa^[]; de modo que la traducción de su llamamiento, ¡Abajo la pena de muerte!, puede servir como una primera traducción que podría resultar útil a fin de modificar en parte la imagen deformada que suele dar de este trabajo la historiografía marxista-leninista. Servirá también para demostrar que, cuando Rusia renunció a los principios de 1917, algunos no renegaron de ellos tan fácilmente.*

Martov (Julius O. Tsederbaum) nació en 1873 y murió en 1923. En Petersburgo, se adhiere a un círculo de estudiantes próximo a la socialdemocracia. Un poco más tarde, en Vilno, se convierte en miembro del Bund, Partido obrero socialdemócrata judío.

Al regresar a Petersburgo, encuentra allí a Lenin y participa en el círculo llamado «de los viejos» que, en otoño de 1895, se transforma en «Unión de Lucha por la emancipación de la clase obrera», de la que fue animador con Lenin.

Detenido en enero de 1896, en febrero de 1897 es enviado en régimen de deportación a Turukhash por espacio de tres años. Después de este exilio, y en compañía de Lenin y de Potresov, participa en los «encuentros de Pskov», donde se decide la creación de un centro socialdemócrata, cuyo portavoz será «Iskra». Emigra en 1910 y se convierte en uno de los redactores responsables de «Iskra» y de «Zaria», otro órgano socialdemócrata. Pero rompe con Lenin en el II Congreso del Partido socialdemócrata ruso y llega a ser uno de los principales dirigentes mencheviques.

Forma parte de la izquierda de Zimmerwald y de Kienthal y crea el grupo de los mencheviques internacionalistas, que desempeña un papel notable después de la revolución de febrero en Rusia. Después de octubre, no cesa de denunciar el aventurerismo político de los bolcheviques; es llevado

ante los tribunales en marzo de 1918, por haber puesto al descubierto las oscuras actividades anteriores de Stalin, pero es absuelto. Desde entonces, interviene constantemente en los congresos de los soviets, en los que vitupera los errores del Poder, hasta el momento en que, gravemente enfermo, los bolcheviques, por intervención de Lenin, le dejan partir para el extranjero con objeto de cuidar su salud. Se instala en Berlín y crea, en 1921, el periódico menchevique «Le messenger socialiste», donde se irá denunciando la política criminal de los bolcheviques hasta su muerte, ocurrida en 1923.

Subrayemos que siempre gozó de una reputación de gran honestidad, incluso entre los bolcheviques. Reputación completamente justa, atestiguada por dos ejemplos. Después de la detención de bolcheviques en julio de 1917, intervino cerca del gobierno Kerensky para reclamar su liberación; más tarde, después de octubre, reclama la liberación de esos mismos ministros socialistas, pero esta vez cerca del Poder bolchevique.

A. S.

Camaradas obreros, es al grito de «¡abajo la pena de muerte!» que en tiempos de la dominación del maldito zarismo ibais con frecuencia a manifestaros en la calle. Ese grito, lo inscribíais en vuestros gloriosos estandartes rojos. Ese grito resonaba en el curso de las grandes jornadas de febrero de 1917, mientras se derrumbaban las ciudadelas de la opresión secular, mientras que por primera vez el gobierno de la revolución proclamaba: «¡la pena de muerte está abolida!».

Cuando, en julio del pasado año (1917), el gobierno intentó restablecerla para los desertores, los bandidos y los espías, vosotros protestasteis. Ciertamente que no era por simpatía hacia los desertores y los bandidos, sino porque os dabais cuenta del peligro que para el pueblo implicaba la reinstauración de esa pena, aunque sólo se aplicase a los mayores criminales.

Y, cuando surgió vuestra protesta, en primera línea marchaban los mismos individuos que hoy gobiernan en Rusia. Durante esas jornadas, el Partido bolchevique se dirigió a vosotros, pidiendo que no aceptarais el restablecimiento de la pena capital. Os decían entonces los miembros de ese partido que la pena de muerte es una barbarie cruel que, 'en todos los casos, deshonra a la humanidad. También os decía ese Partido bolchevique, que los socialistas condenan la pena de muerte, el exterminio a sangre fría de criminales desarmados y convertidos en seres inofensivos, que se rebelan contra la transformación de ciudadanos en verdugos que, bajo el mandato de un tribunal, cumplen el acto innoble que consiste en arrebatar la vida a un hombre, incluso a un criminal, porque la vida es el mayor don existente. Ese Partido bolchevique os decía todavía más: «La Iglesia cristiana predica el amor del prójimo y justifica hipócritamente, cuando eso le conviene, la muerte de un hombre por el poder del Estado, por un tribunal del Estado. El socialismo jamás caerá en semejante hipocresía, nunca cubrirá con su religión, la de la fraternidad de los trabajadores, el principio caníbal de la pena de muerte».

Así es cómo hablaban los gobernantes actuales de Rusia. Cuando llegaron al poder, en octubre, decretaron en el II Congreso panruso de los soviets: *La pena de muerte queda suprimida, incluso en los frentes.*

Estas eran sus palabras, palabras que aplaudíais, camaradas obreros, palabras con las cuales compraban vuestro afecto y vuestra confianza. Visteis entonces en ellos combatientes revolucionarios, dispuestos a morir por su ideal, dispuestos a matar a sus enemigos en lucha abierta por sus ideales, pero absolutamente incapaces de ser los verdugos que asesinan, después de una comedia judicial, a criminales inofensivos y desarmados.

Estas eran las palabras, camaradas. Ahora examinad sus actos.

Desde el primer día que subieron al poder, y a pesar de que habían declarado abolida la pena de muerte, empezaron a matar.

A matar a los prisioneros de la guerra civil, como hacen todos los salvajes.

A matar a los enemigos que, después de una batalla, se habían rendido ante la promesa de que la vida les sería respetada. Eso es lo que ocurrió en Moscú en ocasión de las jornadas de octubre, cuando el bolchevique Smidovitch firmó la promesa de respetar la vida de los *junkers* que se rindieran, para luego dejar que los masacraran. Otro tanto ocurrió en Moghilev, donde Krylenko no protegió al general Dukhonin que se había rendido a él y que fue destrozado delante de él por asesinos, cuyos crímenes quedaron impunes. Otro tanto ocurrió en Kiev y en Rostov, en las numerosas ciudades ocupadas por las tropas bolcheviques. Esto se dio también en Sebastopol, en Sinferopol, en Yalta, Eupatorie, Teodosia, donde una banda de bellacos masacró a supuestos contrarrevolucionarios, sin investigación ni juicio, llegando a matar tanto a mujeres como a niños.

Después de semejantes matanzas organizadas, o toleradas, por bolcheviques, el propio Poder se encargó de la liquidación de sus

enemigos. Sobre el papel, la pena de muerte estaba abolida, pero en cada ciudad, en cada distrito, comisiones extraordinarias (checas) y otros comités revolucionarios militares ordenaron el fusilamiento de centenares y centenares de personas. Todos los motivos eran buenos: contrarrevolución, especulación, pillaje.

Ningún tribunal establecía la culpabilidad real de los ejecutados, nadie podía saber si el condenado era responsable de actividades subversivas, de malversaciones o de actos de pillaje. ¿No se trataba más bien de una venganza personal? ¡Por desgracia, ello ocurrió muchas veces! ¡Cuántos inocentes fueron asesinados por estas razones en Rusia! ¡Con la aprobación silenciosa del Soviet de los comisarios del pueblo! Muchos desconocidos aparecen en las checas, desconocidos entre los que se descubren criminales, elementos corrompidos, delincuentes comunes, antiguos provocadores zaristas, y esos desconocidos ordenan fusilar, sin que con frecuencia se sepa (como en el caso de los seis estudiantes fusilados en Petrogrado) quién dio orden de hacerlo^[1]. La vida humana ya no valía nada. Menos aún que los papeles del verdugo que decide destruirla. Menos todavía que la ración suplementaria de pan por la que un mercenario está dispuesto a enviar a un hombre al otro mundo por orden de un indeseable con galones.

Este baño de sangre se hizo evidentemente en nombre del socialismo, en nombre de una doctrina que había proclamado la fraternidad de los hombres como finalidad suprema de la humanidad.

¡Es en tu nombre, proletario ruso, que se lleva a cabo esta sangrienta traición!

Después de haber exterminado a decenas de miles de individuos sin proceso, los bolcheviques procedieron en lo sucesivo a ejecutar..., guardando ciertas formas. En consecuencia, formaron un nuevo Tribunal Revolucionario Supremo para juzgar a los enemigos del Poder soviético.

En la primera sesión del mismo, se dictó una condena a muerte, ejecutada diez horas más tarde. Al instituir este tribunal, los bolcheviques habían ocultado que restablecerían la pena capital, y esto a pesar del decreto del Congreso de los soviets que los abolía. Se guardaron de comunicar al pueblo este plan innoble: crear un tribunal militar de campaña, el cual, igual que el de Stolypin, debe suprimir a todos aquellos que no les agradan. Han reintroducido clandestinamente, como ladrones, la pena capital.

Observando que los fusilamientos chequistas y las ejecuciones sumarias motivaban el odio de todo el pueblo, los bolcheviques decidieron aplicar esta pena tras una parodia de justicia.

¡Pero se trata de una comedia, camaradas! Tales procesos no existen.

Ved cómo fue juzgado el capitán Shchastny^[2].

Se le acusaba de conspirar contra el Poder soviético. El capitán Shchastny lo negaba todo. Pidió que se interrogara a los testigos, entre los cuales señaló a los comisarios bolcheviques encargados de vigilarle. ¿Quiénes mejor que ellos podían saber si conspiraba contra el Poder soviético?

El tribunal se negó a convocar a esos testigos. Le denegó el derecho que cualquier tribunal, excepto el tribunal militar de campaña de Stolypin, acuerda al mayor criminal.

Sin embargo, en este caso estaba en juego la vida o la muerte de un hombre.

La vida o la muerte de un hombre que había merecido la amistad y la confianza de sus hombres —los marinos de la flota báltica— los cuales protestaron contra su detención.

Un hombre que había rendido un gran servicio al pueblo al llevar a cabo una gran proeza: hacer salir de Helsingfors todos los barcos de la flota del Báltico, que de esta forma se habían librado de los guardias «blancos» finlandeses.

No son los guardias «blancos» finlandeses ni los imperialistas alemanes quienes fusilaron a este hombre, sino los socialistas rusos, al menos, algunos que se denominaban de este modo: los señores Medvedev, Bruno Karelin, Veselovsky, Peterson, jueces del Tribunal Revolucionario Supremo. Se negó a Shchastny el derecho acordado a cualquier ladrón o asesino: el de citar a comparecer a los testigos. Ninguno de los suyos fue convocado. Por el contrario, la acusación hizo que compareciera el suyo.

Este testigo era Trotsky.

El mismo Trotsky que, en calidad de Comisario de Asuntos marítimos y militares, había dictado la detención de Shchastny.

Ese mismo Trotsky que, en calidad de miembro del Soviet de los comisarios del pueblo, había ordenado hacer juzgar a Shchastny por el Tribunal Supremo, creado para condenar a muerte.

Y Trotsky intervino en el proceso, no como testigo, sino como acusador. Como tal, llegaría a afirmar: «Este hombre es culpable. Condenadle». Esto, después de haberlo hecho callar, prohibiéndole citar a testigos capaces de aniquilar a la acusación.

No hace falta mucho valor para combatir de este modo a un enemigo a quien previamente se le atan las manos y se les cierra la boca.

Esto tampoco exige un exceso de honor o de nobleza.

No, no se trata de un proceso, sino de una parodia.

No es un proceso cuando la sentencia se pronuncia por parte de jueces que no son sino funcionarios dependientes del Poder. Pues en el Tribunal Supremo no hay jurados populares, sólo hay funcionarios que reciben su salario de Trotsky y de los demás comisarios del pueblo.

No hay proceso cuando, bajo la apariencia del testigo, se presenta el representante del Poder supremo que ordena, como miembro del gobierno: «¡Condenadlos!».

Y no es un proceso aquél que culmina en una pena de muerte, rápidamente ejecutada, antes de que hombres indignados y escandalizados por esta sentencia, que es un asesinato, hayan tenido la menor oportunidad de emprender una iniciativa cualquiera para salvar a la víctima.

Bajo la égida de Nicolás Romanov, en ocasiones, era posible arrancar a un condenado de las manos de su verdugo, o detener la ejecución al demostrar la monstruosa crueldad de la sentencia.

Bajo la de Vladimir Iliánov Lenin, es imposible. Esto no ha quitado el sueño a los hombres y mujeres que dirigen el Partido bolchevique, en momentos en que, en alguna parte, en el silencio de la noche, se ha ejecutado a seres humanos.

Nadie sabe quién mata ni cómo. Como ocurría en el tiempo de los zares, los nombres de los verdugos se ocultan al pueblo. Nadie sabe si Trotsky ha venido a asistir y a ordenar personalmente la ejecución, tras haber organizado totalmente ese simulacro de proceso.

Ahora bien, ¿ha sido él también capaz de dormir tranquilamente, e incluso de llegar a soñar que el proletariado mundial le exalta como a un liberador de la humanidad, como al guía de la revolución socialista mundial?

En nombre del socialismo y en tu nombre, proletariado, algunos locos obnubilados y algunos necios vanidosos, han llevado a cabo esta farsa sangrienta.

La bestia ha lamido la sangre tibia del hombre. La máquina para matar al hombre se ha puesto en marcha. Los señores Medvedev, Bruno, Veselovsky, Peterson y Karelin se han arremangado los brazos para convertirse en carniceros.

El primer paso se ha dado, y ahora el Tribunal Revolucionario enviará al otro mundo a quienes estorben al Partido bolchevique; transformará en cadáveres a tantos hombres como sean capaces de condenar los funcionarios puntillosos y meticulosos en

el curso de ocho horas de cotidiano trabajo. Se empieza con un oficial a quien puede presentarse a las masas ignorantes como un enemigo del pueblo, como un contrarrevolucionario. Luego caen sobre todos aquellos que abren los ojos del pueblo en relación con el funesto orden bolchevique.

Centenares de obreros y de campesinos, centenares de militantes, la mayoría socialdemócrata y socialista-revolucionaria languidece en las prisiones y calabozos soviéticos.

Por una crítica, por una protesta, por haber afirmado abiertamente sus convicciones, por haber defendido los intereses de la clase obrera y del campesinado, esos hombres y mujeres fueron encarcelados. A veces, con ayuda de una justicia sumaria y primitiva, se les mata sin motivo. Y, de cualquier modo, todos ellos corren el riesgo de muerte al presentarse delante del Tribunal Supremo.

Pero la sangre llama a la sangre. El terror político instaurado desde el octubre de los bolcheviques ha extendido por Rusia sus vapores sangrientos. La guerra civil aumenta sus atrocidades, rebajando a los individuos al salvajismo y a la ferocidad. Se olvidan cada vez más los grandes principios de la humanidad verdadera que ha predicado el socialismo. Allí donde el Poder bolchevique es derrocado por las masas populares, o por la fuerza armada, surge a su vez un terror análogo al de ellos, que los golpea. Los soldados de Lutov, de Semenov, de Alexeiv, los Haidamaks ucranianos, las tropas de Skoropadsky y de Krasnov, los destacamentos de Drozdovsk, ahorcan y fusilan. Los campesinos y los ciudadanos que ahuyentan a los bolcheviques de los soviets locales se emplean con ellos del modo más cruel.

La ferocidad recíproca aumenta, y la pesada responsabilidad recae sobre el Partido que ha desacreditado el nombre del socialismo, que potencia la muerte sacrilega perpetrada a sangre fría sobre prisioneros desarmados, ese partido que protesta hipócrita-

mente contra las matanzas de los guardias «blancos» finlandeses mientras que la sangre de los fusilados enrojece la tierra rusa.

La ferocidad de la guerra civil ha ganado ya cualquier rincón de cualquier calle. El comisario bolchevique Volodarsky resulta muerto, víctima desgraciada del contraterror. Dos días más tarde, en el mismo Petrogrado, es asesinado por un soldado rojo el viejo obrero socialdemócrata Vasiliev, que tantos años había consagrado a la causa obrera. Probablemente ese soldado rojo se ha convertido en un asesino porque quería hacer pagar el asesinato de Volodarsky al primer adversario que le cayera bajo la mano.

El Partido obrero socialdemócrata ha protestado siempre contra los asesinatos políticos, lo mismo si son realizados por el verdugo como por un vengador voluntario. Incluso se manifestó contra ellos cuando los revolucionarios mataban a los agentes del zarismo. Ha enseñado a la clase obrera que no era por medio de esos procedimientos, incluso empleados contra los peores enemigos del pueblo, que le sería posible mejorar su destino, sino por medio de los cambios radicales de todo el orden político, de todas las condiciones que conllevan la opresión y la violencia. Todavía hoy previene a los trabajadores y a los campesinos llevados a la desesperación por la violencia del poder bolchevique: no os venguéis en comisarios o bolcheviques aislados, no os enfraquéis en la vía de las matanzas, no quitéis la vida a vuestros enemigos. ¡Contentaos con quitarles el poder que les habéis conferido!

Nosotros, socialdemócratas, estamos contra todo terror, tanto contra el terror desde arriba como desde abajo.

Estamos asimismo contra la pena de muerte, ese medio extremado del terror, es decir, de intimidación, al que recurren todos los gobiernos que no tienen la confianza del pueblo.

La lucha contra la pena de muerte estaba inscrita en el estandarte de todos los combatientes por la libertad y la felicidad del pueblo ruso, de todos aquellos que han combatido por el socialismo.

La historia del pueblo ruso, pródiga en sufrimientos, ha consagrado el cadalso, le ha rodeado de la aureola del martirio. Los mejores hombres de Rusia han subido los escalones del patíbulo, han afrontado los fusiles de los destacamentos represivos. León Tolstoi, Korolenko, Máximo Gorky, toda una serie de escritores y artistas estigmatizaron el acto infame de matar a un hombre atado y desarmado en el nombre de la ley.

Hoy tenemos un partido, que se proclama obrero, socialista y revolucionario, que ataca este odio sagrado del pueblo ruso contra la pena de muerte, que se atreve a reintegrar al verdugo en los cuerpos del Estado, que hereda del zarismo la religión sanguinaria de la muerte por la razón de Estado.

¡Vergüenza a aquellos revolucionarios que por medio de las *ejecuciones* justifican las llevadas a cabo en tiempos de Nicolás y sus ministros, maldecidos por diversas generaciones del pueblo ruso!

¡Vergüenza a quienes, por sus parodias de justicia y por un exceso de terror, hacen palidecer las tareas incalificables de los tribunales militares de la campaña de Stolypin, odiados por el pueblo!

¡Vergüenza al partido que convierte al verdugo en un militante socialista!

En 1910, en el Congreso Internacional Socialista de Copenhague, se decidió luchar en todos los países contra la bárbara pena de muerte.

Esta decisión, camaradas, fue firmada por todos los dirigentes actuales del Partido bolchevique: Lenin, Zinoviev, Trotsky, Kamenev, Radek, Rakovsky, Lunatcharsky. Yo los vi allí, en Co-

penhague, levantar la mano en favor de esta resolución y declarar la guerra a la pena de muerte.

Luego los vi, acto seguido, en Petrogrado, en julio del año pasado, protestar contra su aplicación, en tiempo de guerra, a los traidores.

Y, ahora, los veo aplicando la pena de muerte a troche y moche, contra burgueses y obreros, contra campesinos y oficiales. Observo que exigen de sus subordinados que no cuenten las víctimas, sino que condenen a muerte al mayor número posible de adversarios del Poder bolchevique.

Constato cómo crean clandestinamente, a escondidas, un tribunal especial para pronunciar sentencias capitales, una verdadera máquina de matar.

Entonces digo a esos jueces bolcheviques: ¡Sois mentirosos y perjuros con premeditación!

Habéis engañado a la Internacional obrera al firmar la obligación de exigir en todas partes la supresión de la pena capital, para restablecerla tan pronto como el poder ha ido a parar a vuestras manos. Engañáis a los obreros rusos cuando reinstauráis la pena de muerte al tiempo que les ocultáis que la Internacional obrera la ha condenado como un signo de la barbarie, la cobardía, la ferocidad, la degeneración del orden burgués. Engañáis a los desgraciados letones y a los soldados rojos cuando los enviáis a asesinar a hombres maniatados, ocultándoles los acuerdos de la Internacional obrera, en nombre de la cual gobernáis.

Vosotros, Rakovsky y Radek, habéis engañado a los trabajadores occidentales al afirmar ante ellos que ibais a Rusia a luchar por el socialismo. Los habéis engañado al afirmar que os dirigíais a la Rusia atrasada para llevar el estandarte del socialismo.

De hecho, habéis venido a nosotros para cultivar nuestra antigua barbarie, propia de los zares, para incensar el viejo altar ruso de la muerte, para empujar hasta un extremo todavía desconoci-

do, incluso en nuestro salvaje país, el desprecio por la vida ajena, para organizar, en fin, la obra panrusa de la verdugocracia.

¡Y tú, Lunatcharsky, a quien gustaba dirigirte a los trabajadores y describirles en frases altisonantes la magnificencia de los ideales socialistas, así como la profunda humanidad de nuestras enseñanzas, tú, que mirabas el cielo y cantabas la fraternidad de los hombres en el orden socialista, tú que estigmatizabas la hipocresía de la religión cristiana, que consagraba el asesinato del hombre, y que predicabas la nueva religión del socialismo proletario, tú eres tres veces perjuro, tres veces fariseo, y ello porque, después de volver de la embriaguez de tus banalidades, participas con Lenin y Trotsky en la organización del asesinato, con juicio o sin él!

¡Y todos vosotros, quienes habéis firmado con la Internacional el tratado contra la pena de muerte, todos cuantos os habéis abierto el camino hacia el poder prometiendo a la clase trabajadora la supresión definitiva de la pena capital, todos vosotros habéis renunciado a vuestros principios, plenamente conscientes de vuestros actos, no merecéis otra cosa que el más acerbo desprecio!

«¡No puedo callarme!», exclamó el viejo sabio León Tolstoi al conocer las ejecuciones cotidianas de sentencias de pena de muerte pronunciadas por los tribunales militares de campaña de Stolypin.

¡Obreros de Rusia, León Nicolaevitch os pide también a vosotros que no permanezcáis en silencio en este momento, cuando el verdugo ha vuelto a convertirse en la figura central de la vida rusa! También Carlos Marx os ha pedido que no os calléis, sí, él, de quien recientemente habéis festejado un aniversario. El gran maestro del socialismo era enemigo irreductible de toda la barbarie legada por los siglos pasados, y dejar que, en nombre del

socialismo, en nombre del proletariado, se cumpla la obra del verdugo, equivale a mancillar su memoria.

¡No se puede permanecer en silencio!

La medida que aplicáis os será aplicada mañana. Cuando la locura de los bolcheviques haya agotado las fuerzas de la democracia y lleguen a reemplazarlas las de la contrarrevolución, en favor de las que trabaja el bolchevismo, Rusia será teatro de las mismas atrocidades que se desencadenan actualmente en Finlandia, donde todos los obreros, todos los socialistas, son perseguidos como bestias salvajes. Y entonces, ¡desgraciados de nosotros! Sí, cuando protestemos contra la violencia antiobrera y exijamos de los destructores la salvaguardia del honor y de la vida del proletariado, la burguesía podrá replicarnos: «¡Bajo los bolcheviques, vosotros, obreros, aprobabais idéntica violencia, ejecuciones similares! ¡Pero entonces las ocultabais con vuestro silencio!».

Pero no podemos esperar esa hora. La contrarrevolución reina ya bajo la protección de las bayonetas alemanas en el Don, en Crimea, en Ucrania, en las provincias bálticas. A cada salva de los fusiles bolcheviques dirigidas *aquí* a los adversarios políticos del poder soviético, resuenan *allí* los ecos redoblados de otros fusiles que matan a obreros y campesinos revolucionarios. Los contrarrevolucionarios y comandantes alemanes responden a las protestas obreras: «*Actuamos al estilo bolchevique*».

Por la ejecución de un solo capitán Shchastny, los bolcheviques incitan al asesinato de decenas de obreros y campesinos del sur y del oeste ruso. Pues la sangre llama a la sangre.

«¡Basta!», debe exclamar la clase obrera ante esa riada de sangre.

Ella debe declarar serenamente ante el proletariado del mundo entero que el proletariado ruso nada tiene de común con ese te-

rror, ni con la bárbara pena de muerte tras proceso, ni con la canibalesca ejecución sin juicio.

Decid a vuestros gobernantes que, desde hace tiempo, han perdido vuestra confianza y sólo se apoyan en la violencia descarada, que no son sino perjuros que traicionaron solemnes promesas; que la clase obrera rechaza con desprecio a todos aquellos que tienen algo que ver con la pena de muerte, a todos los verdugos, a sus ayudantes e inspiradores.

Decid a los obreros que aún son miembros del Partido comunista bolchevique —el partido que asesina con proceso o sin él— que no ocupan el lugar que les corresponde en el ámbito proletario, y que sobre ellos recae la responsabilidad de la sangre vertida. Decídselo y demostrádselo rompiendo toda relación con ellos, como se haría en el caso de réprobos o apestados, como se hacía con los obreros miembros de la sangrienta Unión del pueblo ruso.

El partido de la pena de muerte es tan enemigo de la clase obrera como lo fue el de las sanguinarias persecuciones.

¡Que todos los hijos de la clase obrera, ignorantes, ciegos, descarriados o vendidos, constanten que la familia proletaria jamás les perdonará su colaboración con el verdugo!

¡Que cuantos aún no han perdido la conciencia socialista se apresuren a separarse de los Medvedev, Stutchka, Krylenko y Trotsky, de los Dzerjinsky y Sverdlov, de todos aquellos que se ocupan del exterminio del hombre en masa o al detalle!

¡Hay que manifestarse! ¡En nombre del honor de la clase obrera, en nombre del honor del socialismo y de la revolución, en nombre del miramiento que se debe al país natal, en nombre de la deuda contraída en relación con los trabajadores de la Internacional, en nombre de todos los principios de humanidad, en nombre del odio hacia las potencias autocráticas, en nombre del amor por la memoria de los combatientes torturados por la li-

bertad, que en toda Rusia resuene el llamamiento poderoso de la clase obrera! *¡Abajo la pena de muerte!*

¡Llevemos ante los tribunales del pueblo a los verdugos asesinos!

Alexandre Skirda

El contraterror revolucionario: el atentado de Kovalevitch

La represión ejercida por los bolcheviques contra sus adversarios políticos no sólo provocó protestas verbales o escritas. Algunos revolucionarios volvieron entonces a sus antiguos métodos de lucha, tan frecuentemente utilizados contra la autocracia zarista, y de nuevo necesarios a sus ojos ante el absolutismo bolchevique. Los socialistas-revolucionarios fueron los primeros en reaccionar por medio de atentados individuales. Así, el 25 de junio de 1918, Moisés Volodarsky, dirigente bolchevique de Petrogrado, que se había distinguido por su ferocidad respecto a sus adversarios políticos, fue abatido en un rincón de una calle de Petrogrado. Por las mismas razones, cayó bajo las balas de Leónidas Kannegüiser, el 30 de agosto de 1918, Moisés Uritsky, jefe de la checa de Petrogrado. El mismo día, Panny Kaplan, antigua terrorista socialista-revolucionaria, que había descontado once años de prisión, disparó contra Lenin y le hirió gravemente. Después de su detención, Panny Kaplan declaró tener muy meditada desde hacía tiempo la muerte de Lenin, por haber éste traicionado la revolución.

En 1920, la Checa Panrusa hizo aparecer en Moscú el primer tomo del Libro rojo de la Checa Panrusa. Esta obra, publicada bajo la responsabilidad de Makintsian, fue retirada de inmediato de la circulación por razones obviamente comprensibles. En ese primer tomo, figuraban las descripciones, establecidas por numerosos documentos inéditos, de tres importantes movimientos antibolcheviques: la insurrección de Yaroslav, en julio de 1918, provocado por la Unión para la defensa de la patria y para la liberación de Boris Savinkov; la sublevación de los socialistas-revolucionarios de izquierda en Moscú, los días 5 y 6 de julio de 1918, el atentado llamado de Kovalevitch contra la sede del Partido comunista, en Moscú, el 25 de septiembre de 1919.

Examinemos más atentamente este último acto.

He aquí los hechos: Izvestia de 26 de septiembre de 1919 anuncia que: «Los representantes de la región de Moscú del Partido comunista, así como los militantes de Moscú del Partido comunista estaban reunidos ayer tarde en la asamblea del Comité de Moscú del Partido comunista, en la calle

Leontiev. Hacia las nueve de la noche, dos bombas fueron lanzadas por la ventana que da al patio dentro de la sala de la reunión». El atentado se atribuía a un contrarrevolucionario desconocido y, al día siguiente, a guardias «blancos» terroristas.

El edificio donde se celebró la asamblea de los dirigentes bolcheviques es la antigua residencia de la condesa Uvarova y antigua sede del Comité central de los socialistas-revolucionarios de izquierda. Entre los 150 asistentes a la asamblea, hubo 12 muertos y 58 heridos. De los muertos, los más conocidos fueron Zagorsky, secretario del Comité del Partido de Moscú, que presidía la reunión, y Kropotov, miembro del Soviet de Moscú. Entre los heridos figuraban algunas celebridades del Partido: Bujarin, Steklov, Olminsky, Pokrovsky, Yaroslavsky, A. F. Miasnikov (el armenio), Slutsky, Ya. E. Chliapnikov.

Pero después, el atentado fue reivindicado por un «Comité insurreccional panruso», del cual reproducimos el siguiente comunicado^[1]:

«¡Ciudadanos y hermanos!

»En la tarde del 25 de septiembre, en la asamblea del Comité del Partido de Moscú se estaban examinando los medios de lucha contra el pueblo rebelado. Los amos bolcheviques se habían pronunciado unánimes en favor de las medidas más extremas contra los obreros, campesinos y soldados rojos rebelados, los anarquistas y los socialistas-revolucionarios de izquierda, hasta el punto de querer establecer un estado de excepción en Moscú, con fusilamientos en masa.»

En efecto, la situación es muy grave: Denikin marcha sobre Moscú, Yudenitch amenaza Petrogrado, Koltchak ocupa Siberia. Por otra parte, los bolcheviques han conseguido coaligar contra ellos a las restantes corrientes revolucionarias, así como a la inmensa mayoría de los obreros y los campesinos, por sus procedimientos autoritarios y brutales.

De modo que los dirigentes bolcheviques estudian la posibilidad de abandonar Moscú y de refugiarse en Finlandia. Pero los movimientos insurreccionales de los partisanos revolucionarios restablecerán la situación sobre el terreno, aplastando a los generales «blancos».

El comunicado sigue precisando sus objetivos:

«Nuestra tarea consiste en eliminar de la tierra el orden de la comisarocracia y de las checas y en instaurar una federación panrusa libre de uniones de trabajadores y de las masas oprimidas. Debemos instaurarla nosotros mismos desde ahora mismo, sin esperar a la pérdida definitiva de las conquistas de la revolución de octubre.

»La tercera revolución social se aproxima.

»El 17 de junio la Checa y el Tribunal Revolucionario Militar hicieron fusilar en Kharkov a los siguientes insurrectos: Mikhalev-Pavlenkov, Burbyga, Kostin, Polunin, Dobroliubov, Olejnik, Korobko y Ozerov. El 25 de septiembre, los revolucionarios insurrectos los han vengado, haciendo saltar el Comité de los bolcheviques de Moscú.

»El Comité revolucionario panruso de los partisanos.»

De hecho, como se aclaró después, este Comité era emanación de los «Anarquistas clandestinos», que agrupaban una treintena de miembros en Moscú y se distinguían de los restantes anarquistas por su actitud ante el poder bolchevique. Se consideraban como «anarquistas consecuentes»^[2] y se negaban a pactar con el Estado, por muy soviético y revolucionario que pareciese. Llevaron a cabo una propaganda bastante intensa durante los cuatro meses de libertad de que dispusieron, publicando entre otras cosas, aparte del comunicado, los siguientes trabajos: No hay que esperar, La verdad sobre la Macknovichina, ¿Cuál es la salida? y dos números de un periódico: «Anarchia».

Lo esencial de su posición se expresa bastante bien en un llamamiento dirigido a los bolcheviques:

«Estáis en el poder, pero ¿qué ha cambiado? Las fábricas y las tierras siguen sin estar en manos de los trabajadores, sino en las del Estado-patrón. El asalariado, mal fundamental del Estado-burgués, continúa existiendo. Es por esto que son inevitables el hambre, el frío y el desempleo. A causa de tener que “soportarlo todo en aras a un porvenir mejor”, de tener que defender “lo ya conseguido”, ha aparecido un enorme aparato buro-

crático, el derecho de huelga ha sido abolido, los derechos de expresión, de prensa y de reunión han sido suprimidos.

»Habéis engendrado un chovinismo militar rojo, pero ¿qué tiene que defender la clase trabajadora? Decís que la burguesía ha sido marginada y que la clase obrera está en el poder. Nosotros decimos que sólo hay algunos obreros en el poder, pero se trata en realidad de antiguos obreros, separados de su clase. Es elemental que los oprimidos no pueden estar en el poder, incluso si el poder se proclama “proletario”, lo que entonces resulta la más monstruosa de las mentiras. Vais a objetarnos que defendéis también la anarquía, pero que ante todo es necesario aniquilar al enemigo y luego el poder se desintegrará por sí solo.

»Nosotros creemos que podéis tener personalmente, subjetivamente, las mejores intenciones; pero, objetivamente, por naturaleza, sois los representantes de la clase de los burócratas-funcionarios, de un grupo de intelectuales improductivos.

»No hacemos caso de vuestra enseña roja, sino de los hechos, y constatamos que vuestra política conduce a una verdadera reacción en el interior del país. Todavía no hay ningún objetivo alcanzado, ni tenemos nada que defender.

»Llamamos a la insurrección inmediata por el pan y por la libertad y defenderemos la libertad con las armas de la libertad y no con las de la esclavitud.

»La actitud de los anarquistas no puede ser otra que la mantenida en relación con cualquier poder “revolucionario. Aquí reside la diferencia entre el socialismo y el anarquismo. Para nosotros, en tanto que exista un poder, nada cambia. Los bolcheviques lo han comprendido muy bien. Por eso, en su folleto Anarquismo y comunismo, Preobrajensky escribe que sólo los anarquistas se comportan de ese modo, sin hacer concesiones, ni ante los poderes soviéticos ni ante cualquier otro, sólo ellos conservan la fidelidad a sus principios, si bien Preobrajensky considera estos principios como novelescos y “contrarrevolucionarios”.»^[3]

Estas posiciones se separaban de las mantenidas por numerosos anarquistas «legales», o francamente aliados y colaboradores con el nuevo poder.

Tales diferencias serán más fáciles de comprender si se tiene en cuenta que Casimir Kovalevitch, que era obrero ferroviario en los ferrocarriles de la región de Moscú, había vivido algunos meses en Ucrania y participado en el movimiento insurreccional macknovista, habiendo sido testigo de la represión bolchevique. Había regresado de Ucrania, acompañado por una veintena de anarquistas, de los cuales doce eran letones, que también participaron en el movimiento macknovista. Habían organizado en Moscú un sólido aparato, concebido de la siguiente manera: 1. Un grupo de propaganda, editor de los panfletos y del trabajo «La anarquía»; 2. Un grupo de combate; 3. Una imprenta; 4. Un taller para la fabricación de bombas.

El grupo de combate se ocupaba principalmente de las «expropiaciones» para obtener los fondos necesarios para sus actividades. De este modo, habían «expropiado» en Moscú tres bancos del «pueblo»: en la Dimitrovka, en la plaza Tanga y en la plaza Serpukhova. Una parte del grupo se había dirigido también a Tula, ciudad bastante importante, cerca de doscientos kilómetros de Moscú, donde expropiaron el banco. Esta última operación fue puesta en práctica en colaboración con los maximalistas locales. Efectivamente, como ocurrió en el movimiento macknovista, existió una unidad de acción entre ciertos maximalistas y los socialistas-revolucionarios de izquierda. Los elementos más radicales se encontraban hombro con hombro en el nuevo combate revolucionario.

El grupo de los doce letones se marchó a Letonia con una parte de los fondos de este modo adquiridos, con el fin de organizar allí grupos de «anarquistas clandestinos». Los restantes miembros decidieron preparar algo importante para conmemorar el aniversario de la revolución de octubre. Su actuación se adelantó sobre lo previsto, dada la gravedad de la situación y la oportunidad de la proposición de un socialista-revolucionario de izquierda, Tcherepanov, de hacer saltar la sede moscovita del Partido comunista, máxime cuando todos los jefes, Lenin comprendido, debían participar en la asamblea regional del 25 de septiembre.

Dos meses después, por delación, los dos miembros principales de los «anarquistas clandestinos», Kovalevitch y Sobolev, fueron sorprendidos por chequistas. Se defienden con revólveres y bombas, y ellos mismos se suicidan. Otros seis miembros de la organización, cercados en una casa, se hacen volar por los aires. Otros ocho miembros son detenidos por la Checa. Los interrogatorios y sus confesiones quedan reproducidos en el Libro rojo de la Checa Panrusa, y es a base de estos testimonios que hemos podido reconstruir la historia de este movimiento.

Las razones por las cuales el Libro rojo de la Checa fue retirado de la circulación, aparecen ahora de modo más claro. Makintisian, el ingenuo redactor de esta obra, no había comprendido que las amplias citas de los manifiestos, la reproducción de los procesos verbales y de los interrogatorios, así como el conjunto de documentos ponían en evidencia cómo y por qué se habían creado organizaciones revolucionarias de lucha contra el nuevo poder autocrático, dando, por así decirlo, un ejemplo a seguir. Era necesario evitar a cualquier precio aquel contagio. Por otra parte, los métodos de la checa aparecen no menos policiales que los de la Okhrana. La resurrección de los antiguos métodos de lucha revolucionaria y la ambigüedad que hacían nacer sobre la naturaleza del Poder bolchevique, podían obnubilar el espíritu del lector.

La decisión fue tomada, y el Libro rojo de la Checa Panrusa fue rápidamente retirado de la venta y el siguiente tomo jamás apareció. En cuanto a Makintisian, quedó para siempre relegado al olvido.

Para terminar con este aspecto del contrarrevolucionario, publicamos aquí la traducción del último proceso-verbal aparecido en el Libro rojo.

Se trata de la declaración de Donato Andreievitch Tcherepanov, el socialista-revolucionario de izquierda, inspirador del atentado.

Tcherepanov fue detenido el 17 de febrero de 1920 e interrogado aquel mismo día en presencia de Dzerjinsky, el presidente de la Checa, Ksenofontov, Romanovsky y otros chequistas de alto rango:

«1. He organizado con Casimir Kovalevitch el Estado Mayor panruso de los partisanos revolucionarios, al que se habían encomendado como ob-

jetivo esencial toda una serie de actos terroristas. Fue esta organización la que llevó a cabo el atentado de la calleja Leontiev. La preparación, la elaboración del plan y la dirección de la operación me fueron confiados hasta el último momento.

»No tomé parte en el lanzamiento de la bomba, por decisión del Estado Mayor, de lo contrario lo hubiera hecho con gusto.

»Al principio, el tema de este acto terrorista había sido ampliamente debatido entre nosotros. A este respecto se expusieron diversos puntos de vista.

»En primer lugar, había la cuestión de lanzar la bomba en la sede de la Checa, pero esta proposición fue rechazada por las siguientes razones: la Checa y el ciudadano Dzerjinsky no son sino instrumentos, servidores del Partido; por consiguiente, el verdadero responsable era el Partido y no la Checa.

»La asamblea del día 25, al reunir a los principales dirigentes y responsables del Partido ofrecía la ocasión de golpear a los verdaderos culpables, tanto más cuanto Lenin debía asistir.

»Hay que lamentar que las víctimas de la explosión no hayan sido los más importantes dirigentes del Partido y que éstos no se hayan visto seriamente afectados. Según nuestro criterio, este acto debía revolucionar a las masas y enseñarles el camino que debían iniciar los verdaderos revolucionarios: la vía del terrorismo y de los golpes asestados directamente a la cabeza del enemigo.

»A la objeción según la cual muchos simples militantes han sido heridos o se han visto afectados por la explosión, yo replicaré que vuestra Checa ha hecho cosas mucho peores.

»2. Pienso que hay que pasar el poder a las organizaciones profesionales, las cuales podrían actuar solidariamente para elevar el nivel de la producción y satisfacer las necesidades.

»En tiempos de guerra civil y en período de hambre, ésta me parece la única solución. Hay fuerzas suficientes. Basta con hacerlas responsables.

»Todas las organizaciones profesionales se convertirían en órganos del poder y la Unión Panrusa de estas uniones profesionales sería el órgano supremo del poder.

»Que algunas de esas uniones profesionales tengan en este momento tendencias perjudiciales no tiene la menor importancia, pues la conciencia de clase y la ayuda mutua podrán siempre revolucionar a las masas mejor que la violencia bolchevique.

»3. Como en ocasión de la insurrección de julio de 1918 a cargo de los socialistas-revolucionarios de izquierda, sigo afirmando que éstos no deseaban apoderarse del poder, pues hemos estado siempre contra toda dictadura de partido.

»¡El único objetivo de aquel levantamiento era romper el tratado contrarrevolucionario de Brest-Litovks y de arrancar de manos de los bolcheviques el poder dictatorial, para reemplazarlo por el de los soviets! En lo que a mí se refiere, nunca he pensado en la conquista del poder.

»Aunque el Comité central de los socialistas-revolucionarios de izquierda me haya excluido, así como toda la organización de Moscú, sigo creyendo que no tenía derecho a hacerlo así, precisamente porque, en la última conferencia del Partido, una clara tendencia de las organizaciones de provincias se había inclinado en favor nuestro. Puesto que aquella conferencia fue interrumpida por la Checa, ese Comité central no puede ser representativo. Por esta razón, y al margen de los desmentidos que se nos opongan, seguimos considerándonos verdaderos socialistas-revolucionarios de izquierda. (...)

»Sólo lamento que se me haya detenido por traición, y que ello me impidiera ocuparme de vuestros agentes.

*»Lo que actualmente está pasando recuerda la época de Robespierre.»
Es inútil añadir que Tcherepanov no fue perdonado.*

David Charachidze

Henri Barbusse, los soviets y Georgia

(Ediciones Pascal, París (1930), con un prólogo de Karl Kautsky. Reproducimos aquí el capítulo titulado «La insurrección y el terror».)

«Un pueblo que oprime a otro, no es un pueblo libre.»

Esta breve frase de Marx destacaba en el «Rude Pravo» clandestino los días que siguieron al 21 de agosto de 1968, que algunos consideran como fecha de un giro en la política soviética o, en el mejor de los casos, más púdicamente, como «error lamentable». Sin embargo, la insurrección de Budapest fue aplastada por los procedimientos más bárbaros. Algunas decenas de años antes, Georgia, la Colchide de los griegos, pequeño país constantemente arrasado por invasiones, las ocupaciones árabes, persas, turcas e incluso rusa, ya había conocido antecedentes de una violencia posterior, que, aunque se considerara revolucionaria, nada tenía de esto.

Es cierto que, cuando el 25 de febrero de 1921 el II Ejército Soviético, estacionado hasta entonces en Azerbaidjan, atraviesa la frontera georgiana para derrocar allí el único régimen menchevique que había conseguido mantenerse e incluso desarrollarse dentro de las fronteras del antiguo imperio zarista, Rusia no era todavía la formidable potencia militar dirigida por sátrapas sin principios, capaces de utilizar militarmente a centenares de millares de hombres superequipados.

Faltas de los medios más elementales, maldirigidas y abandonadas por las «democracias», las tropas georgianas no ofrecieron gran resistencia a un Ejército rojo aguerrido por los años de guerra civil. Este hundimiento no significaba, sin embargo, un alineamiento de las masas georgianas junto al Poder bolchevique, sino todo lo contrario. Años más tarde, el entonces secretario del Comité central del Partido comunista de Georgia, Beso Lominadze, haría notar: «Muestra revolución tuvo que empezar con la conquista de Georgia por medio de las bayonetas del Ejército rojo que los patriotas georgianos consideraban como una fuerza exterior extranjera. La propia revolución soviética se presentaba como una ocupación de Georgia por las tropas rusas» (citado por D. Charachidze,^[1] pág. 129). La «insurrección de los obreros y los campesinos», pretexto presentado por Moscú para justificar su intervención armada, ha perseguido largo tiempo.

Desde hacía ya muchos meses el peligro de una Georgia «base avanzada del imperialista» era insostenible, si es que tal argumento lo había sido

alguna vez...^[2] Pero ello bastaba para abandonar a su suerte a un país que Lenin consideraba «de una importancia capital para la cobertura del comercio exterior de Rusia», y cuya capital, Tiflis, era el centro neurálgico de los ferrocarriles de Transcaucasia, cuyo principal puerto, Batum, era la salida natural del petróleo de Bakú y muy rico en reservas minerales. Antes de 1917, Georgia era una de las primeras exportadoras de manganeso.

Después de la victoria de las tropas bolcheviques, un Comité revolucionario, formado desde el anuncio de la «insurrección», ejerce función de gobierno. Compuesto por viejos militantes reducidos hasta entonces a desempeñar un papel secundario en su país^[3], debido a la hostilidad declarada de la población y apoyándose tan sólo en algunos millares de militantes^[4], entre los cuales era muy difícil distinguir al comunista del mero oportunista, tendrá que resistir como pueda ante Moscú al objeto de salvar una apariencia de autonomía y de procurar, sin grandes posibilidades de éxito, establecer un poder soviético auténticamente autóctono. En Georgia eso resultaba verdaderamente difícil.

Desde el comienzo del siglo XX, la socialdemocracia había logrado allí una sorprendente implantación que, en espacio de algunos años, se transformó en una hegemonía política e ideológica que la represión de la okhrana zarista jamás pudo quebrantar. Surgida de una nobleza empobrecida^[5], que había hallado su camino de salvación en las universidades, encontró gran eco en la clase obrera dispersa, pero dinámica. A partir de ahí conquistó al campesinado (80 por ciento de la población), cuyo descontento llegaba al paroxismo^[6]. Para Georgia, 1905 fue más que en cualquier otro sitio «un ensayo general». El país en su totalidad entró en secesión y la socialdemocracia amplió más todavía su influencia. Entre mencheviques y bolcheviques las cosas quedaban zanjadas. El regreso de Noel Jordania^[7] a finales 1905 culminó un proceso en el que las filas bolcheviques se fundieron como la nieve bajo el sol. Los amigos de Lenin jamás se recobraron de este desastre.

Febrero de 1917 los halló dispersos por el Imperio, con frecuencia en Siberia, donde numerosos mencheviques compartían su suerte. Demasia-

do débiles para actuar de manera autónoma, intentarán caminar una parte del camino en compañía de sus hermanos enemigos. El idilio será corto. Ejerciendo el poder hegemónicamente, los mencheviques condenan octubre de 1917, que consideran un golpe de Estado. A partir de este momento puede considerarse que la ruptura de los dos países es un hecho. El 26 de mayo de 1918, el Seim (Asamblea constituyente) proclamada la independencia. Por espacio de tres años y a pesar de inmensas dificultades (ocupación alemana y británica, peligro turco, marasmo económico, debido a un aislamiento que separaba a Georgia de su socio tradicional, la propia Rusia, y entregada a una guerra civil que la privaba de todo crédito), los mencheviques intentarán una experiencia original. Esos tres años son testigos de la realización de vastas reformas de estructuras: la nacionalización de los ferrocarriles, de la gran industria y de la exportación de minerales, un esfuerzo importante en el campo de la educación^[8], leyes sociales avanzadas y reforma agraria.

Esta reforma, inscrita desde largo tiempo en el programa socialdemócrata, era la piedra de toque de todo avance político y económico en un país esencialmente campesino. Ella permitirá la formación de una importante clase de pequeños y medianos propietarios que, al lado de la clase obrera, será uno de los apoyos más firmes del régimen menchevique. Más de 800.000 hectáreas de tierras fueron confiscadas, unas 920.000 distribuidas, aunque el proceso estaba lejos de haber culminado. (D. Charachidze, pág. 81).

Georgia conocerá bajo los bolcheviques, durante casi dos años, desde febrero de 1921 a octubre de 1922, un régimen de transición a un nivel insostenible. La dimisión del Comité central del Partido comunista georgiano en octubre de 1922, señala la victoria de los estalinistas, quienes, bajo la dirección de Ordjonikidze, renuevan por completo el personal político y se lanzan a una política represiva que pronto convierte la atmósfera en irrespirable. La GPU, que el señor Henri Barbusse tanto ama^[9], se convierte en dueña incontestada de un país cuya precedente dirección lo había, cuando menos, preservado del terror sistemático. Aunque en las ciudades la situación haya mejorado en lo económico, los campos se enfren-

tan con dificultades insuperables: una «reforma agraria» promulgada en 1923 es la ocasión para reprimir a los campesinos que no sostienen el régimen, los impuestos exorbitantes (peores que los que abrumaban a los campesinos rusos) acentúan el descontento de las clases campesinas que continúan organizadas por una socialdemocracia más poderosa que nunca. La insurrección, aunque destinada al fracaso por la desproporción de las fuerzas militares en presencia, estaba implícita en los hechos. No por azar se extiende a las regiones más avanzadas políticamente, como la Guria, la cual, desde 1903 a 1905 se había proclamado «República campesina democrática».

Panait Istrati, escritor simpatizante de la Oposición de Izquierdas, escribirá después de una visita a Georgia, parafraseando el título de libro de Henri Barbusse:

*«He aquí lo que se hace con Georgia
Pobre hombre^[10].»*

Charles Urjewicz

Para atenuar el carácter brutal de la conquista de Georgia, H. Barbusse dice a sus lectores: «Es indispensable, para poner sobre la mesa todos los elementos del problema, hacer constar en primer lugar que la Georgia comunista no tuvo en principio ninguna relación con Rusia. Al cabo de año y medio, Georgia se federó con Armenia y con Aberbaidján, y *luego consideró necesario unirse con Rusia y Ucrania* por convención especial, quedando estipulado que tenía derecho a retirarse de la Unión (Art. 4 de la Constitución de la Unión)» (pág. 126).

¡Cuántas frases, cuántas falsedades históricas, puestas al servicio del imperialismo soviético! Georgia, incluso la «Georgia comunista», no se «federó nunca con Armenia ni con Aberbaidján». Fue el Poder de Moscú el que, por decreto de su Comité central, adjudicó la Transcaucasia a un organismo burocrático de administración, al que puso la etiqueta de «Federación transcaucasia-na». No sólo el pueblo georgiano, ni ningún otro pueblo transcaucasiano, supo nunca nada sobre esta decisión, antes de hacerse pública, ni la aceptó jamás, sino que incluso fue tomada a expensas de los *propios comunistas georgianos, cuya mayoría —especialmente los que eran a la sazón miembros del gobierno y del Comité central georgiano— se opuso enérgicamente*. Esta lucha de los comunistas georgianos contra Moscú se envenenó hacia 1922, época en que la R.S.F.S.R. se transformó en U.R.S.S.

Según la reforma de la Constitución soviética, elaborada en Moscú, siempre *sin participación de los comunistas georgianos*, la República soviética georgiana entraba en la Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas, pero no en pie de igualdad con Ucrania, Rusia Blanca y R.S.F.S.R. sino formando parte de la Federación Soviética de la Transcaucasia. Cuando el proyecto de nueva constitución fue sometido al Comité central comunista georgiano, este último lo rechazó por mayoría, calificó de «nacionalismo gran-rusc» y de «colonialismo» la política de Moscú y pidió que se salvaguardase el atributo de «independencia» de Geor-

gia. Una lucha peliaguda se entabló entre Moscú y Tiflis, lucha que debía culminar con la derrota de los comunistas «nacionales» georgianos. Quedaron destituidos de los puestos del gobierno y del Comité central georgiano, e incluso expulsados de Georgia. Moscú los hizo reemplazar por sus fieles y, sólo después de ese pequeño golpe de Estado, pudo llevarse a cabo la decisión moscovita respecto a la entrada de la Georgia soviética en la U.R.S.S. Los documentos relacionados con todas estas luchas han sido publicados desde 1923 en ediciones socialistas europeas (entre otras en «Vie socialiste», de París); se halla la confirmación de los mismos en el libro reciente de Trotsky, publicado en francés: *La Révolution défigurée*, Ed. Rieder, París, 1929.

En consecuencia, si «se ponen sobre el tapete todos los elementos de la cuestión», se llega a constatar que Georgia jamás tomó la decisión de «unirse a Rusia», ni jamás acordó ninguna «convención especial» sobre ese punto. No sólo el pueblo georgiano no fue consultado sobre la «unión con Rusia», sino que Moscú no consiguió incorporar a Georgia en el organismo de la URSS, sino después de quebrantar por la violencia la resistencia de los comunistas georgianos que se oponían a ella con vigor.

Hay aquí un hecho muy característico de la situación en Georgia después de su conquista por la Rusia soviética: la voluntad de recobrar la independencia de su país es tan fuerte en las masas populares georgianas, que ha llegado incluso a influenciar la mentalidad de la sección georgiana del Partido comunista Panruso. Esta voluntad unánime de la nación hallaba su manifestación directa en la lucha irreductible que conducía todas las clases sociales contra los poderes de ocupación, desde el momento mismo de la invasión. Moscú respondió por medio de un terror implacable, cuyas primeras víctimas fueron las masas obreras y campesinas. Llegó incluso a tomar un carácter especialmente feroz a partir de 1923; se encuentra una descripción detallada del sistema de terror aplicado, en este período, contra el movimien-

to popular en Georgia, en el informe citado ya en diversas ocasiones, del Comité central georgiano: «Ya a principios de 1923», informaba el documento al Congreso comunista de 1924, «el Comité central ha sancionado la aplicación de la pena de muerte a toda una serie de mencheviques». Y continuaba: «En el mes de enero y de febrero, decenas de dirigentes del Partido menchevique han sido deportados fuera de Georgia. En el mes de mayo lo fueron otros 80...» «En enero, en marzo, abril, mayo y junio, la Comisión extraordinaria (la Checa) procedió a operaciones en masa cuyo objetivo era apoderarse de los militantes ilegales del Partido menchevique. La última operación de detenciones masivas se llevó a cabo en el mes de junio» (pág. 5). Y para resumir la obra sangrienta efectuada en 1923 por la Checa en Georgia, el informe cita las siguientes palabras de dos jefes moscovitas: «El camarada Trotsky, que estuvo recientemente en Tiflis (1924), hizo el siguiente juicio sobre la situación en Georgia: “En 1922, Stalin me decía: ‘Hay que revolver a Georgia de arriba abajo para aniquilar la fuerza del menchevismo’. Actualmente, se puede considerar esa tarea como terminada. Georgia ha sido trabajada hasta el punto de que el menchevismo no pueda subsistir”.» («Matériaux», pág. 5.)

En la misma época en que se practicaba ese «revolver de arriba abajo» el cuerpo vivo de la nación georgiana, la vida económica y social del país se veía reducida a un estado de devastación, miseria y hambre, análogo al que reinaba en la Rusia soviética: la actividad industrial y agrícola decrecía de modo vertiginoso, el paro y el hambre hacían estragos en las ciudades, la agricultura ya no tenía mercados para sus productos y, por su parte, la población rural no podía adquirir los productos industriales. La ruina general empujaba a las masas a la resistencia y, habiendo el terror sangriento impedido la posibilidad de cualquier movimiento pacífico, las masas comenzaban a orientarse fatalmente hacia medios violentos de lucha. Desde 1922, la provincia de

Svaneti estuvo por espacio de meses en estado de abierta insurrección contra las autoridades de ocupación. Otra provincia montañosa, la de Khevsureti, siguió su ejemplo en el curso del otoño del mismo año. Y, si esos levantamientos locales no se extendieron al resto del país, ello se debió a la influencia de las organizaciones socialdemócratas que utilizaron toda su autoridad para mantener a las masas obreras y campesinas en los límites del movimiento pacífico. Sin embargo, al duplicarse la intensidad del terror, a la vez que se intensificaban la ruina y la miseria, el espíritu insurreccional arrastró a las propias organizaciones.

El pueblo georgiano intentó el esfuerzo de romper la presión de las bayonetas extranjeras que le habían traído la ruina y la esclavitud, para recobrar el control sobre su destino.

En la noche del 27 al 28 de agosto, se declaró un importante levantamiento en *Tchiaturi, el centro industrial 'mas importante del país, el de la explotación de manganeso*. El 28 de agosto por la mañana, el poder estaba en mano de los insurrectos, en su mayor parte obreros de las explotaciones de manganeso. A la noche siguiente, toda Georgia occidental se levantaba, es decir, la provincia de Gurie, los dos distritos de Mingrelie, toda la Imeretie, los distritos de Ratcha, de Letchkumi, Svaneti... Jamás un poder había revelado tal debilidad, se había manifestado tan desprovisto de raíces en el pueblo como el Poder bolchevique de Georgia. Tampoco jamás un movimiento popular había dado tales pruebas de unanimidad y disciplina. Doquiera en las zonas rurales, el pueblo, en pocas horas, había derribado a las autoridades soviéticas y casi sin esfuerzo, sin ocasionar víctimas. Los representantes del gobierno soviético fueron puestos a buen recaudo, pero, y ello se deduce del testimonio de los propios comunistas prisioneros, no se perpetró ningún acto de violencia o de venganza. El movimiento se extendió asimismo a la Georgia oriental, pero, en las ciudades principales donde estaba concentrado el ejército y las numerosas checas, los bolcheviques se mantuvieron dueños de la

situación. Regimientos rusos, trenes brindados, aviones, artillería y caballería, destacamentos de comunistas, formaciones de la Checa, todos estos elementos se pusieron en movimiento y fueron lanzados desde Tiflis y Batum contra las provincias insurrectas. La insurrección fue ahogada en sangre.

Se conocen los procedimientos utilizados por los bolcheviques contra un movimiento popular: no se contentan con aplastarlo físicamente. Necesitan también desacreditarlo, calumniarlo, mancharlo moralmente ante los ojos del extranjero. H. Barbusse se dedica a esta tarea poco honorable cinco años después del levantamiento georgiano. Si bien no toma de nuevo la tesis inicial bolchevique y no habla ya de «aventura de antiguos nobles» y de «oficiales de zar», si bien deja incluso entrever que se trataba del movimiento campesino, «algunas escaramuzas que duraron dos o tres días en las *«regiones campesinas de Georgia occidental»* (subrayado por mí), alejadas del centro...” (pág. 138), no deja por eso de mantener la fábula de la organización de la insurrección por los emigrados georgianos residentes en el extranjero. Para persuadir a sus lectores, reproduce cuanto las checas moscovitas habían inventado al respecto; llega incluso a repetir la fábula de «los billetes de bancos franceses», que se habrían hallado en la caja de la «Comisión paritaria» que estaba a la cabeza de la insurrección (pág. 133). Esta vil calumnia, lanzada por Moscú en 1921, fue destruida desde 1925, en el curso del proceso intentado en Tiflis por los bolcheviques para «juzgar» a los miembros de la citada Comisión. En su discurso de defensa, el acusado G. Adjaparidze, uno de los representantes de la «Comisión paritaria», prestaba ante los «jueces» bolcheviques la siguiente declaración: «Por otra parte, debo señalar aquí un hecho ridículo. En aquel tiempo, los periódicos rusos hablaron mucho de varios millones de francos-oro que se habrían hallado en el momento de la detención de Kote Andronikachvili (presidente de la Comisión paritaria). Se trataba de 860 rublos, en antiguas mone-

das rusas de oro. Para convencerlos, os ruego que consultéis la página 210 del tomo II (del sumario) que contiene el acta de declaración de Kote Andronikachvili. Y esta suma ha sido utilizada para hacer frente a las necesidades de todos nosotros, de acuerdo con la orden del ciudadano fiscal del Estado»^[11].

Pero el argumento fuerte de H. Barbusse en relación con el caso es la tesis sobre la insurrección georgiana de la delegación de las Trade-Unions británicas que visitó Rusia y Georgia en 1924. Para dar al informe de los delegados ingleses más valor del que en realidad tuvo, el autor francés intenta hacer pasar al señor Purcell y sus colegas como «trabajadores ingleses y *antibolcheviques notorios* (subrayado por mí), enviados en misión a Rusia» (pág. 133). Y, en su artículo «A propósito de Georgia», publicado en «Monde» del 14 de septiembre de 1929, presenta nuevamente al señor Purcell y a sus amigos como una «importante delegación del Partido Laborista».

Ahora bien, H. Barbusse no puede ignorar que aquellos a quienes califica de «antibolcheviques notorios» son y eran ya antes de su viaje a Rusia, declarados *bolchevizantes* que no ocultaban su adhesión a Moscú y que se esforzaban por situar a las Trade-Unions, así como a todo el movimiento sindical europeo, bajo la égida de la tercera Internacional. Tampoco debe ignorar que el Partido Laborista jamás envió al señor Purcell y a sus colegas «en misión a Rusia»; tampoco es cierto que su informe fuera nunca aprobado por el Partido Laborista inglés, ni por ningún otro partido socialista europeo. Por el contrario, el informe de la delegación Purcell provocó una indignación general en el mundo socialista. Baste recordar que el representante calificado de la Internacional socialista, Friedrich Adler, fustigó tal informe en un trabajo especial, aparecido en diversas lenguas. He aquí lo que el secretario de la I.O.S. escribía en lo concerniente al capítulo de Purcell sobre Georgia: «Este capítulo sobre la Transcaucasia y Georgia es de inestimable valor para la política imperialista de

Gran Bretaña y de los demás Estados capitalistas, puesto que no hay ningún argumento del imperialismo que no quede, en ese capítulo, sancionado por todas las bendiciones y sanciones del movimiento sindical británico. Desde las pequeñas perfidias contra los “jefes que viven confortablemente en París” (pág. 212) hasta el abandono completo del derecho de *libre disposición de los pueblos*, puede encontrarse en ese capítulo todo lo que el gobierno imperialista puede apetecer en materia de argumentos para su política de conquistas^[12]. Se comprenderá fácilmente que H. Barbusse cite en apoyo de sus tesis imperialistas el informe de la delegación Purcell: ¿no ha llevado esta última su investigación en Rusia y en Georgia con el mismo espíritu y aplicando los mismos métodos que el propio H. Barbusse? Pero representa una incalificable deslealtad el querer justificar ese «documento ignominioso» (Fr. Adler, pág. 19) con la autoridad de uno de los principales partidos de la Internacional socialista.

Consideramos superfluo insistir sobre el carácter popular de la insurrección georgiana. Existe toda una literatura bolchevique dedicada al estudio preciso de las causas económicas del movimiento de agosto de 1924^[13].

Si H. Barbusse se hubiera tomado el trabajo de informarse algo de la misma, hubiera visto que, incluso para los propios bolcheviques, se trataba de un movimiento de masas campesinas, profundamente enraizado en las condiciones económicas y políticas creadas por el régimen moscovita en Georgia. También habría visto hasta qué punto es absurdo atribuir semejante acontecimiento a influencias procedentes del extranjero.

Por otra parte, basta echar una ojeada sobre los procedimientos y número de víctimas de la represión del movimiento insurreccional para no dudar un solo momento de su carácter de masas.

Pero H. Barbusse nos asegura que «se ha exagerado ante la opinión pública, la rebelión. También se ha exagerado la represión...» Esta vez cita, en apoyo de sus palabras, a un testigo que habitualmente gusta de no mostrarse en público y que, aun hallándose bajo la protección de un Henri Barbusse, no desvela su anonimato, Todos sabrán estimar en su justo valor la imparcialidad y la objetividad de ese testigo cuando se sepa que se trata de un elevado personaje de la checa de Tiflis. «¡Tres mil ejecutados», nos dice por medio de la pluma de H. Barbusse, con un tono de cándida indignación. «¡Tres mil ejecutados! La cifra da risa. Si se exceptúan los bandidos (como los que, en 1924, atacaron un tren) y los que murieron directamente con las armas en la mano, en la guerra, nos encontramos en presencia de una lista de apenas algunos nombres» (pág. 146).

Póngase ahora atención a lo que decía, algunos días después de las ejecuciones de agosto-septiembre de 1924, Kakhiani, hoy secretario del Partido comunista georgiano. La «Rabotchaia Pravda», periódico ruso de Tiflis, reproducía, en el número 11 de septiembre, el texto de su informe oficial sobre la insurrección, expuesto en una reunión pública en Tiflis. Allí se leía lo siguiente: «... Los mencheviques han demostrado su debilidad y poco carácter. Se trata de “invertebrados”, que hicieron un levantamiento democrático siguiendo las reglas democráticas, y que fueron incapaces de matar a ninguno de nuestros camaradas, *aunque a ellos los hayamos fusilado por centenares y que hayamos ejecutado miembros de su Comité central*».

El personaje de la Checa, de quien H. Barbusse da una descripción idílica, ¿ha mentido o no, al reducir la cantidad de ejecutados en «una lista de apenas algunos nombres»?

Las ejecuciones empezaron el 28-29 de octubre, en el momento en que los poderes bolcheviques no habían capturado todavía a ningún rebelde. Se trataba, pues, de prisioneros sin la menor defensa, detenidos desde hacía tiempo, los que la Checa

entregaba a la muerte. Desde los primeros días se publicaron dos o tres listas de ejecutados, comprendiendo nombres de dirigentes socialdemócratas bien conocidos, mezclados con los de víctimas de origen noble. Estas listas, en las que se simbolizaba la alianza de los socialdemócratas con los antiguos nobles y oficiales del zar, fueron transmitidas por la agencia moscovita a la prensa occidental, como confirmación de la leyenda de la «aventura reaccionaria» ya lanzada por Moscú. Pero, enseguida, dejaron de publicar nombres de víctimas, aunque sin por ello interrumpir los asesinatos. Por el contrario, se dio orden a todas las checas locales de exterminar. De este modo, y durante varias noches, se mató en todas partes a prisioneros sin defensa, que además no tenían ninguna relación con los acontecimientos; se mataba sin confeccionar listas, sin rendir cuentas, ni siquiera para uso interior. Cualquier menchevique, cualquier sospechoso que un bolchevique encontraba en las calles de Tiflis corría el riesgo de ser detenido, llevado a la checa para ser fusilado aquella misma noche. Así fue cómo se ejecutó cobardemente, entre buen número de otros muchos militantes, al viejo obrero Vaso Tsabadze, uno de los pioneros del movimiento socialista en Georgia, entonces funcionario soviético en provincia, quien, por un azar fatal para él, llegó a Tiflis en viaje de servicio, al comienzo de la insurrección.

En los *Vérdugos*, H. Barbusse relata con indignación que, en los países balcánicos «se condenaba a muerte a hombres y a mujeres porque habían dado asilo a fugitivos buscados por la policía» (pág. 45). En Batum, una obrera, llamada Agath Gordeladze, fue fusilada por la única razón de haber dado asilo a su cuñado, Víctor Tsenteradze, igualmente obrero, buscado por la Checa y fusilado, también él. Doce prisioneros enfermos fueron sacados del hospital de la prisión de Metekhi para ser fusilados aquella noche. Ninguna provincia georgiana quedó exenta de las ejecucio-

nes en masa que tuvieron lugar durante aquellas horribles jornadas.

Solamente en un pueblo de Ruis si, en Karthli, las bandas de chequistas asesinaron a más de 30 personas de una familia cuyo apellido era Paniachvili: hombres, mujeres, niños, sin ni siquiera respetar a niños de tres años...

En Mingrelia, la Checa, al no dar abasto en su sangriento cometido, llamó en su apoyo a las tropas rusas de represión, para matar de una vez a centenares de personas.

En la prisión de Thelavi, en Kakhétie, se organizó una verdadera noche de San Bartolomé...

Aunque lo cierto es que el verdadero número de víctimas debe ser ignorado por la propia Checa, puede afirmarse sin temor a error que sobrepasó ampliamente la cifra de 3.000. Hemos podido identificar hasta 200 nombres de prisioneros ejecutados en Tiflis, 100 en Tchiaturi, y hasta 600 en otras provincias. Sin embargo, esas cifras sólo representan una parte de los fusilados. Cientos de nombres nos faltan, tanto en Tiflis como en Tchiaturi. En cuanto a las provincias alejadas del centro, como la de Mingrelia, Ratcha, Letchkumi y otras, sólo se han podido obtener en este aspecto informaciones casuales.

Para completar el cuadro de las matanzas durante las jornadas de la insurrección, reproduciremos el extracto de un documento significativo en muchos conceptos; se trata del discurso de defensa de Kote Andronikachvili, presidente del Comité insurreccional, discurso que pronunció ante los jueces bolcheviques en 1925. Un cierto «Comité de independencia de Georgia», llamado «paritario», compuesto por representantes de tres partidos políticos georgianos, se hallaba a la cabeza del levantamiento. Todos sus miembros fueron capturados por la Checa a principios de septiembre de 1924, en el momento en que la insurrección sólo había sido parcialmente reprimida. Cinco de ellos fueron lleva-

dos a la checa de Tiflis. Por la razón que más adelante se sabrá, no fueron ejecutados. Un año después de la insurrección, fueron llevados ante un «Tribunal especial». En el curso del proceso, conocido con el nombre de «proceso del Comité de la independencia», su presidente Kote Andronikachvili, viejo militante socialista, que había sido condenado a presidio por el tribunal del zar^[14], hacía ante los jueces bolcheviques el siguiente relato: «Sufrimos una derrota. El Comité de independencia fue capturado en su totalidad. Nos hicieron prisioneros en los bosques de Chio-Mghvimi, donde nos habíamos refugiado. Nos condujeron a Tiflis: a mí, a Jason Djavakichvili, Mikh. Botchorichvili y G. Djinoria. Mikh. Ichkneli fue detenido en Tiflis y conducido a la Zakheca (Checa transcaucasiana). Cada uno de nosotros fue aislado y encerrado en sótanos de la checa. Ni que decir tiene que sabíamos que no nos iban a dar cuartel, de modo que estábamos dispuestos para la ejecución. En mi celda entró el presidente de la Zakheca, Moguilevsky, para proponerme que hiciera una declaración según la cual el Partido socialista georgiano habría cometido una falta, organizado una aventura para arrastrar a ella al pueblo. Para mí resultaba evidente que semejante declaración, humillante para el Partido socialdemócrata, aun salvándome de la muerte, sería utilizada por los comunistas. De manera que respondí con una negativa categórica. Algunos instantes después volvió Moguilevsky. Reiteró la invitación pero le di la misma respuesta. La conversación se mantenía en voz alta y era oída por mis camaradas. Moguilevsky se marchó irritado, dando un portazo y, cinco minutos después, me llevaron desde la celda a una gran estancia ocupada por empleados de la Checa. En un rincón y de pie, con las manos atadas con una cuerda, se hallaban J. Djavakichvili, Djinoria y Botchorichvili. A alguna distancia de ellos y con gran sorpresa por mi parte, percibí a George Tsintsadze^[15], también maniatado. Me quitaron el abrigo y me ataron. Me pusieron al lado de Djavakichvili, Botchorichvili y Djinoria. Jason

Djavakichvili se dirigió a mí en los siguientes términos: «Hay que encontrar una salida a esta situación». Y le contesté: «Todo está terminado. Me han propuesto declarar públicamente, en nombre del Partido socialdemócrata, que el movimiento era sólo una aventura organizada por el Partido; me he negado». Djavakichvili me respondió: «Beria, vicepresidente de la checa de Georgia, propone al “Comité de Independencia” hallar una salida a la situación actual». «Ignoro de qué salida habla Beria» — respondí—, «pero no me opongo a que nos hagan saber en qué consiste su proposición.» A petición de los detenidos, llevaron a los prisioneros maniatados al departamento del presidente de la Checa donde el llamado Beria les habló del siguiente modo: “Estáis vencidos, aunque algunos combates aislados se mantienen aquí y allá. Ciertamente, llegaremos también a exterminar a estos destacamentos, pero será necesario derramar sangre en vano. Sois vosotros, el Comité, quienes podéis detener a esos destacamentos armados. Haced una declaración y recomendad a esos grupos aislados que nos entreguen sus armas. Por nuestra parte no haremos nada a nadie y *detendremos igualmente las ejecuciones en masa*”. Después de semejantes declaraciones comprendimos con toda evidencia que nuestro cometido no había terminado...

Las negociaciones entre los hombres políticos en el umbral de la muerte y sus vergüdos, continuaron:

«Estábamos todos sentados, con las manos atadas (contó Andronikachvili a los jueces), y en estas condiciones continuamos las conversaciones. Sólo nos desataron las manos hacia la mitad de esas conversaciones... Djinoria, por haber sido detenido en Georgia occidental, estaba al corriente de la situación en esas regiones; tampoco ignoraba lo que ocurría en la de Tiflis. Por ello, nos hizo una breve exposición en la que señalaba que el número de detenidos era considerable, que las detenciones continuaban, que se fusilaba en masa, y que siempre había más que esperaban su turno: él mismo había sido testigo de esos hechos.»

Los condenados a muerte aceptaron la proposición de los verdugos de firmar la declaración, siempre que se diese inmediatamente la orden de interrumpir las ejecuciones en masa...

«Beria nos respondió», prosiguió Andronikachvili: «“Si el Comité está de acuerdo en publicar esa declaración, al instante y en vuestra presencia, el gobierno dará en todas partes la orden directa de interrumpir las ejecuciones”. A mi pregunta de si la decisión de la Checa sería aprobada por el gobierno, respondió: “Lo que se decida en este departamento será al mismo tiempo la decisión del gobierno”.»

Es necesario decir que asistían a esas conversaciones además de Beria, Moguilevsky, presidente de la checa transcaucasiana y Moroz, uno de los hombres más poderosos y más crueles de la GPU de Moscú.

El acuerdo fue concluido. «Debo confesar, en honor a la verdad», añade Andronikachvili, «que el gobierno mantuvo su promesa: conozco hechos innegables que certifican que la noche misma en que firmamos la declaración (era el 4 de septiembre, después de las 3 de la mañana) en Batum, Tiflis, Signakh, centenares de prisioneros, a punto de ser fusilados, evitaron la ejecución.» En cuanto a la «declaración», obtenida al precio de la sangre, la Checa pidió, además, a los miembros del «Comité de la Independencia» que calificaran como «aventura el movimiento de agosto y que proclamaran que eran las capas elevadas de la nación quienes habían participado en el mismo».

«Para nosotros fue penoso aceptar esas proposiciones», dijo Andronikachvili a sus jueces: «De ese modo pronunciábamos contra nosotros mismos una sentencia de muerte política; condenábamos como consecuencia al propio movimiento, puesto que sabíamos que los comunistas utilizarían ampliamente nuestras declaraciones, cosa que ya han hecho... pero hemos preferido salvar, al precio de palabras como “aventura” y “capas supe-

riores de la nación”, lo que todavía podía ser salvado, tanto más cuanto que cualquier georgiano, al juzgar atentamente la situación, comprendería bien de qué se trataba; y las palabras “aventura” y las otras “capas elevadas de la sociedad” no cambian en nada el movimiento de agosto ni disminuyen la importancia de ese movimiento popular y de masas.»

Este relato, que tomamos del informe estenografiado del discurso de Kote Andronikachvili, levanta una punta del velo que oculta a los ojos del extranjero los procedimientos inmorales y pérfidos aplicados por la Checa en Georgia contra el movimiento de masas, así como contra los prisioneros políticos.

Ante todo, interesa constatar que, en el interior de la checa y en la sala de un «tribunal especial» bolchevique, se hablaba de ejecuciones en masa como de hechos notorios e innegables. Los dirigentes de las checas georgianas, transcaucasianas y rusas, en el curso de sus conversaciones con los miembros del Comité insurreccional, confirmaban que las ejecuciones en masa continuaban todavía el 4 de septiembre en todas las regiones de Georgia; las primeras listas de ejecutados fueron publicadas el 30 de agosto y puede constatarse con certeza que las matanzas continuaron en toda Georgia durante una semana.

Pero el relato de Andronikachvili revela asimismo el innoble sistema, practicado por la Checa, consistente en imponer a hombres maniatados para la ejecución, renegar de su pasado, la descalificación de sus actos contra su propia conciencia, todo ello al precio de su vida y de la sangre de otras muchas personas.

Aprendemos también de paso que centenares de prisioneros fueron fusilados, no para «expiar» sus crímenes, no por delitos corrientes, sino con el fin de sembrar el terror, intimidar a la población y desmoralizar a los posibles insurgentes. Hagamos, por fin, notar que la declaración del «Comité de Independencia», arrancada por la Checa en las indignantes condiciones que se han

visto en anteriores pasajes, fue inmediatamente publicada en la prensa soviética y propagada en el extranjero, donde las «Humanité» de todos los países le dedicaron largos comentarios.

Esta es la verdad, la sangrienta verdad sobre el terror bolchevique en Georgia. ¿Qué decir entonces del valor moral de la «investigación» de H. Barbusse, quien utiliza su prestigio literario para acreditar entre los lectores europeos la siguiente declaración, de una falsedad e impudicia insólitas?: «Si vigilamos de cerca a los *kulaks*, comerciantes, intelectuales, a los antiguos nobles y oficiales —hace decir a su cliente de la checa de Tiflis— es decir, a los medios donde se reclutan los enemigos del Estado, y si los reducimos a la impotencia, *es bien cierto que nunca hacemos ejecuciones sin juicio, nunca aplicamos castigos sin detenciones regulares. Al acusado se le dan todas las garantías, y se respetan todas las formas legales*» (pág. 146).

Al final de este libro, damos la lista de 100 personas fusiladas en Tchiaturi en los días de la insurrección de 1924, con los apellidos, nombre y estado social de cada víctima. Amontonados en vagones de ferrocarril, fueron asesinados con ametralladoras. Se verá que, de cien personas ejecutadas de este modo, había 46 obreros, 13 campesinos, 11 empleados, 12 estudiantes, 8 maestros, todos procedentes del pueblo, etc. De igual modo, entre los prisioneros ejecutados en otros sitios, los campesinos y los obreros eran mayoría.

Si el Poder bolchevique ha dejado de publicar las listas de fusilados, es para no verse obligado a revelar al mundo que tenía en contra suya a las masas obreras y campesinas; es con ese mismo objetivo que ha comprado al precio de la sangre la «declaración del Comité de la independencia», que quiso ver firmada por Andronikachvili en tanto que representante del Partido socialdemócrata.

Hoy es H. Barbusse quien cree que su deber es ocultar esas mentiras y presentar, como una «escuela de reeducación» (pág. 146), esa misma institución cuyo nombre le servía, hace cinco años, para fustigar los procedimientos de los tribunales de guerra en los balcanes. ¿No decía en *Los verdugos*: «Hay además una checa compuesta por cinco oficiales, miembros de la Liga» (militar)? (*Los verdugos*, pág. 49). Pero, cuando se trata de Georgia, ¡se pone al servicio de esta repugnante organización de asesinatos y de persecuciones, habla en su nombre y la hace hablar como testigo «objetivo» contra sus propias víctimas!

Por consiguiente, no es raro que el autor de *Fuego* se encargue incluso de justificar el asesinato de los rehenes.

Moscú no se contentó con hacer asesinar a los prisioneros inofensivos en la misma Georgia. En los primeros días de la insurrección, hizo ejecutar diversos prisioneros políticos georgianos que no sólo habían sido detenidos antes de agosto de 1924, sino que, además, en aquella época se hallaban deportados en Rusia y encarcelados en la prisión de Suzdal. Apenas saltó la noticia de la insurrección, los prisioneros Noe Khomeriki, detenido en noviembre de 1923, Nebjamin Tchikvichvili, Goguita Pagava, Vaso Nodia y Jorge Tsinamzgvrichvili, todos ellos detenidos varios meses antes de agosto de 1924, fueron sacados de la prisión de Suzdal, conducidos a la GUP de Moscú y, desde Moscú, fueron enviados a Rostov para ser asesinados en lugares y condiciones que hoy todavía siguen siendo un misterio, excepto para sus verdugos.

Este acto de barbarie provocó la indignación unánime de los medios socialistas europeos. H. Barbusse es el primero en Europa en haberse solidarizado con los verdugos de esos rehenes.

«Se armó un gran alboroto», dice Barbusse, «con la ejecución de los rehenes ejecutados antes de la insurrección: Djugueli, Tchikvichvili, Khomeriki. Pero la palabra de un rehén no debe

engañarnos. Esos prisioneros eran todos ellos asesinos y verdugos con innumerables crímenes sobre su conciencia» (pág. 142). Y aquí reedita todas las calumnias que la Checa inventó para abrumar la memoria de sus víctimas. Les imputa la muerte de un obrero llamado Guiorgadze, que tuvo lugar después de la detención de Khomeriki e incluso antes de la llegada a Georgia de Tchkvichvili y de Djugueli. Los acusa de haber «conspirado con ayuda del extranjero, y al servicio de los nobles, curas y oficiales zaristas». En cuanto a Djugueli, H. Barbusse quiere justificar su muerte por la resistencia que el jefe de la «guardia popular» georgiana había opuesto a las primeras tentativas de Moscú de invadir la Georgia independiente, en 1918, 1919 y 1920.

Si esos tres revolucionarios debían expiar sus pretendidos «crímenes», como afirma H. Barbusse, ¿por qué el poder soviético no los había llevado cuando procedía, e incluso en Georgia, ante un tribunal público, que hubiera revelado al mundo el valor de esta acusación postuma? «Las garantías dejadas al acusado» de que alardea el chequista de H. Barbusse, exigían probar, antes del castigo, los actos incriminados. Pero la «Justicia» soviética procede de manera inversa: mata a sus enemigos políticos al estilo de los bandidos, en plena noche, y, después del asesinato, formula las acusaciones. ¿No es vengonzoso que Henri Barbusse encuentre natural tales procedimientos?

Incluso si esos prisioneros georgianos debían ser castigados por haber «elaborado la insurrección de agosto», ¿por qué la «Justicia» soviética no llevó ante un tribunal, aunque fuera ese «Tribunal especial» que, en 1924, debía juzgar en Tiflis a los verdaderos jefes de la insurrección, a Andronikachvili y los demás?

¿Cómo explicar el hecho raro de que los dirigentes efectivos de la insurrección, de los cuales ninguno intentó eludir su responsabilidad, fueran «juzgados» con gran solemnidad, en una parodia de proceso público, de testigos convocados, de acusadores oficiales y de defensores, y que aquéllos no fueran condenados

sino a penas de 8 y 10 años, mientras que Khmerik, Tchikvichvili y Djugueli, detenidos varios meses antes de la insurrección, siendo incluso los dos primeros deportados a Rusia, fueran ejecutados sumariamente al conocerse las primeras noticias de la insurrección?

¡No, no era «justicia», ni «castigo de los criminales» lo que inspiraba a Moscú al ordenar la muerte de los tres revolucionarios, así como la de tantos otros! Lo único que inspiraba esos hechos era la preocupación de sembrar el terror entre la población georgiana, de desanimar y desmoralizar a la insurrección en marcha. *El asesinato de los inocentes es por excelencia el método soviético de represión del movimiento popular.* Para desmoralizar a los insurrectos, para atemorizar a las poblaciones tentadas de sumarse a ellos, era necesario asestar grandes golpes, hacer reinar el terror y derramar torrentes de sangre: era preciso matar, deprisa y en masa. Y Moscú hizo masacrar a los prisioneros que se hallaban entre sus manos. Pero el asesinato de centenares de prisioneros no bastaba. Para impresionar mejor a la población, hacía falta, además, nombres políticos conocidos, amados, respetados por toda Georgia. Khomeriki, Djugueli y Tchikvichvili lo eran, y Moscú les dio muerte para arrojar inmediatamente sus cabezas a la faz de Georgia, ya asustada y en duelo.

¿Quiénes eran esos tres hombres cuya memoria ha escarnecido H. Barbusse con tanto cinismo?

Valiko Djugueli: un intelectual que desde la edad escolar se había entregado al movimiento socialista y revolucionario. En el curso de la revolución de febrero, se había fundido con las masas de obreros conscientes de su país. Doquiera era necesario dar pruebas de energía, de valor, de abnegación, el proletariado de Tiflis delegaba, con la élite obrera de la ciudad, en Valiko Djugueli. Fue designado por el Consejo obrero de Tiflis como uno de los organizadores de la fuerza armada de la Revolución. Después de la fundación de la República de Georgia se contó a Dju-

gueli entre los más intrépidos defensores de su independencia, contra todos los ataques imperialistas: de los turcos, de los generales «blancos», y de los conquistadores rojos. Su valor le granjeó la estima y el afecto profundo de las masas populares, pero también el odio feroz de aquellos a quienes frecuentemente había cerrado el camino de Georgia.

Al apoderarse de él, la Checa intentó calumniarlo por última vez, expandiendo la falsa noticia de su «arrepentimiento», acogido con alegría por los órganos de prensa moscovitas en Europa. Pero al matarlo «sin ninguna forma de proceso», la propia Checa destruyó su pérfida invención,

Benjamín Tchikvichvili: uno de los pioneros del movimiento campesino socialista. En 1905, siendo muy joven, se encontró a la cabeza de la provincia de Gurie que, como sabemos, se levantó contra el gobierno del zar, y se organizó en democracia campesina. Detenido en 1906, fue juzgado por un tribunal zarista como «presidente de la República de Gurie». El proceso termina con su condena a presidio y su deportación a perpetuidad en Siberia. La revolución de 1917 le permite venir desde Siberia hasta Georgia. El terrible presidio no pudo acabar con su impulso revolucionario ni con su fe socialista. Toma de nuevo su puesto de combate en las filas de su partido. El sufragio universal le lleva al puesto de alcalde de Tiflis, capital de la República georgiana.

Detenido el mes de julio de 1924, la Checa le obligó algunas semanas después a tomar de nuevo el camino de la deportación. Vuelve a encontrarse con su amigo Khonseriki en la prisión de Suzdal, donde los verdugos vendrán a buscar a ambos a finales de agosto.

Noé Khomeriki: salido del pueblo, este revolucionario ferviente se formó y creció en el movimiento popular, al que se entregó desde su adolescencia. Nada puede caracterizarle mejor que el documento del departamento de policía del zar, con fecha de

1909, que reproducimos aquí. En este período Khomeriki se hallaba gravemente enfermo del pecho en el gobierno de Vologda (Rusia del Norte), donde estaba deportado (era ya su segunda deportación), y sus amigos Tcheidze y Gueguetchkori, diputados en la *Duma*, pidieron al presidente de ésta su intervención cerca del Ministerio del Interior con objeto de conseguir para el deportado autorización de venir a Petersburgo para cuidarse. Por toda respuesta el ministro del Interior remitió al presidente de la *Duma* el siguiente documento, firmado por el director del Departamento de policía dei Imperio del zar:

«En respuesta a la solicitud presentada por vuestra Alta Excelencia respecto al campesino del distrito de Ozurgheti, gobierno de Kutais, Noé Khomeriki, deportado por vía administrativa al gobierno de Vologda, el Director del departamento de policía tiene el honor de poner en vuestro conocimiento lo que sigue:

»Hace más de diez años que el mencionado Khomeriki milita en las filas del Partido socialdemócrata obrero de Rusia. Desde el primer día de su entrada en esta asociación criminal, se distinguió de sus camaradas por una voluntad especialmente fuerte, por un talento organizador y por una dedicación casi fanática a la causa del socialismo y de la revolución. Hoy día, es ya uno de los dirigentes de las organizaciones caucásicas del Partido y el animador de todas sus acciones revolucionarias en el dominio de la propaganda escrita, así como de la agitación oral tendente a propagar entre los obreros de Bakú y de Tiflis las ideas socialistas. Las tres campañas electorales para la *Duma* del Estado en el Cáucaso, cuyos resultados fueron la elección de los socialistas extremistas, han sido dirigidas de forma directa por el citado Khomeriki. En una palabra, Khomeriki pertenece a la categoría de los enemigos más temibles e irreductibles del orden social y político existente. Y es por lo que, según criterio del departamento de policía, cualquier alivio de su suerte produciría sobre

la población una impresión desmoralizadora e inspiraría a los revolucionarios el sentimiento de impunidad.»

Toda la vida de ese luchador inflexible pasó en medio de la miseria, las prisiones, las deportaciones y las luchas por la felicidad de los trabajadores. También él fue liberado de Siberia por la revolución de febrero. En la Georgia independiente, ocupó el puesto de ministro de Agricultura. Gracias a la energía de Khomeiriki, la reforma agraria, descrita en pasajes anteriores, fue llevada a cabo en el orden y con una rapidez sorprendente.

Esta era la personalidad de los tres rehenes inmolados por Moscú. Los bolcheviques los han matado precisamente porque se trataba de personalidades destacadas del movimiento socialista georgiano. Después de cinco años, H. Barbusse quiere completar su asesinato físico con un asesinato moral: arroja sobre la memoria de estos hombres el fango de las calumnias utilizadas por sus verdugos.

No es fácil decidir la siguiente cuestión: ¿Cuál de estas dos maneras de matar es la más despreciable, la más abominable: la de los chequistas o la de H. Barbusse?

Raymond Duguet

*Un presidio en la Rusia roja Solovki, la isla del hambre, de los suplicios y
de la muerte*

(Ediciones Jules Tallandier, París 1927. Reproducimos aquí, el capítulo VIII, «Los trabajos, los suplicios, las ejecuciones».)

Se sabía.

Se sabía desde 1926. Este año apareció en Londres un libro: Isla Infernal; una prisión soviética en el extremo Norte. Su autor, el capitán Malsagov, se había evadido de Solovki, primer campo de concentración soviético, el 18 de mayo 1925, en compañía de Bezsonov, Malbrodski, Sazonov, Pribudlin. Dos años más tarde, se publica en París Mis veintiséis prisiones y mi evasión de Solovki, de Berzsonov; el año anterior, también en París, había aparecido la obra de Raymond Huguet, Un presidio en la Rusia roja; Solovki, la isla del hambre, de los suplicios, y de la muerte. Esta obra se apoyaba en testimonios directos de antiguos habitantes de Solovki: el coronel Chmarovin, Elena y Jenny Brunowsky, mujer e hija de un socialista revolucionario ejecutado, y de Etienne Patrizi, un francés. En 1928, aún apareció En el país de la NEP y de la Checa; en las prisiones de la URSS, cuyo autor, el finlandés Boris Cederholm, había probado asimismo la isla de Solovki. Otros libros, y numerosos artículos periodísticos se habían publicado abundando en el tema, por lo que no había duda: Solovki existía y sus horrores también.

En el tomo segundo de Archipiélago Gulag, Alejandro Soljenitsin dedica el capítulo II a Solovki. La imagen que ofrece se acerca bastante a la realidad, pero es evidente que carecía de fuentes de información sobre el primer período de ese laboratorio del Gulag. Sus informaciones sobre el tiempo anterior a 1930 son fragmentarias y en ocasiones erróneas en cuanto a los detalles. Es claro que su principal fuente informativa ha sido el periódico «Las Islas Solovki», el cual en 1925 sucedió a «Slon» («El elefante») —título curioso que, en realidad, es un juego de palabras. (Por supuesto, Slon significa en ruso elefante, pero Slon es también la sigla del campo: Solovetskikh Lagueri Osobogo hlaznatchenua) y, sin duda, también el testimonio de antiguos deportados. Pero dadas las circunstancias, y lo remoto de los hechos, sin duda, no pudo hallar demasiados periódicos.

Se debe probablemente a defecto de memoria de uno de sus testigos a quien Soljenitsin debe su confusión de la pág. 62, al informar del caso de Uspensky, jefe de la sección cultural y educativa, morfinómano y fusilador patentado. Según él, este Uspensky habría asesinado a su padre, un sacerdote, y para explicar su gesto a las autoridades habría declarado haber obrado por odio de clase. Ahora bien, Patrizi, en las páginas 274 y 275 del libro de Duguet, informa del caso de un Lapovsky (abogado) —el autor advierte que se trata de un seudónimo— quien, sospechoso de menchevismo, vivía miserablemente en Moscú con un hijo de 16 años, simpatizante de Komsomol. El padre se opuso al proyecto del hijo de inscribirse en la organización de las juventudes comunistas. «Habiendo denunciado el hijo esta oposición, el desgraciado padre fue detenido, mientras en la prensa bolchevique aparecía un artículo elogioso para el muchacho, quien, se decía, se había separado del régimen bárbaro preconizado por el menchevique que era su padre, cumpliendo con su deber cívico al hacer esa denuncia.» Los dos casos son a la vez tan semejantes y tan extraordinarios que se está tentado de concluir que, en realidad, se trata del mismo caso. Si es así, entonces debe preferirse la versión de Patrizi, quien había conocido realmente a Lapovsky-Uspensky.

Otra imprecisión de Soljenitsin estriba en la fecha de fundación del campo. Según él, tuvo lugar en el curso del verano del 1923 (pág. 41). En realidad, la Checa se instaló en Solovki a finales de 1921, aunque, efectivamente, hacia la fecha indicada por Soljenitsin, empezaron a llegar las expediciones importantes. A principios de 1925, había 5.000 detenidos, y, a finales de este año, 10.000. En 1928, según Soljenitsin, habría más de 60.000, pero según «Segodnia» de Riga, n.º del 17 de enero de 1928, citado por Duguet, sólo habría habido 16.000. De acuerdo con esta última fuente, la proporción de clases representadas sería de 65 por ciento de obreros y campesinos, 5 por ciento de intelectuales y nobles, y 30 por ciento de diversas procedencias. Puede uno preguntarse, sin que sea broma, si en esta última categoría entran las vacas que fueron deportadas con sus propietarios, los campesinos cosacos del Don.

Otra imprecisión de Soljenitsin: habla en diversas ocasiones de Eichmans, el jefe de los chequistas. Sin duda este hombre tiene la virtud de evocar otro nombre, pero por mi parte nunca he leído otra ortografía que la correspondiente a Eikhmans (lo que cambia de modo considerable la pronunciación). Este Eikhmans había sucedido en 1925 a Nogtiev, antiguo marinero del Aurora, sordo y alcohólico. Eikhmans era vendedor en los almacenes moscovitas Muir y Meriliss antes de convertirse en chequista y llegar al puesto de Jefe de los campos del Norte con destino especial (Ouslon). Los concentracionarios no parecían encontrarle demasiado brutal y, si bien, le gustaba exhibir su autoridad, parece que le agradaba más dedicarse a la propiedad que habitaba a seis o siete kilómetros del Kremlin de la isla.

Eikhmans tenía dos adjuntos: Martinelli y Barinov. El segundo mandaba la 1.ª sección y tenía una sólida reputación de persona brutal. Era por igual responsable del servicio de espionaje interior, del abastecimiento y de la distribución de los hombres en el trabajo. Era considerado por todos como el azote del campo. Este antiguo obrero de la fábrica de vagones de Kolomna, situada a cien kilómetros al sudeste de Moscú, pronto olvidó su clase de origen para convertirse en un lobo.

Vaskov era el juez de instrucción de Solovki. Tenía cuarenta años, era obeso, se veía asistido por seis jueces y tenía fama de consagrar la mayor parte de su tiempo «creando casos» a los detenidos y buscando razones para no ponerlos en libertad, o lo que es igual, para hacerlos condenar de nuevo. La censura dependía de él y se le atribuían la mayor parte de los asesinatos cometidos más o menos legalmente.

Roganov era responsable de la dirección técnica de los trabajos que se llevaban a cabo en los talleres. Este ingeniero no era chequista y de hecho dependía de un chequista llegado a aquel lugar como consecuencia de una condena, Frenkel, que haría una gran carrera como dirigente del trabajo forzado bajo Stalin. Frenkel halagó a los jefes de Solovki y los incitó a organizar sin piedad el trabajo de los detenidos. Era odiado por todos.

Mikhelson, otro chequista detenido, tenía un oscuro pasado. Antiguo jefe chequista de Crimea, después de la evacuación de esta comarca por Wrangel, había ordenado miles de ejecuciones. Esto llegó a tomar tales proporciones que Dzerjinsky le hizo enviar a Solovki, consiguiendo de este modo Bela Kun, demasiado conocido, salir de un avispero del que era principal responsable. Antes de partir de nuevo y libremente para ejercer elevadas funciones en la GPU, Mikhelson tenía a su cargo el servicio de espionaje.

Raiev, joven de veinticinco años, era uno de los agentes de Mikhelson. Este antiguo chequista de Gomel había sufrido en los ferrocarriles, y su temperamento no tardó en convertirle en el «hombre malo» de Mikhelson. Adoraba urdir casos imaginarios.

Kogan, el tribuno del campo, era un tipo moreno y robusto de unos treinta años. Consejero escuchado por la administración, se ocupaba de la propaganda cerca de los soldados-guardianes. Por otra parte, era «el terror de los detenidos», según informa Chmarovin.

Lurie, de 25 años, se había fabricado una cabeza a lo Carlos Marx, sin duda porque era el redactor del periódico del campo.

Sergueinko y Tmochevsy eran dos chequistas detenidos por haber tenido la lengua muy ligera en relación con una misión desempeñada en Polonia. Cada uno de ellos mandaba una compañía de forzados, y Riskin mandaba otra.

A Ravitch, un antiguo diplomático soviético en Afganistán, le habían confiado el puesto de jefe de los detenidos. Tenía más bien buena reputación.

El campo se hallaba instalado en varias islas. Más adelante se juzgará sobre la calidad de la vida en Solovki. En la isla Popov, situada a una docena de kilómetros al norte de Solovki, de unos tres kilómetros de larga por dos de ancha, se instaló otro campo anexo. El comandante de la compañía, Osnova, no era precisamente un individuo blando. Utilizaba sin vacilar los calabozos, en los cuales, para mayor seguridad, dejaba la ventana abierta. De este modo, el prisionero tenía todas las oportunidades para

morirse de frío. El comandante del campo, Kirilovski, no veía en ello inconveniente alguno. Bezsnosov, que permaneció en ese campo algunos meses escribe: «Los bolcheviques han organizado con astucia e inteligencia el presidio de las islas Solovki... como por otra parte incluso el gran presidio que es Rusia. Después de privar a la gente de lo más necesario, es decir, del alimento y de un techo para resguardarse, le dieron acto seguido una salida. Si queréis vivir, es decir si, en vez de una plancha de madera de 0,5 m. queréis tener una cama de tablas aparte y una alimentación mejor en detrimento de los demás, entonces convertiros en jefes. Aplastad a gente ya de por sí bastante desgraciada, convertiros en canallas, denunciad a vuestro hermano, hacedle ir al trabajo completamente desnudo. Si no aplastáis a los demás, éstos os aplastarán a vosotros. No tendréis ni una cama de tablas ni un trozo de pescado extra, y os moriréis de hambre. Y la gente acepta estos compromisos. Y es muy difícil resistirse, pues se trata de una cuestión de vida o de muerte.»

Los comandos de trabajos dispersos por la región eran muy duros. En memorias inéditas, Eugenie Masalski, detenida en 1921, cuenta sus recuerdos de Solovki, adonde llegó en 1926, tras cinco años de dura detención en la Lubianka y en Butirki. Adscrita en principio a la primera división, fue luego a parar a la segunda. De las noventa páginas dedicadas a este episodio extraemos las que, aun situándose fuera de los límites de espacio fijado a nuestra obra, creemos no obstante dignas de atención.

«Se trataba de un gran claro rectangular. Por dos lados, teníamos el muro sombrío de la selva, por los otros dos el lago y el canal que lo conectaba al de la segunda división. Enfrente, los barracones de la enfermería y la cocina. Al borde del lago, los barracones de los detenidos y los de los guardianes. Lo más bello era el lago.

»Nuestro kommandirovka lo dominaba; extendía sus aguas hasta donde alcanzaba la vista, desaparecía en la lejanía en las profundidades del bosque. Los juncos y cañas invadían las orillas. Las plantas acuáticas avanzaban su follaje sobre las aguas. Pájaros de todas las especies volaban a ras del agua, nadaban, se sumergían. La caza estaba prohibida en la isla, por lo que ese mundo alado no temía a los hombres. El ruido de sus

alas, el silbido que producían al volar llenaban el aire tibio de la primavera. A la puesta del sol, el paisaje parecía de fábula. La superficie del lago se convertía en un océano de llamas donde los rayos de sol se entregaban a una alegre zarabanda. Poco a poco, las llamas se apagaban, dejaban que las sombras penetrasen silenciosamente en toda la isla e instaurasen la paz de una noche transparente del Norte.

»Por el contrario, en los barracones el ruido continuaba hasta tarde. Los hombres regresaban por grupos de trabajo. Apenas en el patio de la komandirovka, se precipitaban hacia los barracones como manadas de lobos, empujándose, injuriándose por recibir la sopa y dejarse luego caer en las tablas de madera para dormir un sueño plúmbeo. Otros, agotados, apenas podían seguir a la columna, de modo que, arrastrándose casi, llegaban al camastro para dejarse caer allí como cadáveres. Al día siguiente, estaban de nuevo en el patio, sucios, grises, sin llegar a despertarse del todo, por el peso de la fatiga acumulada. Una vez efectuado el recuento, la columna de esos míseros, cargados de hachas, sierras, cuerdas, se dirigía hacia el bosque. Mucho tiempo después, el aire vibraba aún con sus juramentos» (Memoria de lobo, cap. 9).

Extracto curioso de un libro todavía más curioso...

Pero lo realmente extraordinario es el trabajo publicado por E. Chirvindt, el director de los establecimientos penitenciarios soviéticos. En Las prisiones en la URSS (París, s. d. 1926-?), afirma este funcionario muy seriamente: «Por supuesto, ni hablar de torturas, de malos tratos, ni siquiera de un régimen más o menos penoso. Si los detenidos políticos protestan en ocasiones en este aspecto, es porque desean emplear el último medio de que disponen para continuar su lucha política contra el poder de los soviets. De hecho, el régimen político en el país de los soviets no puede ofrecer ningún motivo de queja; es lo que por otra parte reconocen los propios detenidos en numerosas cartas. (No hay duda que Chirvindt no tenía conocimiento de las cartas que llegaban desde Solovki —doce— y de otros campos diecisiete—, publicadas en Berlín, en 1925, por Isaac don Levin bajo el título de Cartas de las cárceles bolcheviques y del exilio, las cuales, por el hecho de haber escapado a la censura, se manifestaban muy

de otro modo.) Los principios generales que hemos expuesto excluyen todo motivo para la recriminación. Las quejas serían tanto más inadmisibles cuanto que las modificaciones se dan en ese régimen a demanda de los propios interesados, o son dictadas por las circunstancias de su detención. Por ejemplo, los detenidos políticos son dispensados de trabajos manuales, que por otra parte rechazan. Además, reclaman facilidades para sus ocupaciones intelectuales, que les son concedidas.» Como prueba, una foto del folleto muestra a dos detenidos que leen, confortablemente sentados. ¡Aunque a juzgar por la actitud que tienen, sin duda es el contenido mismo del reglamento de prisiones lo que están leyendo! El texto es inefable; en realidad, era una vida de verdadero regalo: visitas personales sin rejas, seis cartas mensuales, biblioteca y periódicos a voluntad, por lo menos dos horas diarias de paseo en grupo, 2.500 calorías cotidianas, veinticinco cigarrillos gratuitos cada dos días, etc. En cuanto a Solovki, se trataba del paraíso socialista, nada menos.

«Se envía al campo de concentración de Solovki», prosigue Chirvindt, «a individuos susceptibles de perjudicar a la sociedad —con excepción de los criminales políticos—, individuos peligrosos a causa de su pasado o de sus relaciones con el mundo del hampa. Se trata en su mayor parte de ladrones reincidentes, gerentes de establecimientos de mala fama, prostitutas criminales, bandidos, saqueadores, etc., los miembros de los partidos anti-soviéticos, que han sido condenados por crímenes políticos (socialistas-revolucionarios de derecha, mencheviques y anarquistas), ya no son enviados al campo de Solovki desde la promulgación del decreto de los Comisarios del pueblo de junio de 1925; los que todavía se hallaban allí fueron trasladados a otros lugares de detenciones en el continente. Propiamente hablando, en ese campo no existía régimen penitenciario, aunque el trabajo era obligatorio. En algunos años, se crearon allí algunas empresas en las que trabajaban exclusivamente deportados: fabricación de ladrillos, cueros, cerámicas, aserrerías mecánicas, explotación de alabastro, elaboración de embutidos y otras fábricas y talleres, centrales eléctricas, ferrocarriles, industrias madereras, explotaciones hulleras, agrícolas, molinos, establos porcinos, plantaciones diversas.

»En el curso de los años últimos la vida cultural y científica ha tomado un gran desarrollo en las islas. Los trabajos de la sección de la Sociedad de Arkangelsk para los Estudios Geográficos son interesantes. Se llevan a cabo investigaciones y exploraciones concernientes al mar, a las riquezas forestales, al suelo; se ha instalado un laboratorio de química y de fisiología, un observatorio meteorológico, una estación térmica, etc. Hay un círculo de estudiosos de ciencias naturales y geográficas y de una sección de historia y arqueología. Se ha formado una biblioteca que contiene cierto número de libros y antiguos manuscritos; en ella, se estudian las antigüedades iconográficas y los manuscritos; allí se hacen excursiones y expediciones científicas.

»Las obras de educación e instrucción están también muy desarrolladas. No sólo se lucha contra el analfabetismo, sino que la educación profesional está bien organizada. Existen escuelas de aprendizaje de las siguientes especialidades: cerámica, imprenta, aserrería, construcción, transporte marítimo, calzado, ropa civil y militar, fabricación de ladrillos, curtidos, agricultura. Se dan cursos de taquigrafía, de instrucción general para las mujeres, de explotaciones forestales y una escuela moderna de trabajo industrial.

»El teatro ofrece más de doscientas representaciones por año. Hay una orquesta sinfónica. Los deportes y el atletismo florecen.

»Se publica una revista mensual, “Solovetsky Ostrova”, y un periódico, “Novoie Solovskiy”. Aparecen igualmente libros y estudios científicos^[1].»

Este era el punto de vista del teórico. Mas, cuando se lean las páginas siguientes, se constatarán leves diferencias con aquellos escritos por los que lo han vivido muy a pesar suyo.

J. B.

El trabajo es la ocupación casi total de los pobres forzados que, tanto hombres como mujeres, tienen que entregarse al mismo hasta el agotamiento total.

Un solo día de fiesta al año, el 1.º de mayo, y algunos pocos días en los que se disfruta de reposo parcial, tales como los aniversarios de la muerte de Lenin, de la Comuna de París y de la revolución de 1917, etc.

Sólo queda excluido el trabajo el detenido *que cae al suelo agotado y que es incapaz de tenerse en pie*, o el detenido que, habiendo solicitado reconocimiento médico, es aceptado como enfermo en el hospital; pero, para ser reconocido, hay que tener, por lo menos, treinta y nueve de fiebre; de lo contrario se es severamente castigado y enviado a un calabozo. El mismo castigo se aplica al detenido que declara no poder continuar trabajando, incluso si está afectado por una enfermedad evidente para todos, mientras las fuerzas no le traicionen y se derrumbe en el suelo.

En este caso se considera que el detenido «se niega a trabajar». Una primera «negativa de este tipo» equivale para él a la pena de calabozo. Si, cuando sale de éste, sigue siendo incapaz de trabajar, dada su debilidad (en general el que sale del calabozo está en peores condiciones que cuando entra en él), pero el desgraciado sigue sin tener 39 de fiebre, se le considera como reincidente en su negativa a trabajar, y entonces se le envía a la prisión de Sekirka, de la que se hablará más adelante.

Si sale vivo de ese lugar de sufrimiento acrecentado y tiene entonces el grado de temperatura requerido, se le admite en el hospital —casi siempre para morir—, o es enviado de nuevo al trabajo, pero todavía más debilitado. Y ahí tiene que concentrar toda su energía para trabajar hasta que, por fin, pierda el conocimiento o caiga agotado, pues sabe que, si tiene la desgracia de decir que, pese a toda su buena voluntad, ya no puede trabajar, a la vuelta al campo, y sobre todo si se trata de un «contrarrevolu-

cionario», es condenado a muerte. Basta un disparo de uno de esos grandes revólveres que llevan los chequistas, para abatirlo definitivamente como un perro.

Los detenidos pertenecientes a otra categoría no se suprimen con tanta facilidad, lo que, en la mayoría de los casos no hace sino prolongar su agonía, sus sufrimientos. Porque, y esto no hay que olvidarlo, para los pobres forzados de Solovki —sobre todo para aquéllos que no reciben paquetes de alimentos ni dinero del interior, es decir, la inmensa mayoría, no existe otra solución que la muerte.

La muerte, tanto en Solovki como en cualquier otro lugar de sufrimiento, porque es frecuente que los chequistas envíen a otros presidios, o a Siberia, a cualquier detenido que se obstine, es preferible pese a todo, a seguir viviendo en Solovki.

La gente de la calle Grenelle^[2], tenedlo en cuenta, podrán objetar que los «reglamentos» en vigor en Solovki no preven, por rechazo del trabajo, más que una pena adicional de un año. Esto es cierto, pero en esta materia, como por lo general en todo, el reglamento no es observado. La administración del presidio y los chequistas lo interpretan a su gusto y se ven plenamente apoyados por Moscú. También es cierto que las «altas personalidades» soviéticas que, de tiempo en tiempo, llegan a visitar e «inspeccionar» Solovki lo encuentran todo maravilloso allí.

Los mártires del presidio soviético son despertados a las cinco de la mañana (cuando no lo son a medianoche o a las dos de la madrugada) y alineados por compañías en el patio del «Kremlin», o, cuando en el invierno hace excesivo frío, en los pasillos. Jefes de equipos, provistos cada uno de las correspondientes listas con el nombre de sus víctimas los conducen entonces al trabajo.

Todo el trabajo se hace a destajo^[3].

Los que están habituados a este tipo de trabajo y que conservan aún la suficiente fuerza de resistencia, llegan a terminar su

tarea mucho antes que la mayoría de los penados y, cuando menos, ellos estarán seguros de, al regresar a los barracones, poder, no diré comer, pero sí reconfortarse algo con el extraño líquido que en Solovki la administración llama sopa.

Los trabajos más penosos son los llevados a cabo en los bosques. Provistos de hachas y sierras, los detenidos son llevados allí por caminos casi impracticables, a través de terrenos donde los pantanos, en otro tiempo dominados por los monjes, recobran poco a poco plenamente sus derechos.

Una vez llegados al lugar del trabajo, los forzados deben abatir árboles con frecuencia seculares, trocearlos para convertirlos en madera destinada a la calefacción o a la construcción, y luego transportarlo todo hasta el borde de las carreteras.

¡Hagamos constar aquí de paso que, como en todas partes de la Rusia soviética, la administración no sabe otra cosa que destruir la obra de tantos siglos de trabajo^[4].

Pero el trabajo en los bosques es sobre todo duro en invierno: apenas vestidos, con piernas y pies generalmente protegidos por informes vendajes de tela y frágiles suelas sujetas por cualquier tipo de correas, gradualmente agotados y anémicos como ya he explicado, para cumplir su cometido los detenidos deben moverse en una nieve gélida que la mayor parte del tiempo les llega hasta la rodilla, mientras sopla el terrible viento tan característico de esta región. Nada de guantes, ni siquiera un trozo de tela protege las pobres manos consumidas, afectadas casi siempre por grietas que agravan horriblemente esta temperatura ártica, en tanto que el frío, siempre el frío, atravesando la tenue ropa, les causa un sufrimiento ininterrumpido, les hace contraer enfermedades que, al hacerse pronto crónicas, no perdonan jamás.

El derribo de árboles en estas condiciones^[5] no se efectúa sin graves riesgos para estos desgraciados de tal modo impedidos en

sus movimientos, y en ocasiones ocurren accidentes graves: árboles enormes, lisian o aplastan en su caída a varios trabajadores.

Los que mueren instantáneamente son los más favorecidos, pues los otros, al no hallar en el hospital otra cosa que la famosa tintura de yodo, algodón y agua como medicamentos, sin cirujanos ni instrumentos de ninguna clase, corren el riesgo, a partir de ese momento, de sufrir una larga y terrible agonía. Debo añadir que en Solovki cualquier grieta se cierra muy difícilmente, haciendo sufrir durante meses y meses. En ocasiones se abre de nuevo, después de dar la impresión de estar curada por completo. Esto se atribuye al clima, pero ¿no es el deficiente estado de salud de la mayor parte de los detenidos un auxiliar del mal?

Lo más duro no es siempre abatir y serrar los árboles, sino con mucha frecuencia el transporte de esta madera a distancias muy grandes.

Llevando a la espalda una pesada carga de trozos de troncos o de madera para la construcción, los forzados se ven obligados a atravesar terrenos que, en la mayor parte de los casos, carecen de caminos, pero sembrados de montículos y de una infinita cantidad de charcas cubiertas por hojas, en las cuales caen con frecuencia.

Esos agujeros son tan traidores en otoño como en invierno, cuando la nieve cubre todo el terreno con una capa engañosa. En ocasiones, provocan caídas dolorosas y, cuando el suelo todavía no está helado, los desgraciados que se hunden en aquellos agujeros por sorpresa, se retiran de los mismos calados hasta los huesos.

El Lago Blanco es uno de los más importantes de las islas, puede incluso ser el mayor. Su orilla, de una longitud de varios kilómetros, permite alcanzar fácilmente los puntos más alejados del bosque y traer de este modo al «Kremlin» sin demasiadas dificultades la madera que en él se corta.

Desde el bosque se transportan sobre los hombros los troncos o los trozos de madera hasta el lago; allí, se arrojan al interior de embarcaciones especialmente construidas por los monjes, embarcaciones en cuyo fondo se arroja agua para amortiguar los choques, y que una canoa remolca hasta la orilla más cercana al «Kremlin», es decir, a una distancia aproximada de cinco kilómetros. Allí, se carga la madera sobre vagones que una locomotora, por una vía de sesenta centímetros de ancho, conduce después a los muros del recinto.

En invierno, por supuesto, ese lago está helado y, cuando se halla recubierto con una capa de nieve, los trineos circulan fácilmente sobre su superficie. Gracias a la nieve también, que permite un paso más fácil por el bosque, se puede recoger en invierno aquella madera que tuvo que ser dejada a pie de obra.

¡Y la nieve es tan abundante!

Cae por espacio de semanas enteras y llega a ser tan espesa que los caballos se hunden en ella, y cualquier acarreo se hace complicado.

Pero esto no puede detener el trabajo, pues entonces se organizan *udarniki*, es decir, trabajos de extremada urgencia^[6]. Estos *udarniki* consisten en reunir a todos los prisioneros en grupos de setecientos u ochocientos, colocarlos en filas de cuatro, cinco o seis, y hacerlos andar por encima de la nieve, para apisonarla, por espacio de cinco o seis horas. Esta marcha interminable a través del bosque, sumamente penosa, se lleva a cabo para permitir a los caballos, que deben pasar acto seguido tirando de los carros, el no hundirse en la nieve.

Pero eso no es todo, pues un nuevo tipo de trabajo, verdadero suplicio, se practica en Solovki desde 1925: la extracción de la turba.

Empezando sin duda a darse cuenta de los estragos causados por una tala de árboles tan ininterrumpida como poco metódica,

la administración del presidio pensó en utilizar la turba de los pantanos como combustible. Pero aquí se dieron asimismo los mismos bárbaros procedimientos, la misma ausencia de explotación racional. Y basándome ahora en los testimonios de la señora y la señorita Brunowsky, así como del coronel Chmarovin, debo declarar que la extracción de la turba es, en Solovki, un trabajo no sólo de los más penosos, no sólo agotador en grado supremo, sino también atroz.

Sin calzado ni ropas apropiadas, hombres y mujeres, todos ellos prisioneros en ese infernal presidio, permanecen jornadas enteras en medio de la pestilencia de los pantanos, hundiéndose hasta las rodillas, y en ocasiones hasta la cintura, en el agua fría, incluso helada, la cual además, y en el buen tiempo se convierte en un medio cómodo para los voraces mosquitos, que aparecen en innumerables enjambres.

Aunque en Solovki se extenúa hasta este punto a los detenidos a fuerza de trabajos incesantes y de los más penosos, no se debe en modo alguno creer que el rendimiento obtenido está en relación con los esfuerzos desarrollados: eso sería conocer muy mal a la administración soviética, compuesta por gentes tan ignorantes como brutales. El lector debe empezar por hacerse a la idea de que la administración soviética significa *sufrimientos, desorganización y ruina*.

La fabricación de ladrillos en Solovki es un claro exponente de esta realidad.

He indicado en el primer capítulo cómo funcionaba aquélla, no sólo de un modo satisfactorio, sino muy floreciente. Ahora vamos a ver en lo que se convierte en manos de los bolcheviques.

Esta fábrica de ladrillos, construida como la mayoría de las restantes edificaciones, con ladrillos fabricados sobre el terreno

por los frailes, fue algo que excitó grandemente la ambición de los chequistas.

Creyeron, en efecto, hallar en aquel lugar una mina de oro, pensando en poder fabricar, con mano de obra abundante y gratuita, importantes cantidades de ladrillos que serían muy fáciles de comercializar en el continente, donde todo estaba por reparar o construir. Por consiguiente, quisieron organizar una producción enorme.

Las herramientas y los métodos empleados hasta allí con tanto éxito por los monjes no les parecieron lo bastante modernos, lo pusieron todo de arriba abajo, y lo hicieron tan bien que hasta el 19 de mayo de 1925, fecha de partida de Patrizi, todavía no habían conseguido fabricar un solo ladrillo.

Más de doscientos mil ladrillos preparados, no sin dificultades, quedaron hechos, añicos cuando pasaron a los hornos. Y los pobres detenidos, que tanto de día como de noche habían estado allí extenuados por los *udarniki* sucesivos (había que trabajar deprisa, pues Moscú había decidido que el presidio atendería a sus propias necesidades gracias a los beneficios producidos por la venta de ladrillos), fueron obligados a practicar nuevos *udarniki*, fue necesario quitar de allí aquella masa de tierra y transportarla lejos con carretillas.

La fábrica de ladrillos, sometida a especial vigilancia por los chequistas, causó mayor número de víctimas que el bosque. Reinaba en ella una disciplina tan terrible que renuncio a describir sus feroces rigores. ¡Me basta con decir que el trabajo en la ladrillería era casi tan temido como la Sekirka, incluso por los presos comunes!

Conviene decir aquí que, al esforzarse en hacer renacer esta industria, el gobierno de los soviets actúa en contra de sus proclamados principios: sueña en inundar los vastos territorios que oprime de productos fabricados por presidiarios, mientras que

hay en Rusia tantos obreros que van errantes de un lado para otro en busca de un trozo de pan, porque se hallan sin trabajo desde hace meses y meses.

Los mismos desastrosos resultados se obtienen en la industria de curtidos y en las restantes empresas.

En lo que concierne al trabajo de oficinas se decidió de inmediato no emplear a nadie que no perteneciera a la Checa. Pero como éstos saben emplear mejor un revólver que una pluma, fue necesario confiar algunos puestos, aunque no de buen grado, a detenidos que no eran chequistas, y así fue cómo nuestro compatriota cumplió funciones de contable por espacio de casi cuatro meses y medio.

Pero que nadie vaya a creer que los detenidos empleados de esta manera gozaban de alguna mayor consideración. Eso sería conocer mal la grosera mentalidad de los chequistas.

Los detenidos, empleados en las oficinas o en los talleres, sólo tienen una ventaja: mientras están allí, se libran de hacer trabajos más penosos. Pero, por la mañana, antes de que se abran las oficinas y los talleres, y por la noche, antes de cerrarlos, se ven obligados a participar, como el resto de sus camaradas, en los duros trabajos en curso, sin contar con que, en ocasiones, se les hace trabajar, bien en la fábrica de ladrillos, bien en el bosque, exigiéndose de ellos a la mañana siguiente el cumplimiento de su tarea habitual.

El domingo, las oficinas cierran, pero de ello sólo se benefician los chequistas; los otros, los simples detenidos, son enviados a los bosques, pues para éstos no hay descanso alguno, si no llega por fin, un día u otro, el descanso eterno...

En Solovki, los puñetazos y puntapiés, los bastonazos, son cosa corriente, y, por los motivos más tontos, los detenidos son enviados a los calabozos: por una respuesta que no agrada a un chequista, por retraso en ocasión de una llamada, por «mala vo-

luntad en el curso del trabajo» (es decir, generalmente por lentitud involuntaria en los esfuerzos realizados, como consecuencia de cansancio o enfermedad), etc., etc. El ingreso en celdas se lleva a cabo automáticamente, sin explicación alguna, a simple requerimiento del chequista, y, de inmediato, se crea «un caso» contra el desgraciado en cuestión, para quien comienza entonces un tiempo de sufrimiento incrementado.

El calabozo está situado en una dependencia del edificio. Salta en seguida a la vista por las chapas metálicas que, colocadas exteriormente sobre las ventanas que dan al patio del «Kremlin», impiden que el detenido encerrado allí pueda ver lo que pasa fuera.

Solamente en ese detalle de las chapas metálicas se constata que el sistema de la Checa es igual en todas partes, lo mismo da que sea en Tiflis (Georgia), en Moscú —centro de la nueva civilización— o en Solovki (Mar Blanco).

En Moscú (Checa de la Lubinka 2, llamada *el barco de la muerte*), los detenidos son encerrados en apartamentos cuya única vista da sobre el patio del inmenso edificio (uno de los más vastos de la ciudad), desde donde la siniestra Checa hace sufrir a una sexta parte del globo y ensangrienta parcialmente el resto del mundo. Las únicas ventanas de ese edificio —ventanas que dan al patio, como he dicho— están, como en Solovki, tapadas con chapas metálicas que interceptan por completo la mirada.

En la celda, el detenido sólo recibe diariamente doscientos gramos de pan y cada dos o tres días un poco de «sopa». En ese edificio, las celdas son las mismas para quienes son enviados allí accidentalmente, que para aquéllos cuyo «caso» se considera serio. Estos últimos son siempre aislados en un rincón, donde disponen del espacio suficiente para echarse... en el suelo.

Aunque reciben escaso alimento, los que se encuentran en prisión preventiva son llevados diariamente al trabajo, pero con escolta especial y a sitios aislados; se quiere de este modo evitar a

toda costa que esos mártires puedan intercambiar algunas palabras con sus camaradas «libres», recibir algo de pan o de tabaco de algún otro presidiario compadecido. Y los desgraciados, a quienes se considera como más peligrosos, son conducidos aislados al trabajo, estando sin cesar cada uno de ellos bajo la estrecha vigilancia de, por lo menos, un chequista, dispuesto a actuar a la mínima resistencia.

Como ocurre en las checas de Rusia continental, aquél contra quien se ha creado un «caso» es llevado a las oficinas de instrucción, oficina cuyo acceso está completamente prohibido a los profanos y que se hallan situadas en la Upravlenia (Dirección de los Servicios Administrativos). Allí, es sometido a estrecho cerco por el tristemente célebre Vaskov (el «jefe de la justicia» de Solovki), o por cualquier otro ex-juez de instrucción, enviado desde el continente a la penitenciaría por robo o concusión excesivamente escandalosa.

Y, cuando la instrucción está cerrada, el detenido es puesto en «libertad», o bien es enviado a la prisión Sekirka, o bien al cementerio.

La prisión Sekirka, construcción absolutamente destartada, cuyos cristales aparecen rotos, está situada en la colina del mismo nombre, a una quincena de kilómetros al oeste del «Kremlin».

A la sola mención de Sekirka, los detenidos se estremecen de terror. Al solo nombre de Sekirka, los detenidos son presa de visiones macabras.

Sekirka es un nuevo aislamiento, en esa isla ya tan apartada del mundo.

En Sekirka, los chequistas-guardianes son todavía más innoles, puesto que no hay más testigo de sus crímenes que Dios, que para ellos no existe.

En Sekirka, el prisionero debe vivir sólo con la pobre ración que recibe: un poco de ese pan infecto que es el pan de Solovki,

un poco de agua, la llamada sopa hacia las dos de la tarde, y algunas cucharadas de sémola por la noche. Nadie está autorizado a comprar víveres en la cooperativa, si por casualidad recibe algún dinero de familiares residentes en el continente. Completamente desnudo, el prisionero se acuesta en un suelo que rezuma humedad, tanto en verano como en invierno, en cuartuchos que jamás se calientan, ni en invierno, estación tan ruda en ese clima ártico.

Por el contrario, se ve obligado a realizar trabajos todavía más rudos que los realizados por otros penados, y la palabra descanso debe desaparecer por completo de su pensamiento^[7].

Sucede con frecuencia que, si el infortunado, exhausto, hambriento, desesperado, empujado al límite de su resistencia, no puede contener una palabra de queja o rebelión, entonces se encuentra con la respuesta de una bala de revólver.

¡Un cadáver más queda enterrado en la falda de esa colina de muerte! ¡Cadáver del que, al cabo de algunas semanas, ya no se conocerá ni siquiera el nombre!

Son muy numerosos los inocentes cuyos sufrimientos atroces hallan de este modo un término.

En fin, de Sekirka rara vez se sale vivo, si no es para ser generalmente transportado a un hospital, convertido en verdadero esqueleto que aún alienta, helado y con la piel pegada a los huesos. ¡En la mayoría de los casos, entonces, la muerte no hace sino retrasar su aparición algunas horas!

Juzgando sin duda que aún no tenían suficientes medios a su disposición para torturar a los pobres presidiarios de Solovki, los chequistas han inventado y puesto en práctica con espíritu demoníaco el suplicio de los mosquitos, que ahora aplican tanto a hombres como a mujeres^[8].

Afortunadamente para los pobres presidiarios de Solovki, el suplicio de los mosquitos sólo les puede ser infligido durante el

corto período del verano, en el curso del fuerte calor reinante entre las 11 y las quince horas.

Se castiga «a los mosquitos» con la misma facilidad que se amenaza a un chiquillo a pan seco. Cualquier chequista recién llegado tiene atribuciones de su propio jefe, en no importa qué momento y por la razón que sea, a condenar a cualquier detenido a quedar expuesto como pasto a los mosquitos, y esto incluso sin conocimiento previo de la «justicia» de Solovki. Del mismo modo que la propia condena, la duración del castigo —que ordinariamente varía de una a diez horas— depende sólo del mal humor, de la fantasía, del sadismo del verdugo que aplica esta terrible pena.

Y todos los días, cuando el tiempo está soleado, el condenado va «pagando» parcialmente su «deuda», hasta que alcanza el número de horas previsto.

Completamente desnudo, es expuesto en el patio mismo del «Kremlin», frente a la oficina del comandante de servicio en el campo. Con la amenaza previa de ser encerrado en un *saco de piedra*, o molido a golpes sin que medie ningún otro procedimiento, si se mueve lo más mínimo, debe quedar en pie, en posición de guardia, sin hacer el menor movimiento susceptible de espantar a un solo mosquito.

Mientras está de este modo expuesto a los mosquitos, un chequista le vigila de cerca, eso sí, cuidadosamente al resguardo del sol y de los insectos, en el interior de la garita de guardia. Este odioso vigilante no pierde de vista al castigado, dispuesto a hacerle empezar de nuevo si no tiene la suficiente fuerza de voluntad para soportar el suplicio. Y, por fin, el que no lo soporta es acusado de contumacia. Entonces, se abre una investigación sobre él y esta intervención de la «justicia» significa con frecuencia el preludio de la muerte.

Los mosquitos de Solovki son más bien de un tamaño anormalmente grande. Sus picaduras (la palabra mordeduras convendría más en este caso), son muy dolorosas y, cuando viene la estación calurosa, dado además que la isla es pantanosa, esos insectos pululan allí en gran número. Lo que motiva que, en verano, los prisioneros que trabajan al exterior, bien en el bosque, bien en los campos, se vean verdaderamente martirizados por esos auxiliares de la Checa. En ocasiones, es cierto que alguien intenta cubrirse la cara con un trapo cualquiera, pero entonces se asfixia y finalmente la gente se ve obligada a defenderse y ahuyentar como puede a esas pequeñas bestias con las manos, lo que sólo tiene eficacia si se puede hacer de manera continua. Ahora bien, ¿es ello posible cuando se tiene que cumplir una tarea impuesta, tarea ya suficiente como para tener que cumplir un trabajo asiduo de diez, doce, y hasta catorce horas?

Por tanto, sólo al regresar del bosque o del campo es posible, sin dejar de andar, agitar en torno a sí mismo ramas de árboles que ponen en fuga a las nubes de encarnizados mosquitos.

Con mucha frecuencia, un prisionero debe caminar seis, siete u ocho kilómetros por día cada vez: para ir por la mañana al trabajo; para volver a las dos y tomar el líquido pomposamente llamado sopa; para regresar de nuevo al trabajo por la tarde; por fin, al caer ésta, para volver de nuevo a la celda del presidio.

El que está castigado al suplicio de los mosquitos debe permanecer enteramente desnudo e inmóvil, como un haz de paja arrojado al ganado. Ese desgraciado queda cubierto de mosquitos, los cuales constituyen una suerte de oscuro y repugnante tejido viviente, que infiere mordeduras sin dar tregua. Además tiene que resistir el castigo hasta el fin, en medio de un dolor que no cesa y de una tensión nerviosa que llega al paroxismo, y que sólo consigue dominar por temor al chequista. El suplicio es llamado castigo por esos salvajes. En realidad, lo inflige un chequista que suele ser un detenido más, enviado a Solovki por delitos

mucho más graves que los de quienes sufren el castigo, en el caso de que lleguen en realidad a ser tales delitos.

Cuando finaliza el suplicio —bien porque se hayan cumplido las horas designadas, o bien porque han llegado las tres de la tarde, momento en que se interrumpe hasta el día siguiente la exposición a los mosquitos del condenado, por el temor de que ante una disminución del calor puedan estar los mosquitos en número menor—, el desgraciado es enviado a su celda de la prisión. Penetra en ella alocado, con los ojos llameantes y el rostro exasperado y a la vez sin expresión: es un animal acorralado que se siente perdido y que quisiera poder vengarse antes de morir.

Ahora que tiene libertad de movimientos, empieza a rascarse sin descanso, hasta que la piel que le desazona queda ensangrentada y, hasta tal punto, que pronto el cuerpo le queda convertido en una enorme llaga. ¡Qué terribles sufrimientos tendrá que afrontar al día siguiente si no ha extinguido todavía el número de horas de exposición decididas para satisfacer al sádico que le ha condenado! Si, por el contrario, su castigo ha terminado, entonces, cuando, después de algunas horas, sea de nuevo conducido al trabajo con sus restantes compañeros, como si nada hubiera ocurrido, entonces, digo, podrá arrojarle en el primer lago, en el primer canal o estanque que encuentre a su paso.

Allí hallará algo de frescor para aliviar a los centenares de llagas que cubren todo su cuerpo de quemaduras acuosas, cuyos dolores, lejos de arreciar le parecen cada vez más insoportables, sin que le sea dado saber con certeza si este exceso de dolor le viene de las innumerables y profundas picaduras que, con excepción de la planta de los pies, se extienden por todo el cuerpo, o de los sangrientos arañazos de las uñas enloquecidas por el sufrimiento.

Este largo martirio dura no sólo días, sino semanas y muchos mueren como consecuencia del mismo. Los epilépticos —muy

numerosos en Solovki— rara vez pueden soportar el suplicio: luego de unos pocos minutos de exposición a los mosquitos, se derrumban y se debaten como pueden hasta el fin de la crisis. Una vez que recobran el conocimiento, son conducidos a las celdas y diez minutos más tarde, de nuevo al trabajo.

Los forzados de Solovki han esperado con impaciencia la llegada del verano, con la esperanza de que el sol atenuará un poco la tristeza de su terrible calvario y les permitirá mejorar algo su situación, gracias a las hierbas, almejas, cangrejos y pescado que pueden procurarse. Pero ¡ay!, que el verano se les acaba haciendo demasiado largo, un verano que apenas dura dos meses y medio. Y aunque con cierta aprensión, porque saben que no disponen de prendas de abrigo lo suficientemente buenas como para preservarles del frío intenso, y porque saben que todavía sufrirán de modo más intenso por causa del hambre, acaban por desear que el invierno llegue lo antes posible.

Pero para el invierno los chequistas han inventado otra cosa: el suplicio de la torre fría^[9].

De la torre del «Kremlin», que en otro tiempo servía para llamar a los frailes a sus rezos, estos cerebros que apenas parecen conservar algo humano, han hecho un lugar de sufrimiento, un lugar de tortura, con frecuencia mortal.

La torre del campanario, que tiene una altura de unos dieciocho metros, es la parte más expuesta al frío, la más azotada por los vientos. En ella, y a cierta altura, existía un espacio bastante amplio, que los chequistas acondicionaron especialmente para sus proyectos infernales.

Con el fin de que las futuras víctimas no tuvieran la posibilidad de terminar con sus sufrimientos precipitándose en el vacío, cerraron completamente todas las aberturas con planchas metálicas, pero poniendo buen cuidado en dejar entre ellas suficiente espacio para que los vientos pudieran penetrar libremente.

En este sitio se encierra a desgraciados presidiarios, sobre cuyo cuerpo no se deja más que un calzoncillo y una camisa, y así, durante, tres, cuatro e incluso ocho días, quedan expuestos a un frío que puede llegar a superar los 30 grados bajo cero.

Nada de camas, por supuesto, pero en todas partes planchas con intersticios por los que se cuelan el frío, la nieve, y las ráfagas heladas.

En este espacio necesariamente limitado es obligado a moverse, ir y venir, andar día y noche, andar sin cesar, para procurar resistir. Quien, agotadas las fuerzas se agacha o encoge, pronto queda congelado.

A los inocentes condenados que sufren allí, se tiene buen cuidado de no enviarlos a trabajar, para evitar que, aun penando, tengan una posibilidad de entrar en calor.

Es necesario que lentamente, y por el frío, la muerte se apodere de sus víctimas^[10].

En los bajos del edificio que limita con la catedral Preobrajensky, es decir, enfrente del número 16, hay pozos de piedra tan viejos como el propio monasterio, cinco veces secular. Ahora se les llama «sacos de piedra», pues no contentos con recurrir a los mosquitos y al frío para torturar a sus prisioneros, los chequistas han creado con esos pozos otro tipo de suplicio.

Mientras que la tortura de los mosquitos es una práctica infligida normalmente, el suplicio del «saco de piedra» es menos frecuente.

Este no depende de la fantasía del primer chequista a quien le apetezca, y sólo se aplica con la autorización, o después de la decisión de chequistas de altos vuelos, como Mikhelson y Barinov.

Como consecuencia de una «resolución» de uno de ellos, un detenido, acusado de una falta cuya gravedad se calcula de acuerdo con el origen de ese último (contrarrevolucionario o delincuente común), es conducido al subterráneo donde desembocan

esos pozos, completamente desnudo y se le hace descender por medio de una cuerda dentro de uno de los agujeros, verdaderos ataúdes para vivos, cuya escasa longitud no permite extender los miembros, sino que obliga a permanecer en pie o agachado.

Una vez dentro de esta especie de funda, el condenado sólo recibe doscientos gramos de pan diarios y un vaso de agua, lo justo para prolongar su vida.

Completamente desnudo, por tanto transido de frío, queda sumergido en la más profunda oscuridad pisando sus excrementos y los de sus predecesores.

Una vez que, agotado por la falta de sueño, quiere dormir, no le queda otro remedio que apoyarse sobre la pared de piedra, húmeda y helada, puesto que le resulta de todo punto imposible estirarse.

Las pestilentes emanaciones, la fatiga, el hambre, el frío, y los múltiples parásitos que atacan a no mucho tardar a su pobre cuerpo, convierten al prisionero en un cadáver antes incluso de que transcurra el tiempo del castigo, y antes de morir él mismo, el desgraciado mártir oye con frecuencia, en la noche impenetrable de esos pozos convertidos en tumbas, los espasmos, los estertores de un camarada, de un amigo, encerrado en un pozo vecino, y que exhala el último suspiro...

El que consigue sobrevivir a los quince o veinte días de castigo en un «saco de piedra» sale de éste con ayuda de una cuerda que se le tiende y que él mismo ata alrededor del cuerpo para hacerse subir; el que muere allí es subido por un detenido cualquiera, a quien se hace bajar en busca del cadáver, que ata por un brazo o por el cuello y que se extrae a la superficie cubierto de inmundicias y roído por gusanos que continuarán devorando su cadáver cuando ya haya sido sepultado en el cementerio, en una fosa cualquiera...

Antes de que la isla de Solovki se transformara en presidio, los condenados eran enviados a Kholmogory y a Portaminsk, a unos 55 kilómetros de Arkangelsk.

Excedería el propósito de esta obra exponer todo lo que ocurría allí, y aconsejo encarecidamente al lector la lectura de las páginas estremecedoras que a este respecto ha escrito el capitán Malsagov.

Este explica, apoyándose en detalles cuya sola mención hace estremecer, que en tres años, en Kholmogory y Portaminsk, fueron «shot», es decir, «muertas por armas de fuego», unas *cient mil personas*.

Pero eso no es todo, porque allí se practicaban también anegaciones o ahogamientos en gran escala:

«En 1921 (traduzco aquí textualmente el texto del capitán Malsagov), 4.000 antiguos oficiales y soldados del ejército de Wrangel recibieron orden de embarcar en un navío, el cual fue hundido en la desembocadura del Dvina. Los hombres que consiguieron mantenerse en la superficie nadando fueron muertos a tiros.

»En 1922, varios barcos fueron cargados con prisioneros. Los chequistas hundieron varios de ellos en el Dvina ante los ojos de los demás. Los desgraciados pasajeros que se encontraban a bordo de los otros barcos, entre los cuales había muchas mujeres, fueron desembarcados en una de las pequeñas islas cerca de Kholmogory y abatidos desde los barcos con fuego de ametralladoras. Exterminaciones masivas se cometían con mucha frecuencia en esta isla. Como la «Casa Blanca»^[11] se hallaba cubierta por montones de cadáveres.

»En cuanto a los que escapaban de la muerte por arma de fuego, los chequistas los empujaban hacia el exterminio obligándolos a trabajar por encima del límite de las fuerzas humanas...»

Era importante que el lector conociera esos detalles para que no se sorprenda de lo que ocurre en Solovky y que forma parte de las cosas que en Rusia son normales^[12].

Por supuesto, Solovky tiene su reglamento, sobre todo a efectos de propaganda, como ya he dicho. Se indica en él que la pena máxima es la prolongación de un año de la condena a extinguir.

En la práctica ese reglamento es letra muerta. Excepto algunos casos, los pobres presidiarios de Solovky son en realidad condenados a morir, ya sea allí, ya en la región de Narym (Siberia), etc.

En fin, el exterminio es en Solovky cosa frecuente^[13].

En Sólovky hay varias maneras de hacer morir a la gente.

La más corriente es sin duda la de hacer trabajar a los prisioneros hasta la extenuación, incluso cuando están enfermos, en todo tiempo sin tener en cuenta ninguna consideración de higiene y manteniéndolos apenas con una alimentación más o menos infecta. Esto es lo que ocurre de un modo más generalizado.

La muerte de los presidiarios puede verse considerablemente precipitada por diversas sevicias, los «castigos», las torturas, y aquí me creo obligado a citar los siguientes párrafos de la obra de M. S.-P. Melgunov:

«Lo que distingue sobre todo el presidio actual del presidio de antes de la revolución, es que toda la administración del primero, el servicio de vigilancia, la guardia... todo el personal desde el primero hasta el último (con la excepción del jefe de la dirección) se componen de condenados por delitos comunes relegados por sanciones a ese campo.

»Se trata naturalmente de elementos seleccionados, chequistas condenados por robo, chantaje, malos tratos, etc.

»Allí, alejados de todo control público o administrativo, esos obreros esforzados disponían de todo el poder sobre la población del *presidio rojo* privada de todos los derechos.

»Los detenidos van descalzos, sin ropa, hambrientos, trabajan catorce horas diarias, por lo menos y, a la menor falta, son golpeados con bastones y látigos, o arrojados al “saco de piedra”, privados de alimentación o “expuestos desnudos a las picaduras de los mosquitos”, según el capricho de sus guardianes...

»La ermita Savatevsky, donde están internados los socialistas, se halla en el interior de la isla... Pueden padecer hambre, enfermar, enloquecer y morir sin el menor inconveniente, sin que la administración demuestre la menor veleidad por mezclarse en sus asuntos internos. Las conversaciones con el director Nogtev son extremadamente sencillas, cínicas y sin eufemismos. A una reclamación que se le hizo, respondió más o menos lo que sigue:

»*“Es hora de que comprenda que somos los vencedores, y ustedes los vencidos. No tenemos en modo alguno la intención de hacer lo necesario para que se hallen bien y su descontento nos tiene sin cuidado.”*

»Ante la amenaza de una huelga de hambre general respondió:

»*“A mi juicio, vuestra situación es tan mala, que haríais mejor en colgaros todos a las vez.”*»^[14]

¡Y todavía sostienen que en Solovki los socialistas tienen trato de favor en relación con los demás detenidos!

Al agotar gradualmente a los prisioneros, al martirizarlos con refinamientos de crueldad tan comunes entre los chequistas, se empuja poco a poco —como por otra parte ocurre en el resto de Rusia— a gran número de éstos al suicidio. Esto sobre todo es cierto en lo relativo a las mujeres, ya lo sabemos.

Pero cuando el agotamiento, la enfermedad o el suicidio no hacen desaparecer a los presos, entonces la cosa es bien simple: tenemos ejemplo de lo que decimos en estas declaraciones del coronel Chmarovin:

«... Pero la pena de muerte se aplicaba (en Solovki) y sin orden de Moscú: se ponía en marcha una tentativa cualquiera de evasión y los *culpables* eran fusilados.

»En ocasiones, los guardianes fusilaban a los detenidos porque éstos poseían objetos bellos o interesantes.»

Acto seguido el coronel da una lista de personas fusiladas en Solovki mientras él estuvo en aquel lugar:

«El capitán Tielnoff, que “debía” ser liberado cincuenta y tres días más tarde (los chequistas acusaron al capitán Tielnoff de haber participado en la evasión del capitán Malsagov y de otros cuatro detenidos); el príncipe Vadbolski; el coronel de Estado-Mayor Okerman; el barón Osten-Saken; el capitán Vasiliéff; el enfermero Visotski; los dos hermanos Dragún; dos sacerdotes; el capitán Buturline; uno llamado Liesnol; todos ellos igualmente acusados de «intentos de evasión».

»Se fusiló igualmente a un grupo de seis personas cuyos nombres no llegaron a conocerse.

»Entre las víctimas había dos mujeres. Una de ellas había escaldado con agua hirviendo a un chequista que encontró en el presidio, donde había sido enviado para cumplir una sanción, y que ella consideraba como autor de la denuncia que estaba en el origen de sus desgracias.

»Esas dos mujeres fueron fusiladas delante de todos los presos.

«Los condenados a muerte eran atados y conducidos al cementerio, de donde se les abatía a tiros de revólver.

»Los suicidios son muy corrientes entre las mujeres», añade el coronel.

La señora y la señorita Brunowsky, que se hallaban en Solovki cuando fueron muertos el coronel Okerman, el barón Osten-Saken y el capitán Vasiliéff, cuentan de este modo la odiosa maquinación de que fueron víctimas los tres hombres:

«Hacia el verano de 1926, el barón Osten-Saken, el coronel de Estado-Mayor Okerman, el capitán Vasiliéff y algunos otros detenidos se habían marchado a pescar con caña a dos kilómetros del “Kremlin”, a cuyo efecto habían recibido *autorización*.

»Para probar en Moscú que la checa de Solovky estaba vigilante, los chequistas, que habían autorizado el ir a pescar, enviaron poco después algunos hombres en persecución de los pescadores, acusándolos de haberse evadido.

»El barón y sus compañeros estaban pescando tranquilamente en la orilla de *un lago interior*, cuando súbitamente, sin ni siquiera ser interpelados, fueron muertos a tiros.»

»En noviembre de 1924 —informa por su parte M. Patrizi—, cinco o seis detenidos se evadieron, durante la noche, en una canoa, a la cual habían puesto velas que tomaron de un almacén situado en el mismo puerto. Por desgracia, esos prisioneros no sabían nada de navegación.

»La falta de la embarcación puso de relieve la huida, y se movilizó a la embarcación Neva, que, tras algunas evoluciones descubrió a la canoa.

»Después de aproximarse suficientemente, los chequistas que estaban a bordo del Neva abrieron fuego sobre los pobres fugitivos que iban desarmados.

»Dos o tres de éstos fueron muertos y los demás heridos.

»Se hizo volver a todos al “Kremlin”, donde, algunos días después los supervivientes, después de ser tratados por los chequistas como éstos acostumbraban a hacerlo en tales circunstancias, fueron ejecutados.

»Durante mi estancia en Solovki hubo cuatro prisioneros que resultaron muertos por chequistas encargados de vigilarlos en el trabajo.

»Estos son los únicos hechos de este tipo de los que tengo conocimiento directo, puesto que ocurrieron cerca del “Kremlin”.

»Personalmente, ignoro todo lo que en este sentido haya ocurrido en el resto de la isla.

»Con frecuencia algunos detenidos me han contado que los chequistas mataban simplemente por lo que ellos consideraban

rebelión, pero que en realidad lo hacían para apoderarse de las pertenencias de los prisioneros.

»Muchas veces se mataba y nadie se enteraba de ello.

»Efectivamente, ¿cómo darse cuenta de los que faltan en una isla de algunos centenares de kilómetros cuadrados, sobre los que se hallan diseminados los forzados?

»Hubo sin embargo una ejecución que se llevó a cabo fuera del “Kermlin” y de la cual tuve conocimiento.

»Sé muy bien que, en abril de 1925, un polaco, llamado Napolsky, fue sacado a las tres de la mañana de su celda, donde estaba encerrado, y llevado al cementerio, donde lo ejecutaron.

»Barinov, Mikhelson y Raiev, ayudados por varios chequistas, se dieron el gusto de esta ejecución.

»Esos desalmados fueron vistos por presos que, comprendiendo que pasaba algo anormal, vigilaban.

»Del mismo modo que observaron la presencia de Barinov, Mikhelson y Raiev, vieron cómo se llevaban a Napolsky.

»Al día siguiente, los que pudieron hacerlo, se arreglaron para pasar junto al cementerio y, discretamente, se dieron cuenta de lo que había ocurrido en el lugar. Allí constataron, sobre la nieve, huellas de sangre y, cerca de esa sangre, un foso que acababa de ser llenado.

»El desgraciado había sido muerto como un perro rabioso, cerca del hoyo que debía servirle de última morada, y su cuerpo, aún caliente, fue arrojado en aquél e inmediatamente sepultado por la tierra^[15].»

Aquí debo señalar al lector que hay toda una serie de testimonios directos que establecen de modo irrefutable que en Solovki los chequistas no sólo torturan física y moralmente a los desgraciados prisioneros, sino que incluso les dan muerte de acuerdo con sus caprichos.

En el curso de este volumen he ido dando conocimiento de tales testimonios: son los del capitán Malsagov, el coronel Chmarovin, de la señora y la señorita Brunowsky y, en fin, los de M. Patrizi.

No existe la menor duda acerca de los atroces sufrimientos que soportan todavía en Solovki millares de inocentes, condenados a una muerte lenta, o súbita.

¡Y que nadie intente decirnos que no existe premeditación en el caso de esos chequistas!

De todo esto, véase aquí, en efecto, la siguiente prueba:

Por estar la tierra helada en Solovki en invierno, es decir, durante una parte muy larga del año, la administración acostumbra a hacer excavar, desde el mes de septiembre, un número suficiente de fosas para los cuerpos que, probablemente, deberán enterrarse en los meses de diciembre, enero, febrero, marzo, abril y mayo. Como la nieve recubre pronto las fosas, se tiene la precaución de colocar sobre ellas desperdicios de maderas procedentes de la serrería.

Ahora bien, en septiembre de 1924, y para un número real de cerca *cinco mil prisioneros, se hizo preparar del modo descrito, mil fosas*^[16].

Es decir, que la administración del presidio estimaba que, solamente en seis meses, aproximadamente un quinto de los efectivos totales de los detenidos, pasaría de una forma u otra de la vida a la muerte^[17].

¡Es decir, una media anual del cuarenta por ciento!

Isaac Z. Steinberg

El aspecto ético de la revolución

(Traducido del ruso por Alexandre Skirda, Berlín, 1923)

Isaac Z. Steinberg es la persona indicada para tratar de ética del terror y de la revolución, al haber sido él mismo uno de sus protagonistas. En efecto, asumió el cargo de comisario del pueblo en Justicia, de diciembre de 1917 a mayo de 1918, o sea desde el inicio de la colaboración en el gobierno soviético de los socialistas-revolucionarios de izquierda, del que era un destacado miembro. Cesó esta colaboración tras el tratado de Brest-Litvsk, ya que los socialistas-revolucionarios de izquierda dimitieron del gobierno, en señal de protesta.

En sus memorias, publicadas más tarde^[1]. Steinberg narra su experiencia. Tuvo que luchar sin tregua, ya sea para limitar las prerrogativas y los abusos de la Checa, ya sea para salvar la vida amenazada de un contrarrevolucionario^[2]. «Los socialistas-revolucionarios de izquierda no creían necesario convertir las medidas represivas, que no pueden evitarse en tiempos de revolución, en un sistema de terror de Estado metódico.»^[3] Estos últimos tenían la fuerza, o la debilidad, según los criterios fluctuantes de la razón histórica, de querer permanecer fieles a sus ideales, heredados del movimiento populista, y que consistían ante todo en identificar la revolución, no sólo a una mayor justicia social y económica, sino también al progreso seguro de la conciencia moral.

No cabe duda de que semejantes consideraciones carecían de peso frente a las consideraciones lógicas de los bolcheviques de cara al porvenir. De hecho, la ambigüedad y la inconsecuencia de esta extraña alianza se situaba en ese plan.

Ambigüedad que aparecía ya en la definición que hace Steinberg de su propia actividad: «No hay que olvidar que, sí los jefes bolcheviques hacían más ruido y se agitaban más de lo necesario, nuestros adversarios burgueses mantenían de cualquier modo contra nosotros una lucha encarnizada. La más pequeña derrota política, la menor debilidad frente a ellos por nuestra parte, hubiera podido destruir el fundamento sobre el que se basaba la Rusia soviética. Se temía entonces aparecer, aunque fuera en grado mínimo, sen-

sibles y sentimentales, y no se quería saber nada más del régimen de ese Kerensky que no era sino una veleta. De modo que el Comisariado de Justicia empezó a funcionar con la firme resolución de ser severo allí donde fuera necesario, pero al mismo tiempo tomaba posiciones contra la Checa. Lo que significaba que una lucha por la supremacía se iba a entablar entre esas dos instituciones supremas. Y así ocurrió: esa lucha no cesó un solo día, ni en las cosas pequeñas ni en las de gran envergadura»^[4].

Estas pequeñas batallas retrasaron la aparición de ese famoso «sistema de terror de Estado metódico», o acaso le permitieron desarrollarse mejor haciendo creer algún tiempo en una represión «indulgente», en un terror «humano». El sofisma bolchevique reposa sobre esa contradicción antinómica: ¿cómo ser humanos si se representan los intereses de la humanidad entera? «¿Por qué no sacrificar algunas vidas si se salvan miles de ellas?» (Latzis).

Contradicción que el tiempo se encargó de poner de manifiesto. A Trotsky, que se dirigía a los socialistas-revolucionarios de izquierdas en los siguientes términos: «¡Marchad sin vacilaciones con nosotros, si no queréis que nos veamos obligados a arrastraros a la revolución con una cuerda!», Steinberg le contestó algunos años más tarde: «Trotsky no sabía aún en aquella época lo peligroso que resulta jugar con frases efectistas de este tipo, frases que podían volverse contra él. Cinco años después, estaba excluido, él también, de la “santa comunidad”, y también él era denunciado como “vacilante” y arrastrado por el extremo de una cuerda fuera del Partido»^[5].

Por consiguiente, Steinberg conoció de cerca el sistema, primero como protagonista, y luego como espectador, antes de convertirse él también, a su vez, en uno de los cobayas del bolchevismo. Consiguió abandonar Rusia en 1921 y, luego, fue el animador en Berlín de la revista de los socialistas-revolucionarios de izquierda en el extranjero, «Znamia Borby», hasta finales de los años 30, en que emigró a Inglaterra y posteriormente a Israel, donde murió hacia 1950.

1. *¿Qué es el Terror?*

¿Qué es el Terror? ¿Cómo se manifiesta? Los que lo han sufrido u observado conocen las respuestas a estas preguntas.

De día en día, de mes en mes, los ciudadanos de la Rusia revolucionaria se han ido acostumbrando a esas formas cada vez más violentas y dolorosas. Lo que, al principio, conmovía, quebrantaba y abrumaba el alma se ha hecho, con el tiempo, rutinario, inevitable, comprensible casi, del mismo modo que nos habituamos a una ración de pan cada vez más reducida. Por eso, a la pregunta ¿qué es el Terror?, un hombre, en el límite de sus fuerzas, no podría hoy responder describiendo con precisión el sistema de violencia que se ha operado de manera estable de su existencia. Sólo podría indicar alguno de los eslabones del sistema, el que se le apareciera como más evidente: detenciones arbitrarias, la manera humillante con que se trata en las comisarías o en las prisiones, las penas de muerte cada vez más numerosas. Es evidente que esto no sería exacto. El terror no es un acto único, aislado, accidental, aunque susceptible de repetición, de furor gubernamental. El terror es un sistema de violencia que viene de arriba, que se manifiesta o está a punto de manifestarse. El terror es un plan legal de intimidación masiva, de presión, de destrucción, dirigido por el Poder. Es el inventario preciso, elaborado, y cuidadosamente ponderado, de penas, castigos y amenazas por medio de los que el gobierno intimida, de los que usa y abusa con el fin de obligar al pueblo a seguir su voluntad. Es la pesada protección arrojada desde arriba sobre el conjunto de la población de un país, protección tejida de suspicacia, de vigilancia continua y de espíritu vindicativo.

¿Quién tiene en la mano esa protección, quién se sirve de ella para aplastar sin excepción a toda la población? De no ser un invasor, ¿sería la misma población quien de este modo decreta la opresión?

Evidentemente, un régimen así no podría pertenecer a un gobierno de la mayoría. Bajo el terror, el poder se encuentra en manos de una minoría, que siente y teme su propio aislamiento. El terror existe precisamente porque la minoría aislada en el poder añade sin cesar el campo de sus enemigos un número siempre creciente de grupos y de capas de población. Toda revolución crea la siniestra y temible figura del «enemigo de la revolución», sobre quien caen, justamente o no, todas las faltas y sufrimientos de la revolución. En el momento de los triunfos, de las victorias, esta imagen no aparece como algo amenazador, sino como un espectro lejano; pero, cuando está en juego el destino de la revolución, se hace más perceptible y concreta. En tanto que la mayoría orienta la revolución, el enemigo no es temido ni oscurece el horizonte. Pero el «enemigo de la revolución» asume gigantescas proporciones cuando, en el poder, ya no hay sino una minoría temerosa, suspicaz y aislada. Entonces, el criterio se amplía sin cesar, abarca progresivamente a todo el país y termina por aplicarse a «todos, con excepción de los que detentan el poder».

La minoría que manda mediante el terror extiende, antes o después, su acción gracias al principio «Todo está permitido» respecto a «los enemigos de la revolución». He ahí los dos mares sobre los que reposa el terror. Lo que significa que, en realidad, todos los medios y tipos de represión están permitidos contra todos. No olvidemos, además, que este terror se verifica siempre y constantemente «en nombre de la revolución», en nombre de los ideales más elevados que la razón haya nunca alcanzado.

¿Acaso no tenemos semejante espectáculo ante los ojos? ¿No ha alcanzado el terror ruso los límites característicos de ese sistema de gobierno? En adelante, ¿no están «todos, con excepción de los bolcheviques», incluidos en el campo de los enemigos de la revolución? ¿No se instituye la represión desde arriba, según leyes que lo resuelven y justifican todo de antemano?

Reflexionemos un poco más sobre todas las formas de Terror conocidas. Se comprenderá entonces que es inútil distinguir terror físico de terror psicológico, pues cada uno de sus actos se reclama a la vez del uno y del otro. El Terror es el asesinato, el baño de sangre, la pena capital. Pero ésta no es lo que más sorprende a nuestros contemporáneos. La pena de muerte no es otra cosa que una estrella en la sombría constelación terrorista que se extiende sobre toda la tierra revolucionaria, no es más que la cúpula del edificio terrorista que cubre la vida del pueblo. Las formas de terror son varias e innumerables, como lo son las expresiones del yugo y de la opresión. El terror se manifestó ya en la disolución de las organizaciones legales de los trabajadores (soviets, sindicatos, congresos, unidades de combatientes voluntarios) donde se expresaba la voluntad activa, libre y poderosa de los trabajadores y sin la cual éstos no son de nuevo otra cosa que polvo humano. El terror se manifestó en la supresión de la libertad de expresión en todo el país, y esto durante el período más responsable de su vida, en una época de profunda transformación social. No en la prensa, ni en las reuniones populares, ni en los sindicatos u otras organizaciones, puede pronunciarse una sola palabra que discrepe de los puntos de vista del partido situado en el poder. Si semejante palabra llegase a expresarse, su fin sería el de diluirse en las sanciones y en la inacción forzosa. Junto a la palabra impotente del orador reina el sombrío silencio humillado del oyente. El Terror consiste en obstaculizar mediante las cadenas de la censura al pensamiento humano en su expresión más elemental, en permitir que el poder central decida de antemano si un libro, un periódico, o una revista son o no publicables; el propio pensamiento se hace silenciosamente hostil o servil. La naturaleza humana tiende siempre, naturalmente, a decir: «no puedo callarme», pero, en el país del terror, todo conspira contra esa expresión elemental del pensamiento.

Entonces, la timidez, la estrechez de miras, la aprehensión se apoderan de las fuentes y de los resortes del pensamiento. El terror es la red sutil de la vigilancia política con la que el gobierno envuelve los poros, tejidos y células de la sociedad revolucionaria; es la policía política secreta que vigila constantemente cada hecho y cada gesto del ciudadano o da la impresión de hacerlo... Son también los procedimientos maquiavélicos de la provocación y la investigación, gracias a las cuales las intenciones secretas de los ciudadanos deben revelarse ante el poder; son los procedimientos más sutiles de la tortura psíquica y demás torturas que, tan pronto se revelan impudicamente como son, o se disimulan con la máscara de la «revolución» y del «socialismo».

El Terror son las formas desdeñosas, humillantes y dolorosas de los interrogatorios de los sospechosos; son las cárceles atiborradas donde se mata de hambre hasta el agotamiento y que sólo se abren de tarde en tarde en muy espaciadas e hipócritas amnistías; también es el azar que decide en materia de sentencias — que pueden variar según los cambios de humor del Poder, o las vacilaciones de los funcionarios, cuyo precio es la muerte.

El Terror son los desplazamientos de poblaciones, las requisas, las confiscaciones, las contribuciones más arbitrarias dictadas por normas desconocidas que deberían aplicarse, en principio, a los parásitos y a los que disponen de más posibilidades, pero que, de hecho, se abaten sobre los hambrientos y los extenuados. Pero lo más espantoso y más monstruoso sigue siendo la pena de muerte, la cual, como la «santa guillotina», se ha convertido en el personaje más activo en la arena revolucionaria cotidiana, con la espada suspendida de un hilo tan tenue que puede, en cualquier momento, abatirse sobre cualquiera. El Terror es la sangre que corre sin medida, de manera insensata, a torrentes.

El Terror es el: «¡Al paredón!» que amenaza por el impuesto sobre la renta, el impuesto natural, el impuesto extraordinario, todos impagados; por desertión del ejército, o por rehuir la mo-

vilización; por no entregar provisión de grano o caballos; por pillaje en las calles; por traición al Estado; por especulación, estafa, o concusión; por pequeñas especulaciones, conspiraciones contrarrevolucionarias calificadas como muy peligrosas o por las más superficiales injurias a «su majestad», en período de transición. El Terror es el: «¡Al paredón!» convertido en lo cotidiano, es la represión de la gente sin defensa, la transformación del hombre en cosa, es la apertura de todas las exclusas y la rotura de todos los diques que contiene la bestialidad de los hombres.

El Terror, es el miedo animal que paraliza la voluntad, obliga al fuerte a palidecer y a someterse servilmente a quien tiene el fusil. Pero, cuando todos temen el poder, todos se temen unos a otros.

El Terror, en fin, son las ejecuciones masivas, cuando, por un golpe asestado al poder, por un peligro intuido para el gobierno, pagan gentes de la clase opuesta, pagan aquellos que caen por azar en manos del Poder, pagan aquellos que por azar se encuentran en prisión. El Terror de masas es también la condena de unas gentes, tomadas como rehenes en virtud del principio de la responsabilidad colectiva, es también el empleo por el Poder, no ya de tal o cual forma de violencia, el uso de tal o cual acto, sino el empleo simultáneo de todos esos actos, de todas esas formas juntas, masivamente, como eslabones de una misma cadena oprimiendo con el mismo impulso todos los aspectos de la vida de un país. El Terror, no es solamente la aplicación de la violencia, sino también su amenaza latente. Esta amenaza constituye la atmósfera, el elemento mismo del terror. En este ambiente, la vida es todavía más penosa que cuando el Terror se manifiesta de un modo concreto. Si, en un momento dado, no hay Terror, su retorno sigue siendo una posibilidad, y acostumbrarse a su existencia sigue subsistiendo tanto en los que aterrorizan como en los aterrorizados.

El Terror hace nacer dos campos: los terroristas y los aterrorizados. Para los primeros, Terror es audacia, insolencia de la naturaleza elemental que siglos de historia habían velado; en los otros, sólo es desgracia, humillación, miedo. Entre esos dos campos sólo puede existir hostilidad mutua, incomprensión. La existencia de esos dos campos crea un nuevo orden, en el cual, como en todos los sistemas pretéritos fundados sobre la violencia, pero bajo una forma mucho más aguda, se hallan los elementos psicológicos de un orden injusto y opresor. Por una parte existe la embriaguez del poder, la impudicia y la impunidad, la opresión del hombre ejercida por odio y bajeza, un espíritu mezquino de revancha y una suspicacia sectaria, que lleva a un desprecio creciente hacia el subordinado; en una palabra, se trata de la tiranía. Por otro, la axfisia, la timidez, el terror al castigo, la hostilidad impotente, el odio silencioso, el servilismo, la duplicidad infatigable respecto a las autoridades; en una palabra, la esclavitud. Resulta de todo ello dos nuevas clases, separadas por un abismo social y psicológico: la clase de los comisarios soviéticos y de sus esbirros y la clase de los «súbditos» soviéticos.

2. Violencia y Terror

Una duda crece permanente en nosotros... Si el Terror es en realidad tan funesto, si corrompe el sentido mismo del socialismo, entonces ¿cómo puede tolerarse el uso de la violencia en general? ¿Es que en ésta no existen gérmenes de todos los elementos de humillación y degradación del hombre? ¿Es que la violencia revolucionaria, que expande el furor sobre las clases y los partidos hostiles a la revolución, alcanzando incluso a sectores que se declaran neutros, es que esta violencia, decimos, no lleva en sí los mismos embriones de odio e intolerancia que florecen más tarde en forma de frutos venenosos en la locura del terror? Si el terror es una catarata abrasadora de violencia, ¿no será la violencia un río de terror de curso apacible? Si el terror golpea más profunda e incisivamente, ¿no opera la violencia misma de

manera más ágil y más completa? Dicho de otro modo, ¿no será el terror una forma aguda y concentrada de la violencia, derivando de uno y de otra las mismas consecuencias? En este paso, no habría entre ambas nociones sino una diferencia cuantitativa; pero los balances morales no dependen de la cantidad de violencia empleada, puesto que una ligera dosis de veneno emponzoña de cualquier modo el organismo, aunque pueda pasar inadvertido. ¡Ahora bien, nosotros defendemos el uso de la violencia revolucionaria!

No intentaremos explicar la diferencia existente en lo esencial de esas dos nociones, ni tampoco explicar por qué, por ejemplo, desde el punto de vista interno del socialismo, la violencia revolucionaria estaría permitida, justificada y sería concebible mientras que el terror revolucionario sería intolerable, injustificable y condenable.

¡Por qué no hay diferencia alguna entre ellas!

En efecto, del mismo modo que el Terror, la violencia (considerada igualmente bajo la forma de la coacción y de la mentira) contamina siempre los tejidos esenciales del alma del vencido en primera instancia y, simultáneamente del vencedor, y luego después, de la sociedad en su conjunto.

La sangre de un hombre es igual de roja tanto si se derrama gota a gota en nombre de la violencia que si lo hace a borbotones en nombre del Terror. No hay diferencia alguna de principio entre ellas (a no ser cuantitativa), y sería abyecta hipocresía el negarlo. Por consiguiente, ¿por qué toleramos la violencia?

La toleramos a falta de otro medio para emancipar al hombre. Esta es nuestra respuesta a esta dolorosa pregunta. La historia no nos ha provisto de mejores medios. Los otros, los pacíficos, llevaban siempre a un refuerzo de la injusticia mundial. Hay que mantener con el mal secular de la violencia un combate de igual a igual. Esta es la triste lección de la historia pasada y presente.

La ausencia de otra salida para la humanidad no constituye una justificación de la violencia, pero funda su inevitabilidad en relación con nuestra conciencia moral.

Es con esta conciencia que el socialismo quiere limpiar de arriba abajo el edificio del viejo mundo. De lo contrario, la negativa de oponer la violencia a la ley de bronce de este mundo de explotación y de opresión, revertiría de hecho en una ayuda, y en su refuerzo y perpetuación.

El cambio radical del viejo mundo, su sustitución por una vida nueva que conserve los mismos males, que se halle contaminada por los mismos viejos principios, he aquí el problema que sitúa al socialismo ante una elección crucial: la violencia antigua o la violencia revolucionaria en el momento de la lucha decisiva. Pero conocemos bien la distinta naturaleza de las dos violencias. La antigua no es otra cosa que una protección patológica de la esclavitud, la violencia nueva es la vía dolorosa hacia la emancipación, la salida dolorosa de un círculo. En la primera, era el eterno atributo del régimen; en la segunda, sólo es el instrumento provisional de la lucha. En la primera opción, no hacía otra cosa que ampliarse y afilarse, únicamente para perpetuarse indefinidamente; en la segunda, busca sin descanso límites, a fin de suprimirse progresivamente. Esto es lo que determina nuestra elección: utilizamos el instrumento de la violencia para terminar con ella para siempre. En definitiva, no hay otros instrumentos de lucha contra la violencia.

Ahí es donde topamos con la herida mortal y ulcerosa de la revolución. Ahí se revela su antinomia, su dolor interno, su contradicción.

En la época de la revolución existe una antinomia imborrable entre el espíritu del socialismo y la realidad de la violencia. Esta sólo podrá desaparecer cuando las últimas llamas del brasero revolucionario empiecen a extinguirse.

3. *¿Violencia o Terror?*

Al asumir la vieja vía de la violencia, no debemos olvidar un solo instante su peligrosa naturaleza. Por consiguiente, se trata de rodearla de toda una serie de condiciones y límites, a fin de que no se convierta en la prolongación de la antigua violencia, que no se erija en sistema y en costumbre. De lo contrario, podríamos preguntarnos, y todos con nosotros: ¿para qué un cambio? Por eso es que la violencia debe ser breve, limitada, responsable. No responde sino a la extrema necesidad de la revolución, puede ser sólo defensiva. Es incluso defensiva cuando, vista desde el exterior, parece ir ofensivamente sobras las posiciones de clase del enemigo, pues el mundo de la violencia burguesa no es otra cosa que un sistema de agresión continua de los oprimidos. La violencia de éstos no sube al asalto de las posiciones burguesas para apoderarse de ellas e instalarse en las mismas, sino que tiende a destruirlas defendiéndose. Por eso es que el ejército de la revolución no debe poseer otros sentimientos militares que la cólera contra el viejo mundo y la pasión por el nuevo, al mismo tiempo que abstenerse de cualquier espíritu de venganza y de odio hacia los hombres.

Por ese carácter defensivo es por lo que la violencia se distingue del Terror.

4. *El Terror no es obra de los trabajadores*

Para justificar el Terror, sus partidarios se refieren a menudo a la voluntad de los trabajadores. «Si no hubiese el llamamiento a la serenidad de las organizaciones soviéticas», escribía uno de ellos en 1918^[6], «si las masas obreras no hubieran tenido la certeza de que el poder obrero sabría responder a ese golpe, entonces se habría dado una matanza general de la burguesía.» «En la situación de sumisión», declara otro de sus partidarios^[7], «es difícil enseñar a las masas oprimidas buenos modales. Cuando se cansan, actúan con palos, piedras, o utilizando el fuego y la horca.

Por esta razón es por la que el poder revolucionario no traduce en la práctica sus malas tendencias, sino las de los propios trabajadores, cuya palabra es ley para la revolución.» Nosotros no podemos aceptar que la responsabilidad sea tan fácilmente descargada sobre otros hombros, puesto que, para empezar, todo deseo o acción de los trabajadores no es ley revolucionaria. Haría incluso falta que en el proletariado estuviera todo permitido; sus sufrimientos y sus legítimas aspiraciones no le liberan en absoluto de la obligación moral incluida en los fines propuestos. «No te crees ídolos», ni siquiera de la clase revolucionaria, podría añadirse. Pues el socialismo no eleva sobre su escudo una nueva nobleza de sangre negra en contraposición a la antigua de sangre azul. El emancipador del mundo, el proletario, se parece en muchas cosas al burgués. La aspiración del obrero al terror (si existe, o si fuera tan fuerte) no sería sino la peor forma de esta imitación. La fatalidad histórica ha ensuciado en muchas ocasiones no solamente a los explotadores, sino también a los explotados. En el esclavo oprimido duerme a menudo el que espera su hora. El socialismo debe reconocerlo si no aspira sólo a la emancipación del proletariado, sino también a la del género humano.

Sin embargo, lo más importante es que, en casi la totalidad de los casos, los que viven de su trabajo no quieren el terror. Atribuirles lo contrario equivale a calumniarles vilmente.

Uno de los defensores del Terror rojo en 1918, al afirmar que los trabajadores deben llevar a cabo ellos mismos el Terror, aseguraba que «cinco rehenes tomados de la burguesía, condenados públicamente por un pleno del soviet local y fusilados en presencia de miles de trabajadores que aprobaran ese acto, hacen más por el Terror de masas que la ejecución de 500 personas por decisión de la Checa, sin participación de las masas obreras»^[8].

Dejemos a este hombre el cuidado de determinar qué acto de terror es el más enérgico, pero reconozcamos en esas palabras hay un insulto para el proletariado.

Afortunadamente, todos esos proyectos y cálculos canibalescos emanan de personas extrañas al mundo del trabajo. El trabajador es moralmente más limpio y posee en mayor grado el sentimiento de la justicia que los demás. Como si la tarea histórica atribuida a su clase se expresase de modo instintivo en su naturaleza. Como una llama viva, alienta en él la conciencia de la vida infeliz, así como la aspiración a una vida mejor. Por esta razón sabe experimentar compasión por cuantos se encuentran en la desgracia. He ahí por qué en Rusia se llamaban «desgraciados» a todos aquellos que estaban privados de libertad. Por ello, el pueblo se puso a considerar como «desgraciados» a todos sus enemigos vencidos por la revolución. Aparte los linchamientos que se produjeron en el torbellino de la revolución, no nos es dado observar, durante esos años, represión popular de contrarrevolucionarios, presión sistemática. El pueblo laborioso siente compasión por los vencidos. ¡Qué grandeza de alma reinaba en los tribunales del primer período de la revolución de octubre: el período de la verdadera comuna!

Las clases vencidas no tenían razón al temer, por culpa de su situación, a esos tribunales, pues estaban compuestos por obreros.

Los primeros presidentes del tribunal de Petrogrado fueron los obreros bolcheviques Jukov y Zorin. Decenas y centenares de personas juzgadas conocen con cuánta sinceridad, compasión y honor, se aplicaron aquellos jueces obreros a pronunciar sentencias. No por casualidad, posteriormente, en la época del Terror, los tribunales estuvieron ya compuestos por antiguos jueces. Los designados al azar, orgullosos de la revolución, eran poco seguros y peligrosos. No es casualidad, los obreros judíos de Mstislav no aceptaron la condena a muerte de un ladrón cogido en flagrante delito y lo liberaron, obligando al tribunal a celebrar sus sesiones en la plaza pública y a imponer penas leves. Era el año 1918. No por casualidad, en ocasión de un mitin moscovita,

celebrado en marzo de 1918, se armó una tormenta de indignación y protesta cuando un orador, a quien, por otra parte, se estimaba mucho, lanzó el llamamiento de «¡Al paredón!», aludiendo a los merodeadores.

Siempre me acordaré de los obreros cosacos de Tikhoretsk, quienes, en pleno combate, coincidían conmigo al reconocer que no había que fusilar a los prisioneros que, mañana, empero, podrían fusilarlos a ellos.

La crueldad no viene del pueblo, sino de las clases antiguas. En prisión, he tenido ocasión de comprobar que todos nosotros, los socialistas, estábamos indiscutiblemente contra la pena de muerte y que nos causaba dolor la ejecución de los condenados por delitos comunes, en tanto que los burgueses contrarrevolucionarios encarcelados con nosotros aprobaban enteramente los actos represivos bolcheviques.

El terror de los años últimos no ha procedido de los obreros, sino que ha ido hacia los obreros, contaminados por una fracción de la *intelligentsia* revolucionaria. Como ya he dicho, ocurre que el pueblo es, en ocasiones, cruel por impulso, pero no de forma duradera, y sin ser sistemático ni insensible dentro de la violencia.

Como todo lo que es premeditado, el sistema de nuestro terror asume una dimensión de sobriedad, bien calculada, empezando y terminando a una señal determinada. Esta es la razón por la cual el símbolo de nuestro terror no es un rostro deformado por el odio ni la embriaguez sanguinaria, sino la máscara glacial del fanatismo. Hay que buscar las fuentes del terror, no en las clases del porvenir, sino en las del antiguo orden. El terror ruso es obra de esa parte de la *intelligentsia* que no ha eliminado la herencia tártaro-zarista. Es también la heredera directa del orden ruso y del orden burgués europeo de violencia y de desprecio por el hombre.

5. *Los medios y los fines*

Cada acción revolucionaria debe incluirse en una jerarquía moral de los fines y medios, de la que debe recibir su sanción. La adecuación de los medios y los fines debe constituir la condición necesaria y suficiente para toda acción revolucionaria.

¿Cuál es el fin que nos representamos como supremo criterio moral de todas nuestras acciones revolucionarias? Este fin es evidente desde hace largo tiempo: el socialismo.

Entonces, podemos plantear la siguiente pregunta: ¿cómo se debe juzgar moralmente el terror? Conociendo el criterio último, podemos volver a formular la pregunta de este modo: ¿cuál es, desde el punto de vista socialista, el valor moral del terror? ¿Es que el terror está permitido en tanto que medio de realización del socialismo?

Puede responderse de dos maneras. Entre ellas, reside la diferencia profunda y fundamental entre la corriente revolucionaria-populista y la corriente marxista-bolchevique. Este predica abierta y simplemente que para alcanzar un fin elevado, todos las vías, todos los medios son buenos —«Todos los caminos conducen a Roma», ¡lo que significa que todos los caminos son santos! Todo lo que resulta útil para la realización rápida del socialismo está permitido, es necesario, «moral». Es inútil interrogarse en cuanto a si éste o aquél medio están o no «permitidos».

Por el hecho mismo de estar al servicio del socialismo, el medio se hace inmediatamente aceptable y necesario. La única cuestión pendiente es el de la utilidad y la conformidad de los medios y los fines; pero el problema de la utilidad resuelve por sí mismo el de la moralidad.

Por el mero hecho de servir al socialismo, el medio se convierte en movimiento religioso, como ya lo han aplicado los jesuitas; en la historia política, los jacobinos franceses lo aplicaron con las mismas sombrías consecuencias.

Pero existe otra concepción, según la cual todos los medios no son utilizables, incluso para alcanzar el más elevado de los fines: pues, de hecho, aquél al que en realidad llegaríamos podría resultar aún alejado del objetivo inicial que éste lo estaba antes de habernos equivocado por el camino que conducía a aquel fin.

El vicio está ahí: en los caminos y medios para alcanzar el fin. ¡Cuántos ideales han perecido en el desarrollo de la humanidad!

Recordemos los ideales de la Revolución francesa, que desaparecieron por mucho tiempo a consecuencia de esa contradicción. ¿No son los caminos, los métodos de acción, los instrumentos de lucha, los procedimientos para influir, los que han llevado lenta, pero irremisiblemente al olvido, al desprecio y a la destrucción, las ideas de libertad política, de igualdad civil, de soberanía popular, de derechos del hombre?

¿Sabéis qué provocó la muerte de la Revolución francesa? ¡Contemplad la terrible sombra de la «santa» guillotina!

¿Cuáles son, entonces, los medios buenos? Si nuestro fin es moral, cualquier medio no puede ser bueno, sino sólo aquél que participa de su esencia, el que revela su sentido. La fórmula no es: «el fin justifica los medios», sino, por el contrario: «los medios justifican el fin».

6. *¿El Terror ejercido en nombre del amor al prójimo?*

¿Puede el Terror ser ejercido en nombre del «amor al prójimo»? ¿Podemos salvar a unos eliminando a otros? La posibilidad o la imposibilidad de plantear el problema en estos términos se resuelve en su expresión misma. Dejamos al lector el cuidado de responder a esta pregunta.

Bibliografía

Sólo se indican aquí las principales obras dedicadas a este tema, seleccionadas principalmente entre las publicadas en lengua francesa. Se comprobará la inexistencia de una obra de conjunto sobre el Terror rojo, mientras el terror estalinista ha sido seriamente estudiado, especialmente por Conquest y, de un modo diferente, por Soljenitsin.

Para una bibliografía de los artículos aparecidos en su época, puede el lector remitirse a la establecida por S. P. Melgunov.

Aich V., *La cité détruite*, Vladivostok, 1920 (en ruso). Alexisnsky G., *Souvenirs d'un condamné à mort*, París, 1923.

Averbuch, *La commission extraordinaire d'Odessa*, Kichinev, 1920 (en ruso).

Anet C., *La Révolution russe*, 4 vols., París, 1918-1919. Babel I., *Cavalerie rouge*, París, 1930.

Barbusse H., *Voici ce qu'on a fait de la Géorgie*, París, 1929.

Barkewitch G., *Mon évacion des bagues bolchéviks du guépéu*, Marsella, 1930,

Besedovsky G., *Oui, j'accuse. Au service des soviets*, París, 1930.

Beszonov Y. (Capitán), *Mes vingt-six prisons et mon évacion de Solovky*, París, 1928.

Buisson E., *Les bolchéviks, 1917-1919. Faits, documents, commentaires*, París, 1919.

Bunyan J., *The origin of forced labour in the Soviet Union, 1917-1919*, Baltimore, 1967.

Cerderholm B., *Au pays du Nep et de la tchéka. Dans les prisons de l'URSS*, París, 1928.

Chirvindt E., *Les prisons en URSS*, París, s.d. (después de 1926).

Comte G., *La révolution russe par ses témoins*, París, 1923.

Conquest R., *La Grande Terreur. Les purges staliniennes des années trente*, París, 1970.

Dan Th. y Martov J., *La dictature du prolétariat*, París, 1947.

Dallin y Nicolaesvsky, *Forced labor in Soviet Russia*, Londres, 1948.

Denikin A. I. (General), *La décomposition de l'Armée et du Pouvoir. Février-septembre 1917*, París, 1922. *Essais sur la révolution russe*, 3 vols., Berlín, 1924 (en ruso).

Dominique P., *Oui, mais Moscú*, París, 1931.

Douillet J., *Moscou sans voile (Neuf ans de travail au pays des soviets)*, París, 1927.

Duguet R., *Un bagne en Russie rouge: Solovki. L'île de la faim, des suplices, de la mort*, París, 1927.

Gavrinsky D., *Le bilan du bolchevisme russe d'après des documents authentiques*, París, 1920.

Gul, R., *Les maîtres de la tchéka. Histoire de la Terreur en URSS (1917-1938)*, París, 1938. Tukhatchevsky — *Maréchal rouge*, París 1935.

Graf H. (Cap. de fragata), *La marine russe dans la guerre et dans la Révolution, 1914-1918*, París, 1928.

Istrati P., *Vers l'autre flamme. Après seize mois dans l'URSS*, París, 1929.

- Kautsky K., *Terrorisme et communisme*, Berlín, 1920.
- De la démocratie a Tesclavage*, Berlín, 1922.
- Kehler H., *Chroniques russes. Les premiers temps du bolchévisme, 1917-1919*, París, 1928.
- Kérensky A., *L'expérience Kérenski*, París, 1928.
- Kolarz W., *La Russie et ses colonies*, París, 1954.
- Les colonies russes d'Extrême Orient*, París, 1955.
- Kolbasin-Tchernoff Olga, *Les prisons soviétiques*, París, 1922.
- Latzis (Sudrabs), *Deux années de combat sur le front intérieur*, Moscú, 1920 (en ruso).
- Levin I. don, *Letters from bolshevist prisons and exile*, Berlín, 1925 (mecnografiado).
- Livre rouge de la tcbéka*, 3 vols. mecnografiados. 1: El proceso Savinkov; 2. La insurrección de los socialistas-revolucionarios; 3. El atentado del 25 de septiembre de 1919. Moscú, 1923 (en ruso).
- Luxemburg R., «Questions d'organisation de la socialdémocratie russe» en *Marxisme contre dictature*, París, 1946.
- Malsagov (Capitán), *An Island Hell. A Soviet prison in the far North*, Londres, 1926.
- Makhin (Coronel), *L'Armée rouge. La puissance militaire de l'URSS*, París, 1938.
- Margulies M. S., *Une année d'intervention*. Vol. II. Berlín, 1922 (en ruso).
- Martov J., *La punition du capital* en «Sozial». «Vestnik», Berlín, 1923 (en ruso).
- Maslov O., *La Russie après quatre années de révolution*, París, 1922.
- Mazon A., *Prisons russes*, en «Revue de París», n.º de junio de 1919.

Melgunov S. P., *La Terreur rouge en Russie (1918-1924)*, París, 1927.

Mett Ida, *La commune de Cronstadt. Crépuscule sanglant des soviets*, París, 1949.

Le paysan russe dans la Révolution, París, 1968.

Montandon G., *Deux ans chez Koltchak et chez les bolchéviques*, París, 1923.

Monzie A. (de), *Destin hors série*, París, 1927.

Moore B., *Terreur et progrès en URSS. Variation et stabilité de la dictature soviétique*, París, 1956.

Moorehead A., *Naissance de la révolution russe*, París, 1958.

Morizet A., *Chez Lénine et Trotsky-Moscou 1921*, Prefacio de Trotsky, París, 1922.

Nadeau L., *Dessous du chaos russe (Les)*, París, 1920.
En prison sous la terreur russe, París, 1920.

Popov C. (Capitán), *Souvenirs d'un grenadier du Caucase*, París, 1931.

Recouly R., *Chez les moujiks en capote grise. Souvenirs de guerre et de révolution en Russie*, París, 1925.

Rollin H., *La révolution russe*. Vol. i: *Les soviets*; Vol. n: *Le parti bolchévique*, París, 1921.

Rouquerol J., *La guerre des Rouges et des Manes*, París. 1929.

Schapiro L., *Les bolcheviks et l'opposition. Orines de l'absolutisme communiste. Premier stade, 1917-1920*, París, 1957.

Steinberg I., *Souvenirs d'un commissaire du peuple, 1917-1918*, París, 1930.

L'aspect éthique de la révolution, Berlín, 1923 (en ruso).

Trotsky L., *Terrorisme et communisme*, Moscú, 1920 (en ruso).

Uralnis B., *Guerres et populations*, Moscú, 1972. Vandervelde E., *Trois aspects de la révolution russe, 7 mai-25 juin 1917*, París, 1917.

Vandervelde E. y Wauters A., *Le procès des socialistes-révolutionnaires à Moscú*, Bruselas, 1922.

Vichniac M., *L'année noire*, París, 1922 (en ruso).

Lénine, París, 1932.

Voronovitch N., *Le Livre vert*, Praga, 1921 (en ruso).

(Historia del movimiento campesino en Crimea).

Woitinsky W., *Les 12 condamnés à mort. Le procès des socialistes-révolutionnaires à Moscú*, prefacio de K. Kautsky, seguido de «La táctica del Partido socialista-revolucionario», por la Delegación en el extranjero del Partido S. R. ruso, Berlín, 1922.

Colectivos:

Bilan de la terreur en URSS. Faits et chiffres, París, 1926.

Bureau International du Travail, *Les conditions du travail dans la Russie des soviets. Questionnaire méthodique préparé pour una Commission d'enquête en Russie*, París 1920.

Dans les prisons soviétiques. Lettres des détenus politiques de Tobolsk, Prefacio de P. Graber, Ginebra, 1926.

Données sur la terreur en Russie, presentadas por el Comité Central de la antigua organización de la Cruz Roja rusa al Comité Internacional de la Cruz Roja en Ginebra, París, 1922.

Guerre polaco-soviétique, 1919-1920, Lausana, 1975.

Histoire de la Tcheka. Documents, Moscú, 1958 (en ruso).

Le Kremlin derrière les grilles, publicado por el Partido socialista-revolucionario de izquierda, Berlín, 1922 (en ruso).

Mémorandum. Les prisons soviétiques, publicado por el Comité Ejecutivo de la Conferencia de los Miembros de la

Constituyente de Rusia, París, 1921.

Mémorandum, presentado por la delegación del Partido socialista-revolucionario en el extranjero al Congreso de la Tres Uniones Internacionales de los Partidos socialistas y comunistas, Berlín, 2 de abril 1922.

Les persécutions des anarchistes dans la Russie des soviets, publicado por un grupo de anarquistas rusos en Alemania, Berlín, 1922.

Terreur Manche et Terreur rouge, notas diplomáticas intercambiadas entre el representante suizo E. Odier y el comisario del pueblo Tchicherin, París, 1919.

Terreur rouge en Ukraine soviétique, Ginebra-Praga, 1930 (en ruso).

Tché-Ka. Matériaux et documents sur la terreur bolcheviste recueillis par le Bureau central du Parti socialiste-révolutionnaire russe, París, 1922.

Terreur soviétique (La), Memoria dirigida a los gobiernos y a las instituciones internacionales por la Oficina Permanente de la Entente Internacional contra la III Internacional, Ginebra, 1927.

Sommaire des documents recueillis par la Commission spéciale d'enquête sur les atrocités commises par les bolcheviks, Rostov/Don, 1919 (en ruso).

[1] Vétcheka, abreviatura de Vserosiskaïa Tchesvytcháinaïa Komisia, es decir, Comisión Panrusa Extraordinaria. <<

[2] «*El capital en general* es, por cierto, contrariamente a los capitales particulares, 1° una *simple abstracción*, (pero) 2° el capital general posee una existencia *real*, diferente de todos los capitales particulares y reales». *Grundrisse*, Tomo 1. (Los subrayados son de Marx.) <<

[3] En enero de 1906 la emperatriz viuda escribió al zar: «Quiero hablarte de algo que me atormenta y me inquieta mucho. Se trata de esas tierras del Gobierno y de los Patrimonios de las que esos cerdos quieren desposeernos de acuerdo con los programas de los diversos partidos (...). Nadie debe siquiera atreverse a pensar en tocarlos. Sería el mayor error histórico y el más irreparable, si en este caso se cediera un solo copek. Es una cuestión de principios, y todo el porvenir depende de ella». (*Archivos secretos del Emperador Nicolás II*, París, 1928.) <<

[4] 1 *pud* = a 16,38 kilos. <<

[5] De acuerdo con la costumbre, la segunda fecha indica la cronología del nuevo calendario. <<

[6] Miasnikov tomará de nuevo la fórmula en 1923 en «El Manifiesto del Grupo Obrero del P.C.R. (b)» publicado en francés por *Invariance*, n.º 6, Serie II, Brignoles, 1975. <<

[7] «En el fondo, el blanquismo no es más que la rebelión de los pobres conducidos por un Estado Mayor revolucionario; una rebelión semejante puede pertenecer a cualquier época; es independiente del régimen de producción.» (Sorel, *La descomposición del marxismo*.) <<

[8] Lenin, en carta del 15 de septiembre del 1919, escribe: «De hecho (*la intelligentsia cercana a los k.d.*) no es el cerebro de la nación, sino pura mierdaX. <<

[9] Exiliado en París, Miasnikov cometió el error de volver a la URSS después de la Segunda Guerra Mundial. Stalin no lo había

olvidado. Desapareció en seguida. Léopold Trepper en su *Gran Juego*, París, confunde Miasnikov y Chliapnikov, muerto en prisión, en Rusia, en 1935. <<

[10] El Terror llegó a término el 22 de febrero de 1919, fecha del telegrama del Comité Central ejecutivo que anunciaba: «Para todos el fin del Terror (...) por haber sido aniquilada la contrarrevolución», citado por Buisson, *Les Bolchéviki*, París, 1919. <<

[11] Sarolea, véase más abajo, pág. 119, señala 500.000 de un total de 1.800.00. <<

[12] La primera edición de *Qué hacer* llevaba en epígrafe una cita de Lassalle: «El Partido se refuerza por la depuración». <<

[13] No es necesario precisar que Trotsky le supera con mucho como escritor y Radek como polemista. <<

[14] Véase el artículo de Jean Lacroix, *Le Monde*, 2 de julio de 1975. <<

[15] No iremos más lejos por el camino de la exploración de esta hipótesis, muy fecunda, a nuestro entender. Una obra de próxima aparición, cuyo título será *Faire Part* (es decir, comunicar), se dedicará a la misma, mientras que bajo el título «Hic et nunc», que se publicará oportunamente, se tratará más especialmente las cuestiones prácticas político-militares, enfocadas ellas también bajo el ángulo de la búsqueda de la definición de una nueva estrategia. <<

Notas

[*] A partir de ahora, siempre que el autor se refiera al *Archipiélago Gulag* de Soljenitsin, daremos la referencia correspondiente a esta edición española. (N. del T.) <<

[2] Existen múltiples intentos de formular balances, más o menos serios. El último, cronológicamente, es el de John Barron, En *KGB* (París, 1975). 500.000 personas habrían perecido durante el período leninista como consecuencia de la actividad chequista. Se juzgará de la seriedad de esta obra reaccionaria teniendo en cuenta que atribuyó la muerte de Lenin a «crisis cardíacas sucesivas» (pág. 87).

En 1923, el profesor Sarolea publicó en el *The Scotsman* de Edimburgo (7 de noviembre) un balance que elevaba los muertos a 1.776.737 víctimas.

En 1927, en Ginebra, apareció un *Vade-mecum antibolchevique* que establecía el balance de 1,9 millones de personas, de las cuales 1,3 estaba compuesto por campesinos, obreros y soldados. Pero afirmaba que el balance real era todavía más elevado.

Le Matin del 8 de enero de 1928 estimaba por su parte en 1.7 millones la cifra de víctimas del terror bolchevique desde 1917 a 1921 y otro tanto desde 1922 a 1928. <<

[3] Igualmente en *Ejenedielnik Tche-Ka*, Kazan n.º 1, y en *Pravda*, 25 de diciembre. <<

[4] Véase más adelante la traducción de un resumen de esta obra. (N. del E.) <<

[5] Yo no disponía en aquel momento, por ejemplo, de los informes sobre la famosa ejecución de 12 socialistas-revolucionarios en Astracán el 5 de septiembre de 1918, después del levantamiento local de agosto (*Rev. Rossia*, n.º 16-18). <<

[6] *Izvestia*, 8 febrero. <<

[7] *Libro blanco*: Informe provisional del Comité destinado a recoger información sobre la Rusia de 1921. <<

[8] *Libro blanco*, pág. 136. <<

[9] *Dielo*, n.º 56. <<

[10] *Archiv Revoliutsii*, VIII, 159. <<

[11] Ha resultado imposible verificar el número de víctimas, incluso al intentar recoger los informes después de la marcha de los bolcheviques. Por ejemplo, la sección de Kharkov de la comisión de Denikin, que ha realizado su investigación con el apoyo de los representantes de la Municipalidad, del Consejo de los Sindicatos de la Sociedad de Obreros, ha llevado a cabo investigaciones en 11 lugares y ha descubierto 280 cadáveres. Pero da por cierto que, en realidad, el número de víctimas ha sido triple. No ha podido descubrir todas las que se hallaban enterradas en el parque y fuera del mismo. <<

[12] *In the Shadow of Death*. Statement of the Red Cross Sister on the Bolshevik prisons in Kiev. *Archiv Revoliutsii*, VI. <<

[13] Véase, sobre este libro, mi opinión en el estudio llevado a cabo por mí en *Les Publications sur le Terreur*, en el n.º 3 de «Na Tchujoi Scronie». El libro de Nilostonkii, *La ebriedad bolchevique*, toma en sus últimas páginas un carácter netamente antisemita, lo que permite afirmar que es tendencioso. Acostumbramos a no dar crédito a obras de autores que no saben elevarse por encima de los prejuicios de raza. Pero los informes que recogemos de otras fuentes confirman los aportados en esa obra. <<

[14] *Tcheka*, Actividad de la checa de Saratov. <<

[15] Esas ejecuciones sin proceso provocaron las protestas de los obreros. Los mítines fueron dispersados por la fuerza armada y prohibidos. (Margouliès, *Años de fuego*, 279). <<

[16] *Fünf Monate Obrigkeit von unten. Erinnerungen aus den Odesauer Bolchevistentagen*, Abril-Agosto 1919. Edición «Der Firn». <<

[17] Aquí aparece en el original un breve resumen de la masacre de Astrakán, resumen tomado del texto que publicamos más adelante. (N. del E.) <<

[18] 7 de noviembre de 1920. <<

[19] *Tcheka*, pág. 227. <<

[20] *Tcheka*, pág. 102. <<

[21] *El Kremlin detrás de las rejas*, pág. 112. <<

[22] Por supuesto, las ejecuciones en el frente durante la guerra civil habían continuado antes de la orden de Trotsky. «Se fusilaba a los simples soldados rojos como perros», constata Larissa Reissner, que transmite la opinión de los propios soldados rojos, en sus relatos sobre los acontecimientos de Svaijsk, en agosto de 1918 («Proletarskaïa Revolutsia», n. ° 18-19). En Svaijsk se fusiló a 27 comunistas importantes que habían huido de la ciudad ante el ataque de los «blancos»; se fusiló también por influir sobre la masa que se quedaba. <<

[23] Véase *Tcheka*, «Descripción de la vida de prisión», págs. 119-120. <<

[24] *Smertnikov*, pág. 25. <<

[25] *Revolutsionnaia Rossiia*, n.º 6. <<

[26] *Poslednii Novosti*, 4 junio, n.º 33. <<

[27] Los habitantes calculan de 10 a 15 mil víctimas, añade el corresponsal. Claro está que esos rumores de la calle no pueden aportar la cifra exacta. Otro corresponsal de *Obchtchee Dielo*, R. Slovtsov (23 mayo 1921) reduce considerablemente el número

de víctimas. El autor, refiriéndose a los datos del informe del presidente de la Checa del gobierno, Deitch, informe hecho en la conferencia de la Juventud Comunista, da la cifra de 2.900. «Ciertamente, esta cifra es inferior a la real, pero de cualquier modo la cifra de muertos debe aproximarse a ese número.» La cuestión está en saber para qué período de tiempo valen los datos de la Checa. Deitch comenzó a establecer cálculos a partir de julio de 1920. En un informe de la checa de Odessa, de febrero 1920 a febrero 1921 se da la cifra de 1.418 individuos fusilados.

<<

[28] Osipov, «Na perelomie». Resumen de 1917-1922, págs. 67-68. <<

[29] *Poslednii Novosti*, 11 diciembre. <<

[30] *Tcheka*. «Checa del 22 Kubán», págs. 7-228. <<

[31] *Revoliutsionnaia Rossiia*, n.º 4. <<

[32] Recuerdos de Arbatov en *Arkhirv russokoï Revoliutsii XII*, pág. 119. <<

[33] *Boslednii Novosti*, diciembre 1920. <<

[34] I. S. Chmelev, en sus declaraciones en el proceso de Lausana, dice que se ejecutó a ciento veinte mil hombres, mujeres ancianos y niños. Apoyándose en el testimonio del doctor Chipin, sostiene que los datos bolcheviques indicaron en su tiempo 56.000 víctimas. <<

[35] Según *Golos Rosii*, en 1922, Samoilova fue hecha prisionera por los «verdes» en Gurzof y ejecutada. <<

[36] En Simferopol, en la jurisdicción de Krymtaev, en algunas noches se ejecutó a 5.000 soldados registrados (*Obchtchee Dielo*, 10 de junio de 1921). <<

[37] *Obchtchee Dielo*, 13 de enero de 1921. <<

[38] *Obchtchee Dielo*, 9 de noviembre de 1921. <<

[39] *Obchtchee Dielo*, n.º 148; *Poslednii Novosti*, 16 de agosto de 1921. <<

[40] *Rul*, 11 de diciembre de 1921. <<

[41] *Obchtchee Dielo*, 8, 24 de diciembre de 1921. <<

[42] *Obchtchee Dielo*, 23 de agosto de 1921. <<

[43] *Pravda*, n.º 81. <<

[44] *Poslednii Novosti*, 14 de noviembre. <<

[45] Un documento, redactado sobre la base de informaciones secretas del «Estado Mayor especial para la lucha contra el movimiento de los rebeldes en la República Soviética de Ucrania» y de informaciones del Ejército rojo de la República de Ucrania, ofrece un cuadro interesante de las operaciones de los destacamentos rebeldes en Ucrania en los tres primeros meses de 1921 en los gobiernos de Kiev, Tchemigov, Volhynie, Podolie, Kher-son, Poltava, Karkov, Ekaterinoslav. Ha sido publicado en *Revo-lyutsionnaia Rossiia*, n.º 11. <<

[46] *Poslednii Novosti*, n.º 572. <<

[47] *Poslednii Novosti*, 18 de diciembre. <<

[48] *Izvestia*, n.º 217. <<

[49] *Obchtchee Dielo*, 22 de septiembre, 7 de octubre. <<

[50] *Poslednii Novosti*, 31 de noviembre. <<

[51] 19 de abril de 1921. <<

[52] *Poslednii Novosti*, 30 de agosto de 1921. <<

[53] *Obchtchee Dielo*, 16 de febrero de 1921. <<

[54] 2 de diciembre de 1921. <<

[55] Sobre Siberia poseo poca información. Por tanto, prescin-
do de ella por el momento. <<

[56] Hubo ejecuciones semejantes con anterioridad. En Moscú, en 1919, se fusiló de este modo a jóvenes exploradores, y en 1920 a algunos jugadores de tenis, acusados de espionaje. <<

[57] Información de *Rul*, de *Obchtchee Dielo*, 22 de septiembre, con base en la prensa bolchevique. <<

[58] *Revol. Rossia*, núms. 12-14. <<

[59] *Revol. Rossia*, núms. 12-13. <<

[60] *Poslednii Novosti*, n.º 281. <<

[61] *Revol. Rossia*, n.º 11. <<

[62] *Archiv Russ. Rev.* XII. 32. En su momento, esas ejecuciones fueron publicadas en los periódicos de la emigración. <<

[63] *Sevodnia*, 28 de abril de 1921. <<

[64] *Izvestia*, 15 de febrero de 1924. <<

[65] *Arkhiv Kuss. Rev.*, XII, pág. 145. <<

[66] *Dni*, 13 de mayo de 1923; *Soclalni Vestnik*, 1923, n.º 5. <<

[67] *Souvenirs de l'enseigne Gueffier*, *Arkhir Revol.* X, pág. 118. <<

[68] «Más sobre la “Cabeza de Medusa”», *Rul*, 3, VIII, 1923. <<

[69] El profesor Sarolea ha publicado una serie de artículos sobre Rusia en el periódico de Edimburgo *The Scotsman*; en el capítulo destinado al Terror, aborda las estadísticas de la muerte (n.º 7, noviembre 1923). He aquí la cifra de los crímenes bolcheviques que aporta: 28 obispos, 1.219 sacerdotes, 6.000 profesores y maestros, 9.000 médicos, 54.000 oficiales, 260.000 soldados, 70.000 policías, 12.950 propietarios, 355.250 intelectuales y profesiones liberales, 193.000 obreros, 815.000 campesinos. El autor no cita la fuente de estos datos. ¿Hay que inferir que estas cifras son fantásticas? De todos modos, las características del Terror en Rusia, descritas por el autor, corresponden a la realidad.

<<

^[1] Primera sigla por la que se denominó a la Unión Soviética.
(N. del E.) <<

^[2] Argot, hoy traducido por «soplón». (N. del E.) <<

[1] S. N. Kanev, *Oktiabrskaya revoliutsia i Krakh anarkbisma* (La revolución de octubre y la derrota del anarquismo), Moscú, 1974, pág. 103. <<

[2] *Ibid.*, pág. 383. El mismo fenómeno es válido para las demás organizaciones obreras y revolucionarias: bundistas, mencheviques, socialistas-revolucionarios de izquierda, y otros. <<

[3] *Ibid.*, págs. 261-262. <<

[4] París, 1970. <<

[5] *Op. cit.*, págs. 38-39 <<

[6] Ante la necesidad de contar con el Ejército Insurreccional Revolucionario de los macknovistas para luchar contra Wrangel, el poder bolchevique concluyó un acuerdo con Mackno a principios de octubre de 1920. En este acuerdo se estipulaba en una cláusula que los anarquistas debían ser puestos en libertad y debían tener el derecho a desarrollar una actividad militante libre. Después de la victoria sobre Wrangel, el poder comunista atacó traidoramente a Mackno y la emprendió contra el movimiento anarquista de Ucrania. Destaquemos la siguiente circunstancia característica: algunos días antes de desencadenarse esta nueva represión, y una vez que la derrota de Wrangel pareció indudable, la estación central de radio de Moscú telegrafió a todas las estaciones provinciales la orden gubernamental de desconectar los aparatos, salvo las estaciones centrales de Jarkhov y Crimea, que debían recibir un telegrama secreto urgente. Un simpatizante anarquista, empleado en una estación de provincia, no desconectó los aparatos e interceptó el siguiente telegrama: «Hacer recuento de los efectivos anarquistas en Ucrania, sobre todo en la región macknovista. *Lenin*» Algunos días después, la víspera de la represión, llegó en las mismas condiciones un segundo telegrama: «Reforzar la vigilancia de todos los anarquistas y preparar tantos documentos como sea posible de *derecho común*, para utilizarlos como acusación. Mantener secretos los documentos y

las órdenes. Difundir por todas partes las instrucciones necesarias». Pocas horas después, llegó el tercero y último de los telegramas; esta vez muy lacónico: «Detened a todos los anarquistas y proceded a inculparlos». Todos los telegramas iban dirigidos al nombre del presidente del Soviet de los Comisarios del Pueblo de Ucrania, Rakovsky, como también a un nombre de otros representantes civiles y militares del poder en Ucrania. Tras el tercer telegrama, uno de los camaradas, al corriente de los hechos, partió para Jarkhov, con objeto de avisar a los anarquistas locales de la razia que se presentaba. Pero llegó demasiado tarde: la redada ya se había producido. Así fue la «conspiración» de los anarquistas ucranianos contra el poder soviético. <<

[7] En esta obra no podemos ocuparnos en examinar todas las razones que permitieron al poder comunista destruir con cierta facilidad, exceptuada Ucrania, un movimiento bastante fuerte como era el ruso. Esto nos llevaría mucho más lejos de los que es nuestro propósito. Aquí nos limitamos a dar una breve explicación del momento decisivo de la paz de Brest-Litovsk y de sus consecuencias. La cuestión, en su conjunto, representa un tema particular, al que pensamos dedicar un estudio específico. <<

[8] Pueden hallarse detalles sobre esta cuestión, así como la identidad de quienes participaron en ella, en el famoso *Libro rojo de la checa*, retirado rápidamente de la circulación por el propio poder entre otras cosas porque, según palabras del mismo Lenin, «se dicen demasiadas buenas verdades a propósito del esos anarquistas». <<

[9] Sigue una lista de 182 anarquistas víctimas de la checa. (Nota del E.) <<

[1] Véase el folleto de Semenov, publicado en Berlín. <<

[2] Esto ha sido comprobado de manera irrefutable en el curso del proceso de Moscú. <<

[3] Véase el testimonio de B. Rabinovich, en el n.º 918 del *Golos Rossii*. <<

[4] Véase el folleto de Semenov. <<

[5] Como han informado los defensores europeos, Bujarin reconocería posteriormente «haber estado» en la estación de Vindau durante la manifestación; pero negó haber silbado y haber participado en el tumulto. <<

[6] Cito este discurso inserto en la carta del enviado especial del *Golos Rossii*. <<

[7] *Golos Rossii* señala hechos de ese tipo en la manufactura de armas de Tula, en los talleres Nicolaevsky, etc. <<

[8] Tales altas instituciones han examinado ya las declaraciones de los defensores y pronunciado su dictamen: los defensores han sido detenidos y están a punto de ser deportados a la provincia de Arkangelsk. <<

[*] ¡Y castellana, por supuesto! (N. del E.) <<

[1] Martov habla aquí del infame asesinato de seis estudiantes inocentes, entre los que había tres hermanos, los Genglesy, ciudadanos franceses, a punto de abandonar Rusia y que, con ese motivo, habían organizado una fiesta de despedida en el n.º 34 de la calle Millionnoy. Unos soldados rojos los encontraron allí y, simplemente porque llevaban hombreras (eran oficiales del ejército ruso), los mataron. L. Martov hace con toda razón la siguiente pregunta: «¿Quién ordenó esta muerte?». Se supo después que el propio Lenin había estado mezclado. En Smolny se le preguntó: «¿Qué hacemos con ellos?», «¡Lo que queráis!», respondió. Por supuesto que los asesinos no fueron nunca hallados. (Nota de los editores, 1919). <<

[2] Soljenitsin: *Gulag* (I, 373). (N. del T.) <<

[1] Todos los documentos aquí reproducidos están tomados del *Libro rojo de la Checa Panrusa*. <<

[2] S. N. Kanev, *La revolución de octubre y la derrota del anarquismo*, Moscú, 1974, pág. 336. <<

[3] Cit. igualmente por *Libro rojo de la Checa Panrusa*. <<

[1] Nacido en 1885 en Ozurgueti (actualmente Makharadze), de la comarca de Gurie (Georgia occidental), y en el seno de una familia de intelectuales, David Charachidze se adhiere al Partido sodaldemócrata cuando apenas era un colegial. Prosiguió sus estudios en Europa occidental (Génova y Leipzig) donde anuda sólida amistad con Vandervelde y Huysmans, regresando a su país después de los acontecimientos de 1905. Hizo gala de una actividad militante extraordinaria que jamás cesó en el curso de su permanencia en el extranjero. Después de la proclamación de la independencia, asume el cargo de diputado y la responsabilidad del órgano en lengua rusa del Partido sodaldemócrata, «Bor'ba» («La lucha»). En febrero de 1921, se ve obligado a exiliarse en compañía de numerosos dirigentes históricos del Menchevismo georgiano. Residiendo en París, donde ejerce la profesión de periodista, participa de modo importante en las actividades de la emigración socialista georgiana. En el curso del año 1924, en compañía de I. Tseretelü y Tchkeídze (dirigentes del soviet de Petrogrado y miembros del gobierno provisional en 1917), se opone a la preparación de la insurrección de agosto, que consideraba suicida. Continuó sus actividades periodísticas y políticas hasta su muerte, ocurrida en 1935. <<

[2] Desde el verano de 1920 y después de la derrota de Wrangel, el imperialismo, especialmente el británico, consideró a Georgia como poco importante en relación con las fabulosas potencialidades del mercado ruso. H. Barbusse lo reconoce en su obra: «Lóyd George acababa de reconocer el Cáucaso como esfera de influencia rusa, lo que se especificó en el tratado de comercio firmado con la Rusia soviética» (pág. 125 de *Lo que se ha hecho con Georgia*). Trotsky, en su obra *Stalin*, aun procurando no implicar a Lenin, quien en última instancia era el gran responsable, confirma el hecho de que el Comité central del Partido Comunista ruso consideraba que Georgia ya no representaba un peligro, limitándose las divergencias tan sólo a estimar el ritmo y

los métodos de soviетización de la misma. Esta observación del jefe del Ejército rojo quien, anteriormente, se había opuesto vivamente a la invasión de febrero de 1921, es tanto más interesante cuanto que fue personalmente encargado por Lenin de escribir, en 1922, un panfleto que la justificaba. *Entre el imperialismo y la revolución* se difundió a la sazón por decenas de miles de ejemplares en las diferentes secciones de la Internacional. <<

[3] F. Makharadze (su presidente), B. Mdivani, S. Kavtaradze, K. Tsintsadze, etc. <<

[4] Sin contar, naturalmente, las decenas de miles de soldados del 11° Ejército, permanentemente estacionados en el país. <<

[5] Al comenzar el siglo, la nobleza representaba más del 5% de la población del país. La cifra es más importante si se considera que los georgianos representaban aproximadamente el 65% de esta población. <<

[6] En algunas regiones, la falta de tierras adquiría proporciones dramáticas. El campesino se veía obligado a buscar trabajo en la ciudad algunos meses cada año. En contrapartida regresaba al país con la ideología socialista. <<

[7] N. Jordania, el «Plejanov caucasiano», marcó un hito en la historia de su país. Brillante intelectual, desempeñó junto al «padre» del marxismo georgiano, S. Djibladze, un papel importante en la victoria de los mencheviques y en la construcción de un Estado georgiano. <<

[8] El número de alumnos en la instrucción primaria pasó, de 1917 a 1921, de 138.000 a 191.000. En 1918 se fundó la universidad de Tiflis: comprendía 8.000 estudiantes. <<

[9] «Hay que destacar el hecho siguiente: la gran popularidad de la GPU entre las masas en la URSS», pág. 147 de *Lo que se ha hecho con Georgia*. <<

[10] P. Istrati, *Hacia la otra llama*, pág. 189. <<

[11] Tomado del informe estenografiado del discurso de Andjapardze. <<

[12] Fr. Adler, *L'Enquête des Trade-Unios en Russie*, traducción francesa de Bracke, Edición del Partido Socialista (A.F.I.O.), París, 1925, pág. 16. <<

[13] Numerosos extractos de esta literatura han sido reproducidos en diversas lengua europeas. Véase *Der Terror in Russland und Georgien*, edición de la Internacional socialista, y *La délégation des Trade-Unions Britanniques et la Georgie* (en francés), edición del Partido socialdemócrata georgiano, París. <<

[14] Hay que tener en cuenta que tanto Moscú, en sus informes de 1924, como H. Barbusse en 1928, hablan del «príncipe Andronikachvili», subrayando de este modo su origen noble. Es como si se llamase a Lenin con el apelativo de «gentilhombre Uliánov». A esta grotesca demagogia oponemos el siguiente extracto del proceso verbal del interrogatorio del camarada Andronikachvili.

«*El presidente* (del tribunal bolchevique): Acusado Andronikachvili, ¿situación social?

»*Andronikachvili*: Intelectual.

»*El presidente*: ¿Su estado? (Social.)

»*Andronikachvili*: Príncipe destituido en la época de la autocracia zarista. Fui dos veces llevado ante los tribunales por razones políticas: La “Cámara judicial” me condenó a deportación perpetua a Siberia, retirándome los títulos de nobleza, así como todos los privilegios inherentes a los mismos.» <<

[15] Un militante del Partido socialdemócrata que no había tenido ninguna relación con la insurrección. <<

[1] Chirvindt ignora la intensa actividad poética que se manifestaba, por ejemplo, en canciones como la siguiente:

*Las Solovski son muy bellas en primavera
La vista del monte Sekimoi es divina
De todos los rincones de la tierra rusa
Se nos ha traído aquí con amor.*

*A quienes nos han colmado de Solovski
Les hacemos un ruego: venid aquí vosotros mismos
Y cuando hayáis pasado aquí, dos, tres, cinco años,
Recordaréis para siempre el lugar con deleite.*

Citado por Eugenia Masalsky, cap. 8 de *Memoria de lobo*. <<

[2] Sede de la embajada soviética en París. (N. del E.) <<

[3] Por su parte, el coronel Chmarovin declara lo que sigue: «Se trabajaba en los bosques de Solovki, en el aserrado y en la fabricación de ladrillos. Éramos despertados a las cinco, cada uno tenía que hacer la tarea asignada. *Los que no conseguían hacerla se quedaban allí hasta que la terminaban y no recibían alimentación.* El estado de salud y las condiciones del trabajo no se tomaban en consideración. En pleno otoño, hombres y mujeres que, enfermos, no conseguían hacer sus tareas, pasaban jornadas enteras (jornadas de veinticuatro horas) extrayendo turba con el agua por las rodillas. Las negativas a hacer este trabajo ocasionaban tales castigos que los detenidos no los soportaban...». <<

[4] La señora y la señorita Brunovsky declaran lo que sigue, confirmado por Patrizi: «Aunque la mano de obra sea en Solovki numerosa y gratuita, ninguno de los trabajos emprendidos en el archipiélago de la muerte rinde beneficios. Sólo la cooperativa debe dar algún fruto, gracias a los precios exorbitantes a que se venden los productos». <<

[5] Siendo el invierno en Solovki una noche casi permanente, debe uno preguntarse cómo pueden proseguir en estas condiciones los trabajos en el exterior. La nieve, que cubre el suelo, permite ver lo suficiente para realizar los trabajos más importantes, pero no sin aumentar considerablemente los peligros para quienes, por ejemplo, abaten y trocean los árboles. <<

[6] En período de *udarniki*, los detenidos son movilizables a cualquier hora de la noche para efectuar trabajos de los llamados urgentes. Esos *udarniki* nunca se deducen de las horas normales del trabajo reglamentario. Por la noche, el forzado toma parte en los *udarniki*, y es acto seguido enviado a los trabajos normales. <<

[7] La señora y la señorita Brunowsky declaran, además, en lo concerniente a Sekirka: «En todas parte, y en Sekirka de manera especial, los apaleamientos son cosa corriente. Pero en Sekirka hay todavía otro sistema de tortura. El penado se ve obligado, en Sekirka, a transportar de quince a veinte cubos de agua diarios, que debe ir a buscar al pie de la colina, y que ha de subir franqueando una escalera de unos doscientos cincuenta escalones». <<

[8] En el «Diario» de 17 de enero de 1928, pág. 2, col. 1, se dice que la señora Kornilov, viuda de un médico militar ruso fusilado por los bolcheviques, que fue ella misma enviada al presidio de Solovki, dio al periódico letón de Riga, «Jaunakas Zinas», detalles sobre ese suplicio. «Exponiendo de este modo a una prisionera desnuda, atada a un poste, a las picaduras de los mosquitos, y esto por espado de varias horas», los bolcheviques deben encontrar en los sufrimientos de esta víctima femenina, un nuevo estímulo a su perversidad. <<

[9] M. S. P. Melgunov hace alusión al suplicio de la torre fría en el campo de Kholmogory, en la pág. 175 de su libro. <<

[10] Patrizi, alojado en el mismo recinto del «Kremlin» y que trabajó algún tiempo en las oficinas del mismo, vio a víctimas de

ese atroz suplicio. <<

[11] La *Casa Blanca*, en los alrededores de Kholmogory. Por espacio de dos años se exterminó allí a los detenidos. Los cuerpos eran abandonados sobre el terreno, llenando las habitaciones del inmueble poco a poco, hasta el techo y envenenando la atmósfera a tal distancia que la mayoría de los habitantes de Kholmogory, a varios kilómetros de esos tremendos osarios, se vieron obligados a abandonar sus hogares para ir a establecerse mucho más lejos.

Ver *Revelaciones sobre el presidio bolchevique de Solovky*, «Diario del Este», del 19 de agosto de 1925. <<

[12] Véase sobre Kholmogory: El terror rojo en Rusia (1918-1924), pág. 69, extraído de un artículo de la *Revolutsionnaia Rossiia* (órgano del Partido socialista-revolucionario, Praga); y pág. 71, extracto de la *Volia Rossii*, (*La voluntad de Rusia*, Praga, 1920, n.º 4. En *Checa* se habla también de los horrores de Kholmogory. <<

[13] Véase *Revelaciones sobre el presidio bolchevique de Solovky*, «Diario del Este», de 19 de agosto de 1925: «todavía hoy se engaña, se maltrata, se fusila sin proceso... todavía hoy... mueren de hambre los detenidos castigados en los calabozos...». <<

[14] Extraídos de una carta de Rusia publicada en el n.º 31 de *Revolutsionnaia Rossiia* y reproducida por M. Melgunov. <<

[15] Semejante manera de actuar encaja perfectamente dentro de las costumbres chequistas. <<

[16] Declaración de Patrizi. <<

[17] Apéndice, pág. 282 § 4: «... De los novecientos condenados que se hallaban con él (se trata del doctor Lipinski), doscientos murieron en el curso de dos meses...» <<

[1] *Recuerdos de un comisario del pueblo*, 1917-1918, París, 1930.

<<

[2] *Op. cit.*, págs. 98-105. <<

[3] *Ibid.*, págs. 12-13. <<

[4] *Ibid.*, págs. 88-89. <<

[5] *Ibid.*, págs. 56-57. <<

[6] Karl Radek: «El Terror rojo», *Izvestia*, n.º 192, 6 de septiembre de 1918. <<

[7] L. Trotsky: *Terrorismo y comunismo*. <<

[8] Radek, *op. cit.* <<

ÍNDICE

El terror bajo Lenin	2
Introducción	5
Advertencia	42
La checa. Decretos, artículos y documentos oficiales	44
El terro rojo en Rusia (1918-1924), S. P. Melgunov	58
Checa. Materiales y documentos sobre el terror bolchevique recogidos por el Buró Central del Partido socialista-revolucionado ruso	121
La represión del anarquismo en la Rusia soviética, Grupo de anarquistas rusos exiliados en Alemania	157
Los doce condenados a muerte. (El proceso de los socialistas-revolucionarios en Moscú), W. Woitinsky	170
¡Abajo la muerte!, Martov	246
El contraterror revolucionario: el atentado de Kovalevitch, Alexandre Skirda	264
Henri Barbusse, los soviets y Georgia, David Charachidze	273
Un presidio en la Rusia roja Solovki, la isla del hambre, de los suplicios y de la muerte, Raymond Duguet	300
El aspecto ético de la revolución, Isaac Z. Steinberg	334
Bibliografía	353
Notas	361

